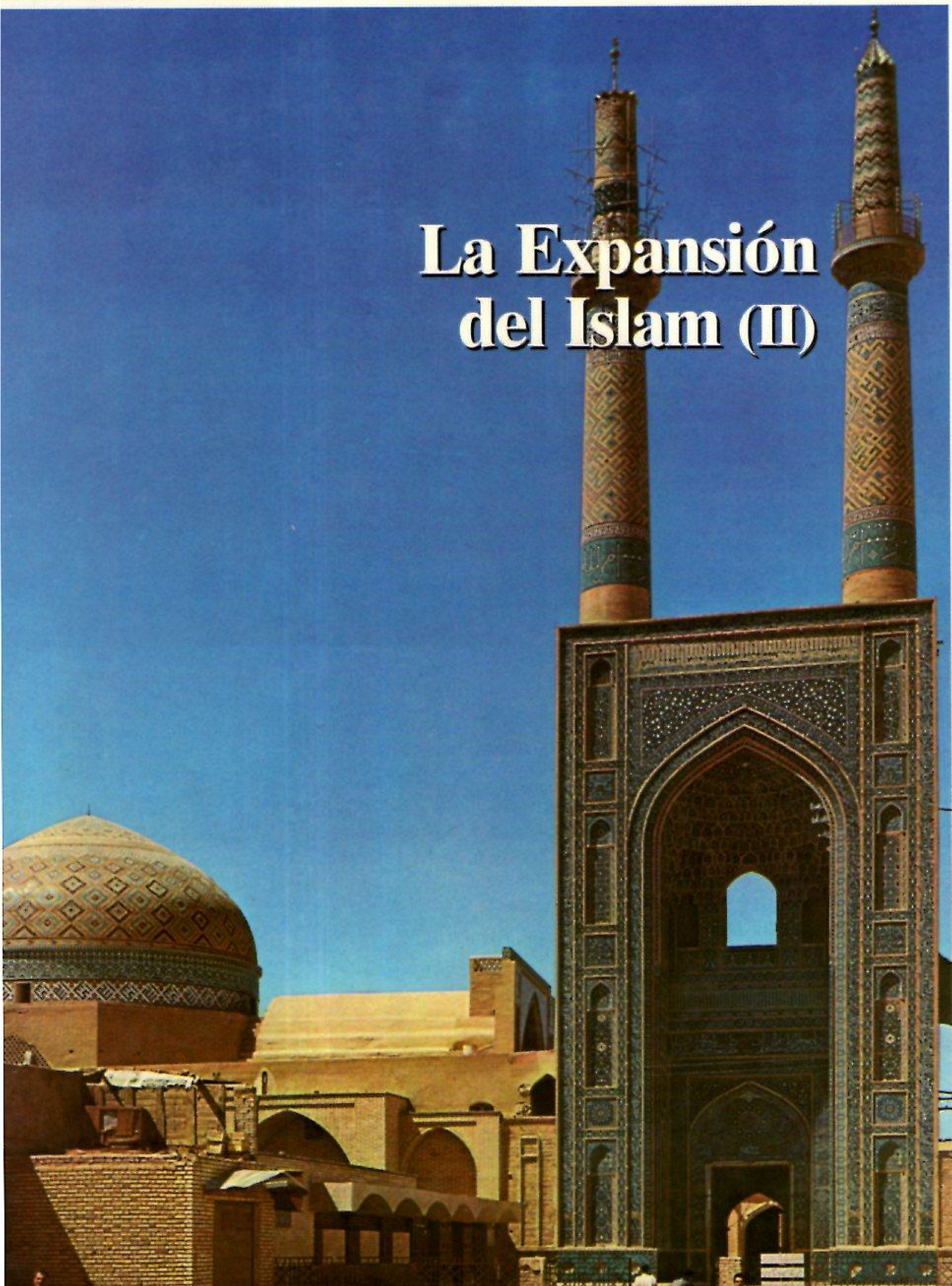
ORIGENES DEL HOMBRE



La Expansión del Islam (II)

62

folio

La Expansión del Islam (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

La Expansión del Islam (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Nicolas Postgate

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A. (28 - 10 - 95)

ISBN:84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0130-1 (volumen 62)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

El arte de la caligrafía islámica 79

Capítulo cuarto:
Religión, educación y misticismo 87

La mezquita del sultán Hasán en El Cairo 109

Capítulo quinto:
Palacios y arquitectura doméstica 115

Capítulo sexto:
Santuarios y mausoleos 129

Glosario 149

El arte de la caligrafía islámica

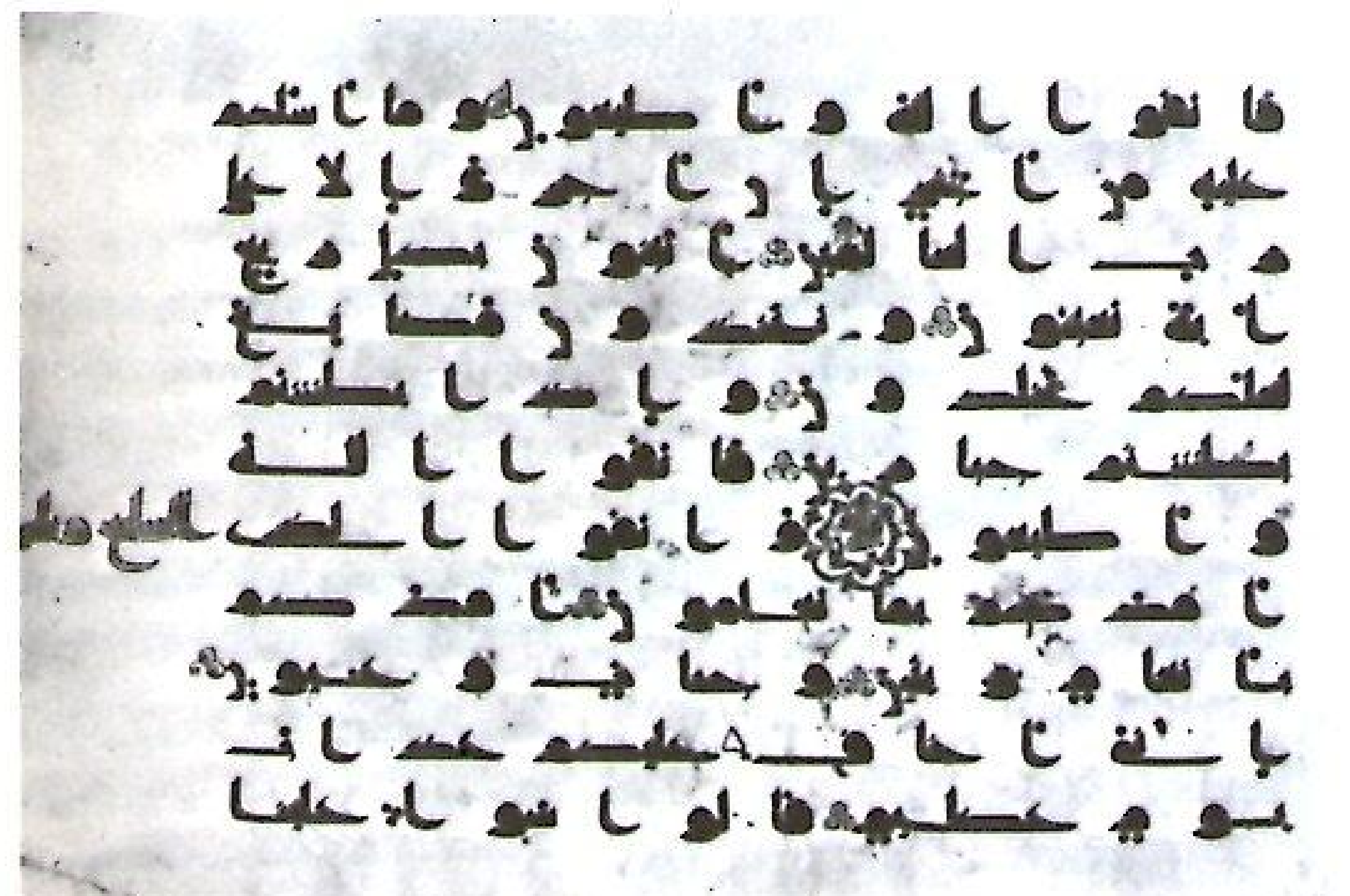
La importancia dada a la caligrafía islámica, incluso por quienes no pueden leerla, es notable. Se estimaba mucho a los calígrafos, pero por una razón estrictamente práctica: no hubo imprenta en el islam hasta el siglo XVIII y, sin un apoyo constante, las distintas grafías, tan bellas, habrían desaparecido. Pero los alegatos inflamados de los calígrafos musulmanes, como el Cadí Ahmad en su tratado de 1606, que trataban de demostrar la excelsitud de su profesión, con frecuencia se tomaron al pie de la letra entre los escritores occidentales, sobre todo en cuanto a su valor decorativo, al que a veces se otorgó un significado místico. Es verdad que la grafía islámica es decorativa, pero no más que la occidental, y a menudo adopta significados semejantes a los de las grafías historiadas, que se usan tanto en la escritura cúfica como en las mayúsculas góticas separadas.

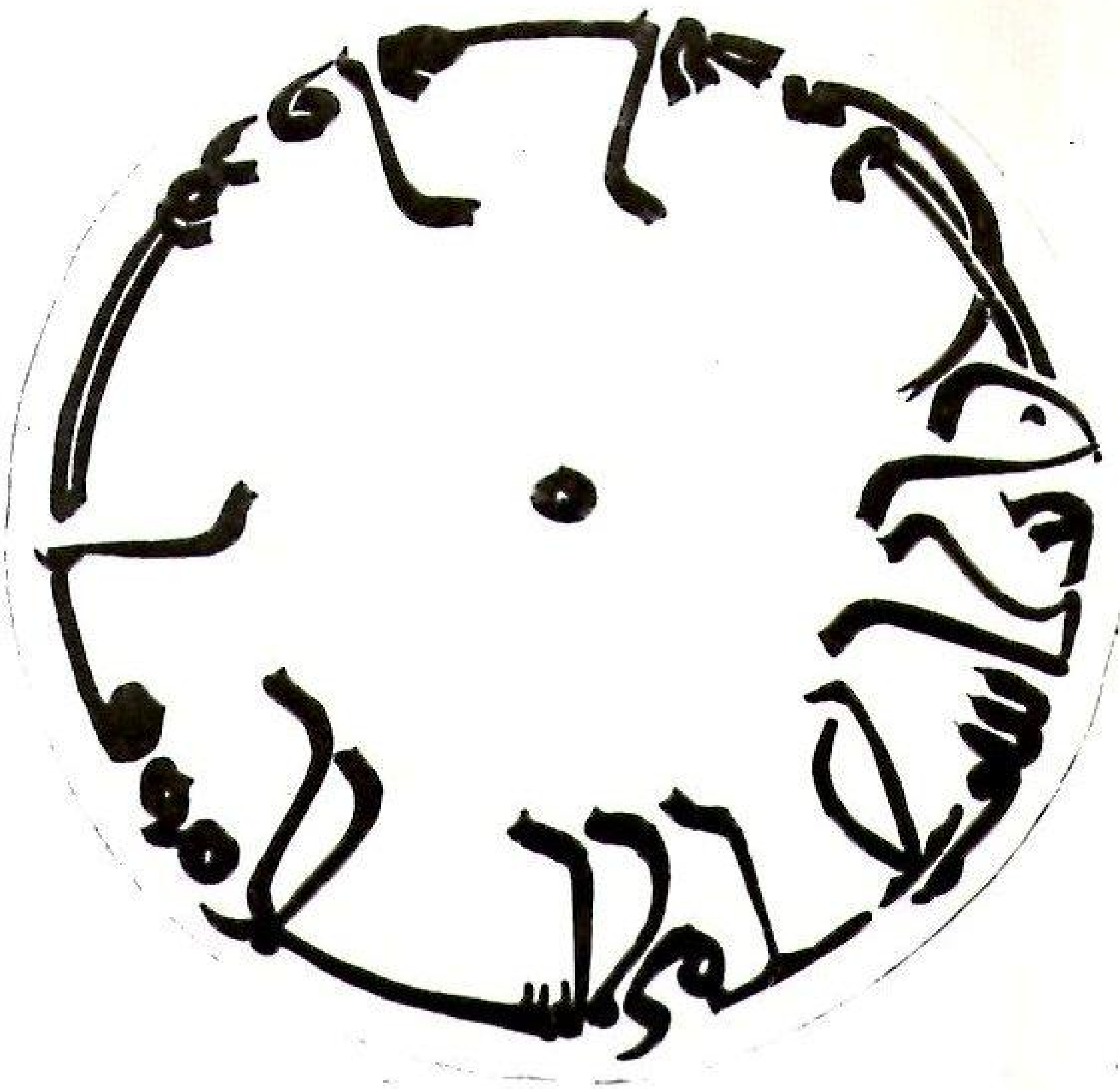
Según se cree en la actualidad, el alfabeto árabe (usado también para las lenguas persa, urdu y turca otomana) se derivó del siriaco: es una escritura cursiva, que se lee de derecha a izquierda, sin mayúsculas. Unas pocas letras tipo, generalmente diferenciadas mediante puntos situados por encima o por debajo, constituyen las consonantes y las vocales largas; las vocales breves se indican con signos diacríticos *(haraka)*, aunque por lo común se omiten. La mayoría de las letras tienen tres formas: inicial, central y final, pero las formas iniciales sólo están más señaladas en *thuluth*. En manuscritos iluminados, por tanto, las iluminaciones de página entera equivalen a las iniciales iluminadas de los manuscritos occidentales de aquellos mismos tiempos.

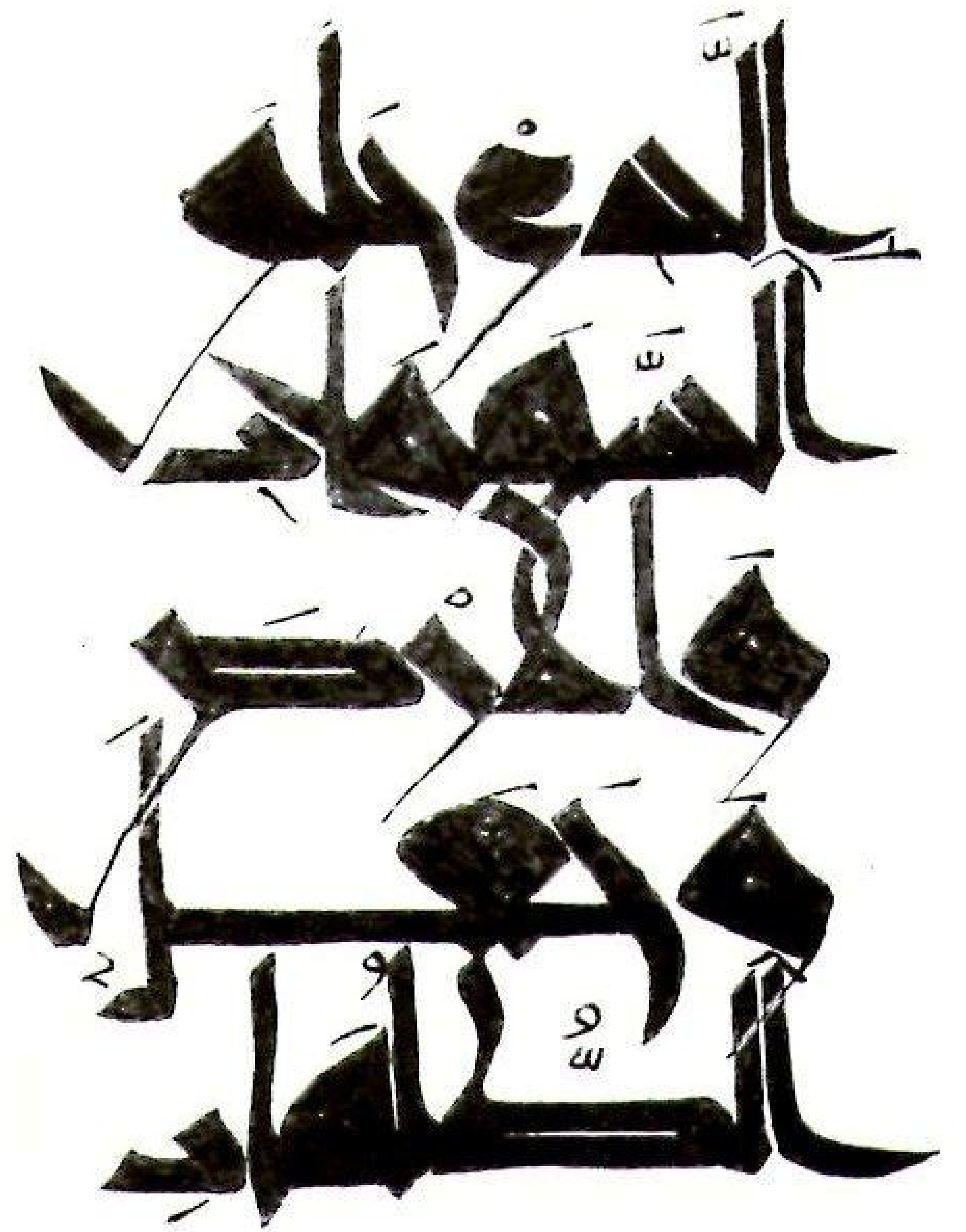
Los tipos de escritura son la angular («cúfica») o la redonda (*naskhi, thuluth;* la *nastaliq* es una grafía persa desconocida antes de 1388, que no se usa en arquitectura antes del siglo XVI). Estos términos en parte se refieren a las formas de las letras y, en parte, a las de la línea; la cúfica es siempre horizontal, a menudo con un pie importante; la escritura redonda forma líneas compuestas de una serie de lazos. La cúfica es más ilegible que la redonda y se convirtió en una escritura anticuada en la mayor parte del islam hacia el siglo XII, excepto en Occidente, donde sobrevivió con el nombre de *maghribi*. Pero, exceptuadas las inscripciones fundacionales o los decretos grabados en las mezquitas, el carácter legible pocas veces fue un requisito primordial en las inscripciones islámicas. El Corán, en general, se sabía de memoria; los escribas de la Cancillería se enorgullecían de su habilidad para leer el árabe sin signos diacríticos; los decretos reales, como los de muchas cancillerías de Occidente, a menudo parecen más importantes porque no son del todo legibles y, al mismo tiempo, son más difíciles de falsificar.



Arriba: caja (*pyxis*, píxide) de marfil que lleva una inscripción con el nombre de un hijo del califa Abd-al Rahman III (Córdoba, fechada en 968 d. C.), Museo del Louvre, París. La severa inscripción cúfica no es un ornamento, sino un título de propiedad.
Abajo: hoja de un Corán (azora XXVI): formato oblongo característico, cúfico típico de Irak en el siglo X (Biblioteca Británica, MS. Or. 1397).





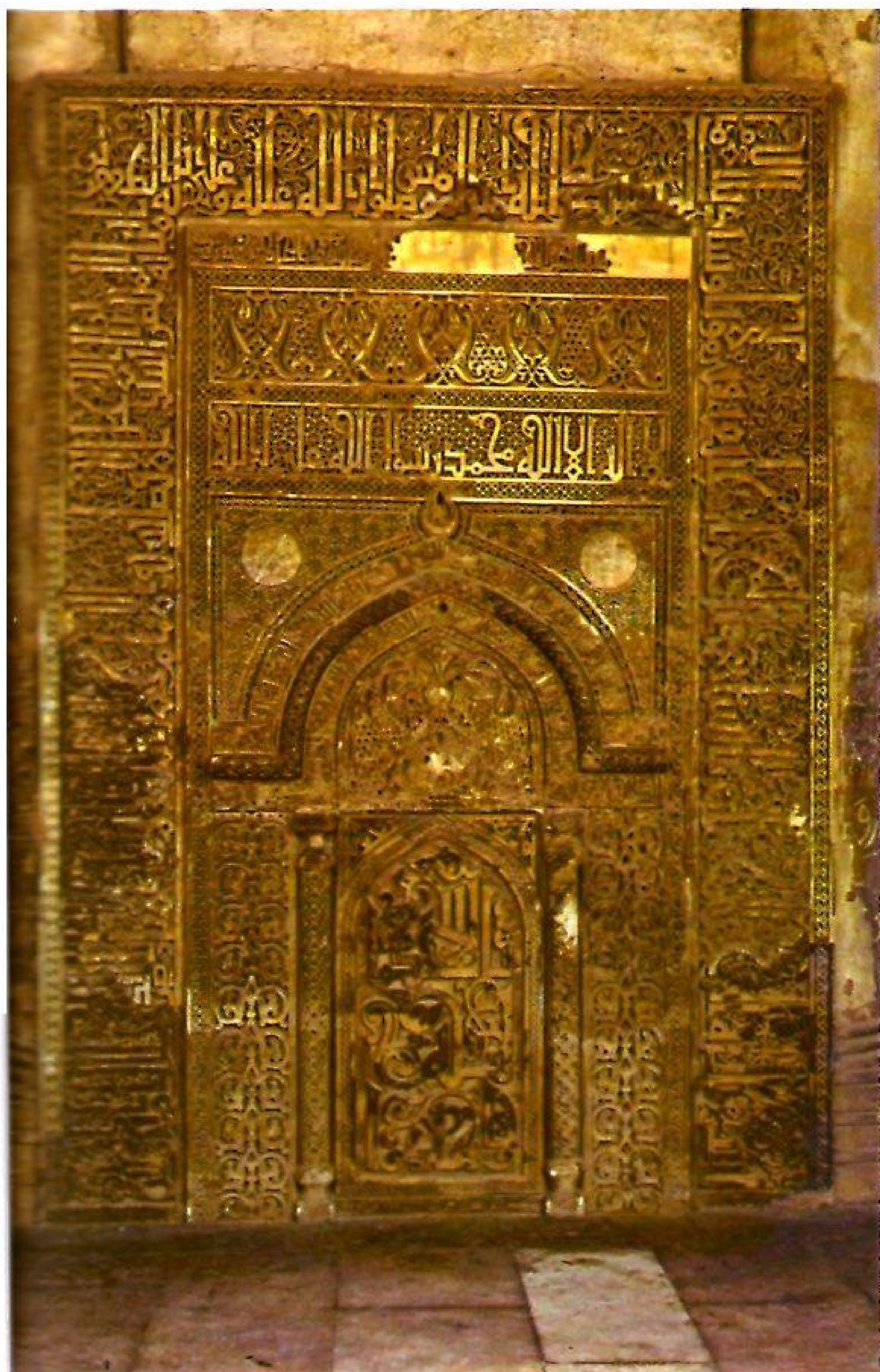




Arriba: página de un Corán, posiblemente persa, siglos XI o XII. Dos ejemplares del Corán fechados (1073 en Mashhad y 1171, Biblioteca Nacional de El Cairo) señalan los límites probables para esta escritura elegante, estilizada y bastante ilegible. Era tan común que se supiera el Corán de memoria que la legibilidad no era un requisito primordial. Estos ejemplares tan virtuosísticos son la obra piadosa de calígrafos eminentes y, por tanto, no se pueden considerar una norma para el desarrollo de la escritura islámica.

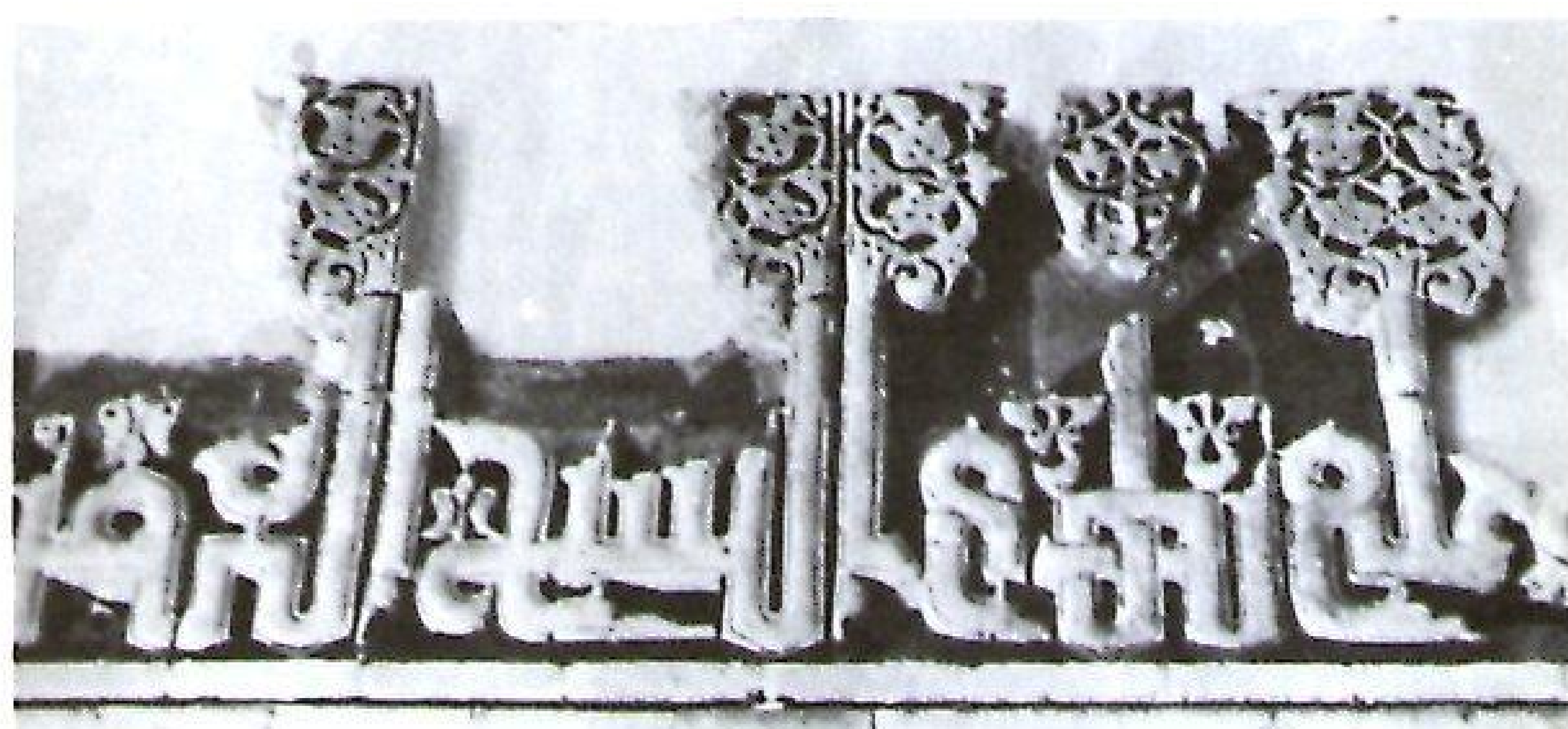
Arriba, izquierda: inscripción de un plato «samánida» llano, de una colección japonesa, taracea en negro sobre fondo blanco. El tipo se fabricó en Afrasiyab y en Nishapur (y quizá en otros sitios) en los siglos X y XI (y tal vez más tarde). Aunque hechas con taracea y no pintadas con tinta, estas inscripciones a menudo imitan la grafía de libros y se habrán trabajado con un instrumento cortado como una pluma. Casi siempre se trata de proverbios árabes ampulosos, al parecer elegidos para que los trazos ascendentes se configuren como radios más o menos regulares. Esta preferencia por lo aparencial antes que por el sentido es una excepción, como lo son los caracteres genuinamente caligráficos.

Izquierda: cuenco mesopotámico vitrificado, siglos IX a XII, Museo de Damasco. La taracea o la incisión eran los métodos ideales para incluir inscripciones en la cerámica medieval musulmana, ya que de ese modo los caracteres conservan su carácter definido.

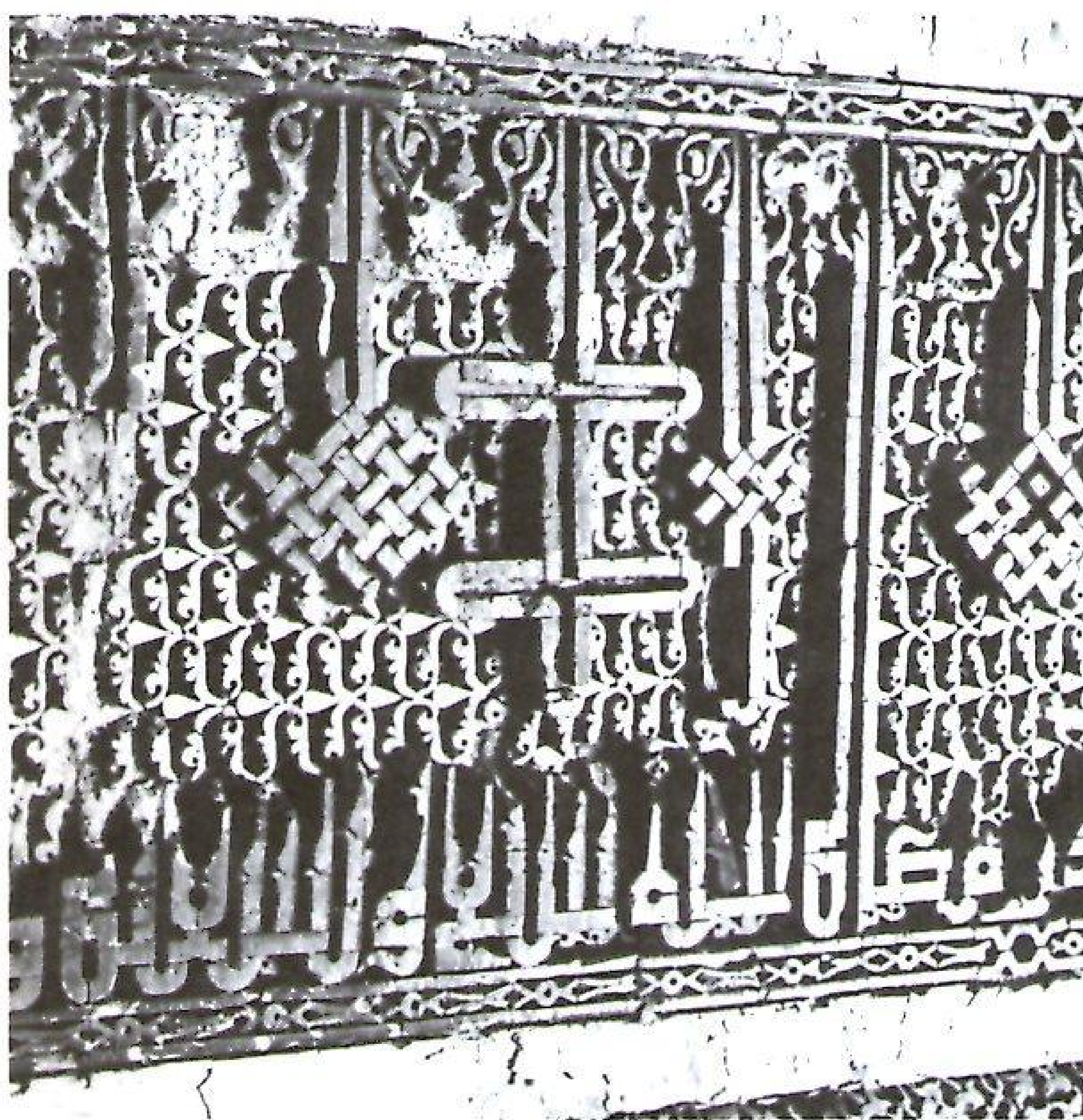


Arriba: El Cairo, Mezquita de Ibn Tulun. Mihrab de Al-Afdal Shahinshah (h. 1094). Este mihrab, una obra maestra del relieve fatimí en estuco, tiene una serie de inscripciones coránicas en su marco exterior: el texto de los versículos está apretujado en los tres lados porque, para que no se corrompiese el libro sagrado, estaba prohibido citar el Corán en forma abreviada.



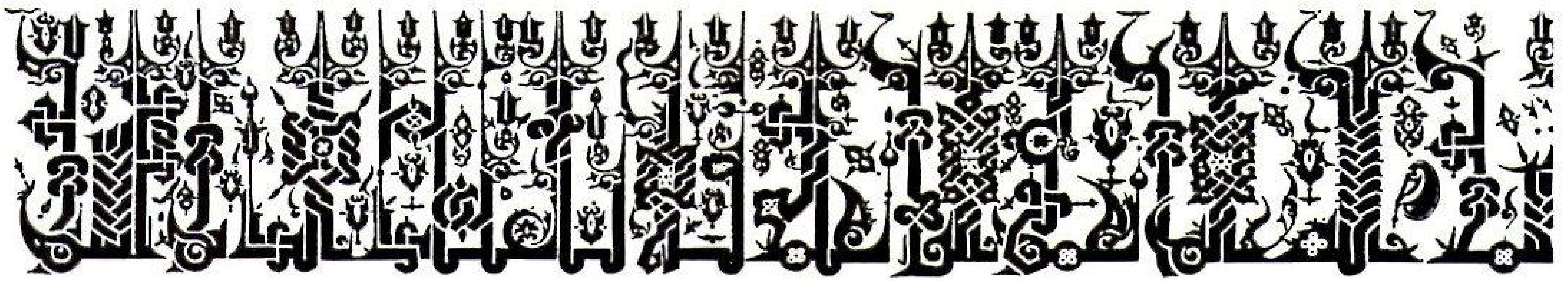


Arriba: parte de un friso de terracota, cerca de Khwaf, en el Jurasán; es una inscripción de una casa de beneficencia del visir selyuquí Nizam al-Mulk (asesinado en 1092), y no de una almadraza, como se pensó en otros tiempos. La líneas de la base son más gruesas tal vez para que se lean mejor desde abajo. Los trazos ascendentes decorados con hojarascas son característicos de las inscripciones de Persia oriental en el siglo XII. Museo de Teherán.



Arriba: inscripción fundacional de azulejo turquesa sobre un fondo de terracota, del recientemente descubierto iwán ghurida (h. 1200) de la Gran Mezquita de Herat. Las inscripciones fundacionales sobre los arcos frontales de los monumentos islámicos importantes son una forma común de llamar la atención hacia la figura del fundador.

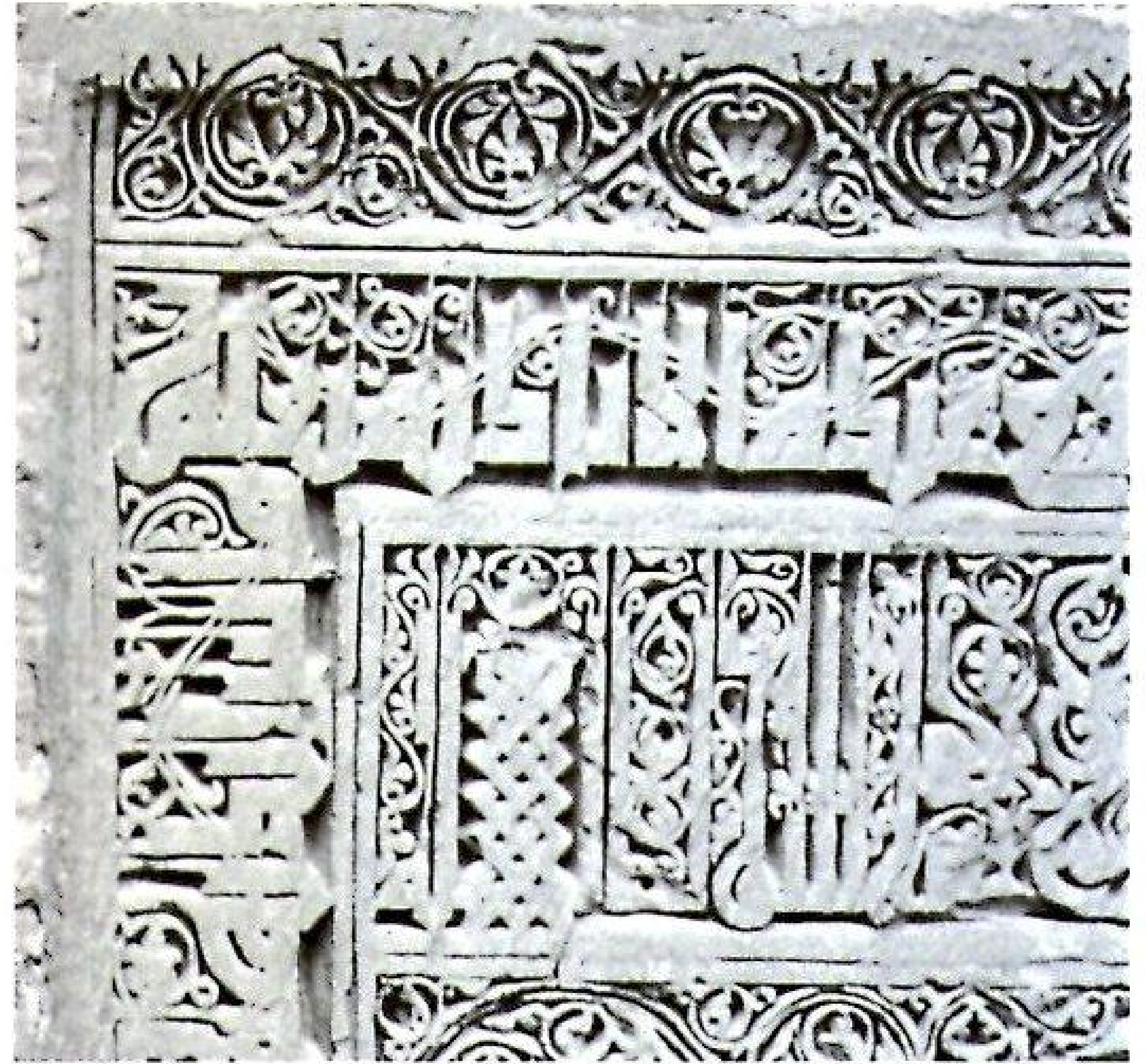
Izquierda: inscripción coránica tallada en mármol. Cenotafio del sultán mameluco Al-Muayyad en su mezquita (1415-1421) en la Bab Zuwayla de El Cairo. Al-Muayyad adquirió el mármol en distintas fuentes: esta inscripción forma el lateral de una tumba que se fecha h. 950. La grafía cúfica muy estilizada, como es la de este ejemplo, era muy admirada en El Cairo en tiempos de los mamelucos.



Arriba: Damghan, mausoleo de Piri-i Alamdar (1027). Inscripción pintada en el interior. Según Pope. Un ejemplo de caligrafía en que la inscripción propiamente dicha es menos importante que los trazos ascendentes que están trenzados o separados y tienen florones decorativos con ornamentaciones colgantes, como si fueran postes de farolas en miniatura. Para dar un aspecto regular, se agregaron trazos ascendentes subsidiarios a las letras finales o florones a las que están en posición media en las palabras.

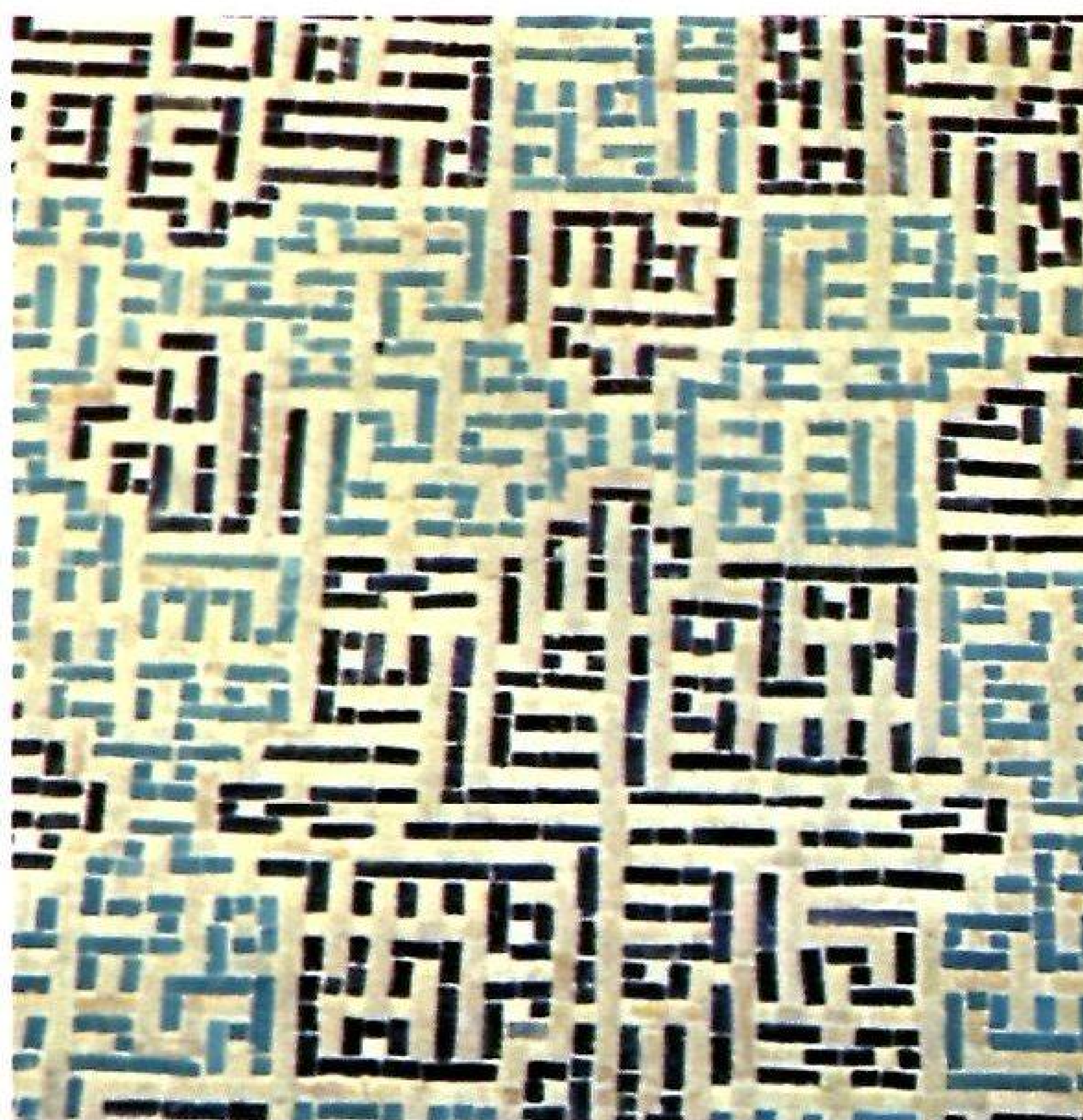
Derecha: Ribat-i Sharaf, Jurasán. *Masjid* del patio interno (h. 1125). Mihrab de estuco con una doble inscripción coránica como marco. Los trazos de las letras de la inscripción interior están elaboradamente entrelazados, aunque la decoración no está permitida, para que no empañe el contenido del texto. Aunque es habitual poner signos diacríticos y puntos en los ejemplares cúficos del Corán, son pocas las inscripciones cúficas que los tienen.

Abajo: Corán *maghribi* hecho en 1568 para Abd Allah, segundo sultán charifí de Marruecos (Biblioteca Británica MS. Or. 1405). La *maghribi* se mantuvo como la principal escritura en Occidente entre los siglos XII y XVIII. Sigue la línea horizontal ininterrumpida del cúfico, redondea muchas letras y agrega rasgos historiados reconocibles a muchos caracteres finales.









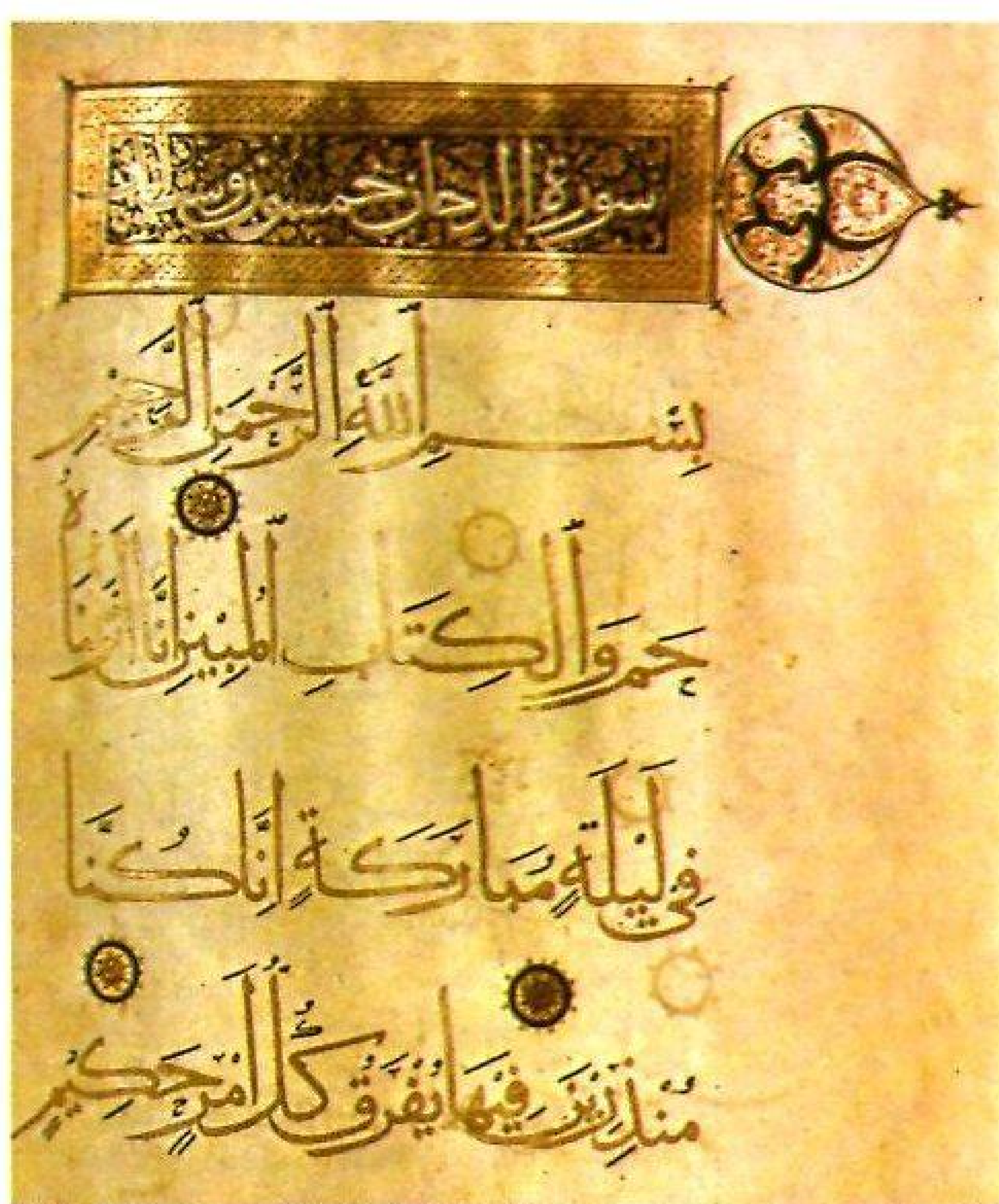
Una derivación corriente –aunque remota– de la cúfica es la «cúfica cuadrada» (sobre todo del siglo XII y después). En Persia, probablemente se recurrió a usos antiguos de la grafía cúfica para formar estrellas en el mausoleo de Oljeytu en Sultaniya *(izquierda, arriba)* (1310-1316). La variedad cuadrada es tan ilegible que sólo se podían usar las fórmulas más conocidas, por ejemplo en la Gran Mezquita de Yazd *(derecha, arriba)* (decoración de 1375).

Abajo, izquierda: página inicial iluminada de un Corán escrito en 1304 (Biblioteca Británica MS. Add. 22406).

Abajo: gran friso coránico de estuco del iwán alquibla de la Mezquita del Sultán Hasán, El Cairo (1356-1362). Los caracteres son cúficos estilizados, tomados de iluminaciones de ejemplares contemporáneos del Corán.



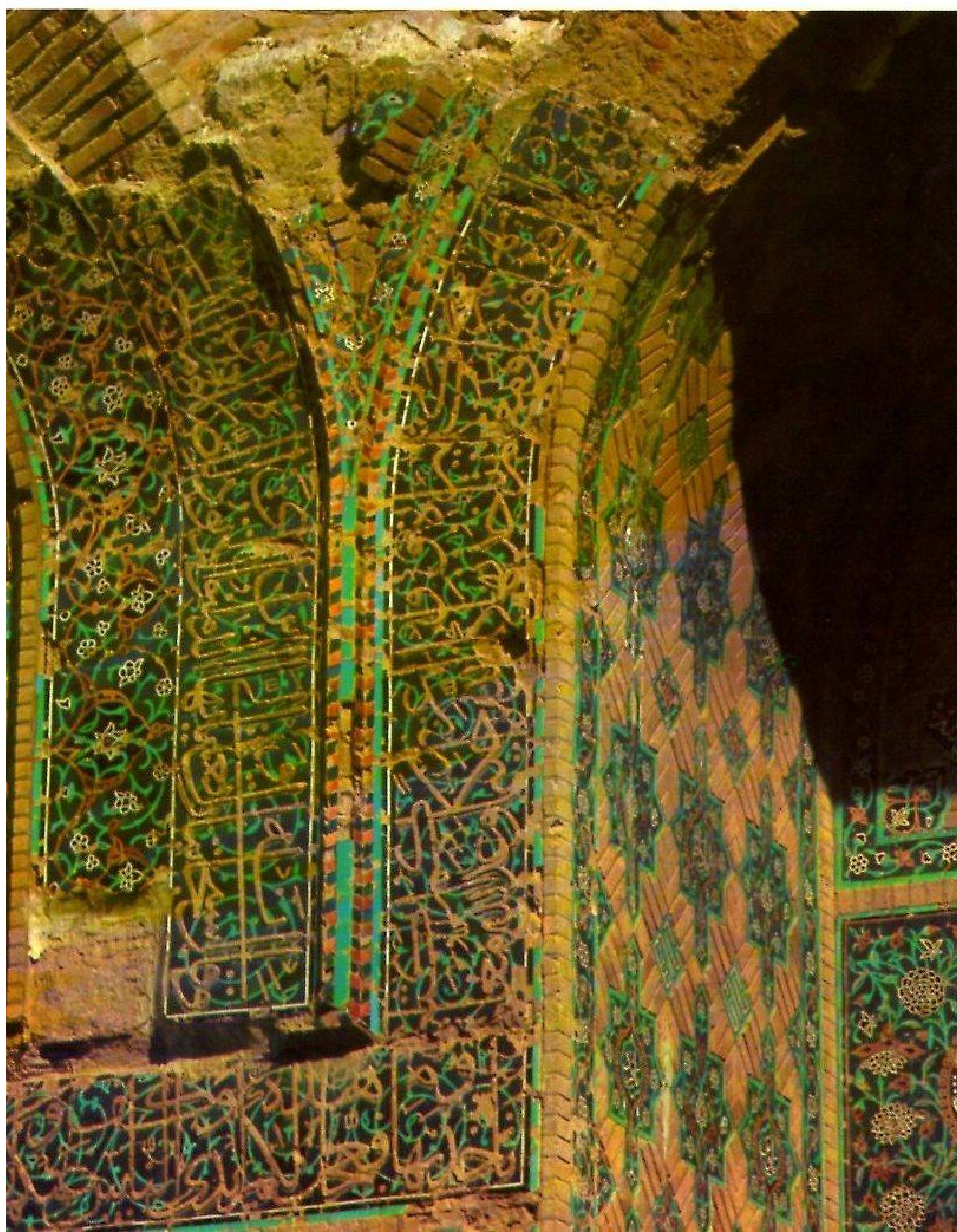




Un Corán *thuluth* escrito e iluminado en Mosul en 1310 para el ilján Oljeytu (Biblioteca Británica MS. Or. 4945). La mameluca representa, en muchos aspectos, el ideal de la caligrafía islámica: libre, elegante, fácil de escribir y legible, tan adecuada para manuscritos como para objetos pequeños o usos arquitectónicos.



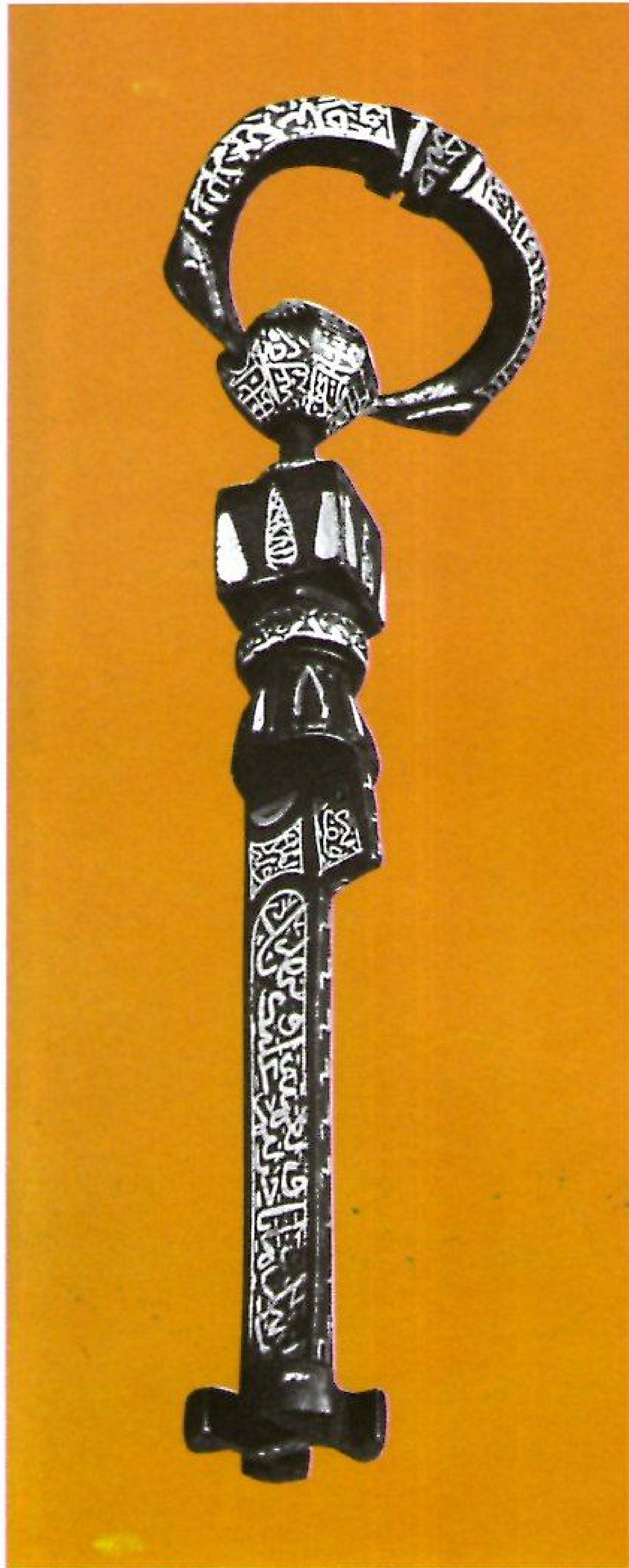
Arriba: inscripción en turquesa sobre un fondo de terracota con un relieve muy elaborado, de la Gran Mezquita de Ashtarján, Persia (1315). Está a mitad de camino entre las inscripciones en terracota (mausoleos de Uzgend, 1152, 1186) del período anterior, a los mongoles y la terracota vidriada con inscripciones en relieve de Sha-i Zinde. En estas últimas se empleó tanto la escritura cuadrada como la redonda, aunque por separado y para las inscripciones más importantes siempre se usó la redonda.



Los textos coránicos a veces tienen tal importancia en la decoración de las mezquitas, o de otros edificios piadosos, que surge la tentación de usarlos para interpretar esas construcciones. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, los textos son demasiado tópicos como para permitir esa interpretación; véanse las inscripciones *thuluth* en relieve, probablemente doradas, de la Mezquita Azul de Tabriz *(izquierda),* hoy en ruinas, pero el único edificio de este período en Persia occidental. Nótese la extensión de ciertas letras para formar extensas líneas horizontales, una característica de inscripciones monumentales persas y turcas desde fines del siglo XV en adelante.

Derecha: «tetera» Bobrinsky de Herat, 1163 (Museo Hermitage, San Petersburgo). Bronce fundido con incrustaciones de plata y cobre. Este pequeño recipiente es notable tanto por las escenas de vida cortesana que presenta, incluida una partida de ajedrez, como por las franjas con inscripciones de variadas grafías. Las de caracteres *naskhi* (superior e inferior) están aplanadas y son de igual grosor, pero tienen trazos con forma de cabezas humanas. A fines del siglo XII y en el XIII, estas escrituras animadas se desarrollaron hasta que la animación se impuso a la caligrafía y aun las más sencillas inscripciones *naskhi* resultan casi ilegibles («Gloria imperecedera»). Tanto la escritura cúfica como la *naskhi* tuvieron una versión animada, aunque la segunda se mantuvo durante más tiempo.

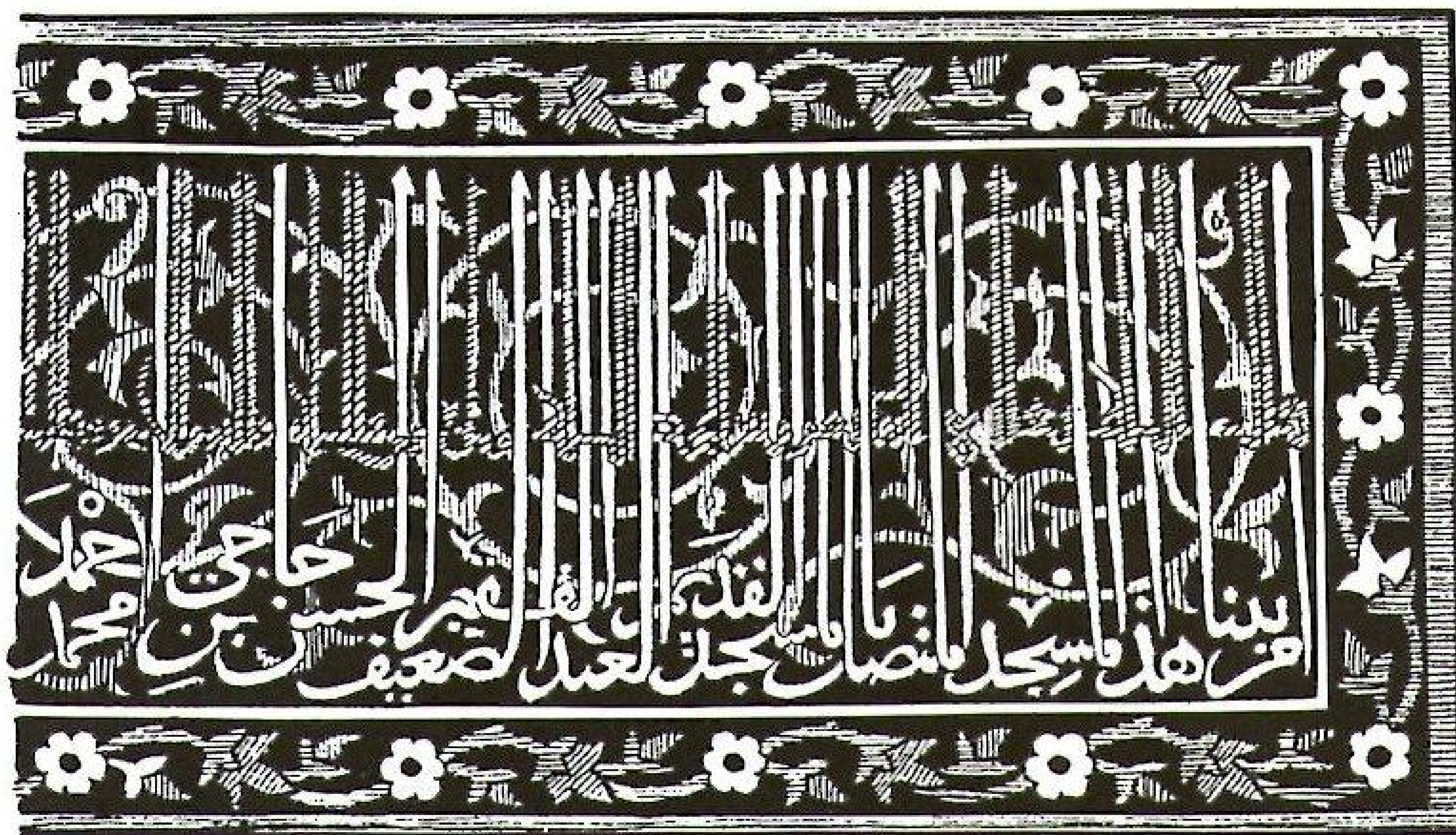




Izquierda: llave de hierro con incrustaciones en oro, un presente hecho a la Kaaba por Faraj ibn Barquq, sultán mameluco de Egipto, probablemente para conmemorar los trabajos de restauración completados en 1405 (Museo del Louvre, París, N.º 6738). Se trata de un texto conmemorativo en nombre de Faraj y los versículos coránicos apropiados.

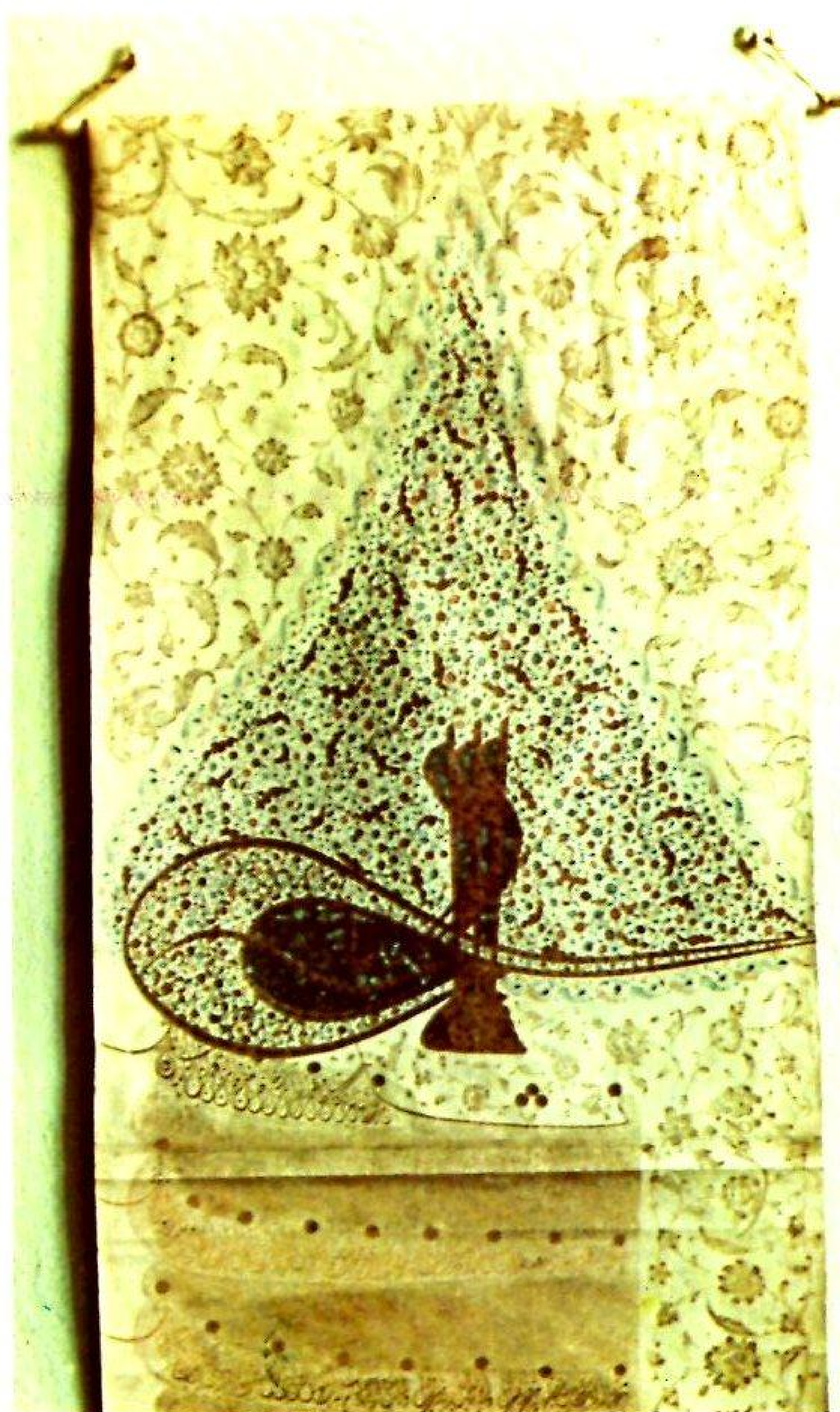
Abajo: lino estampado, proviene del Egipto de los mamelucos (siglo XIV); inscripción robusta en grafía *naskhi* sobre un fondo de trazos curvos que tienen cabezas de animales (Museo Islámico, El Cairo, N.º 14472). Aunque es común que las inscripciones cúficas estén decoradas con trenzados o trazos fitomorfos, la grafía manuscrita redonda nunca lo está.





Tughra, «monograma» ornamental de los sultanes otomanos que autentificaba los decretos imperiales; deliberadamente formal e ilegible, se compone con el nombre del sultán y su genealogía, muy comprimidos, como el de Murad III *(derecha)* (1590) (Museo de Arte Islámico, Berlín). El *tughra* selyuquí, sólo conocido por monedas del siglo XI, tenía la forma de un arco y una flecha, pero un tipo de *thuluth* con rasgos muy alargados se llegó a conocer como *tughrai* en la cancillería mameluca, donde se usaba como firma del sultán *(abajo)*. Excepcionalmente, esta escritura se usó en la arquitectura, por ejemplo en la Gran Mezquita de Abarquh, Persia central, para la inscripción fundacional de un mihrab del siglo XV *(arriba)*. Aquí, la inscripción *tughrai* está acompañada por otra, coránica, en grafía cúfica estilizada. Esta combinación era frecuente en las inscripciones mongolas en estuco de Persia, pero es rara en Egipto y desconocida en los documentos. Según Pope.





Capítulo cuarto: Religión, educación y misticismo



Mezquitas

Un arqueólogo medievalista europeo, habituado a todo tipo de matiz teológico, está en condiciones de interpretar la arquitectura eclesiástica en términos litúrgicos; pero el islam carece de liturgia, de modo que no es éste un elemento que se pueda usar para la explicación de innovaciones radicales. Al mismo tiempo, la teología islámica es tan conservadora (la palabra *bida*, «innovación», es sinónimo de herejía en árabe) que los desarrollos importantes eran quizá demasiado graduales para que atrajeran la atención de los teólogos porque, en caso contrario, debían justificarse con todo cuidado respecto del complejo, y a menudo adulterado, cuerpo de la Tradición islámica. Por tanto, las mezquitas individuales con frecuencia se apartan considerablemente de la norma.

Las cinco plegarias cotidianas deben decirse en cualquier lugar, mirando hacia la *qibla* o alquibla (la dirección de La Meca) o en oratorios *(masjids)* erigidos como edificios piadosos. Sólo los viernes todo hombre adulto libre estaba obligado a acudir a la gran mezquita, de modo que las mezquitas antiguas fueron lo bastante amplias como para recibir a gran parte de la población de la ciudad, con toda la pared de la alquibla orientada hacia La Meca; en este muro, normalmente, hay un nicho, el mihrab, en el que se pone en pie el imán para conducir las oraciones. A la derecha del mihrab está el *minbar,* un púlpito desde el que los viernes se predica el *khutba,* el sermón dicho en nombre del soberano. El sector contiguo a la alquibla está cubierto, por lo común, y en el suelo se distribuyen alfombras o esteras sobre las que los fieles, descalzos, dicen sus oraciones, después de una ablución ritual que hacen fuera de la mezquita. Desde un alminar o minarete, el muecín convoca a la plegaria cinco veces al día. Las mezquitas más grandes también empleaban *muwaqqitin* (indicadores de hora) para hacer los cálculos de los horarios de oración, ya que en el islam medieval existía la costumbre de adjudicar 12 horas, por igual, al día y a la noche. Pero esta descripción engañosamente simple pasa por alto algunas dificultades serias. Como es natural, las mezquitas tienen distinta planta según el clima y el período; no obstante, las variaciones son menos que las que se ven, por ejemplo, en la arquitectura doméstica y sus elementos componentes –arcadas con alquibla para la plegaria, un mihrab, un *minbar* y un alminar– son fijos.

Las mezquitas no dan refugio ni son terreno sagrado, legalmente. Todos los edificios de beneficencia *(waqf),* a pesar de estar adjudicados a perpetuidad, suelen tener corta vida, porque esas adjudicaciones no los libran de la inflación. No obstante, hay un elemento paradójico en el hecho de que las mezquitas, sobre todo las fundaciones reales, construidas para proclamar la autoridad del soberano o del califa, no deban considerarse obras públicas. Esto es muy llamativo, porque el privilegio de ser el lugar en que se predicaba el sermón del viernes, *khutba,* estaba muy controlado y la instalación de un *minbar* era un asunto de proyección política. En un principio, sólo las capitales importantes del Estado omeya podían tenerlos y se adjudicaron en los años 749-750: después de estas fechas, era raro que hubiera más de una mezquita de viernes en una ciudad.

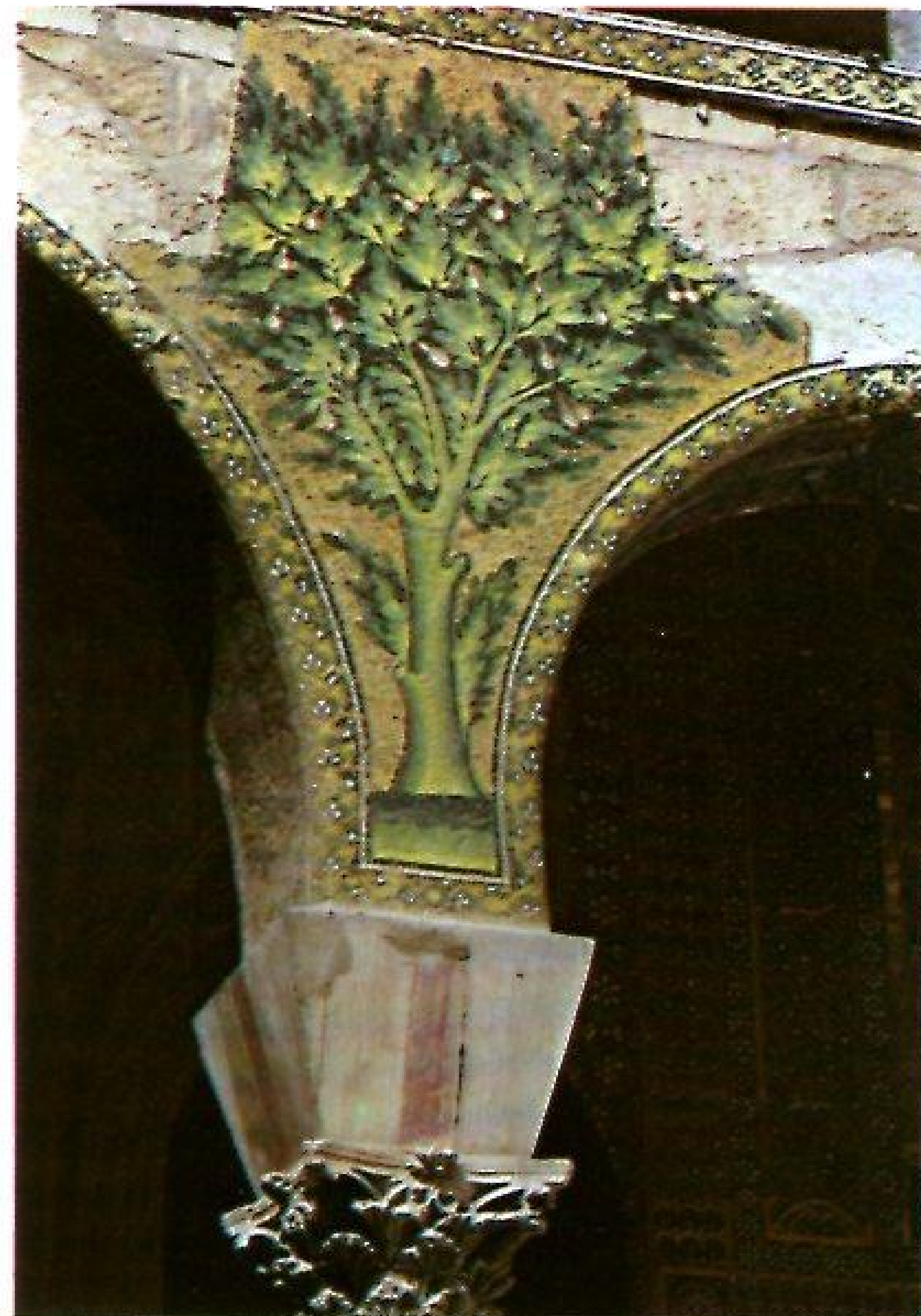
Página anterior: alminar de la Gran Mezquita de Alepo, construido en 1089 por el gobernador selyuquí para el sultán Malikshah. Los alminares de planta cuadrada son típicamente sirios, pero esta decoración de relieve en piedra es de una riqueza excepcional.

Las primeras mezquitas. El Cairo y Bagdad eran excepcionales por su tamaño. En El Cairo la mezquita de Amr, en Fustat –fundada en 640-641, restaurada en los años 698-699, 750, 827, entre 1260 y 1277, en 1401-1402, 1798 y, más recientemente, con columnas de hormigón, en 1973–, se complementaba con la Mezquita de Ibn Tulun (terminada en 879), más tarde por las de Al-Azhar (970-972), Al-Hakim (990-1013) y la de Baybars (1266-1269). Sólo una de ellas, la de Al-Azhar, perdió el *khutba,* cuando se inauguró la mezquita de Al-Hakim y no lo recuperó hasta la restauración de Baybars en 1266-1267. Estas cinco mezquitas de *khutba* estaban evidentemente justificadas por la presión de la población, así como por la considerable lejanía de Fustat. En épocas posteriores, se extendió mucho el *khutba,* tal vez porque, como observó Yaqut en Merv en el siglo XIII, ciertas mezquitas se frecuentaban sólo para un rito y, en el siglo XIV, la Ciudadela de El Cairo estaba rodeada por mezquitas espléndidas construidas por los emires mamelucos, de las cuales la de Al-Maridani (1339-1340) es tal vez la mejor conservada. Con tanta diversidad de mezquitas de viernes es quizá menos sorprendente que algunas dejaran de ser frecuentadas; pero en Alepo, según Sibt ibn al-Ajami, la Gran Mezquita sólo se restauró después de las invasiones mongolas de 1258-1259, porque la gente voluntariamente anexó sus *waqfs* a ella.

Cuando se produjeron las conquistas islámicas, muchos edificios que se mantenían en pie se expropiaron para convertirlos en mezquitas, incluida la tumba de Ciro en Pasargadas, y las construcciones basilicales de Istakhr y Qazwin, esta última con capiteles en forma de cabeza de toro, atribuidos a Muhammad ibn al-Hajjaj, que murió en el 710, como los de la muy famosa *apadana* del palacio aqueménida de Persépolis, que atrajeron la atención de los primeros geógrafos musulmanes. El gran iwán de Ctesifonte se usó en principio como lugar de oración y se dieron instrucciones explícitas para que no se dañaran las pinturas de sus paredes. En Jerusalén, antes de la construcción de la primera Mezquita Aqsa sobre el Monte del



Arriba: Gran Mezquita omeya de Damasco (714-715); esta vista desde el suroeste muestra el Bayt al-Mal (tesoro) y las arcadas que rodean el patio. El alminar noreste *(en la foto)* se construyó en una de los cuatro torres de un ángulo del recinto del Templo de Júpiter.



Derecha: mosaico de un árbol en el patio de la mezquita de Damasco. La mezquita originalmente estuvo cubierta de este tipo de mosaicos, pero casi todos se perdieron en el desastroso incendio de 1893.

Templo, se usaron los escalones y el nártex de la basílica de Constantino. La apropiación de palacios o santuarios locales para su uso como mezquitas subrayó el triunfo islámico, y la transformación de la iglesia de Hagia Sofía en una mezquita inmediatamente después de la conquista turca de Constantinopla (1453) es una típica práctica musulmana en Siria e Irak durante el siglo VII. Incluso en el siglo XII, un monumento pagano conocido, el Templo de Bel en Palmira, se convirtió en mezquita (1132-1133) y a él se añadieron dos hermosos mihrabs, que se exhiben en el Museo de Damasco.

Sin embargo, pocos edificios existentes eran adecuados para recibir la masa de personas que debían oír el *khutba,* que en un principio era una alocución política y no el sermón teológico o moral en que se convertiría en tiem-

pos de los abasidas. En la localidad siria de Hama, la basílica cristiana se giró 90° sobre su eje para que quedara enfrentada a La Meca, de modo que la congregación se acomodaba en el sentido de la longitud, con algunos problemas acústicos, por cierto. No obstante, en las nuevas ciudades fundadas en Fustat o en Basra –Kufa y Wasit, en Mesopotamia–, hubo que desarrollar nuevas soluciones. Se ha prestado mucha atención a esas mezquitas antiguas, la mayoría protegidas o rodeadas por un foso, pero el *edificio* antiguo más interesante es la mezquita omeya de Al-Walid, en Damasco (714-715) que, a pesar de la restauración capital ordenada por el sultán selyuquí Malikshah (1082-1083) y de su reedificación después de un grave incendio en 1893, es típica de una serie de mezquitas omeyas. La mezquita reemplazó a un lugar de oración dentro del recinto rectangular del templo romano de Júpiter Damasceno, donde se había construido una basílica bizantina. Se demolió esta construcción y se alzó una basílica de tres naves sobre el lado de la alquibla, con un crucero alzado que se enfrentaba a un frontón triangular, elevado hasta el nicho del mihrab, muy probablemente precedido por una cúpula. El sector restante se convirtió en un patio de arcadas, con una fuente y un tesoro abovedado y las cuatro torres de los ángulos del recinto del templo servían como alminares. La decoración de paneles recortados de mármol y mosaicos sobre fondo de oro no sobrevivió al incendio de 1893, salvo en algunos puntos del patio de arcadas, donde la elegancia de los palacios y caseríos imaginarios, que se ven rodeados de árboles, dan una idea de la magnificencia de los azulejos en la zona de la alquibla.

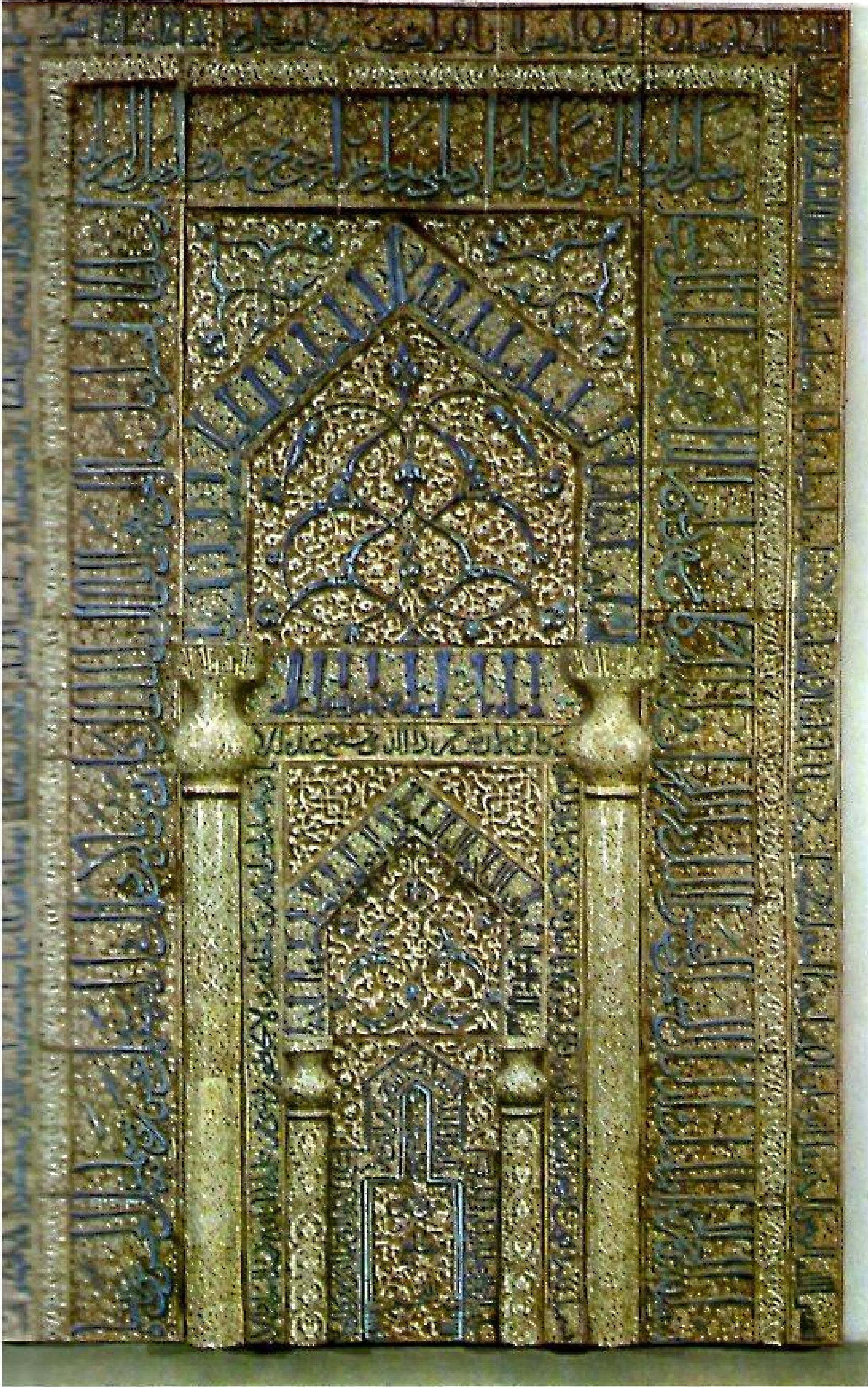
Sauvaget señaló la importancia de la restauración, más bien reconstrucción, que Al-Walid mandó hacer de la mezquita de Medina –que fuera casa de Mahoma (707-709)– en la planificación de la mezquita de Damasco. La casa del Profeta nunca se consideró lugar de oración, pero pronto se volvió sagrada a los ojos de los musulmanes y, por su planta original, indujo a ciertas irregularidades. La sala de oración estaba ricamente decorada con mármol y mosaicos pero, como demostró Sauvaget con brillantez, también incorporaba un crucero alzado, un nicho para el mihrab y cuatro alminares. En todo esto, la liturgia era mucho menos importante que el ceremonial secular. Las mezquitas omeyas fueron: tribunales, donde incluso se exponían las cabeza de los criminales; tesorerías, aunque esto tuvo fin cuando los abasidas dejaron de pagar subvenciones a los beduinos; armerías y, sobre todo, salas de audiencia pública, donde el soberano se sentaba en su trono, con gran pompa, con el cetro o un arma en la derecha, con su tocado de las ceremonias profanas, el *qalansuwa,* que no era un turbante, y rodeado por sus ministros y su cuerpo de guardia. El mihrab representa originalmente un nicho para el trono *(minbar)* y se independizó sólo cuando este último se hizo más grande, se rodeó con una estructura de madera (la *maqsura)* y se puso a un lado. La nave central, por la que se llegaba al mihrab, habría tenido que quedar vacía y, por razones de seguridad, flanqueada por el cuerpo de guardia.

Se podría objetar que esto impediría establecer una diferencia entre palacios y mezquitas. Sin embargo, arquitectónicamente estos elementos antiguos de las mezquitas son muy distintos de los de un salón del trono (véase el cap. 5). Ningún musulmán se habría sentido confuso, porque sólo la mezquita era un lugar de reunión (*jami,* aunque este término no se usó por lo común para las mezquitas antes del siglo X y no aparece con frecuencia en las inscripciones hasta el XII). Los pabellones abovedados con arcos de perfil barroco de los *minbars* mamelucos sugieren las coronas y los velos del palacio ceremonial islámico; la descripción que de La Meca a fines del siglo XII hace Ibn Jubayr (véase el cap. 6) demuestra que la tradición no se había olvidado. De igual forma, la restricción severa del *khutba* a ciertas mezquitas hasta el siglo XIV fortalece la asociación inicial de las mezquitas con el soberano.

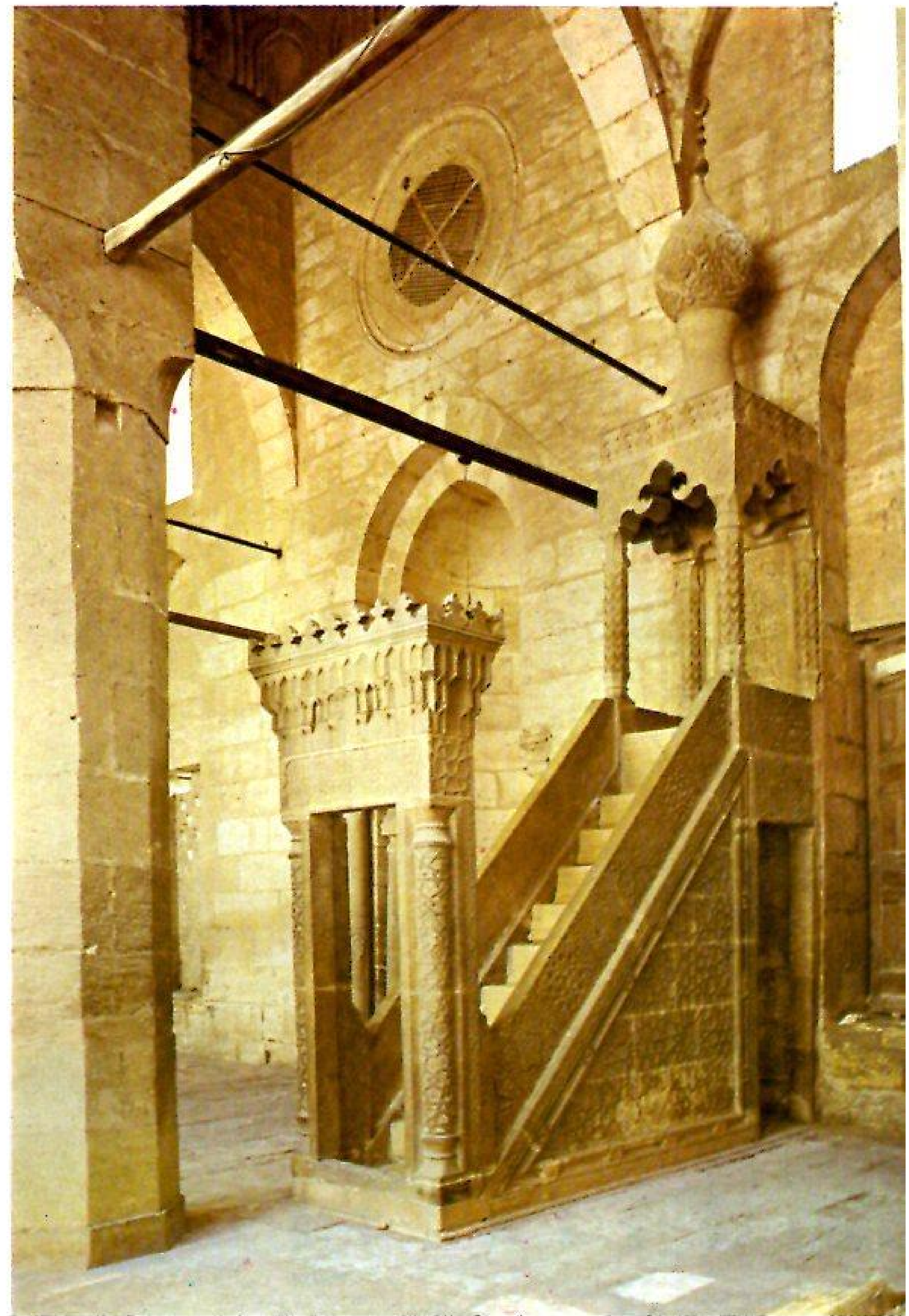
El mihrab. Con todo, el mihrab llegó a tener una importancia que no se puede atribuir a una tradición olvidada

Mezquita de Shaib Ata o Mezquita Laranda, en Konya (1258). La entrada tuvo originalmente dos alminares. El interior, con su bello mihrab de cerámica, da al mausoleo y al *khanqah* del fundador.





Mihrab de cerámica vidriada fechado en 1226 y firmado por el artesano Hasán b. Arabsha al-Naqqash, del Masjid-i Maydán de la ciudad persa de Kashán. Museo Islámico, Berlín.

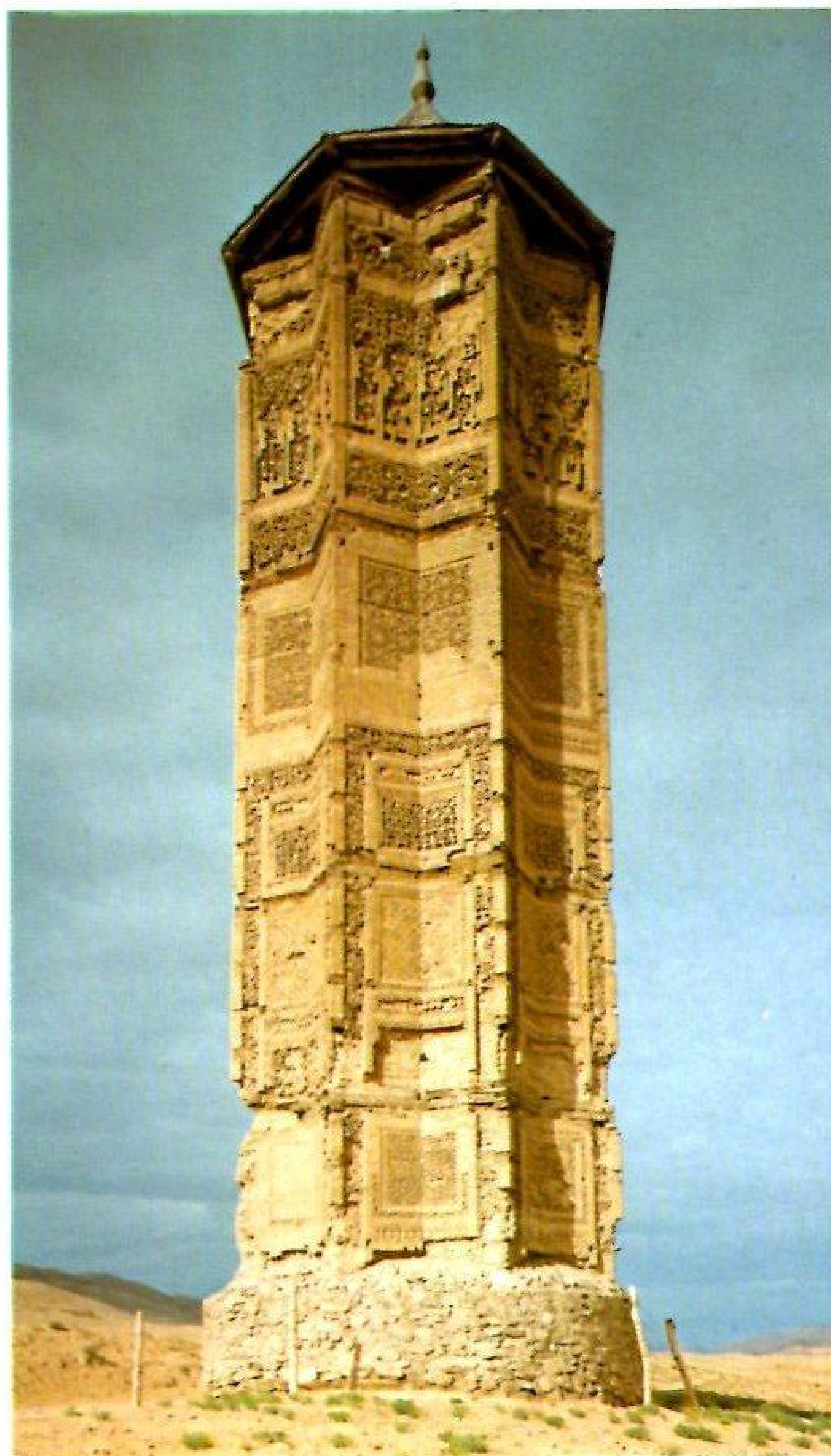


Minbar de piedra caliza en el *khanqah* de Faraj ibn Barquq (1401-1411), en el Cementerio Este, El Cairo; fue un regalo del sultán mameluco Qayt Bay en 1483. Los *minbars* de piedra aparecieron a mediados del siglo XIV en El Cairo y en su mayoría tienen incrustaciones de mármol o pórfido.

del ceremonial islámico antiguo. Nunca fue un ábside, ya que toda la pared de la alquibla estaba orientada hacia La Meca; era demasiado pequeño para ser una ornamentación de la mezquita y a menudo era invisible, porque los pilares lo ocultaban a la vista, como en la mezquita de Ibn Tulun. Sin embargo, bajo la Cúpula de la Roca se colocó un pequeño mihrab de mármol, muy probablemente cuando se la construyó (691-692). El de la medinense mezquita de Al-Walid, aunque de escaso tamaño, tenía mosaicos dorados, paneles de mármol, un trofeo sasánida conocido como el «Espejo de Chosroes» y la única lámpara del edificio colgada ante éste, en una asociación que se haría importante, ya que los mihrabs a menudo se decoran con imágenes talladas de una lámpara de mezquita. Después de esta época, es corriente que los mihrabs estén muy ornamentados.

Los mosaicos del mihrab de al-Hakam II, añadido en 965 a la Gran Mezquita de Córdoba, sugieren el efecto buscado en el casi contemporáneo (hoy restaurado sobre la base de conjeturas) de la mezquita de Al-Mutawakkil, en Samarra (845-852). Existe una amplia serie de mihrabs de estuco, como el que el visir al-Afdal mandó construir en la mezquita de Ibn Tulun (1094), que se continúa hasta el siglo XIV, con obras de terracota y estuco, como en la mezquita de Ashtarján (1315), cerca de Isfahán. También se usaron paneles de madera, tanto en Alepo como en la persa Abyane, junto a las montañas cercanas a Natanz (1103) y en Afganistán, por ejemplo en Char-

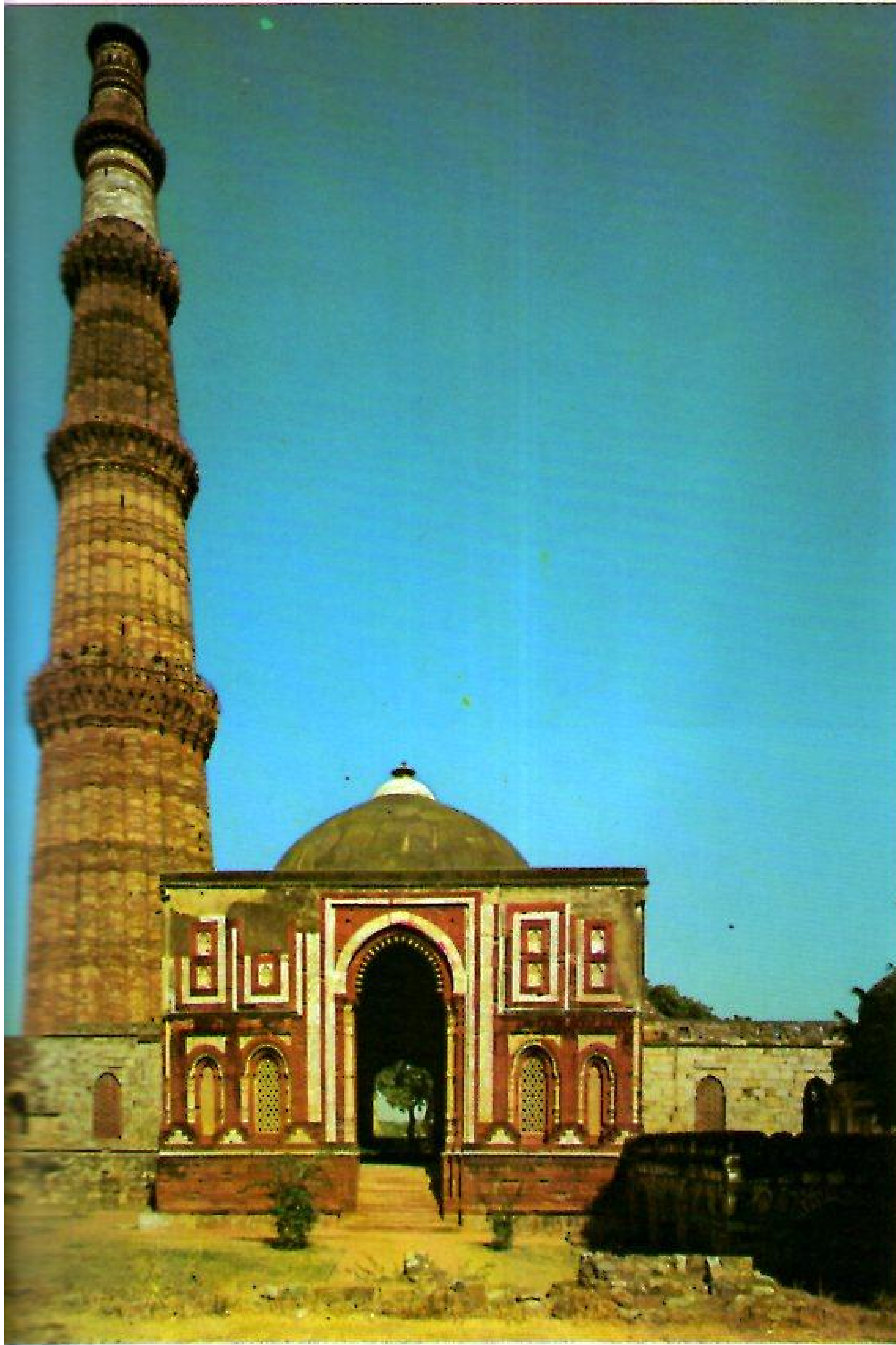




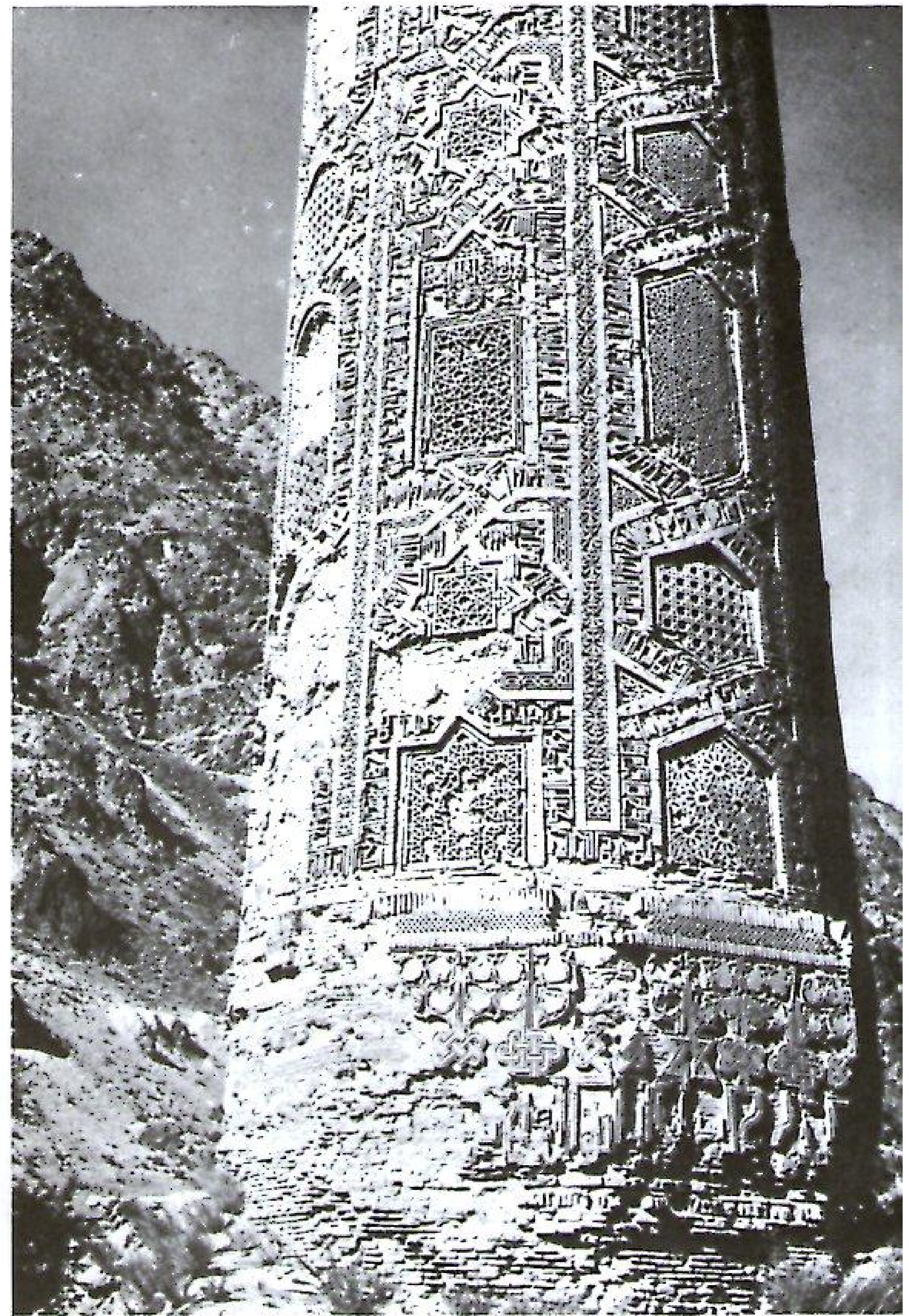
Arriba: alminar de Masud III en la ciudad afgana de Ghazna (h. 1100). Hace un siglo aún se veían las ruinas de una segunda planta.
Izquierda: alminar de la Gran Mezquita de Al-Mutawakkil de Samarra (848-852) quizá inspirado en los antiguos zigurats mesopotámicos. La rampa en espiral se eleva con una inclinación divide cuatro tramos iguales.

kh-i Logar, cerca de Ghazna, un descubrimiento reciente de una misión italiana. En Anatolia se usó el mosaico cerámico en el siglo XIII y quizá los más bonitos fueron los de la Mezquita de Arslanhane (1289), Ankara; en Persia hay mihrabs de mosaicos vidriados de colores, que se fabricaron en Kashan en el siglo XIII, y también otros de mosaicos no vidriados, posteriores. En general, la decoración de los mihrabs se hizo más espléndida a medida que se borraba el recuerdo original de las ceremonias omeyas cortesanas.

Los mihrabs también se popularizaron como monumentos: el de debajo de la Cúpula de la Roca era probablemente de este tipo. Las estelas funerarias en forma de mihrab, en madera o mármol, son bastante lógicas, porque dentro de la tumba el cuerpo debe estar orientado y muchas bóvedas tienen mihrabs en su pared alquibla. Al-Afdal recordó la restauración que hiciera su padre de Ibn Tulun erigiendo un mihrab, como lo hizo también Lajin en 1296, quien no sólo volvió a decorar el original, sino que además añadió dos propios, sobre la alquibla, conocido como el «Mihrab de Sayyida Nafisa», y uno sobre el pilar enfrentado al de al-Afdal, que era una copia exacta del primero en todo, exceptuada la profesión de fe chiíta. El califa fatimita Al-Amir regaló un mihrab portátil de madera a la mezquita de al-



Qutb Minar (empezado en 1191 1192), unido a la mezquita Quwwat al-Islam, Delhi. Las plantas superiores son ampliaciones tardías. Excepcionalmente, además de las árabes, tiene inscripciones en sánscrito.



Alminar de Jam, Afganistán central (h. 1200). La fotografía muestra el inferior de sus tres sectores, un cuerpo de ladrillos cónico revestido por paneles de terracota cuyos bordes se adornan con inscripciones.

Azhar (1126). El mongol Oljeytu convirtió en punto central del edificio al mihrab de la mezquita de invierno que construyó en la Gran Mezquita de Isfahán. La Haram al-Sharif de Jerusalén está llena de mihrabs otomanos y mamelucos instalados al aire libre por los fieles. En el Egipto y la Siria mamelucos, posteriores, existe una preocupación evidente por la orientación *exacta* de las mezquitas hacia La Meca. El requisito no se observó siempre con criterio estricto y en El Cairo fatimita y ayyubida a menudo hay errores de entre 30 y 45 grados. La conclusión obvia es que los mihrabs eran sagrados en sí mismos pero ni los juristas ni la experiencia actual sostienen, por tanto, que el mihrab ha de ser el punto sacrosanto de una mezquita, ya que en ningún sentido son altares islámicos.

El ***minbar***. Aunque no eran esenciales, resultaban litúrgicamente redundantes y casi siempre invisibles, los mihrabs atraían la piedad de los musulmanes. Por el contrario, los *minbars* eran esenciales para las mezquitas, por ser los púlpitos desde los que se daba a conocer el fundamental *khutba*. Su evolución, mucho menos marcada, entre los siglos IX y XV, sugiere que a menudo se los ignoraba. Son tronos altos con respaldo, como el de la mezquita de los Andaluces en Fez, o con un dosel abovedado, como el de Lajin (1296) en la mezquita de Ibn Tulun; se llegaba hasta ellos por una escalera empinada, con balaustradas insertas en una base triangular, a la que se accede atravesando una entrada con un marco ornamentado. Los más antiguos eran de madera y huecos, a menudo con una puerta con bisagras en la base, muy posiblemente para cerrar un espacio en que se guardaban los manuscritos del Corán.

Aunque los juristas siempre reiteraron la tradición de que el trono medinense del Profeta tenía seis peldaños,

pocos artesanos parecen haberse preocupado, ya que la mayoría de los *minbars* tienen muchos más. Desde fines del siglo XI en adelante, normalmente se hacía en Egipto, en *mashrabiyya,* un trabajo calado de madera torneada, y paneles tallados metidos en una estructura también de madera. El más antiguo de los de este tipo está en Hebrón (1091, véase el cap. 6), pero hay también bellos *minbars* en la Gran Mezquita de Marrakech, la Kutubiyya (1125-1130), que sólo se sacaban los viernes, y varios turcos fechados en los siglos XII y XIII; una amplia serie de piezas de los siglos XIV y XV todavía se conserva en las mezquitas cairotas. Los *minbars* de piedra aparecen en El Cairo hacia el siglo XIV, sobre todo en la mezquita de Aqsunqur (1346-1347), con balaustres de mármol tallado y taracea policroma de piedra dura en los lados, y en la mezquita del sultán Hasán (véase el *Relato visual*). Aunque, naturalmente, ya no son huecos, casi todos tienen en la parte trasera un espacio cerrado por una puerta de madera, asentada en bisagras. Los *minbars* de madera son presa del fuego con tanta facilidad que es difícil generalizar acerca de las zonas en que se impusieron. Pero sabemos que pocas veces se habla de ellos en Persia.

El alminar. Otro rasgo que pronto se asoció con la arquitectura de las mezquitas fue el alminar o minarete. Se trata de torres desde las que se llama a los fieles a la oración y tal vez ya existieron en las tempranas fechas del 665 o 673, datas respectivas de la reconstrucción de las mezquitas de Kufa y de Fustat, pero no tienen carácter sagrado y durante el reinado de Hisham (724-743) un cadí ordenó su destrucción en Kufa. El tipo sirio del período omeya hasta el siglo XII, expandido tanto en Persia como en el Magreb, en Córdoba (951-952) o en Sevilla (1172-1198), se inspiraba directamente en las torres romanas cuadradas del recinto de la mezquita omeya de Damasco y de otros lugares. La muy difundida costumbre de construir pequeños pabellones en el techo de la mezquita, desde los que se llama a la plegaria –en Aden, el Yemen, comarcas del suroeste de Persia, incluida Siraf, y Anatolia–, está cercana a la práctica islámica original y lo simplifica todo. En la mezquita cairota del sultán Hasán, cuyos dos alminares de la entrada jamás se terminaron, un coro de muecines convocaba a la plegaria desde los escalones de la fachada.

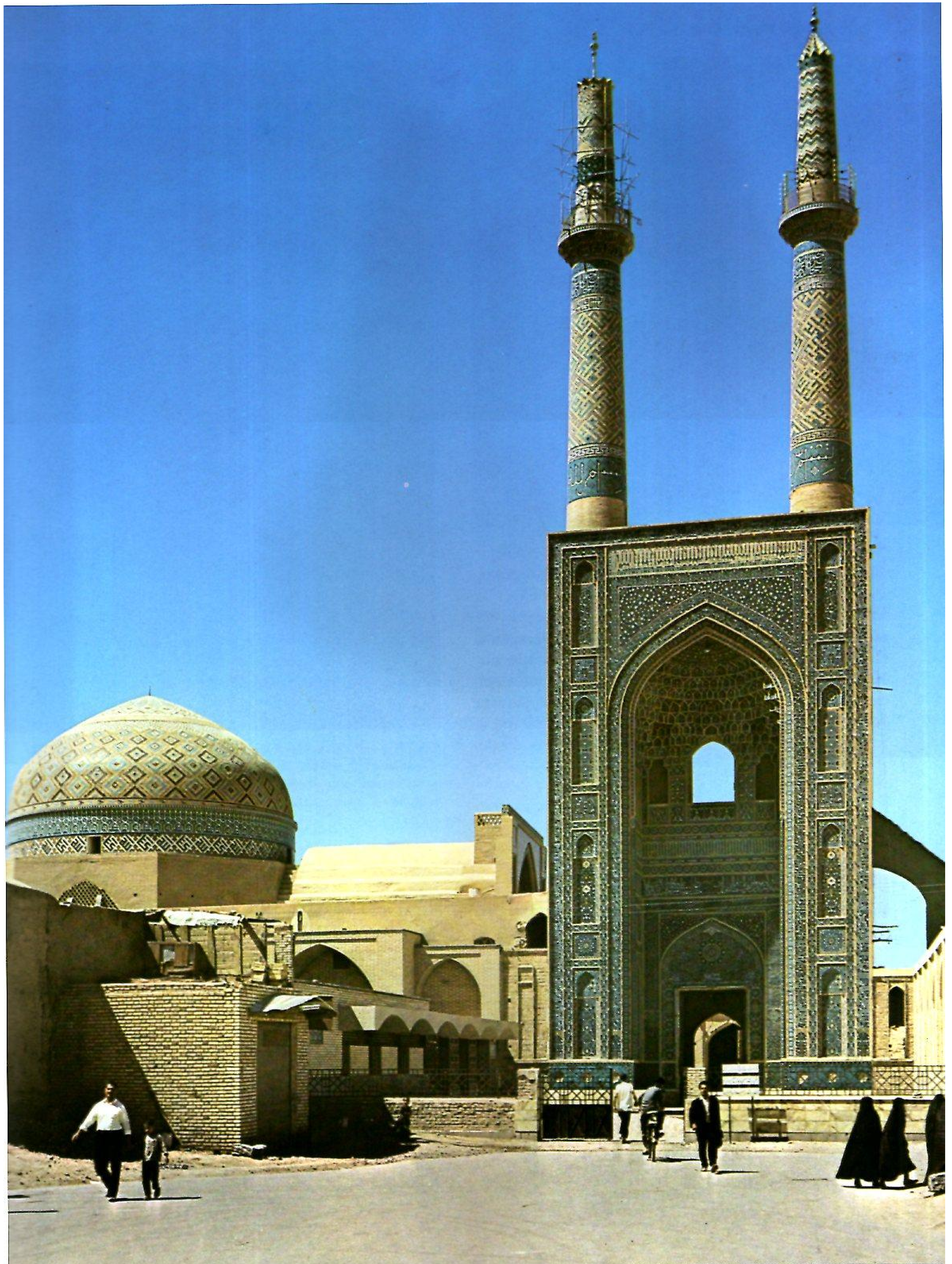
Pero la historia de las mezquitas se puede contar en términos de la historia de enormes alminares poco prácticos. Los de la mezquita de Al-Mutawakkil (848-852) y Abu Dulaf (860-861) en Samarra, con rampas exteriores en espiral, cuyo ancho disminuye a medida que se elevan, marcando sectores de igual altura, y a las que se accede desde la mezquita por un pasillo cubierto, son tan extraordinarios desde el punto de vista estructural que no requieren decoración. Pero desde los tiempos del alminar de Qayrawán (quizá 724-727, si no hubo una reconstrucción en 836) en adelante, hay una tendencia constante a exagerar, en esas construcciones, la altura, los materiales y la decoración a expensas de la practicidad. Además del tipo sirio cuadrado, del que el alminar de la Gran Mezquita de Alepo (1089) es a la vez el más alto y el más bonito ejemplar, hay alminares cilíndricos u octogonales, como los de Al-Hakim, en El Cairo. Los minaretes orientales antiguos más notables son los de ladrillo de Ghazna, en especial el de Masud III (h. 1100), una elevada base que se realza con los restos de un cilindro ahusado por encima, aún visibles hace un siglo, y el alminar de Jam, en Afganistán central (h. 1200), de unos 55 m de altura con tres cuerpos ahusados. Supera a todos el Qutb Minar, en Delhi (empezado en 1191-1192), con cinco cuerpos ahusados de piedra.

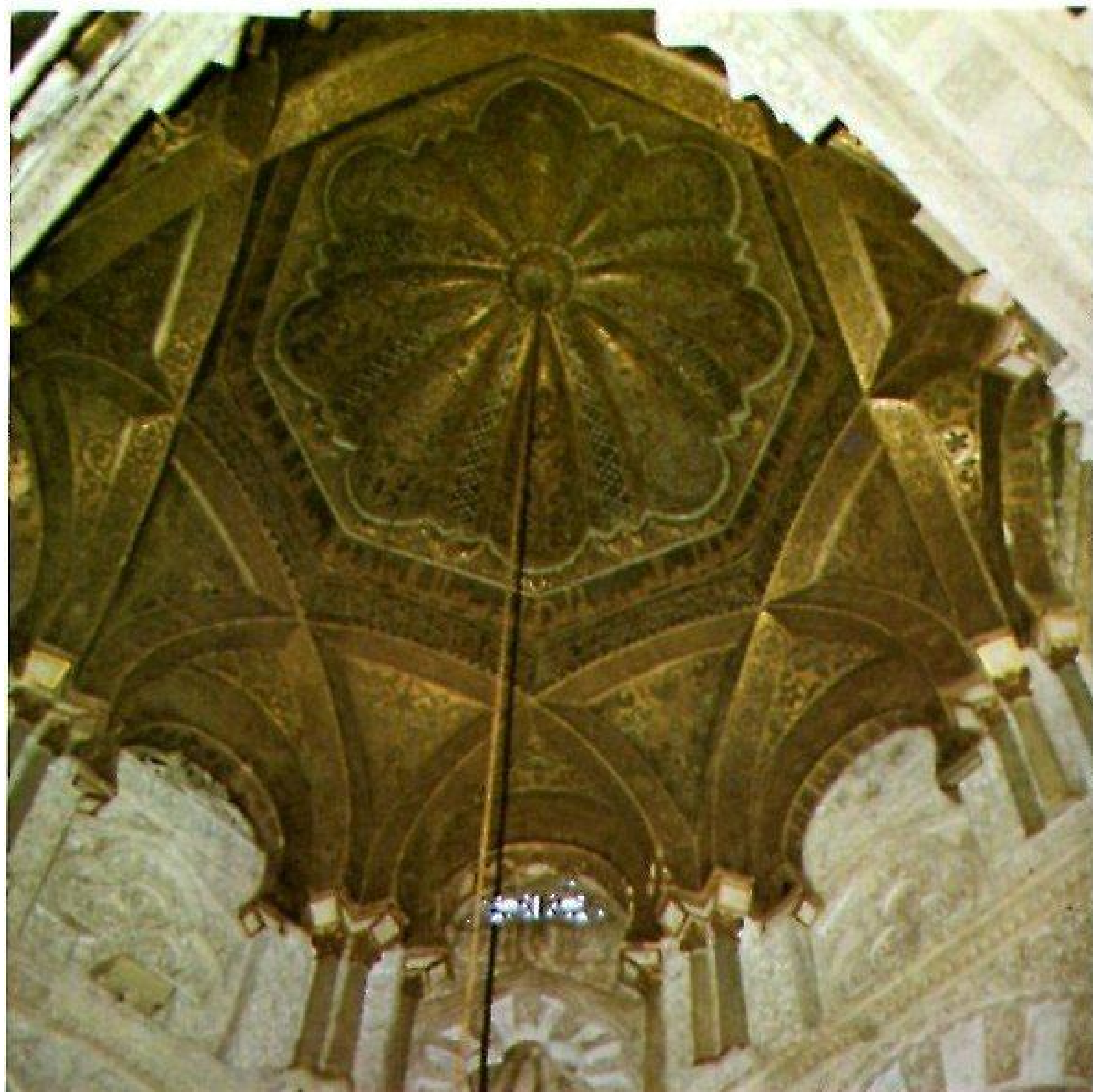
Otra innovación fue la de edificar varios minaretes, sobre todo a pares sobre la entrada. El atrio con dos alminares de la mezquita del Sultán Hasán (véase *Relato visual*) no se pudo terminar y los dos minaretes de la mezquita de Al-Muayyad (1415-1420) de la Bab Zuwayla fatimita produjeron problemas sin cuento antes de quedar, por fin, estabilizados. En Persia, durante el siglo XIV, los minaretes solían desmoronarse, porque eran demasiado altos, y sólo en El Cairo contemporáneo, donde se componían de varias plantas bien diferenciadas –base cuadrada, cuerpo octogonal y pabellón cilíndrico, desde 1340 coronado por un florón bulboso muy similar a las bóvedas bulbosas de los *minbars* contemporáneos–, existió una tradición fuerte de construcción sostenida de alminares. El interés por la altura y la decoración es comprensible como modo de dar énfasis a la importancia de la mezquita desde la distancia, aunque eso hiciera imposible la tarea del muecín.

La fachada y el acceso. El alminar atrae la atención desde fuera y los mihrabs desde dentro, aun cuando ninguno de los dos sea un elemento esencial para la mezquita. Las entradas tienen una historia paradójica semejante. Aunque las fachadas antiguas de las mezquitas a menudo son almenadas o, como en el caso de la mezquita de al-Mutawakkil en Samarra, tienen ventanas con cristales, las entradas a menudo son poco atractivas. Las fachadas andaluzas, por ejemplo la de la mezquita de Toledo –hoy, Cristo de la Luz (999-1000)–, tienen una gran deuda con el arte visigodo, además de tenerla con el islámico. Pero unas pocas entradas antiguas, en particular la de la Gran Mezquita de Mahdiyya (h. 916), se parecen mucho a los arcos triunfales romanos.

En Siria es más difícil definirse. Los zengidas no modificaron la mezquita omeya y fueron los que construye-

Página enfrentada: Gran Mezquita de Yazd. La cúpula del mihrab *(izquierda)* probablemente se construyó en 1316 y el iwán que está delante *(centro)*, hacia 1330. La entrada colosal *(derecha)* se edificó a continuación, pero no se terminó de decorar hasta mediados del siglo XV.





Bóveda que precede al mihrab de la Gran Mezquita de Al-Hakam II, en Córdoba (h. 965).



Entrada al mihrab de Córdoba, revestimiento de mosaico incrustado en un marco de mármol tallado. Excepcionalmente, el mihrab es tan profundo que constituye una pequeña cámara, lo que sugiere que debía servir como *maqsura* para el califa.

ron más en Damasco durante el siglo XII; por ejemplo, la Gran Mezquita de Alepo no tiene una entrada importante. Sin embargo, en otros lugares se hicieron entradas con decoración de mocárabes, cada vez más lujosas, para las almadrazas, hospitales y *khanqas* y por fin terminaron por adoptarse también para las mezquitas; de este modo penetraron en la Anatolia de los selyuquíes, por ejemplo en la mezquita de Sahib Ata, en Konya (1258), con sarcófagos preislámicos de mármol en su base y un par de alminares de ladrillo por encima. Las más peculiares de esas entradas son las de la mezquita de Divrigi (1228) y la entrada este de la mezquita de Sunqur Agha en Nigde (1334-1335), una mezcla de gótico de las cruzadas (principios del siglo XIII) y una versión simplificada del selyuquí de ese siglo.

En El Cairo, las entradas de las mezquitas en el siglo XIV adoptaron las innovaciones sirias y, por esa misma época, en Persia se tomaron de Anatolia y rápidamente se las convirtió en la parte más aparente de la mezquita, con decoraciones brillantes en el revestimiento de mosaicos cerámicos. La entrada de la Gran Mezquita de Yazd es tanto más alta que el resto de la mezquita, que tiene complicados contrafuertes de ladrillos por detrás para reforzarla. Empezada probablemente en 1329-1340, su decoración de mosaicos siguió aplicándose hasta 1375-1376, aunque el par de alminares estilizados, que parecen sumar las alturas del Ossa y del Pelión, son quizá posteriores (1435-1452). Las entradas monumentales eran, si acaso, monumentos a los fundadores, porque allí se fijaba la inscripción fundacional, legible y, además, bien visible. Por tanto, la entrada era un lugar más o menos vistoso de exhibición.

Fuentes y relojes. Hay ciertos rasgos secundarios de las mezquitas que, no obstante, se repiten, en especial las fuentes o estanques bajo un pabellón cubierto por una cúpula. Es evidente que el de la mezquita de Ibn Tulun fue en su origen un pentágono dorado con ventanas en el cuerpo, rodeado por una arcada octogonal que cubría un estanque de mármol con una fuente (se quemó en el 986). Sobre el techo había un pretil de teca y un gnomon. En 1296 fue reemplazado por una construcción monumen-

tal con una cúpula de ladrillo, provista de una escalera que conducía hasta un gnomon también instalado en el techo. A juzgar por las inscripciones coránicas del interior, que se refieren a la purificación, la fuente se usaba para abluciones menores, que normalmente tendrían que haberse hecho antes de entrar en la mezquita. Este tipo de fuentes existe en todo el islam, por lo común bajo bóvedas ligeras, y según los relatos contemporáneos que afirman que se usaban para servir sorbetes en la inauguración de una mezquita, no se utilizaron para las abluciones antes de las conquistas otomanas.

Las mezquitas también contaron con relojes elaborados, mucho más que juguetes, ya que la determinación de las horas de plegaria era un asunto muy serio, aunque los autómatas que se diseñaron servían tanto para el deleite como para una función práctica. Los más complejos tal vez fueron los del Masjid-i Waqt-u Saat de Yazd (h. 1325), pero Ibn Jubayr describió con mucho acierto el que hubo en Damasco a fines del siglo XII, con motivo de una visita que hizo en 1184. Se trataba de una galería de arcadas, con 12 arcos con trabajos de taracea en cobre, destinados a cada hora del día y de la noche. A la hora en punto caía una bola del pico de dos halcones dentro de una copa, con un sonido de campana, y las puertas de la arcada correspondiente se cerraban para indicar la hora. Para las horas nocturnas, en el tímpano que había sobre cada puerta, se colocaba una lámpara que flotaba sobre una cantidad de agua que goteaba durante una hora, de modo que cuando el nivel bajaba, la llama se alzaba y a cada hora se encendía otra ventana. Se necesitaban once hombres para regular el mecanismo.

Planos de mezquitas. Dejamos deliberadamente para el final el análisis de los planos de las mezquitas. Los orientalistas occidentales, convencidos de que la arquitectura cristiana refleja con exactitud cada cambio litúrgico, se mostraron demasiado propensos a interpretar los planos de las mezquitas tardías pensando en cambios de ritual, aunque el islam no los tiene en cuenta. Como señaló Sauvaget, y como lo demuestran las notas anteriores sobre mihrabs, *minbars* y alminares, para el islam la liturgia es menos importante que la estética o las vías misteriosas de los artesanos. El interés equívoco por la liturgia ha inducido a muchos eruditos a hablar de un plano «árabe», tipificado por el de la mezquita de Al-Walid en Damasco (terminada en el 714-715), que más tarde sería desplazado por otros diseños nacionales.

Sin embargo, existen muy pocos testimonios de que se mantuviera el sentido del diseño omeya. En Córdoba (785-786) y en Qayrawán (reconstruida en el 836), se conservaron los elementos básicos –crucero alzado, mihrab abovedado y arcadas oblongas–, pero las subsiguientes modificaciones del siglo X los sumergieron por completo en bosques de columnas. La elegante *maqsura* que

Fachada de la almadraza mausoleo del sultán mameluco Qalaun, El Cairo (1284-1285). La almadraza está a la izquierda de la foto. El mausoleo (con su cúpula recién restaurada) ocupa el centro de la imagen. El alminar se terminó en 1302-1303. Detrás de estos edificios había un hospital.



envolvía al soberano durante la oración se completó en Qayrawán con una soberbia cúpula de aristas. Estas cúpulas no tardaron en suplantar a la *maqsura* y tomaron una forma arquitectónica, por ejemplo, las exquisitas bóvedas que hay ante los mihrabs de Al-Hakam II en Córdoba (h. 965) o la Gran Mezquita de Tlemcen en Argelia (h. 1136); y en especial la cúpula construida por Nizam al-Mulk (asesinado en 1092) en la Gran Mezquita de Isfahán. Además, tras la ampliación que en el siglo X se hizo en la mezquita de Córdoba, las cúpulas de Al-Hakam que están delante y por encima de mihrab y las arcadas dobles de la «Capilla de Villaviciosa», la entrada original a esa ampliación, apenas si conservan algún parecido con la mezquita omeya de Damasco.

Si la planta de la mezquita omeya de Damasco sólo tiene una vaga semejanza con las que esa dinastía desarrolló en el Magreb, los abasidas de Mashriq no fueron más fieles. Veamos la introducción de recintos exteriores *(ziyadas)*. La mezquita de Al-Mutawakkil en Samarra tenía por el norte, este y oeste patios delanteros –en el del norte estaba el alminar en espiral, la Malwiyya– y a continuación un recinto mucho más amplio, muy visible en las fotos aéreas, de 376 por 44 m de extensión. Un desarrollo semejante fue la multiplicación de las arcadas que rodeaban el patio en estas mezquitas: las arcadas de la alquibla aumentaron en tamaño y número; sin embargo, no podemos deducir que sólo las oraciones que se rezaran en esas arcadas fuesen válidas, ya que los pesados pilares de Ibn Tulun que impedían ver el mihrab y, además, oír el *khutba* obligarían a los fieles a seguir la plegaria del viernes desde el patio. Esto implica que la mezquita en su conjunto se consideraba como adecuada sólo para lo ritualmente puro, y es probable que no fuera el caso en los patios de las mezquitas omeyas y la idea aún no estaba generalizada a todo el edificio en la Gran Mezquita de Isfahán, donde el patio sirve como espacio para los bazares y sólo los iwanes axiales se destinan a lo ritualmente puro.

Hacia 1100, las mezquitas de viernes empezaron a adoptar la planta cruciforme en Persia, planta en que el iwán axial cumple el papel de un crucero con la cúpula que está sobre el mihrab. Pero el cambio es más aparente que real. A juzgar por la Gran Mezquita de Isfahán, los cuatro iwanes se agregaron muy posiblemente después de un incendio ocurrido en 1121, pero mucho después que la cúpula construida por Nizam al-Mulk, y nunca suplantaron a las arcadas. La Gran Mezquita de Yazd (siglo XIV) muestra una brecha temporal semejante entre la cúpula que cubre el mihrab (quizá terminada hacia 1316) y el iwán axial que da a ella (tal vez unos quince años posterior). Los orígenes de las plantas con cuatro iwanes son oscuros, ya que sólo la muy citada predecesora de Isfahán, Nayriz, con un mihrab fechado en el año 973, se reconstruyó en el siglo XIV. Pero la moda se expandió con rapidez en la comarca de Isfahán, entre 1110 y 1150, y los mongoles la adoptaron como planta tipo en el siglo XIV, por ejemplo en Varamin (Gran Mezquita, 1322-1326) y en Tabriz, en la mezquita que construyó el visir Ali Shah (terminada h. 1322).



Observatorio de Murad III en Estambul (1579), del *Shahanshahname*, Biblioteca de la Universidad de Estambul, MS. F1404. En Samarcanda también fue importante la astronomía.

Almadrazas

Como en la Europa medieval, el valor que el islam siempre dio a la educación fue sobre todo religioso: el estudio y el comentario del Corán y de las sentencias *(hadith)* atribuidas tradicionalmente a Mahoma, derecho canónico y disciplinas previas, como la gramática. La educación básica era una responsabilidad familiar. Aunque en tiempos posteriores se fundaron escuelas coránicas para los huérfanos o los hijos de los pobres, no había un control público directo sobre la enseñanza, ni siquiera en las *maktabs* del Imperio otomano, fundadas por Mehmet II en Estambul, en el siglo XV. La educación superior también era informal, a pesar de la demanda continua que de

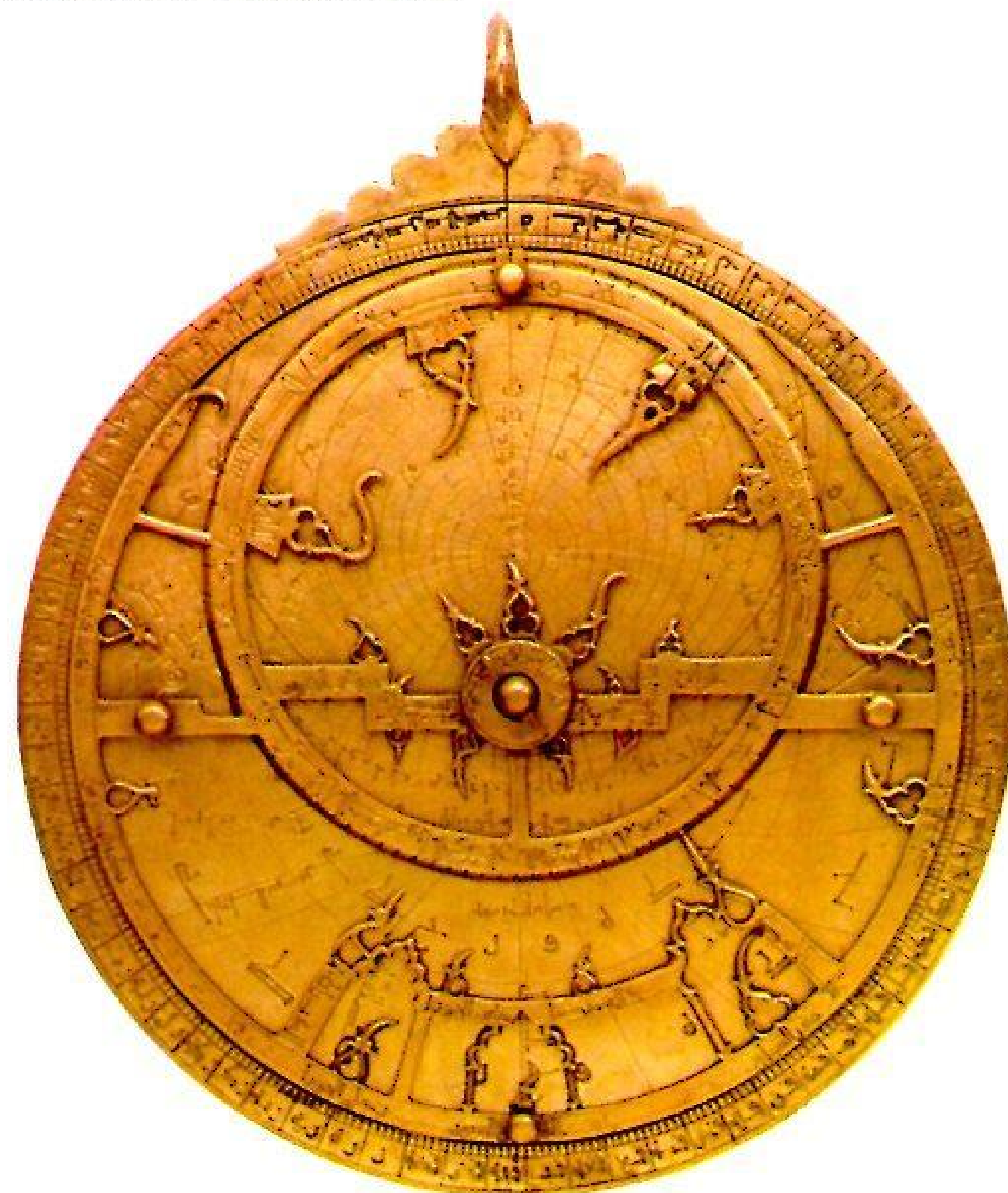
administradores o jueces calificados hacía la burocracia musulmana; de escribientes, la Cancillería –donde el árabe fue la lengua principal en todo el islam hasta el siglo XII– y de redactores apologistas, como los que necesitaban para su causa los abasidas en el siglo IX, los soberanos mismos.

En la Edad Media tardía, las mezquitas eran aún los principales centros de la enseñanza superior. Por lo común, se nombraba a eruditos distinguidos para que ocuparan de por vida una cátedra y sus clases eran de asistencia libre. No había un programa de estudios y pocas veces se daba a un estudiante un diploma que le permitiera enseñar sin que mediara una previa asociación personal prolongada; de modo similar, cuando sus profesores pasaban a otra mezquita, los ayudantes los acompañaban. Una cátedra, en los orígenes, no era remunerada y, por tanto, los eruditos se ganaban la vida copiando manuscritos o prestando asesoría legal, aunque esta asesoría se podía obtener gratuitamente, porque las clases sobre temas legales eran públicas. Además, era corriente que se permitiera a los catedráticos, junto con su familia, vivir en la mezquita.

Instituciones educativas antiguas y bibliotecas. Las instituciones educativas más antiguas estuvieron en Bagdad, en el siglo IX: el Bayt al-Hikma, la Dar al-Ilm y la Dar al-Kutub. El Bayt al-Hikma era en principio una oficina de traducciones, en la que trabajaban los expertos de la academia sasánida de Jundishapur, fundada por Jusraw Anushirwan (531-579) para los siete sabios de la academia neoplatónica ateniense, que sufrieron el exilio por orden de Justiniano en el año 529 d. C.; pero su estructura posterior fue obra del califa abasida Al-Mansur (754-775), en cuya época se empezaron a elaborar traducciones al árabe de textos siriacos, persas (pelvi), sánscritos y griegos: eran las obras de Galeno, Hipócrates, Dioscórides, Ptolomeo, algunas de Euclides y Arquímedes y muchas otras de autores clásicos, sobre astronomía y mecánica, una versión del *Romance de Alejandro* (las legendarias hazañas de Alejandro Magno) o una pseudoaristotélica *Theologia* que, entre otras cosas, afirmaba que el mundo era eterno. Esto hizo que el Bayt al-Hikma se hiciera conocido. Los traductores, entre quienes había musulmanes, griegos y cristianos orientales, empezaron a especular sobre las consecuencias de la *Theologia* –tal como lo harían en el siglo XIII los eruditos parisienses, cuando el texto llegara a Europa occidental– y, en especial, se ocuparon del tema de la negación de Dios como Creador, en lo que esa obra contradecía lisa y llanamente al Corán. El consiguiente interdicto dio mala fama a la filosofía y a la teología especulativa griegas y tuvo como resultado su exclusión explícita de los planes de estudio de las almadrazas, desde el siglo XI en adelante, con graves proyecciones para las ciencias islámicas en tiempos posteriores. La Dar al-Ilm era una pequeña biblioteca donde se impartía enseñanza, con una especial atención a los temas legales, fundada en 993 por un visir buwayhida. Es difícil determinar cuánta fue su influencia; sin embargo, destruida por un incendio en 1059, se reconstruyó prontamente bajo el nombre de Dar al-Kutub y se la dotó con una nueva biblioteca. Según narran testigos de la época, allí se celebraban las discusiones legales.

No se conserva ninguna de las bibliotecas antiguas, en parte porque en un principio se las consideró demasiado poco permanentes como para convertirlas en *waqf.* La acusación de que los árabes quemaron la famosa Biblioteca helenística de Alejandría en 641 d. C. no tiene fundamento. Pero los libros se queman con facilidad y la iluminación era tan primitiva durante la Edad Media que el incendio era un peligro constante. Con todo, a fines del siglo XI se aceptó, en general, que las bibliotecas y los libros podían ser convertidos en *waqf* y, a la vez, sus *scriptoria* (talleres de copistas), correspondientes a los europeos de los monasterios medievales, desempeñaron un papel importante en la vida intelectual islámica, ya fuera como instituciones independientes o unidas a monumentos funerarios. Yaqut escribe con nostalgia acerca de las bibliotecas en las que trabajó mientras elaboraba su manual de geografía, el *Mujam al-Buldan*, destruido durante la inva-

Astrolabio de bronce hecho en Toledo y fechado en 1068. Los astrolabios se usaban para la navegación y para determinar el tiempo o la longitud de los espacios que fijaban las horas de la plegaria. Museo de Historia de la Ciencia, Oxford.



sión mongola de 1221. Pero muchos de los manuscritos del siglo XII, conservados aún o citados posteriormente por diversos autores, demuestran que incluso las catástrofes políticas tuvieron pocos efectos permanentes en el desarrollo de los talleres de copistas islámicos.

La situación cambió cuando los fatimitas invadieron Egipto en el 969 d. C. y fundaron la mezquita de Al-Azhar (970-972), como centro de propaganda ismailí, y un anexo, la Dar al-Ilm, con dependencias y facilidades para estudiantes, a fin de enseñar la doctrina suprema a los misioneros que después se enviarían fuera para predicarla. Llegaron estos misioneros a Siria, a Yemen y a la comarca india de Multán y se conectaron con la secta persa de los Asesinos. Los selyuquíes, que desde 1055 en adelante fueron los campeones del califato abasida de Bagdad, se alarmaron lo bastante frente a esa suma de heterodoxia e imperialismo como para crear instituciones de enseñanza que rivalizaran con aquellas y que siguieron el modelo de la Dar al-Ilm fatimita, con lo que pensaban fortalecer la ortodoxia. Así fue como desarrollaron las almadrazas, que pronto se convirtieron en una parte esencial de la vida intelectual islámica, aunque las mezquitas mantuvieron su preponderancia como instituciones de enseñanza hasta el siglo XV.

Existen datos de almadrazas del siglo IX, que fueron posiblemente una adaptación islámica de las *viharas* budistas, monasterios en los que había biblioteca y talleres de copistas, aunque su desarrollo posterior debe mucho a los monasterios cristianos y a los maniqueos. La institución real más antigua, de la que aún no se han descubierto restos concretos, parece haber sido una almadraza construida a la vez que la Gran Mezquita de Ghazna por Mahmud de Ghazna (m. 1030). Es posible que las primeras almadrazas se fundaran para enseñar derecho canónico aunque, con la excepción de que estaba prohibida la enseñanza de la teología especulativa, deben haberse ocupado de todo el currículo teológico. Instituciones como Dar al-Hadith (literalmente, casa para la Tradición) y Dar al-Huffaz (para memorizar el Corán) tal vez tenían el mismo alcance y no se diferenciaban demasiado de las almadrazas.

Plan de estudios y organización. La importancia de la ciencia en las almadrazas es difícil de estimar. Una simpática carta del astrónomo Ghiyath al-Din Kashi a su padre, en la que presume de sus proezas, demuestra que en la almadraza de Ulugh Beg (Samarcanda, 1420) se enseñaba astronomía, pero cuando terminó la construcción del Observatorio de este príncipe, es de suponer que todas las clases pasaron a dictarse en él. Resulta significativo que Mehmet II, cuando el Observatorio se desmanteló, después del asesinato de Ulugh Beg (1449), contratara al astrónomo real Ala al-Din ben Muhammad Qushji para una cátedra en la mezquita de Hagia Sofía, en Estambul. Esto sugiere que el plan de estudios de las mezquitas a veces era más amplio. Se necesitaban las matemáticas y algo de astronomía para determinar la orientación correcta de la alquibla y las horas precisas de la oración; en la mezquita omeya de Damasco, donde estaba el espectacular reloj astronómico descrito por Ibn Jubayr en el decenio de 1180, los controladores oficiales del tiempo mantuvieron viva la astronomía, al parecer, en los siglos XIII y XIV. Poco se sabe de las otras ciencias.

El énfasis en la ley islámica es importante. En teoría, era un tema de consenso entre las diversas escuelas de interpretación, o ritos (*madahib*) que compartían un dogma común. En el siglo XII, dentro del islam sunita, esas escuelas eran cuatro: chafí, hanafí, malikí y hanbalí; con el tiempo, se habían convertido en facciones, como las facultades rivales de la Sorbona en el siglo XIII, y sus enfrentamientos a menudo ocasionaban grandes daños. En los siglos XI y XII incluso las mezquitas de Bagdad solían asociarse con escuelas particulares. Esta rivalidad explica por qué las almadrazas antiguas eran instituciones privadas y no públicas, restringidas a una escuela de leyes. Tampoco tenían lo necesario para la oración del viernes: si en ellas había un púlpito, estaba destinado a los sermones. Esta norma se reforzó con energía incluso en el siglo XIV, cuando se denegó el pedido de celebrar la oración del viernes en la almadraza cairota de Qalaun (1284-1285), alegando que eso iba contra la intención del fundador.

A fines del siglo XI, el visir selyuquí Nizam al-Mulk (asesinado en 1092) fundó una importante serie de almadrazas, las Nizamiyyas de Bagdad, Nishapur, Merv y otras ciudades, no todas capitales selyuquíes, como instituciones para la propagación oficial de la ortodoxia sunita. En ellas había alojamiento y se daba estipendio a profesores y alumnos: ambas cosas toda una novedad. Sin embargo, esto resultaría ser un arma de doble filo, porque los alumnos solían buscar las almadrazas más ricas y no los mejores profesores, además, Nizam al-Mulk reemplazaba con frecuencia a los catedráticos, en lugar de hacerles contratos vitalicios, y eso también perjudicaba la enseñanza.

No se sabe qué cantidad de estudiantes acogían estas almadrazas. Tampoco se sabe qué clase de edificios fueron. Es probable que las Nizamiyyas no hayan sido construcciones independientes. Por ejemplo, Ettinghausen argumentó que partes de la Gran Mezquita de Isfahán sirvieron como almadrazas en el período selyuquí y esto también es probable en el caso de otras mezquitas aljamas de esa época.

Aunque no se sabe mucho de la actividad de las almadrazas persas imaníes, es seguro que compartían un principio importante con las sirias de los siglos XII y XIII: esencialmente pertenecían a un rito. Las almadrazas antiguas de dos ritos no son desconocidas e incluso hubo presio-



Fachada de Çifte Minare Medrese, en Sivas, Anatolia central. La almadraza se fundó en 1271-1272, pero sólo se conserva esta fachada, de elaborada ornamentación.

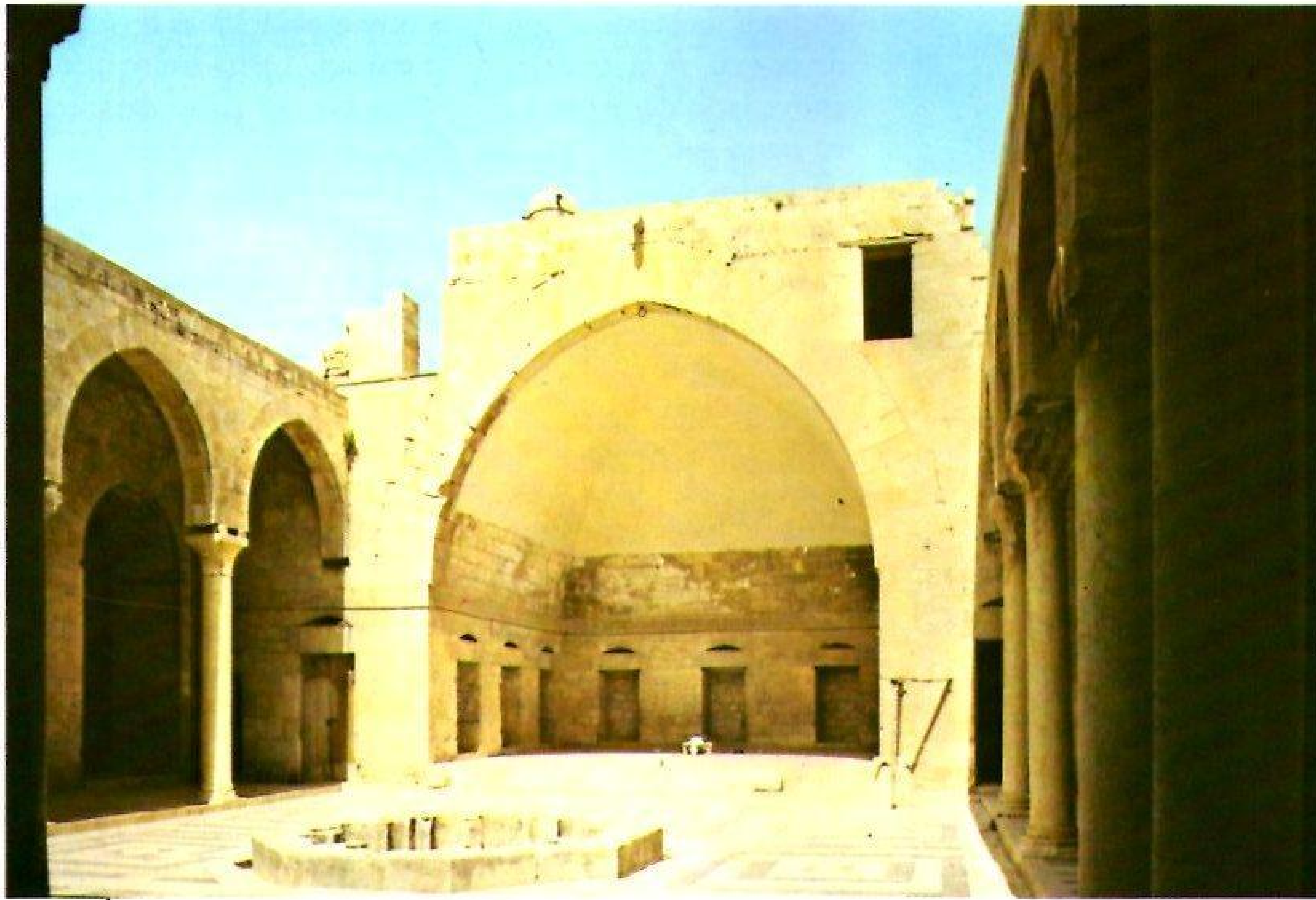
nes para que se fundaran. Por ejemplo, el hijo del visir fatimita Al-Afdal contrató cadís para los ismailíes, los imaníes, los chafís y los malikís en El Cairo, a comienzos del siglo XII, de los cuales los dos últimos grupos debían aplicar la ley entre la mayoría de la población egipcia que, evidentemente, no se había convertido al chiísmo. La almadraza Mustansiriyya de cuatro ritos de Bagdad, una de las mayores del islam (106 por 48 m), sugiere una sorprendente –y sin duda puesta en práctica– confianza en la capacidad de su intendente para aplacar la antipatía mutua de las escuelas legales.

Mejor documentada está la almadraza cairota de Al-Nasir Muhammad (1295-1304) que, aunque hoy está en malas condiciones, representa una construcción antigua junto al mausoleo de su padre, Qalaun (véase cap. 6), que compró empezada y mandó terminar. La entrada es gótica, el atrio de mármol de la iglesia de San Andrés de Acre, que había llegado a El Cairo poco después de que se expulsara a los cruzados de Palestina y que pasó por las manos de varios propietarios antes de que Al-Nasir lo comprara para su almadraza. Por encima de él se alza un alminar de ladrillo, con ricas ornamentaciones de relieves de estuco. A la derecha de la entrada había un mausoleo abovedado de madera precedido por un patio delantero. El patio principal era amplio, con cuatro iwanes, de los cuales los dos del eje principal eran mucho más profundos que los otros: el de la alquibla era malikí, con un mihrab soberbio, de estuco, casi mongol, flanqueado por un par de columnas verdes de *breccia* del palacio fatimita y una gran toma de aire. A los chafís se les adjudicó el iwán opuesto. Los nichos que hay allí y en los iwanes menos profundos, que correspondían a los hanafís y a los hanbalís, son tal vez los sitios en que se guardaban los libros de biblioteca fundada por Al-Nasir. Tres de los cadís principales de El Cairo fueron profesores de esta almadraza; el profesor chafií, un modesto jeque, también debió ser un erudito distinguido.

Esta almadraza vuelve a plantear los problemas de dar cabida a los cuatro ritos simultáneamente. Los iwanes son lo bastante altos como para que hubiera tres plantas de celdas para los estudiantes, aunque ya no existen esas habitaciones; los cadís sin duda vivían en otros puntos de la ciudad. Resulta digna de atención la instalación de los malikís en el iwán de la alquibla, ya que Egipto era en su mayoría chafií y los mamelucos, probablemente, hanafís y, por tanto, sería habitual cierta injusticia respecto de uno o más de los ritos. La planta es un bonito ejemplo de la parcialidad de la simetría.

El gran número de almadrazas fundadas en El Cairo durante los siglos XIV y XV refleja un movimiento importante de profesores. Esto favorecía la preeminencia de la mezquita de Al-Azhar que, tras 50 años de abandono en tiempos de los ayyubidas, recuperó su antigua importancia con los primeros mamelucos y disfrutó de constantes restauraciones o ampliaciones en los siglos XIV y XV; dos de las ampliaciones primordiales fueron almadrazas, la de Taybars (1315), que sin duda no tenía espacio dedicado a residencia, y la de Aqbugha (1339). Las disposiciones excesivamente informales con respecto a la admisión y graduación de los estudiantes, habituales en otras almadrazas cairotas, se resolvieron quizá en éstas con alguna forma de concurso de méritos.

Mucho menos se sabe de las almadrazas en otros lugares. Uno de los descubrimientos más espectaculares de los años recientes ha sido el de una, en el norte de Afganistán, en un asentamiento conocido como Sha-i Mashhad, fechada en 1165-1166 y quizá erigida en conmemoración de la reconquista de la provincia de Gharjistán, en poder de los turcos guz, que llevó a cabo el mandatario gurida Ghiyath al-Din. Es un edificio de ladrillos cocidos, más o menos cuadrado, con una gran entrada que da a un patio, con un iwán axial que mira al norte y las ruinas de una habitación abovedada, sin duda un salón de clase, por el lado de la entrada. Su decoración es muy rica y en ella



Izquierda: Madrasat al-Firdaws de Alepo (anterior a 1236-1237); vista desde la alquibla. Había celdas para los estudiantes a cada lado del patio, que daban al corredor de arcadas.

Página siguiente: alzado y planta del mausoleo-*khanqah* de Salar y Sanyar al-Jawili, El Cairo (1303-1304). Según Creswell.

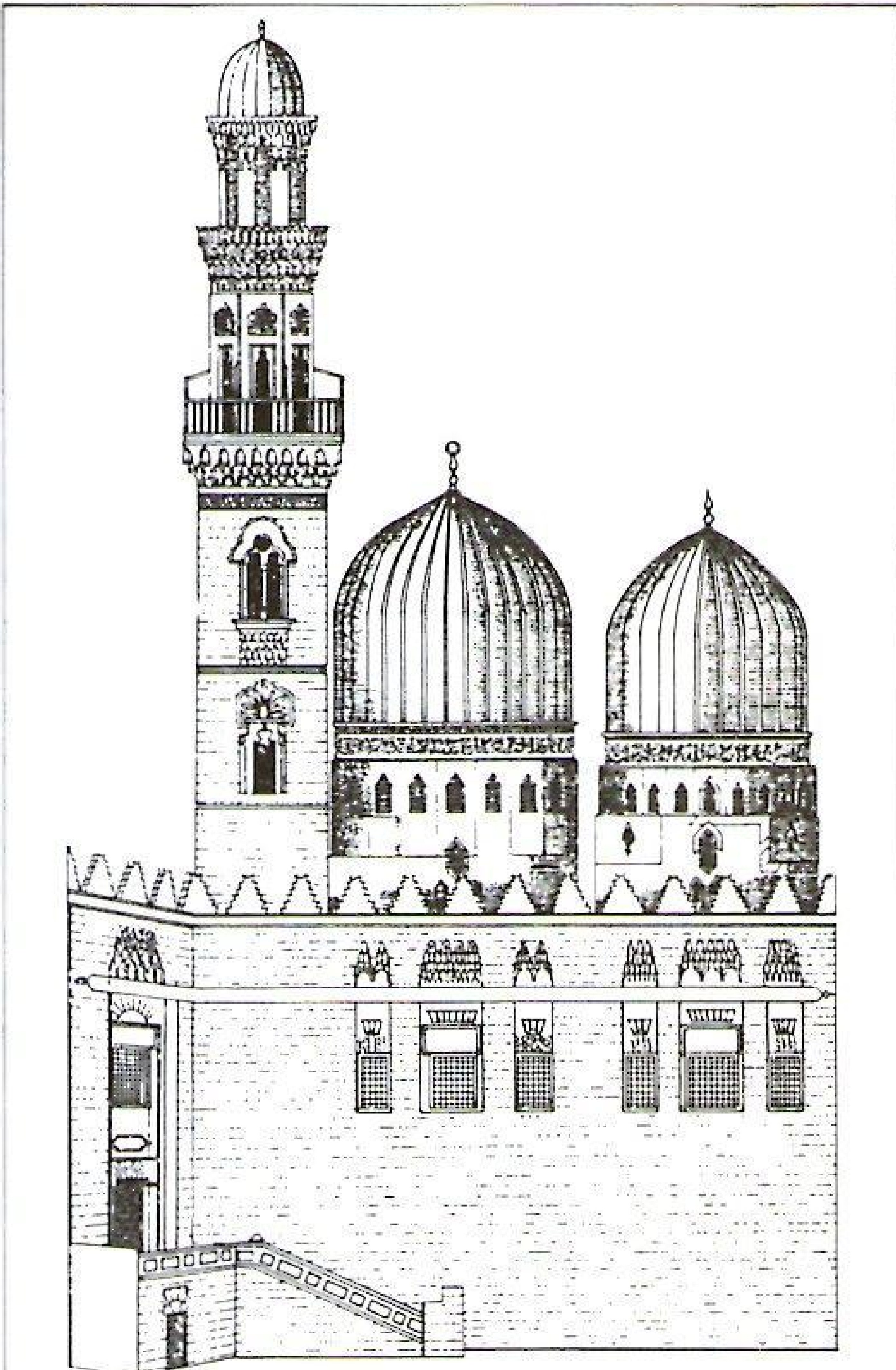
predominan las inscripciones coránicas, en ladrillos tallados, placas de terracota y, en menor cantidad, estuco.

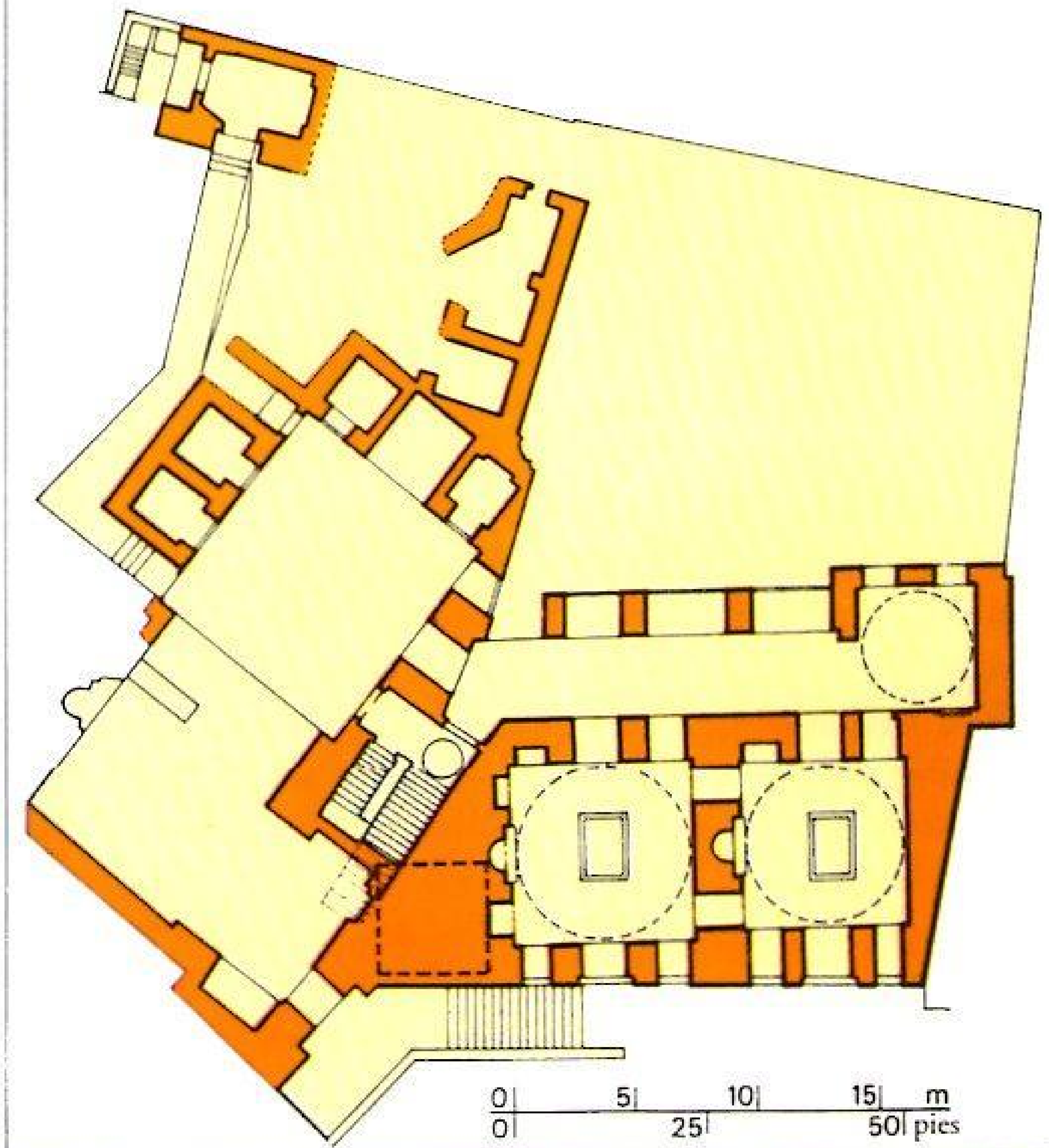
De un modo desconcertante, tampoco existe documentación sobre las almadrazas selyuquíes de Anatolia, aunque arquitectónicamente son notables, porque no sabemos a qué escuela de leyes se dedicaron. La Çifte Minare Medrese de Erzurum (que debe fecharse en 1242, si bien quizá la fundara Kayqubad I antes de morir, en 1236, para conmemorar la anexión de la ciudad, que se produjo en 1230); la Çifte Minare y la Gök Medrese de Sivas (ambas de 1271-1272): la Ak Medrese de Nigde (1409) y las grandes almadrazas de Sinope, Antalya y Konya dan, todas ellas, testimonio del celo y del buen gusto de sus fundadores. Tienen fachadas con hermosa ornamentación y a menudo espléndidas decoraciones interiores de cerámica. Pero ninguna de ellas tenía lugar para abluciones, chimeneas, cocinas o habitaciones para los profesores, y los estudiantes habrán aprendido mucho de ascetismo, a la vez que de teología.

Hospitales. La Mirjaniyya Madrasa de Bagdad (1357), una fundación real terminada por el emir Mirjan, gobernador de la ciudad, tiene parte de una inscripción de *waqfiyya* (no inusual en los siglos XIV y XV), una de cuyas interpretaciones es que también era un hospital, aunque podría significar que este último estaba contiguo. Aquí surge el tema de los hospitales islámicos, cuyas plantas, a juzgar por los edificios que se conservan, en su mayoría no difieren de las de las almadrazas. Los hospitales del islam aparecieron por primera vez en Bagdad, bajo la influencia de la escuela médica sasánida de Jundishapur, y después se encuentran en muchas grandes ciudades de los dominios abasidas. Eran instituciones de enseñanza, además de centros de atención clínica. Más tarde, Rashid al-Din ordenaría en sus cartas que el hospital de Rab-i Rashidi contratara cirujanos famosos, ópticos y expertos en huesos. También allí se escribieron tratados de medicina.

Es innecesario subrayar lo poco adecuada que era para los hospitales la planta de patio abierto estilo almadraza, ya que era esencial la segregación de los sexos, de los locos y los enfermos febriles (la medicina islámica sostenía una teoría del contagio). Los hospitales de Sivas y Divrigi son de una construcción estupenda, pero no hay protección de las inclemencias climáticas y no existe en esos edificios un solo lugar que se pueda identificar como una chimenea.

Nueve años después de recibir tratamiento en el hospital de Nur al-Din en Damasco, y por un voto hecho entonces, en 1284-1285 Qalaun construyó un hospital en El Cairo, un edificio de planta cruciforme, una incongruencia aparente que indujo a muchos estudiosos a suponer que el diseño se correspondía con el del palacio fatimita sobre el que se hizo la edificación. Sin embargo, buena parte de ella estaba lejos del patio central con sus cuatro iwanes. Al-Nuwayri, director del hospital entre 1304 y 1308, afirma que, aparte de los iwanes y las fuentes que fluían en estanques, había guardias separadas para cirugía, ginecología, disentería, ictericia y oftalmología. Además, había cocinas, dispensarios y depósitos suficientes para atender a un total de 200 enfermos. Se daban gra-





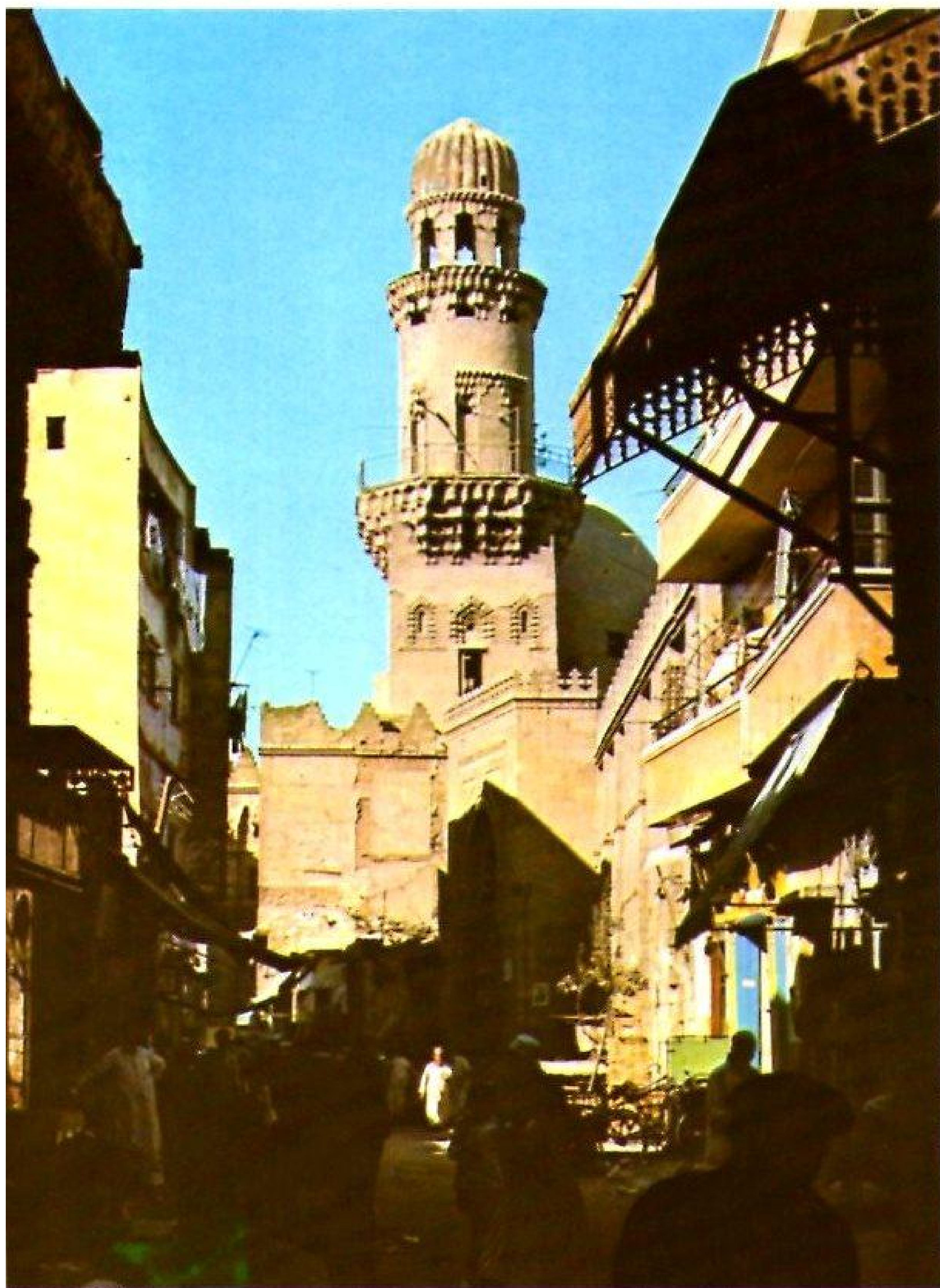
tuitamente camas, colchones, mantas, almohadas, sábanas y vendas; Desgenettes, el general cirujano del ejército napoleónico, que inspeccionó el hospital en 1798, señaló que había camas de piedra con un agujero en el medio, para los enfermos incapaces de ir por su pie a los servicios.

Muchos de los médicos famosos de los primeros tiempos del islam eran cristianos o judíos y siguieron siendo importantes en la profesión médica hasta la caída del Imperio otomano. ¿Dónde estudiaban esos doctores? El rabino Benjamín de Tudela (fines del siglo XII) describe un seminario de Bagdad destinado a la educación de los rabinos, que evidentemente estaba organizado como una almadraza, y también hubo muchos monasterios sirios, sobre todo en el norte de Irak, donde pueden haber estudiado muchos famosos médicos. No obstante, en el Egipto mameluco y en la Turquía otomana no se dieron oportunidades semejantes y, a falta de otra explicación mejor, parece que en los hospitales musulmanes estudiaron doctores no musulmanes, aunque el *waqfiyya* de la almadraza del sultán Hasán explicita que los médicos contratados por la fundación debían ser musulmanes. Si esto es verdad, nos preguntamos si en las almadrazas hubo estudiantes no musulmanes. Es verosímil que haya sido así: la cancillería necesitaba escribas educados y pocas veces hubo impedimentos religiosos para emplear a no musulmanes, aunque nada se sabe con certeza.

Con frecuencia se ha dicho que las almadrazas eran el

Abajo: bóveda del vestíbulo de la almadraza-*khanqah* del sultán mameluco Barquq (1384-1386). La almadraza, un edificio cruciforme con un amplio iwán alquibla espléndidamente ornamentado, ocupa toda la fachada que da a la calle.





Khanqah de Baybars al-Gashenkir o Chashnegir, El Cairo (terminado en 1309). Debajo del alminar se ve la fachada saliente del pórtico que da a la tumba de Baybars, construida en la calle principal después de que éste se convirtiera en sultán. El *khanqah* está detrás de la tumba y es el mejor conservado de El Cairo.

equivalente de las universidades europeas antiguas. La gran diferencia fue la falta de una situación corporativa, pero en lo restante el paralelo es adecuado. Esta descripción de las instituciones musulmanas educativas es, por supuesto, aproximada y muestra las limitaciones de las pruebas arqueológicas.

Khanqahs

El sufismo institucional es hoy una ocupación de tiempo libre, con actividades comunes restringidas a prácticas como la lectura regular del Corán, oración y procesiones comunitarias. Pero no siempre fue así. El sufismo del islam antiguo se desarrolló por una combinación de dos tendencias separadas, misticismo y ascetismo (del nombre árabe de la túnica rústica de lana que usaban los ascetas proviene del nombre de sufíes). La preocupación principal de los primeros sufíes fue que el pueblo llevara una vida devota, sin ostentaciones, pero los maestros posteriores alentaron las experiencias más místicas o la renuncia a la vida mundana, y de sus enseñanzas surgieron las distintas órdenes sufíes.

El crecimiento del sufismo. A menudo se dice que el sufismo es iraní, chiíta, más o menos heterodoxo y populista. Pero aunque en Egipto, durante el siglo XIV, Ibn Jaldún desestimó a los sufíes como chiítas panteístas, en la Persia del siglo XV recibieron los ataques violentos de los apologistas chiíes, que los veían como instrumento de la propaganda ortodoxa. Tradicionalmente, les llegaron acusaciones de heterodoxia en todas partes. En un tema concuerdan los escritores chiítas y sunitas y no pocos sufíes: la depravación moral de los demás. La acusación es demasiado común en la polémica religiosa como para tomarla literalmente. Es posible malinterpretar las tendencias místicas de gran parte del sufismo, que considera el conocimiento secreto superior a la *charia* y, como la Malamatiyya de Bagdad en el siglo XI, proclamaba la superioridad de la conciencia individual frente a la Ley, de la que se burlaba abiertamente. También se presta a confusión el carácter erótico de gran parte de la poesía alegórica sufí, que mientras busca apartar su sentido de lo profano, representa un intento genuino de transmitir el carácter elusivo de la experiencia mística. Los místicos europeos, como santa Teresa de Ávila, se expresan de un modo semejante; pero es posible que las mentes sencillas de los sufíes cometieran el error común de no ser capaces de distinguir entre distintos tipos de éxtasis: alcohol, hachís o sexo.

Los grandes místicos antiguos, algunos de los cuales tuvieron inconvenientes por sus opiniones, fueron casi todos ortodoxos y mesopotámicos, no iraníes. El tinte chiíta que llegó a invadir ciertas órdenes no se muestra antes del siglo XIV y sólo se hace fuerte en el XV; por ejemplo, los bektashis sólo se convirtieron a la heterodoxia después de la refundación de su orden, hecha por el sultán Balim en el siglo XV. El populismo es un asunto discutido. A menudo se considera que en los siglos XII-XV el sufismo tuvo el apoyo de los gobernantes, para canalizar la piedad popular y tapar los agravios, y no hay duda de que las obras de los sufíes –como la hagiografía que, en el siglo XIV, escribió Aflaki sobre los antiguos jeques de los derviches danzantes de Konya– se preocupan por mostrar la influencia invasora de la orden, desde los sultanes de Konya hasta llegar a los últimos escalones sociales.

En un principio, las órdenes se consideraban a sí mismas como hermandades místicas. Esto implicaba: el reconocimiento de un fundador al que la orden estaba conectada por una cadena de tradiciones que se remontaba, por lo común, hasta Abu Bekr o incluso Alí; la autoridad fun-

damental del jeque sobre sus seguidores; la aceptación de ritos particulares. Defendió la legitimidad de todo ello el filósofo y teólogo Al-Ghazzali, que murió en Tus, Persia oriental, en 1111 d. C. Pero algunas órdenes nunca se asentaron, en particular la Kalandriyya o Derviches errantes, que de cuando en cuando se ven aún hoy en Persia, barbados, empuñando sus bastones, sus cuencos de limosna y sus cacharros de cocina.

La fidelidad a una orden no implica el sunismo o el chiísmo ni la adhesión a una escuela legal particular. Esta falta de organización es el rasgo más alejado de la vida monástica cristiana. Lo único que unía al sufí con su orden eran sus lazos personales y nada le impedía apartarse para fundar una orden propia. Por esta razón, es errado considerar que el crecimiento del sufismo en el islam es un resultado de la influencia cristiana o budista. La suma de ascetismo y misticismo, a veces con cierto disgusto ante el mundo y sus obras, es un fenómeno característico de las religiones más evolucionadas.

La formación de las órdenes sufíes no generó de inmediato una vida comunitaria, de la que virtualmente no hay testimonios anteriores al siglo XII, cuando Siria, una vez más, parece haber estado en primer plano. Bayezid al-Bistami, fundador de la Bistamiyya, murió en el 875 d. C., pero el edificio más antiguo de su mausoleo, en el norte de Persia, es una mezquita con un alminar que data de 1120; en el siglo pasado, Khanykoff habló de un mihrab fechado en 1262, pero las ruinas de la primera vivienda sufí no son anteriores a 1303-1313. Cuando estas moradas se establecieron como algo corriente en la vida islámica, las viviendas tardaron menos en acompañar la aparición de una orden nueva.

El desarrollo lento de la idea de que los sufíes debían vivir en sitios especiales quizá explica la confusa diversidad de nombres de esos edificios: *ribat* (originalmente, un hospicio para los que habían intervenido en la Guerra Santa de las fronteras islámicas, pero más tarde sobre todo albergue para peregrinos, viudas o huérfanos); *zawiya* (un ángulo o esquina); *khanqah* o *khanegah* (véase a continuación); *takkiya* o *tekke* (principalmente en la Turquía otomana) y *buqa* (asilo). Los términos son desconcertantemente intercambiables. Aunque las *zawiyas* a menudo eran más pequeñas y estaban organizadas de un modo más informal, su situación legal era la misma que la de las otras edificaciones y es bastante corriente que los edificios descritos como *khanqahs* en sus *waqfiyyas* reciban la denominación de *ribats* o de *buqas* en sus inscripciones fundacionales. La imposibilidad de marcar una distinción exacta se advierte cuando Ibn Batuta dice que en El Cairo había *zawiyas* llamadas *khanqahs*, donde los ritos se celebraban en una sala abovedada.

En Siria y Egipto, algunos de los *khanqahs* más antiguos se asocian con el renacimiento suní del siglo XII. Saladino mismo dotó con fondos el primer *khanqah* egipcio, la Dar Said al-Suada (1173-1174) cairota, de la que no quedan restos reconocibles. Nusr al-Din, según Ibn al-Shihna, fundó un gran *khanqa* en Alepo, cerca del foso de la ciudadela y junto a Dar al-Adl, en 1148-1149. Conocido como el Khanqah Viejo, se componía de un salón para el jeque, una cúpula para los sufíes, un iwán y un *masjid*, con una entrada que desde el patio bajaba a una cisterna alimentada por un acueducto. El porche que da a la calle se añadió a fines del siglo XIV, justo antes de que Tamerlán saqueara Alepo. Pasó después a manos de la Suhrawardiyya, cuyo fundador murió en 1234-1235. Este relato es interesante porque demuestra de qué forma un *khanqah* puede pasar de una orden a otra; además, a pesar de la estima general en que se tenía a la Suhrawardiyya, no había modo de garantizar que sus *waqfs* tuvieran una administración competente.



Khanqah de Tenkizbugha, El Cairo (1364). El edificio se alza, aislado, en el cementerio este; tiene altos muros y un alminar.

Si los *khanqahs* debían ser los instrumentos de la ortodoxia sunita, se necesitaba alguna garantía de su ortodoxia. Ibn al-Shihna cita la inscripción de un emir del sul-

tán Al-Malik al-Nasir Yusuf (1246-1260) de Alepo, que legó su palacio como *khanqah* con la condición de que sólo residieran en él sufíes arabizados, piadosos y ortodoxos. En Jerusalén, el único edificio que sin discusión fue un *khanqah* en el período mameluco inicial, fundado por Sanjar al-Qaymari (1295), lleva una inscripción de *waqfiyya* que incluye asignación de fondos para un profesor de derecho chafí, un jeque para la enseñanza de la *hadith* y las lecturas coránicas, actividades que se desarrollarían en la contigua mezquita de Aqsa.

Otra solución fue unir a sufíes y almadrazas. Por ejemplo, se sabe que la Madrasat al-Firdaws de Alepo (antes de 1236-1237) tuvo un *khanqah* anexo a ella, aunque no había mucho lugar para estudiantes. Existe una combinación cairota antigua de almadraza y *khanqah* en el mausoleo de Salar y Sanyar al-Jawili (1303-1304). De la almadraza no queda prácticamente nada más que la decoración de estuco y un mihrab, en el espacio libre del pórtico frente a las tumbas, pero el *khanqah* es un patio con dos iwanes asimétricos y dos plantas de celdas de fachada de piedra, de las que las de la planta inferior reciben luz a través de rejas talladas en la piedra. Más tarde se añadió a un lado una tercera planta de celdas, quizá cuando se edificó la almadraza (Maqrizi fecha la construcción en 1323, pero esto plantea problemas).

En este caso particular, la almadraza fue una ampliación posterior; pero en la de Barquq (1384-1386) había un *khanqah* incluido, a juzgar por la inscripción que hay debajo de la cúpula del mausoleo, aunque no se indica dónde se alojaban los sufíes, a diferencia de los estudiantes de la almadraza. Esta combinación de instituciones de enseñanza ortodoxa y establecimientos sufíes tal vez estuvo más generalizada en Egipto, y las mezquitas más grandes del siglo XIV en su mayoría tuvieron grupos de sufíes *(mashyakhas)*, por lo visto no residentes, y un jeque que, es de suponer, se ocupaba de la instrucción y del control de los sufíes.

En el siglo XV se convirtió en una práctica corriente el nombramiento de sufíes para la fundación de las almadrazas y Sauvaget señala que un *mubashir* (Jefe de comisariado) de la almadraza Umariyya de Damasco (antes de 1422) era un sufí. Qayt Bay, dice Ibn Iya, dos años después de fundarla, en 1470, contrató 60 sufíes para una almadraza. El efecto de lo que se había convertido en una política sistemática por parte de los mamelucos era unir a los sufíes a instituciones sujetas al control público y debilitar los lazos que las relacionaban como órdenes o hermandades místicas. A fines del siglo XV, los sufíes ya ni siquiera estaban obligados a ser residentes y el *khanqah* anexado al mausoleo cairota de Al-Ghuri (1503-1504) era sólo un lugar de reunión, donde sin duda los sufíes recibían sus estipendios o sus raciones diarias. La preocupación por conservar la ortodoxia también explica, quizá, un rasgo muy notable de los *khanqahs* sirios y egipcios: pocas veces se puede descubrir cuál era la orden que vivía en ellos. La única explicación es que, con el aumento del control oficial sobre estas instituciones durante este período, no hubo continuidad, de modo que se nombraba a los jeques y las órdenes se instalaban o partían de acuerdo con la voluntad de un sultán o por las demandas del ulema. Por tanto, los mausoleos adosados a *khanqahs* cairotas sólo tienen las tumbas del fundador o de su familia y no las de los jeques sucesivos de una orden, como encontramos en las *tekkes* mevlevíes o bektashíes egipcias o turcas.

A pesar de la falta de continuidad, sería posible determinar para cuál de las órdenes se construyó originalmente un *khanqah* cairota, porque las prácticas de las órdenes eran diferentes y exigían soluciones arquitectónicas distintas. Sin embargo, hasta el mejor conservado de los cairotas, el de Baybars al-Gashenkir o Chashnegir, terminado en 1309, no se distingue de una almadraza contemporánea.

Organización y práctica. En este punto surgen varias preguntas cruciales: ¿en qué se diferenciaron *khanqahs* y almadrazas? ¿Cómo se reclutaban los sufíes? ¿Cómo conservaban su individualidad las órdenes? ¿Cuál era la diferencia, en general, entre la práctica sufí y la de un ulema? A pesar de la historia del sufismo bajo el poder de los mamelucos, los ulemas se consideraban a sí mismos como una clase aparte. Al respecto, Sibt ibn al-Ajami declara en el siglo XV que, mientras el ulema puede vivir en un *khanqah* (presumiblemente, mientras viaja) y beneficiarse de sus *waqfs*, los sufíes no deben vivir en las almadrazas. Con todo, los *khanqahs* eran instituciones de enseñanza, para el estudio del Corán, la *hadith* y a menudo con una cátedra de derecho adjunta, aunque tal vez no tenían las pretensiones de altura intelectual de las grandes almadrazas del islam. A menudo contaban con una biblioteca considerable: por ejemplo, un Corán con espléndidas iluminaciones que data de 1313, proveniente de Hamadán y convertido en uno de los tesoros de la Biblioteca Nacional cairota, en los años 1325-1326 se convirtió en *waqf* del *khanqah* adjunto al mausoleo de Bektimu al-Saqi en el cementerio sur de El Cairo. Además de los temas que las almadrazas no tocaban, los *khanqahs* «enseñaban» misticismo, en parte a través del estudio minucioso de las obras del fundador y en parte por una asociación estrecha entre el neófito y el jeque del *khanqah*, que se convertía en director espiritual del discípulo.

El jeque, a su vez, había adquirido el conocimiento de la *silsila* o cadena de tradición que se remontaba al fundador de la orden. Esto fue una de las causas de la proliferación de las órdenes sufíes entre los siglos XIII y XV, cuando el novicio tenía que basarse en interpretaciones personales, a menudo de varios jeques, en lugar de recu-

rrir a interpretaciones canónicas de la ley, expuestas en las almadrazas por profesores eminentes.

En principio no hubo reclutamiento oficial: un jeque podía atraer a un puñado de novicios en cualquier sitio en que estuviera viviendo, lugar que se convertía en su *zawiya;* a su muerte, sus discípulos continuaban los estudios bajo la dirección de un sucesor que el maestro hubiera nombrado, y algún benefactor podía otorgar una dotación de fondos a la institución. Muchas de estas *zawiyas*, sobre todo en áreas rurales, no sobrevivían a la muerte del jeque. Pero el carisma de los grandes místicos sufíes atraía la protección real. Tal fue el caso de Jalal al-Din Rumi, el fundador de los derviches mevlevíes y los sultanes selyuquíes de Konya. La familia de Tamerlán también se enorgullecía de reconocer su dependencia ante los jeques sufíes. Tanto mamelucos como otomanos adoptaron, asimismo, esa práctica y cada uno de los sultanes otomanos tuvo su orden favorita. El patronato real daba a una orden una posición de privilegio ante las otras y la ponía a salvo de los cargos de herejía, siempre planteados por los juristas de mentalidad conservadora contra las prácticas sufíes. Pero la protección real no podía garantizar la integridad de una orden, que era muy frágil, ya que todos los *khanqahs* tenían tantos sufíes visitantes como residentes.

Cada orden cumplía ciertas prácticas rituales, pensadas para reforzar la dirección espiritual dada por el jeque y por los propios estudios del novicio, entre ellas: la recitación colectiva del Corán o de los sermones, aunque algunas órdenes desaprobaban la recitación pública; la salmodia de letanías y alguna forma de retiro, que o bien era parte del noviciado o era impuesta en cualquier momento por el jeque y que podía variar desde el servicio en las cocinas hasta prácticas mucho más extremas, como la de ser colgado cabeza abajo durante un tiempo dentro de un pozo; la práctica de ritos más elaborados, como la danza y la música, cuya meta era llegar al éxtasis. Estos hábitos suscitaron la máxima desaprobación de los ulemas y también de las órdenes de inclinaciones menos entusiastas. Sin embargo, los bailes de los derviches danzantes o las actuaciones de los Rifaiyya (los derviches aulladores), incluida la ingestión de carne de serpiente, la automutilación y el paseo sobre brasas dieron gran colorido a la idea occidental de las prácticas sufíes.

Una vez admitido en un *khanqah,* un sufí recibía allí la comida y allí debía residir. En un principio esta condición se aplicó con rigor. La inscripción del *waqfiyya* del *khanqah* de Sanyar al-Qaymari de Jerusalén (1295) ordena que los sufíes tengan residencia continua en él, a menos que haya motivos en contrario. De los 30 sufíes que hubo en el momento de la fundación, 10 estaban a punto de casarse y 20 eran solteros: la distinción implícita probablemente se refiere a sufíes profesos y a novicios, que serían más jóvenes y más numerosos, como es natural. El sufismo no significaba celibato obligatorio, porque de este último el islam no hizo nunca una virtud particular y era corriente que la dirección de un *khanqah* fuese hereditaria. Ciertos deberes requerían el celibato, pero no hubo órdenes que lo prescribieran.

Infortunadamente, con unas pocas excepciones, las prácticas peculiares de las órdenes sufíes no se han descrito, porque se prestó más atención a sus posiciones teológicas para las que, como es lógico, la arquitectura no presta un testimonio adecuado. Pero por la existencia de *waqfiyyas* detallados, deberíamos saber algo de la vida en los *khanqahs.* El *waqfiyya* del *khanqah* de Rashid al-Din de Rab-i Rashidi, en las afueras de Tabriz (antes de 1318), está por estudiar aún, pero el del *khanqah* edificado junto a la tumba de Sayf al-Din Bakharzi en Fathabad, un suburbio de Bujara, por el nieto del jeque (fechado en 1326, con dos ampliaciones fechadas en 1332 y 1335), es de gran valor.

Las exigencias prácticas de la vida sufí imponían ciertas condiciones arquitectónicas en los *khanqahs:* vivienda para los profesores, los sufíes profesos y los visitantes; cocinas, salas comunes y celdas para el retiro. Estos requisitos son tan semejantes en muchos aspectos a los de las *viharas* budistas o a los de los monasterios cristianos que sería natural ver una influencia arquitectónica budista o cristiana en el desarrollo de los planos de los *khanqahs.* Sin embargo, no hay signo de ella en los más antiguos que se conservan, los sirios del siglo XII o los cairotas del XIV, en los que se ignoraron esas exigencias prácticas para favorecer una planta cruciforme, normalizada, del tipo de las de una almadraza.

Monumentos fúnebres. La mayoría de estas instituciones se erigieron *para* órdenes cuyos fundadores habían vivido y muerto en otros lugares. Pero hubo muchos *khanqahs* que, como las almadrazas-santuario de Abu Hanifa, en Bagdad, y el Imam al-Shafi cairota, se construyeron cerca de la tumba del fundador de la orden. Sin embargo, no todos los jeques sufíes tuvieron esa suerte, de modo que los citados no son simplemente santuarios.

De modo inverso, existen santuarios con *khanqahs* que no son de jeques famosos. Uno de los más ilustrativos es el complejo Bektashi, en la supuesta tumba de Yafa b. Husein Sayyid Ghazi (el Sayyid Battal Ghazi de muchos romances árabes y turcos), que se alza en Seyitgazi, al sureste de Eskisehir, en Turquía. El lugar es una amenaza para los sostenedores del sincretismo religioso; ocupa la acrópolis de la antigua Nakoleia y está lleno de tumbas antiguas, una de las cuales formaba el ábside de una vieja basílica cristiana funeraria y es parte integrante del edificio, la que se conoce como la tumba de Sultan Valide (emperatriz viuda). El *khanqah,* construido en torno a un patio irregular, consta de cuatro bloques diferentes. A la derecha del portal de

ingreso hay una basílica funeraria; a la derecha, hay una fila de cocinas abovedadas, panaderías y salas de reunión, todas con grandes hornos y chimeneas, con cobertizos destinados a establos. En el extremo más lejano del patio están las dependencias del personal estable, incluida la vivienda del jeque, con una sala de recibo y habitaciones para su asistente y un guardián del cementerio que está al otro lado de la valla del recinto, junto a ese sector. El espacio entre la zona de viviendas y la basílica funeraria está ocupado por la «tumba» octogonal de Sayyid Battal Ghazi, con la tumba del fundador en un ángulo, cuatro *samakhanes* para los ritos bektashi, una mezquita con un alminar y varios cuartos del tipo celda, tal vez para el retiro. El único elemento que falta, aparentemente, es espacio para los novicios, sufíes llanos y sirvientes.

Estas identificaciones precisas son posibles porque los bektashi todavía vivían en el *khanqah* cuando Wulzinger lo estudió. La disposición refleja el complejo ritual de la orden bektashi, reformado en el siglo VX, que incluía prácticas semejantes al bautismo, la penitencia y la eucaristía, pero las diversas estructuras de la fundación identificadas allí muy probablemente adquirieron forma con el tiempo y no se construyeron para esos usos. Aunque los bektashi adjudicaron la reconstrucción del santuario fúnebre al sultán selyuquí Kaykaus I en 1207-1208 y relatan con orgullo que lo frecuentaban los primeros sultanes otomanos de los siglos XIV y XV, todo ello, con gran probabilidad, no es histórico. No hay edificios anteriores a la reforma de la orden hecha en tiempos del sultán Salim: la «tumba» data de 1493 y los edificios contiguos que forman el santuario y el *khanqah* no son anteriores a 1511.

Virtualmente no se conserva nada de los *khanqahs* fundados por Tamerlán y su familia en Samarcanda, en Shahr-i Sabz o en Herat, pero se puede suponer que, como en los casos de los *khanqahs* de El Cairo en tiempos mamelucos, no eran instituciones autónomas y que los fundadores reales interferían en su gobierno. Sin embargo, hay tres instituciones persas privadas del siglo XIV dignas de mención, sobre todo por su hermosa ornamentación en estuco. La primera, Pir-i Bakran, en el oasis de Isfahán, está rodeada de un cementerio judío y el monumento se conocía aún bajo el nombre de Esther Khatun (la tradición afirma que la tumba de Esther estaba en Hamadán) cuando Herzfeld visitó el lugar en 1923.

Bistam o Bastam, sobre el límite norte del gran desierto central persa, el Dashti-i Kavir, aunque data del mismo período, es algo distinto, ya que era el centro de la orden Bistamiyya y tenía un núcleo selyuquí, con un alminar fechado en 1120.

En Natanz se conserva el grandioso pórtico de un *khanqah*, asociado con el jeque Abd al-Samad al-Isfahani, que es la prolongación de una fachada de mezquita, donde hay inscripciones datadas en 1304-1305 y en 1309-1310 y existe una construcción irregular con cuatro iwanes, con varias entradas que sugieren su función de lugar de paso e instalación de bazares, como ocurría en la Gran Mezquita de Isfahán.

Los *khanqahs* unidos al lugar de enterramiento de un jeque sufí necesitan pocas explicaciones, ya que son un reconocimiento evidente de la importancia del maestro a los ojos de sus seguidores o del pueblo donde vivía. Pero las fundaciones timuríes y mamelucas presentan un problema. ¿Por qué los mandatarios que presumían de su ortodoxia elegían con tanta frecuencia un *khanqah* como fundación funeraria? En mi opinión, uno de los motivos era un deseo de controlar el desarrollo y la expansión de las órdenes sufíes y mantenerlas sujetas a una supervisión externa, como ocurría con las almadrazas; pero esto no explica la frecuencia ni las asociaciones funerarias. No existe, pues, una respuesta concreta. Muchos soberanos y sus emires conocían a los jeques sufíes y estaban lo bastante impresionados por ellos como para querer, como Tamerlán, que se les contara en el número de sus amigos y seguidores, o incluso que los enterrasen, como ocurrió con el jefe mongol, junto a ellos. Aunque en el islam no hay nada comparable a la abdicación del emperador Carlos V y a su retiro al monasterio de Yuste, esta preocupación tal vez refleja la atracción que siempre produjo la vida contemplativa en los hombres de acción.

Esta exposición necesariamente se ha limitado al sufismo en sus formas más ortodoxas o, como en el caso de la Bektashiyya, a la forma en que el Estado otomano lo aceptó oficialmente. Pero muchas instituciones sufíes fueron mucho más allá de los lazos de la ortodoxia. Clavijo, en su camino hacia la corte de Tamerlán en 1403-1404, pasó por Delilerkent, una ciudad situada al este de Erzurum, donde encontró un edificio lleno de derviches y gente que había acudido a que la curaran de distintos males.

«Los derviches que vivían de limosna vagaban desnudos o con ropas muy raídas y pasaban las noches cantando al son de los tamboriles. Sobre su morada hay una bandera de lana negra con una media luna por encima y al pie, cuernos de animales, ciervos, carneros y cabras. Esta costumbre es la habitual de esas comunidades y se llevan consigo esos emblemas cuando recorren las calles de la ciudad.»

Tan extrañas prácticas están corroboradas por una miniatura atribuida al pintor persa de fines del siglo XVI, Muhammadi, en la que se representan derviches, vestidos con pieles de animales y tocados con cuernos, que bailan en éxtasis. Existe una vigorosa tradición sufí anatolia relacionada con el ciervo, personificado en el semilegendario jeque Gedik Baba y, si la figura de un ciervo echado en el pórtico de la Çoregi Büyük Tekke de Niksar (principios del siglo XIV) tiene algún valor, esta tradición podría remontarse a la época de esta fundación. Pero no sabemos cuáles fueron las órdenes que practicaban tales ritos.

La Mezquita del Sultán Hasán en El Cairo

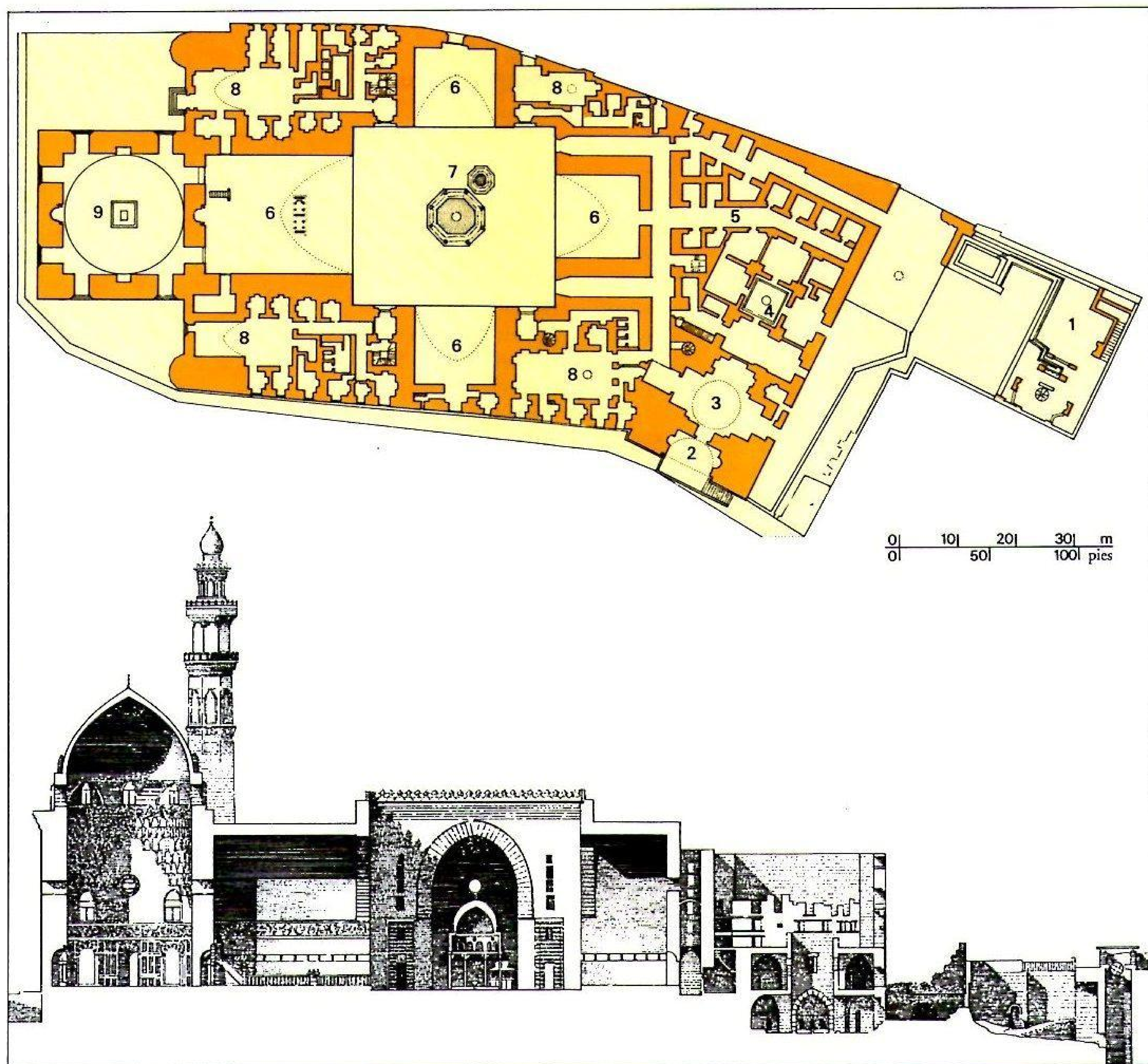
El sultán Hasán subió al trono de Egipto en 1347, a la edad de trece años. A principios de 1351 fue depuesto en favor de uno de sus hermanos menores y pasó tres años recluido o encarcelado, durante los cuales se dedicó a la lectura y a mejorar su escritura. En 1354 fue restaurado en el trono y llevó una vida tranquila hasta que fue asesinado en 1362.

Todos los sultanes mamelucos, desde Baybars I (m. 1277) en adelante, se ocuparon ampliamente de las edificaciones en El Cairo; desde los tiempos de su sucesor, Qalaun (m. 1293), sus edificios fueron sobre todo fundaciones de beneficencia, asociadas con sus mausoleos abovedados y, a menudo, una excusa para estos monumentos, porque el prejuicio islámico originario contra las tumbas demasiado aparentes aún era fuerte entre los musulmanes ortodoxos. Las fundaciones son lo que se denomina *complejos*, edificios con distintas funciones unidos bajo un mismo techo. Por ejemplo, el mausoleo de Qalaun tenía una almadraza y un gran hospital (1284-1285) anexo a ella.

El padre del sultán Hasán, Al-Nasir Muhammad (reinó con interrupciones entre 1299 y 1341), fue un gran constructor, tanto personalmente como a través de sus emires. El sultán Hasán lo emularía con éxito. Su mausoleo fue el primero que se anexó a una *mezquita*; por su gran tamaño, su planta y, sobre todo, por su decoración, la mezquita de Hasán es un monumento realmente notable.

La mezquita (*abajo*, vista desde el sur, según Roberts) se construyó al pie de la Ciudadela de El Cairo, por el lado oeste, en un gran espacio abierto, hoy el Maydan Rumayla, lugar de la residencia oficial de un emir, y su curiosa línea irregular tal vez siga los cimientos de un edificio anterior. Se empezó a construir en 1356 y, aunque se trabajó sin interrupción, quedó sin terminar hasta la época de la muerte de Hasán (1362). Los fondos se habían garantizado en parte, pero la mezquita y sus almadrazas tal vez nunca llegaron a funcionar totalmente.



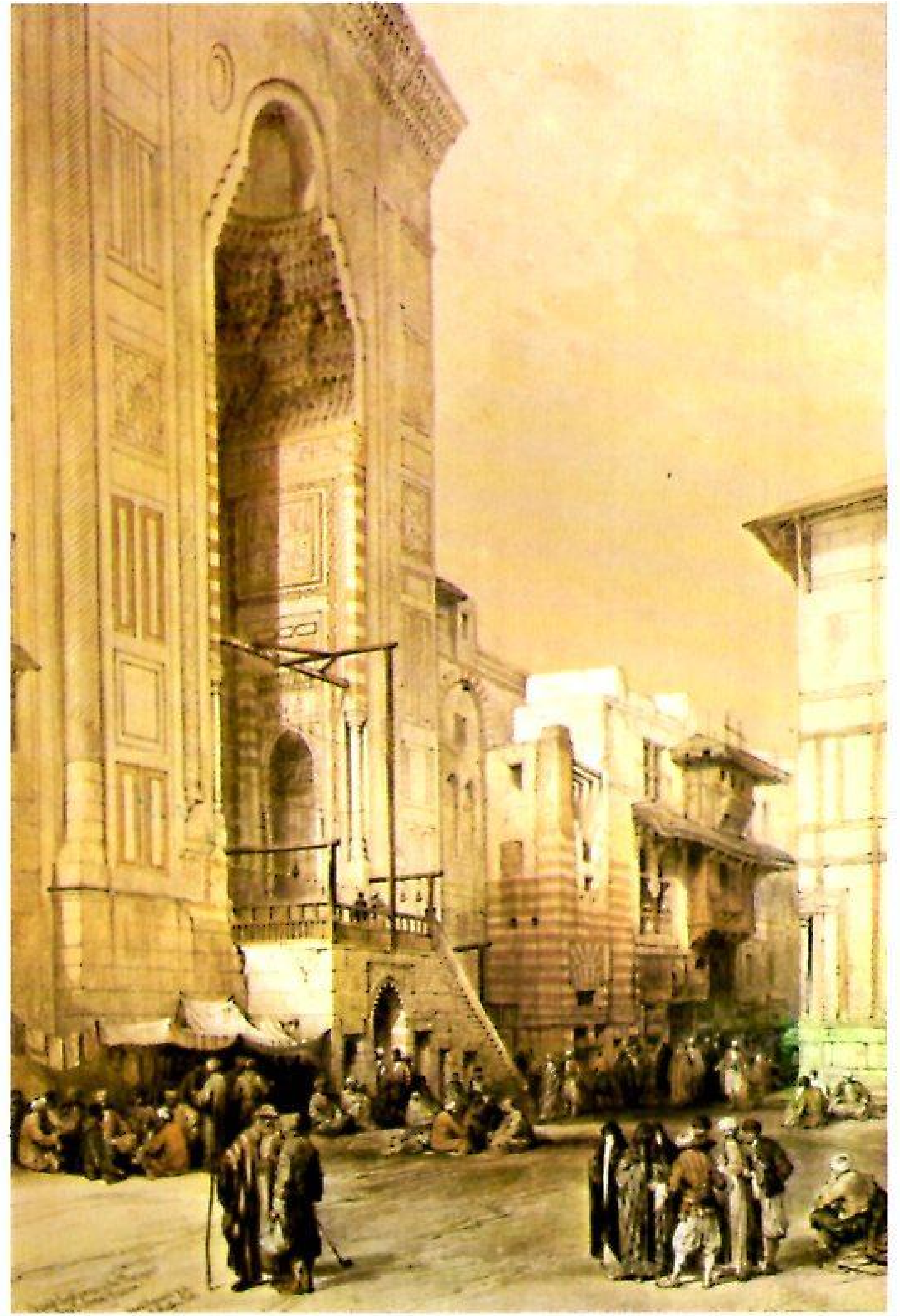


La mezquita del sultán Hasán se alza en un terreno elevado. Su exterior irregular y el espesor variable de sus muros son, sin duda, un intento de combinar al máximo la fachada que da a la calle y la necesidad de orientar el edificio hacia La Meca. La planta tiene tres sectores; en el extremo norte hay una enorme torre de agua (1) *(saqiya)* y, entre otras ruinas que ya no son identificables, una *qaysariyya,* cuya renta se usaría para el mantenimiento de la mezquita. En el centro hay un bloque de tres componentes, todos sobre el mismo eje y en posición oblicua con respecto a la mezquita; consta de una gran entrada (2), un «vestíbulo» (3) y un patio para las abluciones (4) *(mida),* aunque este último está a nivel del suelo y no se comunica. La tercera parte es la mezquita propiamente dicha, en un nivel elevado, conectada con el vestíbulo por un corredor largo y estrecho (5), que describe un ángulo obtuso.

La mezquita tiene cuatro iwanes (6) en torno a un patio central (7) de planta cruciforme, como la restauración de la Gran Mezquita de Isfahán (1121). La almadraza cruciforme cairota, asociada sobre todo con las cuatro escuelas musulmanas de derecho *(madhhabs),* parece ser un desarrollo independiente y tardío y se diría que la del sultán Hasán es la primera mezquita cruciforme; cada ángulo tiene una almadraza (8), una para cada *madhhab,* un desarrollo lógico de las almadrazas cruciformes antiguas de El Cairo. Las escuelas de los cuatro ángulos tuvieron que comprimirse en el espacio existente, pero sus plantas son semejantes: un iwán para la enseñanza, un pequeño patio central con una fuente, pabellones de cuatro o cinco plantas de cuartos para los estudiantes y un patio para las abluciones.

Inmediatamente detrás del iwán de la alquibla hay un enorme mausoleo cuadrado (9), con seis amplias ventanas al nivel del suelo que dan al Maydan Rumayla. La planta y el alzado, según Herz.



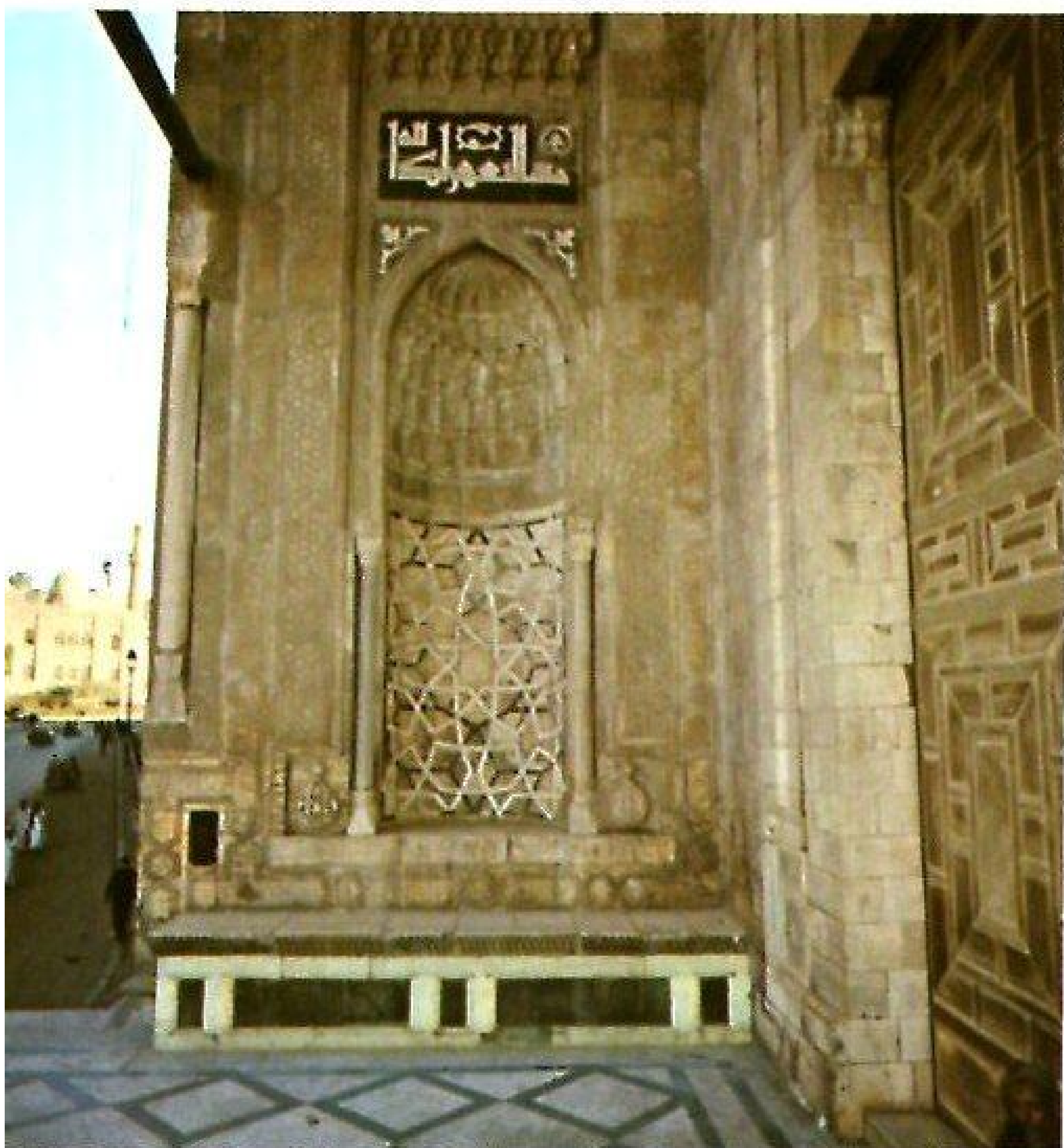


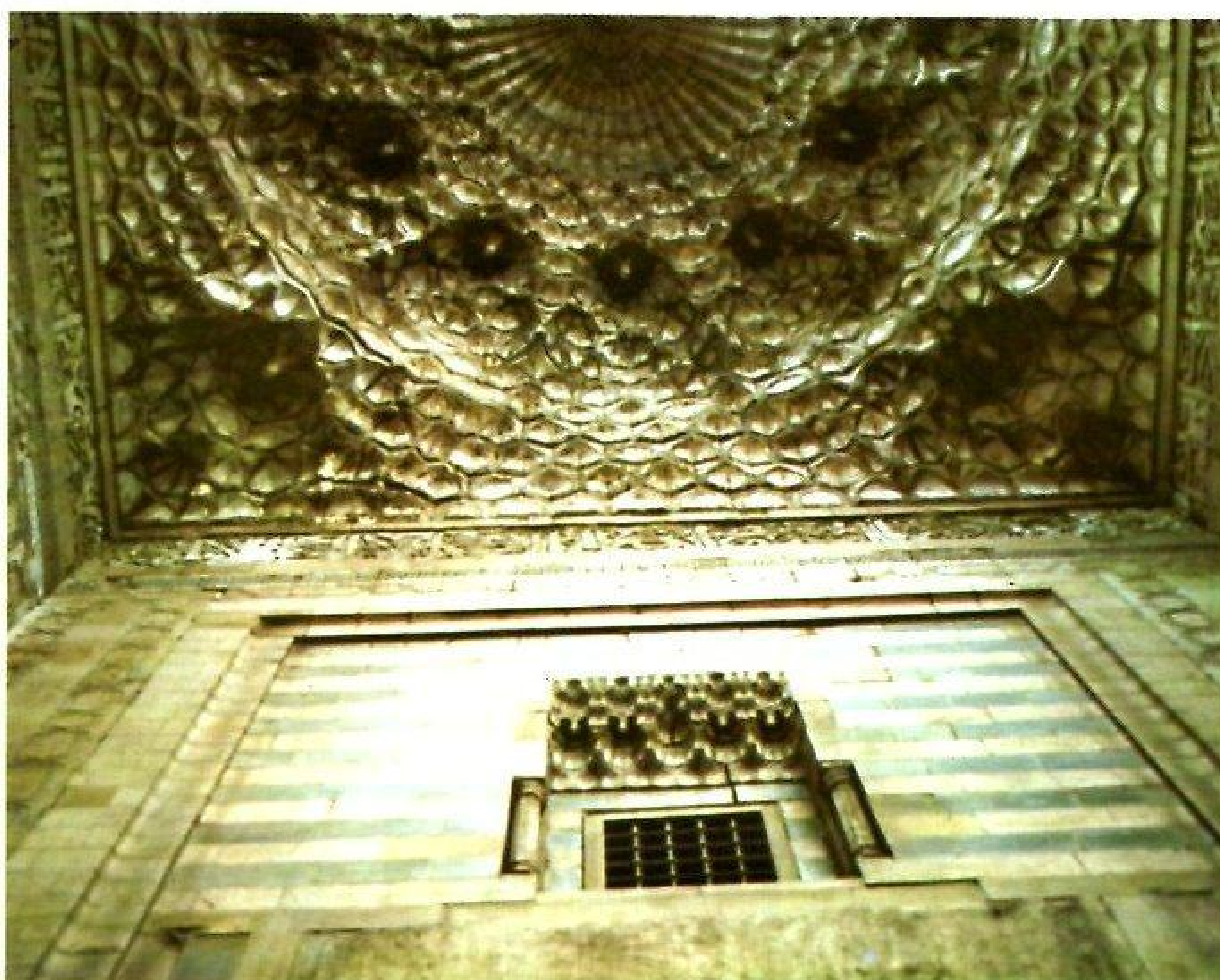
En un principio, se pensó que la Gran Mezquita tuviera cuatro alminares, dos en los ángulos del edificio por el lado de la alquibla y dos sobre el pórtico de entrada. Sólo el alminar suroeste se ha conservado *(arriba).* En 1362, tres meses antes de la muerte del sultán Hasán, uno de ellos se derrumbó mientras lo estaban construyendo (su emplazamiento se puede ver en el corte longitudinal) y el segundo jamás se construyó. La entrada con dos alminares (*arriba, derecha,* según Roberts), aquí imitado de la Gök Medrese de Sivas *(abajo, derecha)* (1271-1272) se adoptó en todas partes en la Persia de los mongoles durante el siglo XIV. Sin embargo, los pórticos con dos alminares fueron poco comunes en El Cairo: la mezquita de Al-Nasir Muhammad (1317, restaurada en 1334-1335) en la Ciudadela fue una excepción importante.

El pórtico de entrada tiene hoy más de 37 m de altura. Originalmente era más alto aún, ya que la calle se elevó hasta ocultar el plinto de piedra, de entre 1 y 4 m de altura, sobre el que se edificó toda la mezquita. Aun sin los dos alminares que se planearon, es el pórtico más alto entre los cairotas. Su diseño fue toda una innovación en la arquitectura mameluca de la ciudad.

Gran parte de la decoración está sin terminar y esto nos da una interesante idea sobre el trabajo de los albañiles. Los elementos amplios, como los nichos de lados facetados, se recortaban antes de alzarlos. Los elementos decorativos en alto relieve o los frisos se señalaban sumariamente y después se garabateaba en ellos un dibujo, para indicar que debía completar la ornamentación el artesano contratado para ello. La imitación de la Gök Medrese no es exacta; sin duda no es obra de un artesano de Siva, pero es una de las muy raras imitaciones islámicas de un monumento extranjero.





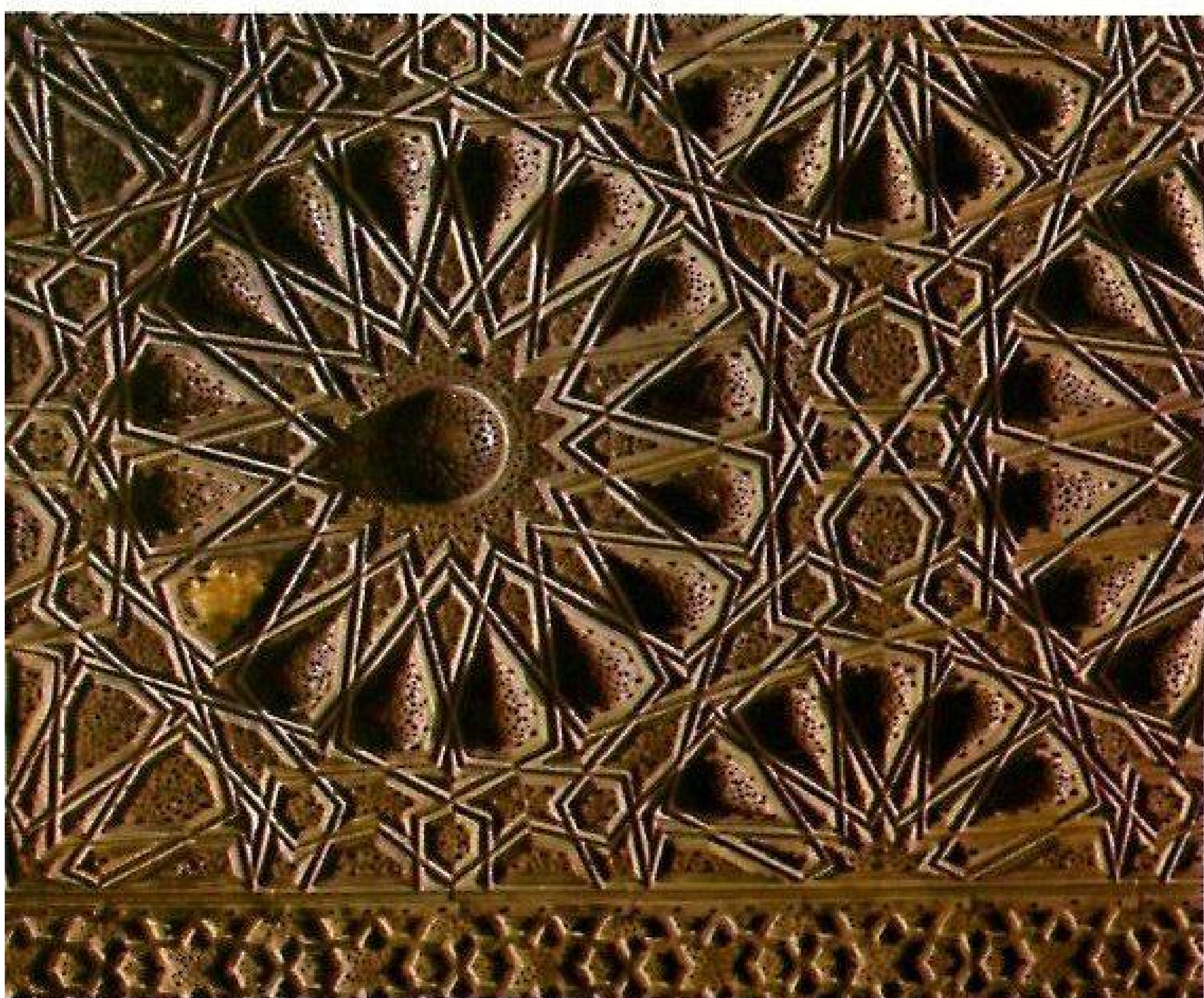


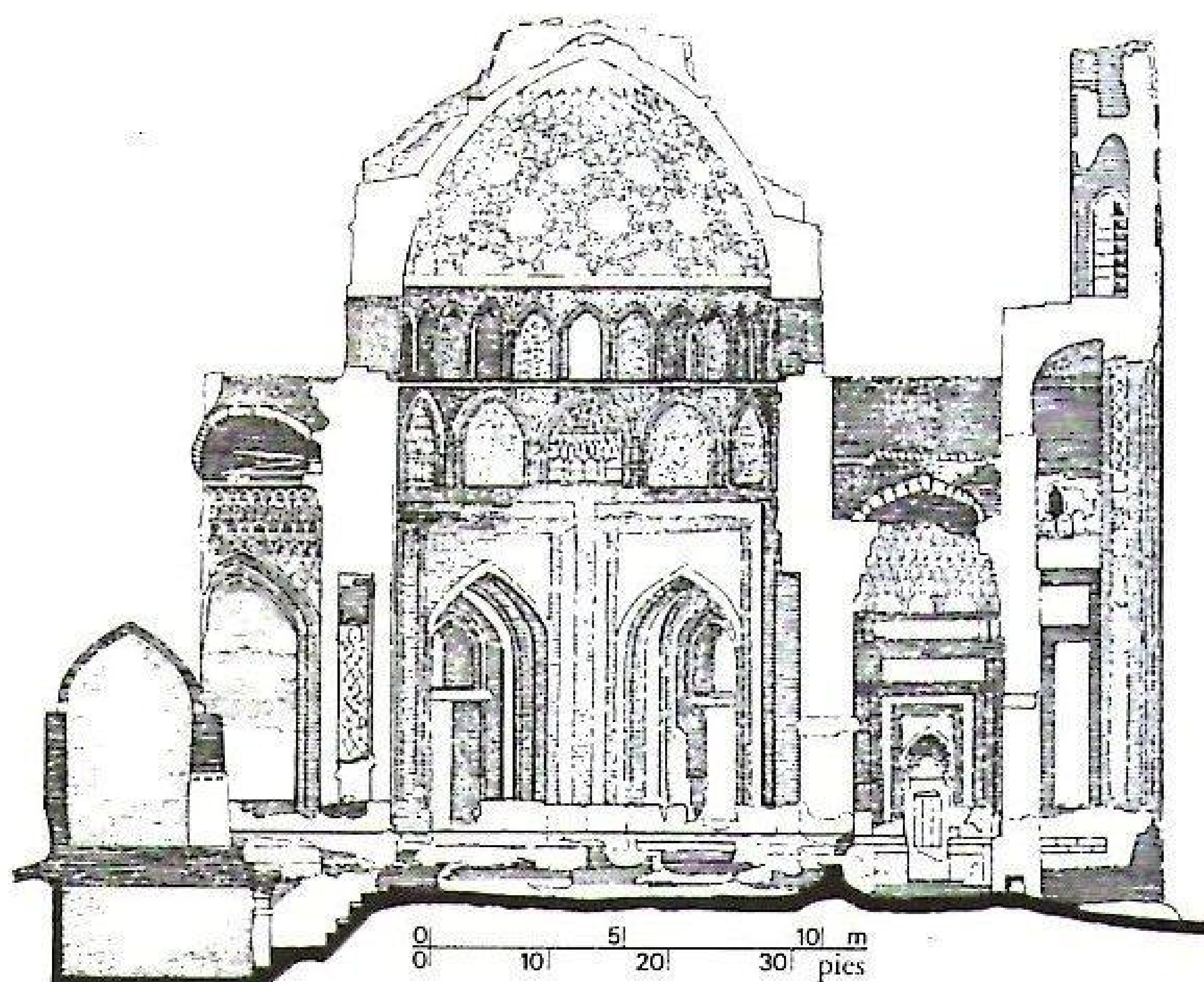
Decoración de la mezquita. Una de las innovaciones de gran interés es un friso de lotos, crisantemos y volutas trifoliadas de estilo chino.

Para disuadir a los saqueadores, Barquq eliminó la escalera que iba hasta el pórtico desde la calle y bloqueó la entrada, aunque dejó las grandes puertas de bronce de la mezquita *(detalle, abajo, izquierda)* en su lugar. En 1415 el sultán al-Muayyad compró las puertas a buen precio, para su mezquita mausoleo de Bab Zuwayla. En la arquitectura islámica la forma más sincera de alabanza en general no fue la imitación sino el robo.

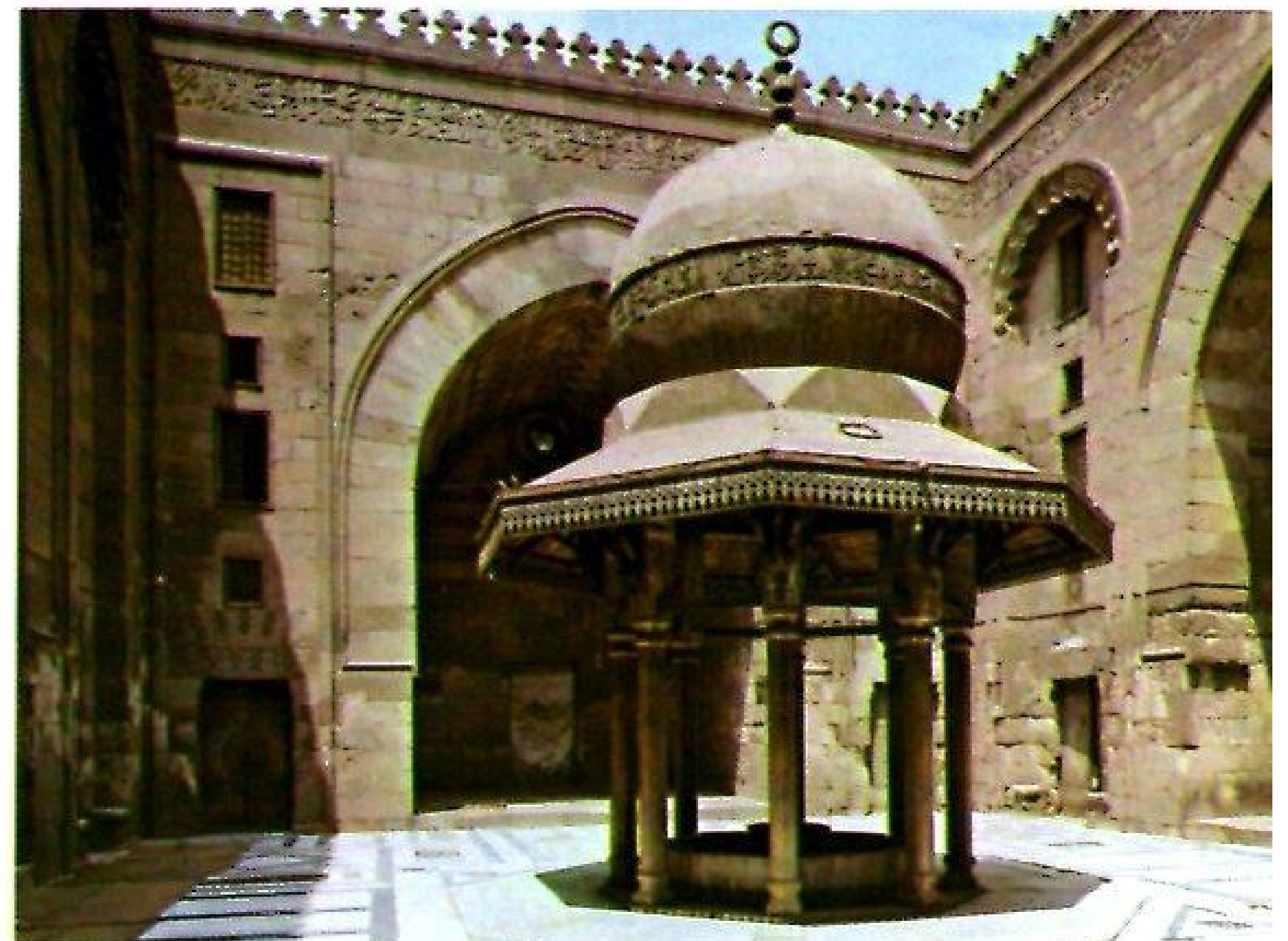
El vestíbulo, de más de 9 m^2 y con una bóveda de más de 25 m de altura, es en muchos sentidos el elemento más enigmático del edificio. Su cúpula apuntada se asienta en pechinas, casi ocultas por el trabajo de mocárabes, que sube para cubrir el tambor *(abajo, derecha)*.

Se ha usado con profusión la piedra bicolor, pero las dimensiones totales son más compactas y, por tanto, es probable que el «vestíbulo» tenga una planta no cairota aplicada en la mezquita del Sultán Hasán por un arquitecto extranjero. La única análoga que se conoce, la tumba de Tughrabek o Turabik Khanum *(abajo, derecha,* según Pugachenkova), de la que hoy se piensa que es el sepulcro de dos soberanos, Husein y Yusuf Suf (1361 o antes), está en Urgench, localidad de Juarizm, que a mediados del siglo XIV quedó bajo el poder de la Horda de Oro y que proveyó a Egipto de mamelucos con regularidad. Aquí se combinan un pórtico con mocárabes y un vestíbulo abovedado; también tiene una tumba situada en el eje del edificio, detrás del mihrab. La decoración del «vestíbulo» de la mezquita del sultán Hasán es menos elaborada pero más adecuada para un edificio de ladrillo revocado o revestido de mosaico cerámico.









A fines del siglo XIV se presumía, justo hasta que a alguien se le ocurrió tomar las medidas, de que el iwán sureste *(arriba, izquierda)* era más grande que el sasánida de Ctesifonte (el Taq-i Kisra) y, por tanto, resulta apenas sorprendente que sólo la madera necesaria para la cimbra costara tanto como una mezquita corriente. Dentro hay un *minbar* de mármol, muy elogiado por los contemporáneos, y también una tribuna *(dikka)* para que el funcionario nombrado al efecto dijera las oraciones diarias en el mihrab, junto al imán (el *muballigh*), que habría resultado inaudible para los que estaban cerca o en el patio. Sin duda, la tribuna de mármol, una de las más bellas de El Cairo, es obra del mismo artesano que no pudo completar el pórtico.

Arriba, derecha: patio para las abluciones en la almadraza del sultán Barquq (1386), muy limitada, en comparación.

Abajo: Roberts da una impresión mejor que cualquier cámara de la altura de la mezquita. La construcción abovedada más pequeña que se ve en el patio (probablemente del siglo XIV) está hoy en la mezquita de Al-Maridani (1339), El Cairo.







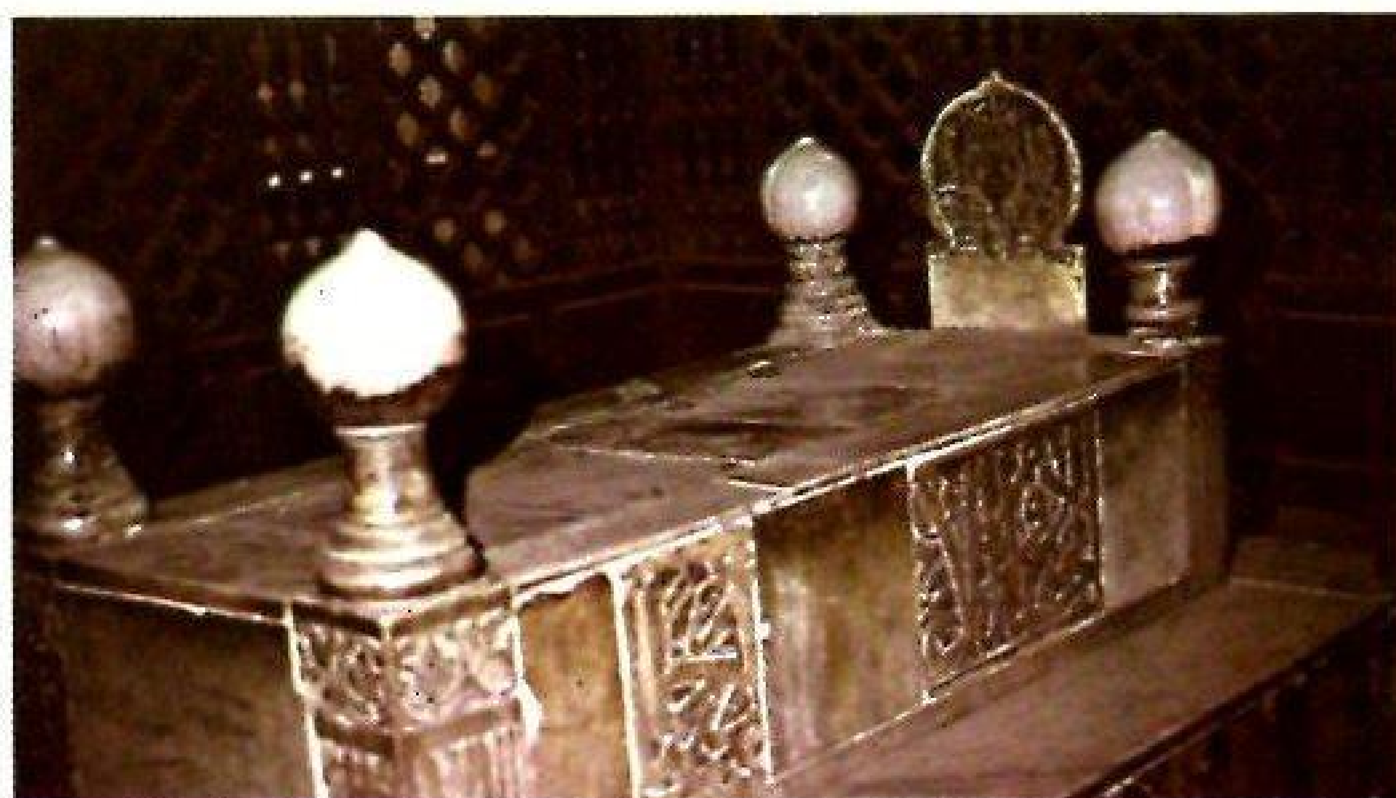
La decoración de la mezquita está hecha con una ancha banda de estuco trabajado en relieve, por debajo del arranque de la bóveda revocada, además de una cenefa baja de paneles de mármol en las paredes laterales y un magnífico revestimiento también de mármol en la alquibla, por encima de la franja de estuco, en la que se usaron los mismos motivos de medallón aplicados en el pórtico y en el «vestíbulo» *(foto superior)*. Los paneles de mármol, muy probablemente, se añadieron después de la muerte del sultán Hasán. Se usaron mármoles de color verde seco, amarillo, rojo y rosado y pórfido rojo y verde; los paneles se hicieron con secciones cortadas a lo largo del fuste de columnas y después insertas en marcos trabajados en relieve, de mármol blanquecino. Los dos pares de columnas del mihrab *(arriba)* son del gótico de las Cruzadas.



Arriba: una de las lámparas de la mezquita que cuelga de la bóveda de piedra revocada; aún se conservan 34 de las más de 200 encargadas especialmente para la mezquita.

En 1362 el sultán Hasán fue vencido por los mamelucos rebeldes. El soberano se refugió en la Ciudadela de El Cairo, donde lo arrestaron y asesinaron en circunstancias misteriosas. Nunca ocuparía su mausoleo.

El mausoleo anexo a la mezquita, el mayor de estos monumentos funerarios cairotas, de 21 m^2 y con una cúpula que hoy llega a 48 m de altura, tiene las paredes enteramente cubiertas con un revestimiento de mármol, además de un gran medallón también de mármol en el centro de cada muro. En el medio del mausoleo se alza un cenotafio de mármol *(abajo)* sobre una plataforma plana. La tumba nunca albergó a ninguna personalidad importante.





Capítulo quinto: Palacios y arquitectura doméstica

Los palacios islámicos eran ciudades en miniatura, con un monarca autócrata rodeado por sus ministros y funcionarios cortesanos; en esos edificios había establos, barracas, el inevitable harén, subordinados que ocupaban sus propias dependencias, además de ejércitos de servidores, esclavos y artesanos de la corte. La población del palacio mameluco de la Ciudadela de El Cairo fácilmente pudo llegar a las 20.000 personas en el siglo XIV. Entrar era tan difícil como salir, y palacios como los cairotas de los fatimitas entre los siglos X y XII, y la Alhambra incluso, tuvieron sus cementerios propios. Los entretenimientos eran pocos –los desfiles militares, el polo, la caza y la intriga–, pero hacia el siglo X la mayoría de las cortes islámicas tenían un ceremonial elaborado para enaltecer el esplendor del soberano y ocupar la jornada.

Sin embargo, es demasiado simple ver en los palacios una réplica de Versalles o de las cortes renacentistas de la época. El consumo era enorme, sin duda, pero el oro y la plata, el cristal de roca y el marfil, los brocados, las pinturas y los autómatas descritos, con entusiasmo poco crítico, por los cronistas cortesanos eran poco más que propiedades escénicas. Las descripciones de fiestas en que los poetas componían versos adecuados y los mejores músicos y bailarines brindaban su arte carecen de vitalidad y, en el sentido renacentista, el patronazgo del soberano carecía de profundidad; por el contrario, a través de las crónicas que hablan de un lujo abrumador, se entrevé un aburrimiento infinito. El ceremonial no era una distracción sino, más bien, el tedio elevado a la categoría de ritual.

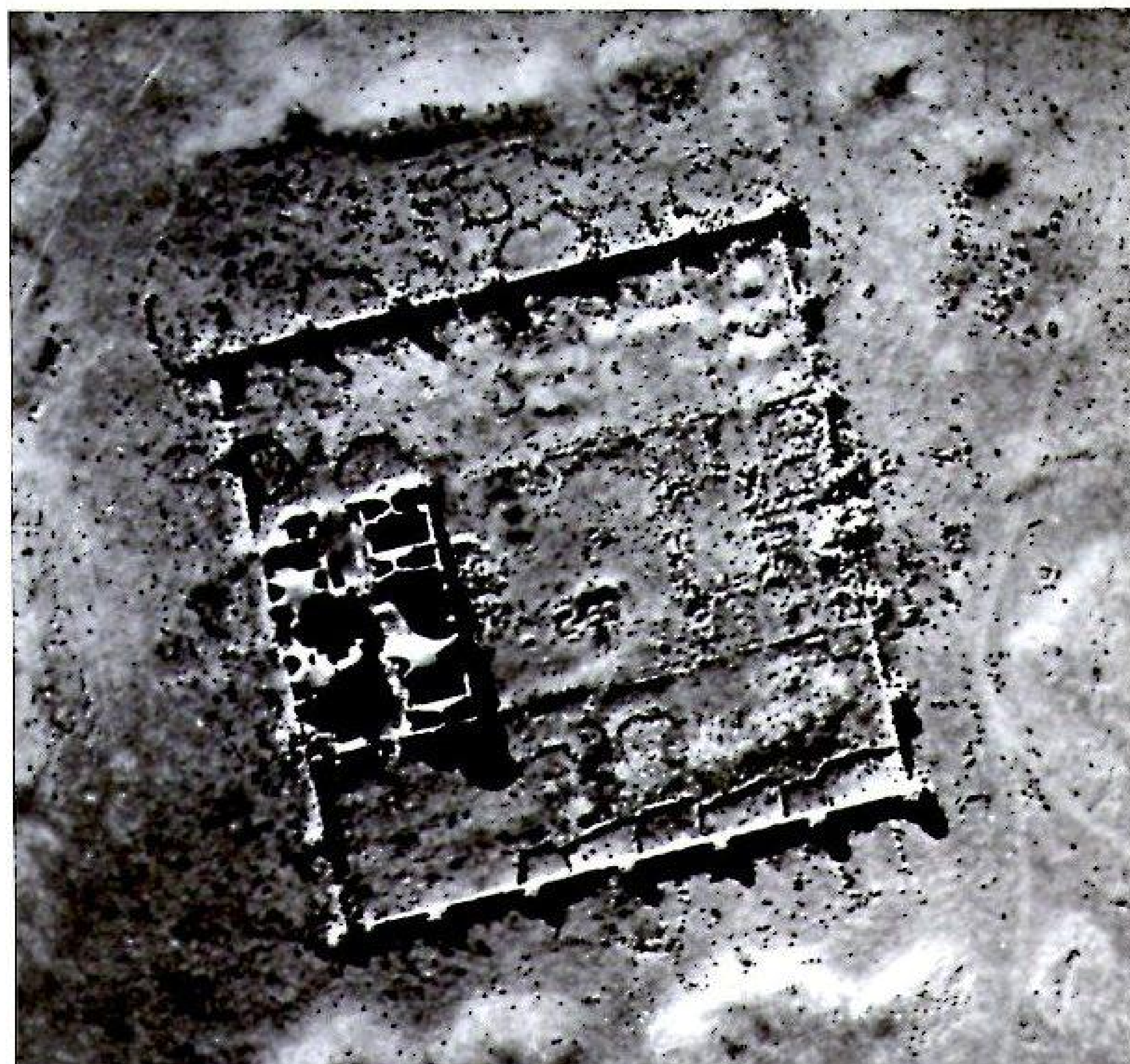
La arquitectura palaciega, que a menudo era de gran trivialidad, no nos da una idea clara de todo eso. Tampo-

Arriba: vista de la Alhambra, Granada. Las murallas exteriores se restauraron en 1238, cuando se produjo la reconquista nazarí.

co es muy inventivo el diseño arquitectónico del palacio, sobre todo por el predominio del gusto del califato abasida, que llevó la imitación de las construcciones de fábula de Bagdad hasta comarcas tan lejanas como Transoxiana y Magreb, aun cuando las condiciones climáticas eran muy diferentes. Sólo con la extinción del califato (1258), y la subsiguiente primacía de Egipto, aparecieron los estilos nacionales; después de la conquista otomana de 1517, incluso esos estilos se vieron subordinados a la moda de Estambul.

«Castillos del desierto». Los palacios de las antiguas capitales omeyas –Damasco, Fustat, Jerusalén o Harran– desaparecieron, sin dejar rastros, bajo siglos de edificaciones posteriores. En cambio, están los «castillos del desierto» en Siria y Palestina, que los eruditos adjudicaron sobre todo a la aversión nómada a la vida urbana, consagrada en la advertencia de Mahoma respecto de las tentaciones de la vida en los grandes oasis. Sin embargo, los descubrimientos recientes de palacios antiguos (Dar al-Imara) en Kufa y en Wasit, ambas capitales omeyas de Irak, demostraron que esta dinastía, con toda naturalidad, frecuentó las ciudades tanto como el campo. El de Kufa, a espaldas de la Gran Mezquita omeya (probablemente construido por al-Hahhah h. 694-697), quizá sea abasida pero tal vez siga el plano de las edificaciones omeyas. Era un edificio cuadrado con contrafuertes, al que se llegaba, como en Persépolis, por una doble escalinata; tenía una sala del trono sobre el eje, evidentemente abovedada, a la que se accedía a través de un iwán basilical con una amplia fachada de tres arcos. El palacio estaba en el centro de un recinto rodeado de una muralla con contrafuertes, con restos de arcadas a su alrededor.

Vista aérea del palacio inacabado de Mshatta, Jordania, probablemente empezado por el califa omeya Al-Walid II (743-744). Sólo el sector central se construyó por encima del nivel de los cimientos. La fachada espléndidamente decorada con relieves (véase cap. 1) está hoy en el Museo Islámico de Berlín.

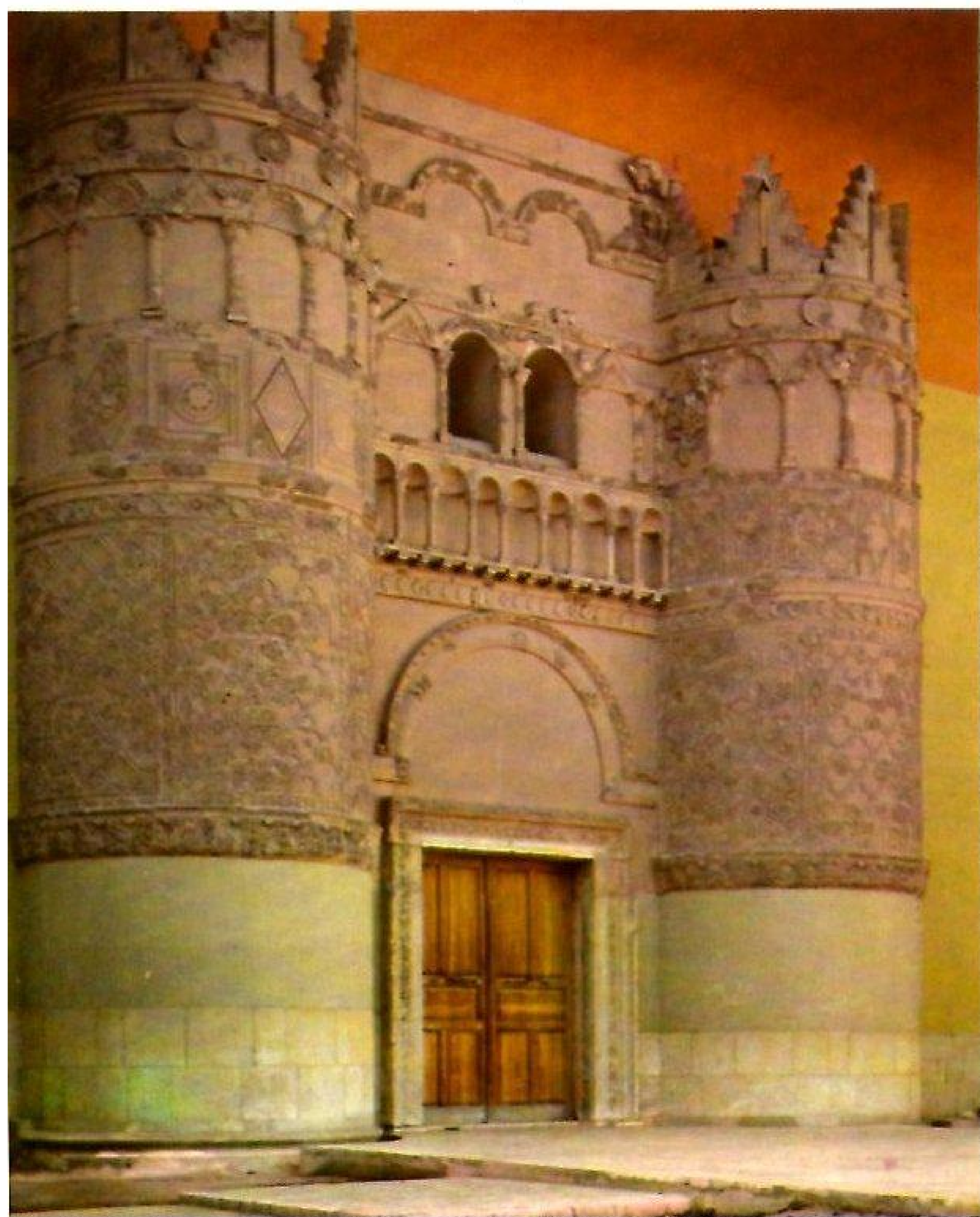


De los llamados «castillos del desierto» omeyas, sólo unos pocos eran palacios reales; se podría decir que ninguno era castillo y algunos no fueron más que el equivalente de las contemporáneas villas rurales romanas o bizantinas. Pero todos estaban rodeados de edificaciones externas, por lo común aldeas con molinos, graneros y prensas de aceite, y todos, aun el aparentemente aislado baño de Qusayr Amra, muestran testimonios de ocupación continuada, durante todo el año, muy posible en Siria y en Transjordania, si se tenían medios para almacenar el agua de las copiosas lluvias invernales.

El más espectacular de todos es Khirbat al-Mafjar, en las afueras de Jericó, probablemente construido entre el 739 y 744, pero destruido por un seísmo en el 747-748. Con mucho ingenio, se reconstruyó empleando sus propios restos, muy abundantes. Dentro de un recinto irregular de unas 60 ha, ese palacio tenía una entrada que daba a un patio delantero, dominado por un estanque cubierto por una cúpula, con una plataforma octogonal rematada en un parapeto de piedra. La entrada saliente del palacio, situada en el centro de la fachada de pórticos de dos plantas, constituía un pasaje abovedado con asientos, cuyos respaldos estaban revestidos de paneles de estuco con relieves en toda su longitud: el conjunto hacía pensar un arco de triunfo romano, pero con un pabellón abovedado en la planta superior. El pasaje tenía hornacinas con bustos de estuco, dentro de medallones ornamentados, y una cúpula cubierta con un dibujo de cerradas volutas de vid. El patio del palacio estaba rodeado por arcadas y, evidentemente, tenía techo de madera. El pabellón de la mano derecha era un salón único, con columnas en el centro; el izquierdo constaba de cinco salones estrechos, el central con un mihrab y contrafuertes cuadrados por fuera que, sin duda, hay que considerar como un alminar. Sobre el eje se alzaba una *sardab,* con suelo de mosaico policromo y un depósito de agua fría. Detrás había un lugar de retiro. Dos escalinatas monumentales, poco corrientes en la arquitectura islámica, llevaban a una planta noble (piso principal), rodeada por una galería con balaustres estucados y un mirador axial, en el que hubo una ventana de piedra que daba al patio y pesaba más de tres toneladas y media. En el extremo derecho, una puerta llevaba a través de un patio vacío hasta el baño, pero el

Página siguiente: planta del palacio Jawsaq al-Khaqani de Samarra. Según Creswell.


0 50 100 m
0 100 200 300 pies



Entrada principal del palacio de Qasr al-Hayr al-Gharbi, entre Damasco y Palmira, construido por el califa omeya Hisham en 727. La portada (hoy en el Museo de Damasco) es una adaptación de los arcos triunfales romanos, pero con un mirador encima.

lado de la fachada estaba ocupado por una mezquita pequeña, carente de adornos.

A pesar de la ornamentación de riqueza asombrosa, hay signos de que Khirbat al-Mafjar aún no estaba terminado cuando quedó destruido en el 747-748. También fue ese el caso de dos palacios de Transjordania, Qasr al-Tuba y Mshatta, una región frecuentada por el disoluto califa al-Walid II (743-744), que pudo ser quien los construyó. A juzgar por los cimientos, Qasr al-Tuba constaba de dos partes idénticas, cada una con una entrada majestuosa, pero conectadas por dentro mediante un corredor que se podía sellar. En tiempos de Creswell, sólo quedaban dos bóvedas de cañón de ladrillo y este investigador sugirió que muchas de las otras habitaciones, cuyas paredes eran demasiado finas como para soportar una bóveda, pueden haber sido espacios abiertos para los beduinos seguidores de Al-Walid; pero es mucho más probable que tuvieran techos planos de madera. El palacio inacabado de Mshatta es muy importante por su diseño: tres alas separadas dentro de un recinto rodeado por una muralla con contrafuertes. Las únicas partes empezadas estaban en el ala central, donde se hicieron los cimientos de un bloque de entrada, incluida una mezquita con un mihrab cuadrado, y es probable que se terminara una sala del trono, con un triple ábside al que se llegaba por un iwán de tres naves, con una fachada monumental de tres arcos.

Se desconoce el destino de estas villas omeyas tras la caída de la dinastía, pero al parecer en Siria no se construyeron más palacios hasta el siglo IX, cuando los de Raqqa, excavados hace poco por el Departamento de Antigüedades sirio, siguieron la moda de Bagdad y de Samarra. En otros sitios, no está claro hasta qué punto las condiciones climáticas permitían el desarrollo de economías de villas independientes. Sin embargo, la fortaleza del desierto de Ukhaydir (datada por Creswell en el 775-776), en Irak central, puede ser un castillo rural de los siglos VIII-IX, típico de Irán y de Asia central, cuando el islam entró en contacto con la aristocracia rural nativa. A diferencia de la mayoría de las villas omeyas, Ukhaydir era un recinto muy fortificado mediante una muralla de caliza, con contrafuertes dispuestos a distancias regulares, con saeteras y almenas escalonadas, mucho más altas que los edificios interiores. La entrada principal, provista de matacán y rastrillo llevaba, a través de una sala con bóveda de cañón cuyos elementos decorativos evocan el palacio sasánida de Ctesifonte, hasta un patio de honor; un gran iwán conducía hasta la sala del trono, rodeada por corredores también abovedados y porticados que daban a bloques de habitaciones por tres lados, una estructura que se corresponde con un pabellón separado en el lado este del palacio. El patio y la sala del trono están rodeados por corredores abovedados que dan a bloques de apartamentos dispuestos simétricamente: en casi todos los casos, patios de arcadas con un iwán, aunque el bloque que está a la derecha de la entrada es una mezquita. El baño, evidentemente, estaba en algún otro punto del complejo. La planta recuerda de cerca a la de los palacios sasánidas, como Qasr-i Shirin, Sarvistán y Firuzabad; pero es obvia la semejanza de su organización a la de los palacios romanos de Mesopotamia, como el de Dux Ripae en Dura (Europos), sobre el Éufrates (probablemente h. 230 d. C.), que en realidad es de arquitectura romana provincial; por esto no es muy exacto pensar que la arquitectura del palacio abasida sólo perpetuó una tradición sasánida.

Los triples planos de Mshatta y Ukhaydir están presentes en la arquitectura del palacio de Samarra, cuyas ruinas dan la más clara de las ideas sobre la Bagdad de este período. Su gran extensión limitó las excavaciones, en su

mayor parte, a la franja central. El Jawsaq al-Khaqani o Bayt al-Khalifa, probablemente construido por Al-Mutasim poco después de la fundación de Samarra (836 d. C.), abarcaba al menos unas 175 ha, sin contar el coto de caza, el campo de polo y las pistas de carreras apartadas del palacio. Desde el Tigris se llegaba al edificio por una amplia escalinata o una rampa que dominaba un estanque de unos 127 m², para desembocar en la Bab al-Amma, una fachada de arcada triple con los nichos laterales cegados, evidentemente destinados a los guardias, cuando el califa residía allí. Un amplio bloque de ingreso daba a un patio con una fuente y después al patio de honor, con las habitaciones del califa a la izquierda (el norte) y el harén a la derecha (el sur), además de un amplio baño que se abría sobre el patio. A la sala del trono abovedada se llegaba a través de iwanes abiertos sobre los cuatro ejes y todos ellos basilicales, iluminados por triforios. Al otro lado se tendía una explanada, con canales y estanques y una pequeña *sardab,* de 8 m de profundidad, con cavernas en torno a un estanque central y un acceso cuadrado con un friso de camellos. Más allá de la *sardab,* había una tribuna que dominaba el campo de polo y la pista de carreras, algo más alejada. A la izquierda de la explanada había una *sardab* amplia, con un cuerpo central de 80 m², que contaba con un patio cruciforme y un estanque central. Las habitaciones del harén varían muy poco en su planta, exceptuado un patio que está al sur de la sala del trono, con un pabellón pintado de diseño cuadrangular que contó con una pila de granito faraónica, hoy exhibida en el Museo de Bagdad. Todas esas habitaciones tenían instalación de agua y lavabos, y las escalinatas que se ven en distintos puntos sugieren que, en algunos sectores, hubo una planta superior.

Bagdad y sus derivados. Los palacios fueron extraordinariamente efímeros. Aun cuando nuestro conocimiento de los palacios del siglo IX en Samarra es deficiente, resulta esencial para la interpretación de las descripciones, llegadas desde aquella época, de los palacios califales de Bagdad, muchos de ellos desaparecidos a principios del siglo XIII, momento en que Yaqut habla ya de sus ruinas. Un relato del siglo XI, que narra la misión que en el año 917 cumplió el embajador Constantino Porfirogénito ante el califa Al-Muqtadir, responsable de la mayor parte de esos caprichos, describe los palacios tal como se veían entonces. La comitiva de la embajada pasó primero por los establos reales, con sus columnas de mármol, después atravesó el *hayr,* con una casa de leones y elefantes para desfiles, un quiosco, el Jawsaq al-Muhdith, con un estanque rectangular de estaño (cobre estañado), rodeado de cuadros de melones y palmeras enanas, con sus troncos enfundados en cajas talladas de madera de teca, sujetas con anillas de cobre dorado, plantas cuidadas con tal esmero que parecían dar fruto todo el año, y pabellones lujosos con asientos de jardín. Seguía la Dar al-Shajara, un palacio con un patio central donde, en un estanque de aguas límpidas, había un árbol de plata maciza con hojas móviles y pájaros mecánicos que cantaban, movidos por agua o aire, con figuras de lanceros montados a cada lado, como si el uno cargara contra el otro (este lugar, por cierto, se convertiría en una prisión). A continuación,

«Botella Hapsburg» (anterior a 1341). Los centros mamelucos de producción de cristal esmaltado fueron Damasco y El Cairo. La decoración de esta pieza demuestra que estaba destinada a la corte, aunque no lleva inscripciones. Museo de Arte Metropolitano de Nueva York.





Izquierda: fachada del Çinili Kösk de Estambul, construido por Mehmet el Conquistador en 1473. La planta del palacio es muy semejante a la de su contemporáneo, el palacio de Uzun Hasán, en Tabriz, descrito por un anónimo veneciano en 1507 (véase cap. 1).

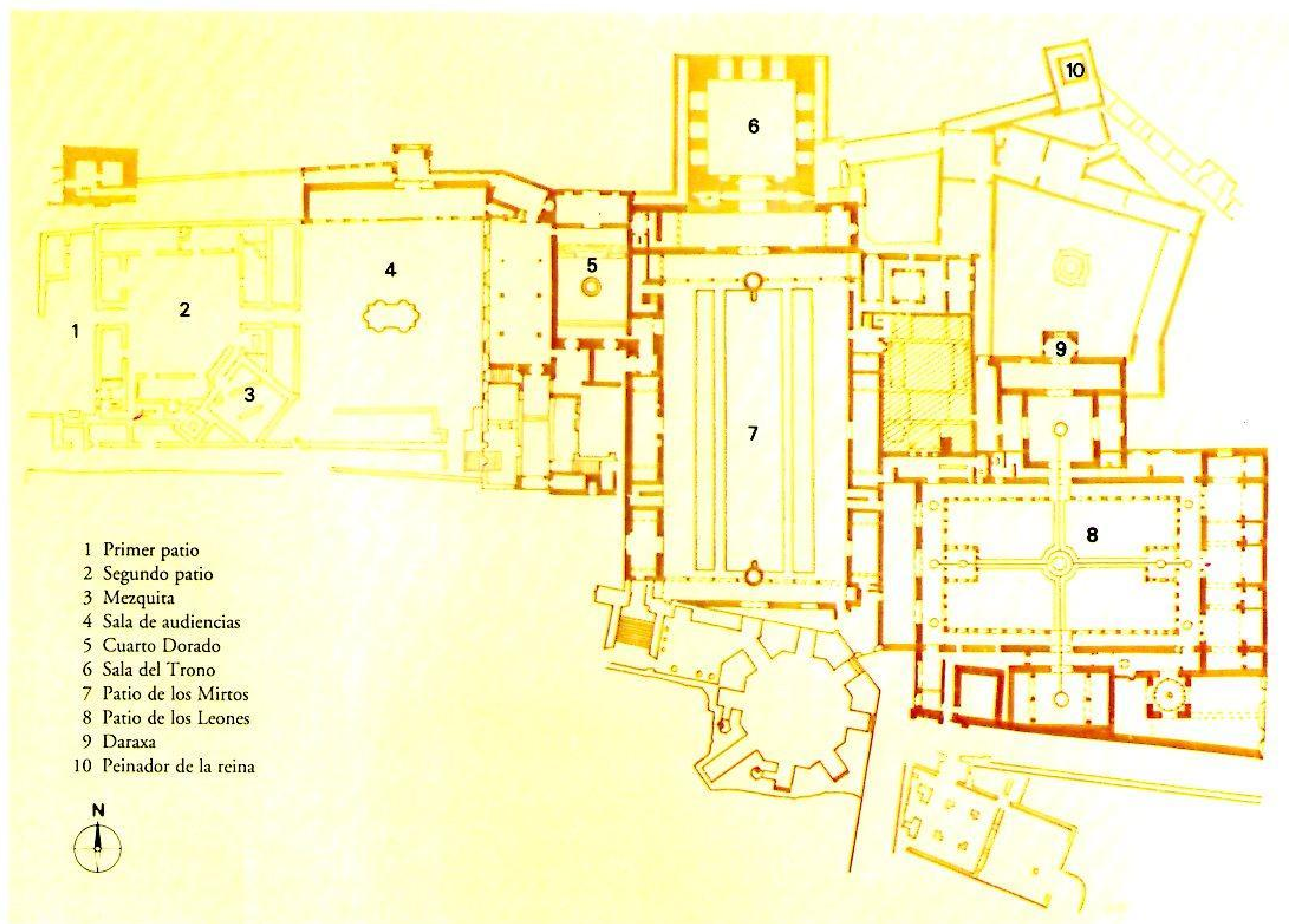
Página siguiente: planta de la Alhambra, Granada. Según Burckhardt.

los visitantes pasaron por Firdaws, sin duda la armería real, ya que uno de sus salones exhibía 10.000 escudos dorados colgados en las paredes y los corredores estaban llenos de armas excelentes y raras. Antes de llegar al Qasr al-Taj, donde los recibiría el califa, el escritor dice que recorrieron 23 palacios.

Sin duda la moda de Bagdad ejerció su influencia en los palacios cairotas tuluníes y fatimitas, desaparecidos por completo a comienzos del siglo XV, cuando Maqrizi trató de describirlos. El último de ellos constaba, en tiempos de Nasir-i Khusraw (1047), de 10 residencias conectadas por pasajes subterráneos, pabellones y salas de recepción *(qaas)* con una sala del trono que se usaba para las fiestas; en esta última había un trono con balaustres dorados y peldaños de plata por detrás. Maqrizi menciona los establos, cocinas, despensa, el guardarropa, las armerías e incluso una dependencia para los arreglos florales destinados a ocasiones señaladas; también hace una descripción minuciosa de los tesoros fatimitas, de los que se conserva una lista: en su mayor parte, se trata de piezas curiosas. Los 100.000 volúmenes de la biblioteca se guardaban en armarios revestidos de paneles, en una de las salas del Viejo Hospital; entre otras, contenía obras de derecho, tradición, gramática, historia, alquimia y astronomía y una colección muy notable de ejemplares iluminados del Corán, copiados por calígrafos de renombre. Sin embargo, esta biblioteca no tenía más que dos copistas y sus asistentes, lo que significa que es exagerada la estimación de su importancia.

Una idea provincial de estos esplendores irrecuperables se conserva en las ruinas del Qala de Banu Hammad, en las montañas meridionales de la argelina Bugía (Bejaia), que desde 1052 fue la capital virtual de Ifriqya durante cien años. Incluía un palacio, Dar al-Bahr, con un hermoso baño y patios que daban a un amplio estanque y un pabellón aislado, con estructura de torre, el Manar, con una planta baja desde la que una rampa llevaba hasta la planta noble, un salón cuadrado, originalmente con una cúpula, ya que quedan restos de las pechinas. Al parecer tuvo una escalinata monumental, quizá con un vestíbulo decorado con mocárabes, y la bóveda correspondería a una sala de audiencias real aunque, en vista de que sólo la rampa tiene ventanas, en realidad saeteras, ha de haber sido una habitación muy oscura.

Con respecto a la planta del palacio de Samarra hubo pocos desarrollos, sólo una simplificación. El palacio gaznevida de Ghazna debe ser una obra impulsada por el sultán Ibrahim (1059-1099), porque durante las recientes excavaciones de prueba salieron a luz muchos fragmentos de mármol en los que está inscrito su nombre. Es evidente que también edificó un palacio en Nishapur, ya que las excavaciones de los americanos, hechas en ese asentamiento en el decenio de 1930, desenterraron un monumental friso de terracota de un amplio edificio no religioso. El palacio de Ghazna era trapezoidal, una forma determinada por los edificios contiguos, tal como permiten verlo las fotografías aéreas del asentamiento. El patio rectangular estaba dominado por un iwán axial, que con-



ducía a la sala del trono, pero también contenía una mezquita rectangular, dispuesta en ángulo, con un mihrab fechado en 1112, con el nombre de Masud III, que hizo una restauración total del palacio. El hallazgo más importante fue el de 44 paneles de mármol blanco, de un total calculado en 510, con inscripciones incisas de versículos en persa, de 250 m de longitud, de las que no quedan más que diez líneas completas, pintadas en azul y rojo (cuando se encuentra el rojo, lo más probable es que haya sido una base arcillosa, con silicato de aluminio, para un posterior dorado), que celebran las glorias de los gaznevidas y de su arquitectura.

Influencias mongolas. La invasión de los mongoles aportó cierta variedad. En Shang Tu (la Xanadu de Coleridge), Qubilay (Kublai) Kan construyó un palacio de bambú, descrito por Marco Polo, con columnas doradas y barnizadas atadas con cuerdas de seda y un techo de tejas de bambú apoyado en capiteles con forma de dragones rampantes. El interior estaba decorado con pinturas doradas de aves y otros animales. Un pabellón hexagonal ya está representado en una miniatura de principios del siglo XV, la del Qarshi de Ogedei («palacio» mongol) de Karakorum, iniciado en 1235 y terminado por su sucesor Möngke a principios del decenio de 1250. La descripción de Rashid al-Din –un palacio elevado, construido por artesanos del Catay, cada una de sus alas tan larga como el alcance de un tiro de arco y un pabellón en el centro– concuerda menos con la miniatura que con la que Marco Polo hizo de Shang Tu, y la sugerencia de Basil Gray, en el sentido de que Qarshi-Karakorum se construyó según el plano de Yenching o Vieja Pekín (destruida en 1215), tuvo una confirmación en las excavaciones de Kiselev en Karakorum, realizadas en el decenio de 1950. Por tanto, el palacio era chino; sin embargo, también tenía juguetes –elefantes, leones o caballos de oro y plata–, que escanciaban vino o kumiz en grandes cuencos. Puede que los hubiera hecho un orfebre parisiense, Guillaume Buchier o Boucher, al que Rubruck conoció en Karakorum en 1254, pero habrán sido adecuados para el gusto islámico, con todo. Rashid al-Din, que nunca los vio, nos deja una relación confusa al respecto, lo que tal vez expli-



Izquierda: Patio de los Leones (1350-1400) de la Alhambra. La fuente central está asentada sobre 12 leones de bronce procedentes del palacio del visir judío Jehoseph bar Najralla (siglo XI). Las paredes con su delicada labor de calados y las columnas delgadas son una obra maestra de la ingeniería estructural.

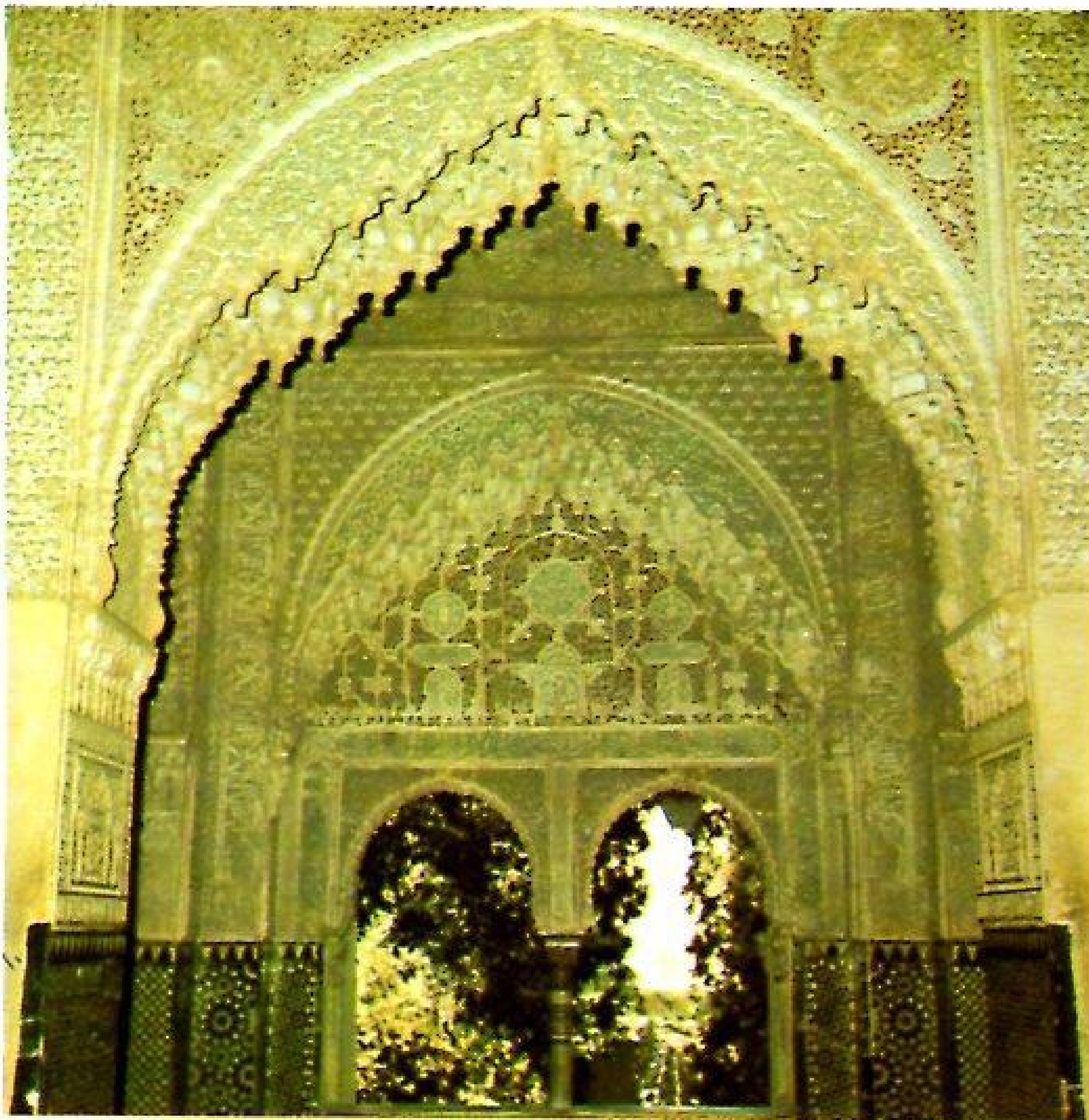
Página siguiente: Mirador Daraxa o Dar Aisha (después de 1350) en la Alhambra. Decoración de estuco de un balcón en voladizo. El medallón central encierra unos versos encomiásticos del poeta Ibn Zamrak.

que la representación del miniaturista, que los pinta como animales de compañía enfermos.

El único palacio mongol excavado hasta el presente en Persia está a casi 3.000 m de altura, sobre el Takht-i Suleymán, al sureste de Tabriz, junto a las riberas de un lago que fue lugar de culto al menos ya en tiempos tan antiguos como el de los aqueménidas. Las ampliaciones mongolas a los edificios sasánidas, algunos fechados en 1271 (por inscripciones de los frisos de tejas decorados con motivos chinos de dragones, fénix y lotos), incluyen un iwán que tuvo que ser reforzado durante la construcción, y un complejo de dos pequeños pabellones octogonales cuyo suelo, con criterio incongruente, estaba cubierto de mosaicos vidriados. El lugar de asentamiento es hermoso, pero su altura implica un verano muy breve y el agua del cráter lacustre es arseniosa. Este hecho y la construcción de un iwán de ladrillo poco firme explican por qué no pudo estar habitado largo tiempo.

La influencia del gusto mongol en El Cairo de los mamelucos es más visible en la decoración que en la arquitectura. La típica unidad palaciega cairota era el *qaa,* que podía estar complementada por un pórtico septentrional, el *maqad.* El *qaa* más antiguo que se conserva, Qaat al-Dardir, quizá del siglo XII, ya muestra los rasgos principales: un patio central *(durqaa)* casi siempre techado o cubierto por una cúpula, con un iwán elevado, en cada extremo del cual a menudo había un *malqaf* (toma de aire) para captar el aire fresco del norte en verano. De los *qaas* reales de El Cairo mameluco, que estuvieron en el palacio de la Ciudadela, empezado por al-Nasir Muhammad en 1313-1315 y restaurado en 1331-1333, con ampliaciones posteriores ordenadas por el sultán Hasán (1359-1360), no queda prácticamente nada y las ruinas están enterradas en los cimientos de la mezquita de Muhammad Alí o Mehmet Alí (siglo XIX). En su momento, incluyeron la Dar al-Adl, un *qaa* en donde los sultanes daban audiencia pública, con una zona central cubierta por una cúpula de madera, revestida de placas de plomo y mosaicos azules. Los iwanes tenían suelo de mármol y columnas de granito, llevadas desde el Alto Egipto, y el trono era de ébano y marfil.

Con la excepción del palacio de Tamerlán en Shahr-i Sabz, descrito por Clavijo en 1403-1404, cuyas ruinas son todavía imponentes, poco se sabe de los palacios persas o de Asia central en los siglos XIV-XV. Pero el Çinili Kösk de Estambul (1473) es lo bastante parecido a una descripción anónima veneciana del palacio de Uzun Hasán de Tabriz, contemporáneo suyo, como para sugerir que es reflejo del gusto persa de la época. Se construyó sobre un alto sótano o entresuelo en el que estaban las habitaciones de los siervos, las cocinas y los lugares de ablución, dispuesto sobre terrazas cavadas en una ladera muy empinada. Era



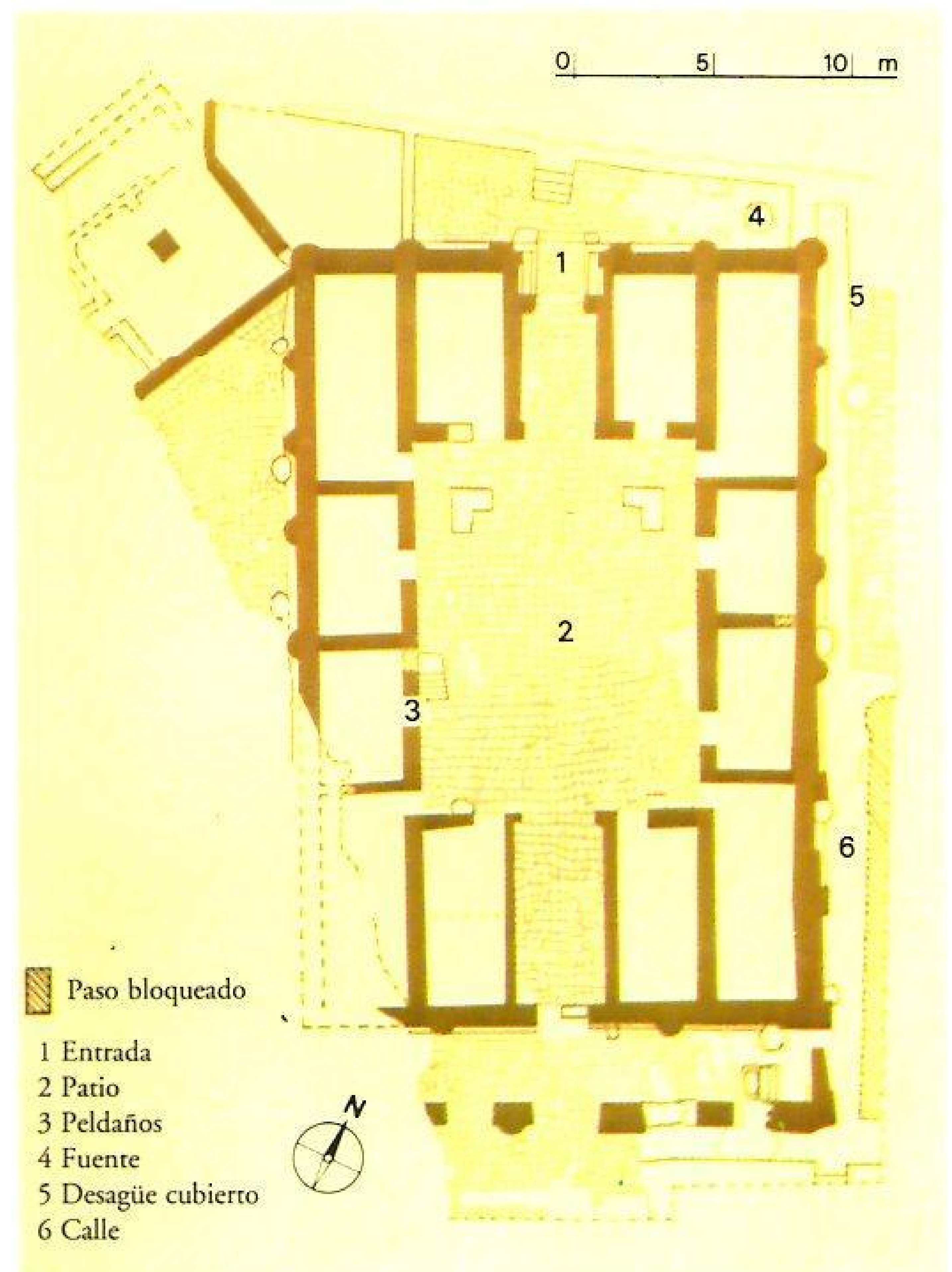
un edificio con una cúpula central a la que se enfrentaba una galería con columnas de mármol y una fachada de ladrillo con incrustaciones de mosaicos color turquesa y cobalto. Se llegaba hasta allí por una doble escalinata, desde lo que hoy es una explanada de arena. Dentro, la zona abovedada daba a cuatro iwanes, todos con frisos de losas originalmente doradas, con habitaciones de distinto tamaño en los ángulos, todas ellas con chimenea. La cúpula tiene ahora bóvedas con mocárabes de estuco, pero si se mantiene la analogía con el palacio de Uzun Hasán, puede que originalmente estuvieran decoradas con escenas heroicas narrativas.

El Topkapi Saray, con la excepción del Tesoro (Hazine) que es del siglo XV, en su mayor parte es demasiado tardío como para que lo consideremos aquí. Sin embargo, hay dos complejos palaciegos antiguos muy llamativos, el de los Shirvanshahs de Bakú (siglo XV) y la Alhambra (siglos XIII-XV). Las excavaciones soviéticas del primero dan testimonio de una habitación previa en ese asentamiento, en menor escala, a la vez que un aterrazamiento cuidadoso del promontorio en el que se alza el palacio, pero poca unidad de concepción; gran parte del recinto se habrá construido en el siglo XIV. El rasgo más notorio del palacio es su mampostería: intrincadas bóvedas de piedra, columnas con basas y capiteles especialmente tallados, cúpulas con decoración de mocárabes en todas las entradas importantes y una delicada tracería entre las aristas de las bóvedas. Este virtuosismo explica por qué Tamerlán se llevó un contingente de albañiles de Azerbaiján cuando construyó la mezquita Bibi Khanum de Samarcanda (1399-1405). Allí, al menos, se edificó un palacio duradero.

La Alhambra. Otro tanto se puede decir de la Alhambra, cuya estructura, tan bien oculta por su magnífica ornamentación, había aprendido mucho de la ingeniería gótica. Ocupa la Alcazaba (Al-Qasaba), la antigua ciudadela zirí de Granada, cuyas murallas se restauraron poco después de su reconquista, en 1238. Su planta, resultado de dos siglos y medio de agregados, quizá refleje la influencia de un antiguo palacio del lugar, el Jehoseph bar Najralla, pero el trabajo continuó en el complejo hasta la caída de Granada (1492) y después incluso, cuando una parte se demolió para hacer un palacio para el emperador Carlos V (nunca terminado y hoy casi en ruinas). En la actualidad, el edificio es, básicamente, una sucesión de patios y tiene establos, barracas, *masjids,* baños y jardines, a los que abastece de agua el Darro, con magníficas vistas del valle y de Sierra Nevada, a lo lejos. Esas vistas, tanto como la arquitectura, hacen de la Alhambra el más famoso de los palacios islámicos.

Dos patios de entrada en ruinas, el segundo con una mezquita, dan a la sala de audiencias, el Mexuar o al-Mishwar, construido por Ismail I (1308-133), restaurado h. 1365 y una vez más en el siglo XVI. Después de esta sala,

Planta de una casa de Siraf (siglos IX-XII). Según Whitehouse.



las comitivas pasaban por el Cuarto Dorado (1313-1333) para llegar a una sala del trono cuadrada, la Sala de Comares o Al-Qamariyya, construida antes de 1350 en una torre saliente de las murallas, con ventanas metidas dentro de nichos muy profundos, que dominan la ciudad. Enfrentado está el Patio de los Mirtos, contemporánea adaptación del patio tradicional con fuente, con amplios parterres de mirtos que bordean un estanque rectangular. Más allá se despliega un laberinto de dependencias reales, jardines, miradores y un baño lujoso, lo que culmina en el Patio de los Leones (1350-1400), rodeado de columnas engañosamente gráciles y un pórtico con alero avanzado en cada extremo para observar la fuente central, sostenida por leones de bronce procedentes del palacio de Jehoseph bar Najralla (siglo XI). Es probable que fuese un lugar privado donde jamás se admitió a ningún visitante.

La Alhambra se relaciona de cerca con el pasado moro: paredes exteriores sombrías, sin grandes entradas, aunque esas características ya estaban suavizadas por el tiempo, y dependencias orientadas hacia el interior. Aun sus torres o miradores, como el de Daraxa o Dar Aisha (posterior a 1350) o el Peinador de la Reina, con pinturas que muestran procesiones triunfales o fiestas regias, se parecen sobre todo a las torres domésticas del Magreb medieval, rematadas en una galería donde se toma el aire fresco del atardecer. También es mora la ornamentación: bóvedas con mocárabes que parecen gotear como panales, paredes totalmente cubiertas de estuco trabajado como si fuese tela, inscripciones coránicas y versos encomiásticos de poetas como Ibn Zamrak; cielo rasos o bóvedas pintados y dorados de madera artesonada y frisos bajos de azulejos, los típicos mosaicos árabes, aunque buena parte de lo que se ve proviene de restauraciones del siglo XVI y posteriores.

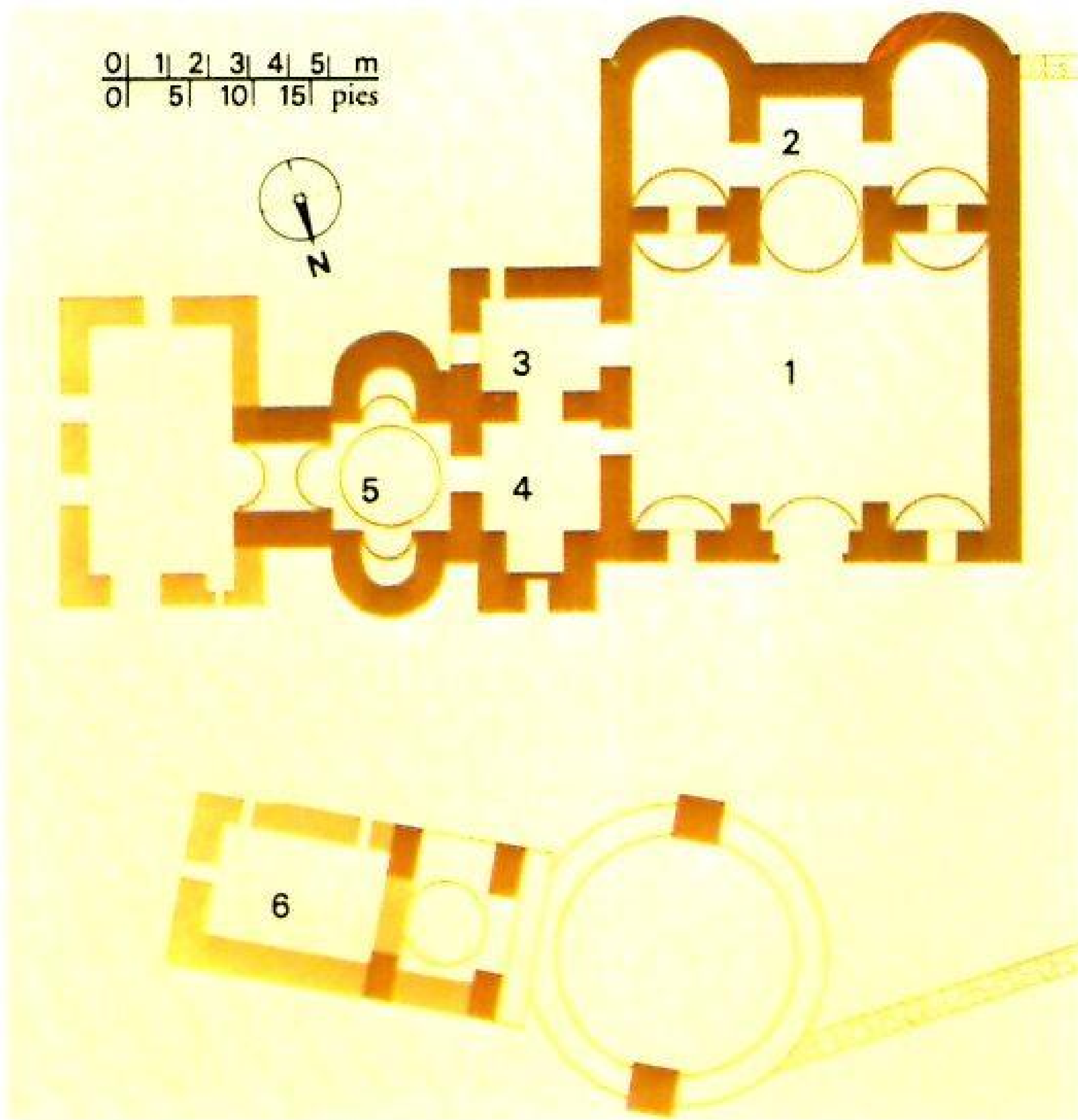
La ornamentación de la Alhambra oculta una arquitectura de realización brillante y también puede disimular las importantes modificaciones de la planta del antiguo palacio islámico. Los característicos iwanes que daban a un patio se tapiaron y transformaron en galerías de dos o tres plantas, mientras que los patios quedaban metamorfoseados en algo semejante al patio español, descendiente tanto del *atrium* romano como del *sahn* islámico. Con esos patios inaccesibles, las torres solitarias y sus ricos jardines, la Alhambra sugiere el *hortus conclusus,* el huerto cerrado, de los romances medievales europeos o sus paralelos andaluces, antes que el lujo más o menos público de los palacios musulmanes primitivos. Por tanto, la Alhambra no es un edificio típico.

Junto a la Alhambra está el Generalife, quizá construido por Ismail I (1308-1313). Por trabajos posteriores, se transformaría en un jardín dispuesto en terrazas y coronado por pabellones de dos plantas, a cada lado de un estanque largo y estrecho. Sin embargo, un incendio de 1958 descubrió los cimientos de un palacio y, más importante aún, demostró que el patio del jardín era originalmente similar al Cuarto Dorado de la Alhambra. Es decir que la fama del Generalife como jardín debe poco a la concepción de su fundador. No muchos soberanos musulmanes admiraron la naturaleza y es excepcional el deleite que el emperador mongol Babur mostraba ante las flores silvestres y los pájaros de Asia central, Afganistán e India. Aunque los jardines evocan alusiones abundantes de los autores clásicos, la mayoría de ellas referidas a flores muy olorosas –narcisos, jacintos, jazmines y rosas–, los jardines islámicos deben haber sido decepcionantes. Los jardines acuáticos de los califas abasidas de Samarra nunca tuvieron suficiente agua y los de sus palacios de Bagdad tal vez hayan sido una combinación de huerto, jardín de mercado y parque desértico. A menudo se dice que las alfombras persas con motivos florales se inspiraron en el encanto de la jardinería, pero se podría argumentar que, en ese caso, el arte pretende llenar la evidente carencia de la naturaleza.

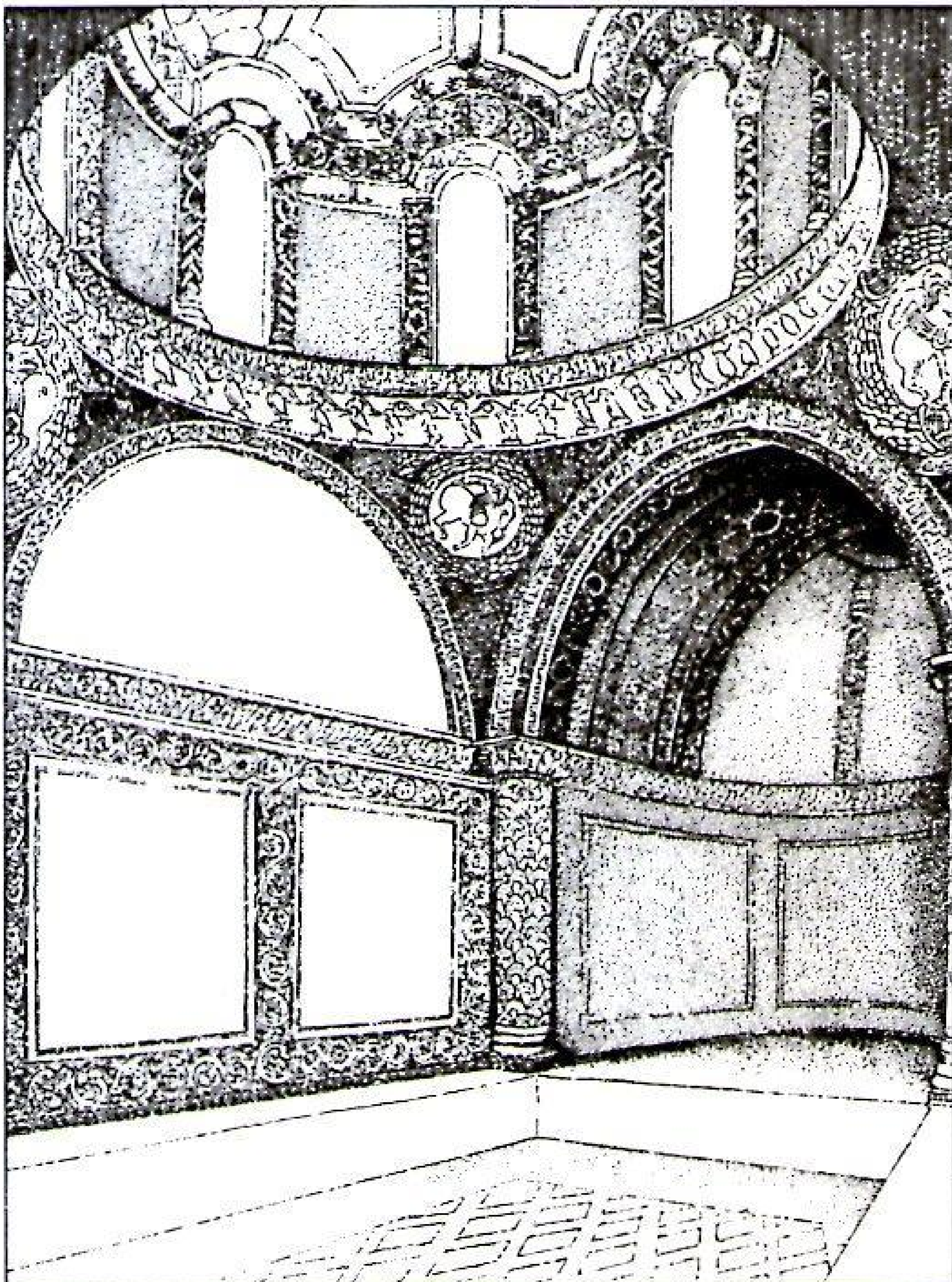


Baño omeya de Qusayr Amra, en Jordania, probablemente construido por el califa al-Walid II en 743-744. Las tres bóvedas de cañón corresponden a la sala de audiencias, que ocupa la mayor parte de la construcción. La superficie circundante, no estudiada a fondo aún, muestra restos de un asentamiento medieval y el baño, por tanto, tal vez no fue una edificación aislada.

Casas particulares. En muchas ciudades islámicas, las fachadas lisas de las calles y las entradas poco aparentes de las casas con frecuencia llevaron a los observadores occi-



Arriba: planta de los baños de Qusayr Amra. Según Creswell. Nótese el salón principal (1), el vestíbulo (2), el *apodyterium* (3), el *tepidarium* (4), el *caldarium* (5) y el depósito de agua (6).
Abajo: reconstrucción del *diwan* de Khirbat al-Mafjar (probablemente 739-744). Según Hamilton.



dentales a pensar que el islam tenía un deseo de privacidad. Pero Ward-Perkins señala con razón que las casas de Umm al-Jamal, en la comarca de Hauran, datadas en los siglos III-IV, con su planta irregular dispuesta en torno a un patio interno, casi no se diferencian de la arquitectura más reciente de esa zona o de la de regiones más lejanas, como Siirt o Mardin en la Mesopotamia superior. Las casas helenísticas, partas o sasánidas, excavadas en Ctesifonte o Ashur, son el prototipo de patios islámicos e iwanes abiertos; en otras muchas comarcas, aún se advierte la influencia persistente de la arquitectura romana provincial, a su vez con una obvia influencia de las tradiciones locales. El diseño de las casas islámicas es tan diverso como el de las europeas y los *trulli* abovedados de la zona de Alepo, como los pulleses, no son menos típicos que las casas de Samarra, Fustat, Siraf o Merv.

Samarra tiene un particular interés, ya que se construyó en tierras deshabitadas. Como era previsible, las casas (siglo IX) tienen plantas más o menos iguales y, como también era previsible, presentan una innovación: el iwán en forma de T invertida. Como ocurre en el caso de otras casas islámicas medievales que se excavaron, no se conoce a los ocupantes y ni siquiera es posible decir si se trata de casas de familia o de bloques de renta. Herzfeld las describe como edificaciones de un solo piso, a las que se entraba directamente desde la calle, con un patio exterior rodeado de habitaciones usadas como depósitos, de las dependencias domésticas y de la servidumbre y con un patio interno, sin duda el harén, en el que no podían entrar visitantes varones. Algunos patios contiguos sugie-

Detalle del suelo de mosaico de la plataforma en forma de herradura del *diwan* de Khirbat al-Mafjar. Los temas y el tratamiento son característicos de los mosaicos del siglo VI del Gran Palacio de Bizancio o de otros contemporáneos de Antioquía.



ren viviendas de verano y de invierno. Todas tienen baños, tuberías de agua y a menudo *sardabs* y sus propios pozos. Una casa podía contar hasta con 50 cuartos, con ventanas cerradas con grandes discos de cristal, o podían ser salas basilicales. Las fachadas no tenían ornamentación y la decoración de estuco, muy profusa, que a menudo incluía nichos perfilados, se reservaba para las habitaciones interiores.

En Siraf, las primeras casas medievales eran del tipo *insula*. Sin embargo, como la calle principal no estaba trazada en línea recta, algunas quedaban algo retiradas, sin duda para dar espacio a los mercados callejeros. La entrada, sobre el centro, en general se abría al cabo de unos pocos peldaños. Con la excepción de un único iwán, todos los demás cuartos eran cerrados (siglos X y XI). Pero había una casa que tenía una entrada importante con un perfil moldeado sobre la calle. Este edificio tuvo al menos una planta más, posiblemente con una galería en todo el perímetro; a la vez, una fila de pilares, cerca de la pared sur, sobre el mar, sugiere quizá una galería destacada. La mayoría contaba con desagües pluviales y algunas tenían una alcantarilla que, por debajo de la entrada, se conectaba con la alcantarilla principal, en la calle.

Si las casas medievales de Siraf tuvieron un modelo preislámico, aún no está identificado. Pero Herzfeld caracterizó como nativas ciertas plantas de casas de Jurasán y Seistán: un bloque de acceso abovedado, con una habitación también abovedada a cada lado, un patio y un iwán axial con una cúpula a cada lado. Las casas medievales de ladrillos de barro, estudiadas hace poco por Fischer en el Seistán afgano, son derivaciones evidentes de esa planta, aunque muchos de sus tipos tienen entradas en forma de torre con bóvedas de cañón, que dan a un patio rodeado con edificaciones de techo bajo por los tres lados, lo que podría reducir el espacio central a una simple fuente.

Pugachenkova ha publicado sus estudios sobre restos de algunas casas aisladas de las afueras de Merv, datadas en los siglos IX y X y que fueron probablemente villas de la aristocracia rural terrateniente *(dihqans)*. Eran de ladrillos de barro, sobre un entresuelo o sótano elevado con paredes estriadas, en talud, con una marcada inclinación, por supuesto para que las lluvias invernales se escurriesen sin dañar la construcción. Haram Kushk tenía una planta cruciforme, en términos generales, con habitaciones en los ángulos, dos de ellas con cúpulas y una escalinata que subía hasta una planta noble en ruinas. En Sulu Kushk, por otra parte, sólo la planta noble con habitaciones abovedadas en cada ángulo era discernible. Tan apiñadas estaban estas villas que el patio central se eliminaba o reducía a una fuente de dos plantas, por lo común abovedada.

Baños. A pesar de la afirmación de al-Yaqubi (m. 905) de que los *hammams* fueron una invención persa, no hay duda de que se copiaron directamente de los baños de las provincias romanas, por ejemplo, los baños del puerto de Éfeso, con espléndidas salas públicas (fines del siglo I, pero con restauraciones posteriores) o los de Antioquía (siglo IV, pero según un diseño del siglo II); las dependencias de recepción con frecuencia estaban en ángulo recto respecto del eje central, con nichos o alcobas en cada extremo. Los amplios baños bizantinos provinciales siguieron funcionando hasta mucho después de la conquista musulmana y esto, quizá, explica el espíritu extremadamente conservador de los baños islámicos antiguos, en los que los únicos cambios perceptibles son la supresión del *frigidarium* (sala fría) y la ampliación del *apodyterium* (sala de vestuario) para convertirlo en una amplia sala de audiencias.

Los baños islámicos posteriores varían muy poco en su distribución: *apodyterium, tepidarium* (sala templada) y *caldarium* (sala cálida). Las habitaciones calientes tienen una calefacción de hipocausto, con una entrada independiente para el cuarto de la caldera, bóvedas con óculos, protegidos con cristales para conservar el calor, lavabos y fuentes o aguamaniles para el agua de beber. Ningún palacio ni casa importante carecía de uno de ellos.

Los baños islámicos más notables que conocemos son los omeyas, en especial el de Qusayr Amra en Transjordania (en general fechado en el 711-712 o 715) y el de Khirbat al-Mafjar (probablemente hacia el 739-744). El baño de Qusayr Amra es una construcción extrañamente aislada, protegida por un muro exterior en forma de V que apunta hacia una arroyada, por lo visto para disminuir en lo posible los peligros de las inundaciones, abastecida por un depósito, del que se sacaba el agua con una noria horizontal *(saqiya)*. El salón principal tenía tres nichos frente a la entrada; el central, cuadrado, se adornaba con el retrato de un soberano sentado en el trono y contaba con una alcoba, cuyo suelo de mosaico de mármol estaba ornamentado con teselas de cristal a ambos lados. Aparte había un pequeño *apodyterium*, un *tepidarium* y un *caldarium*, todo con bóvedas caladas que tenían perfiles exteriores desnudos, exactamente como los baños de caza de Lepcis, datados a fines de siglo II o a principios del III y, evidentemente, frecuentados por los que vendían animales salvajes a los anfiteatros romanos. Las plantas son distintas pero la concepción, no.

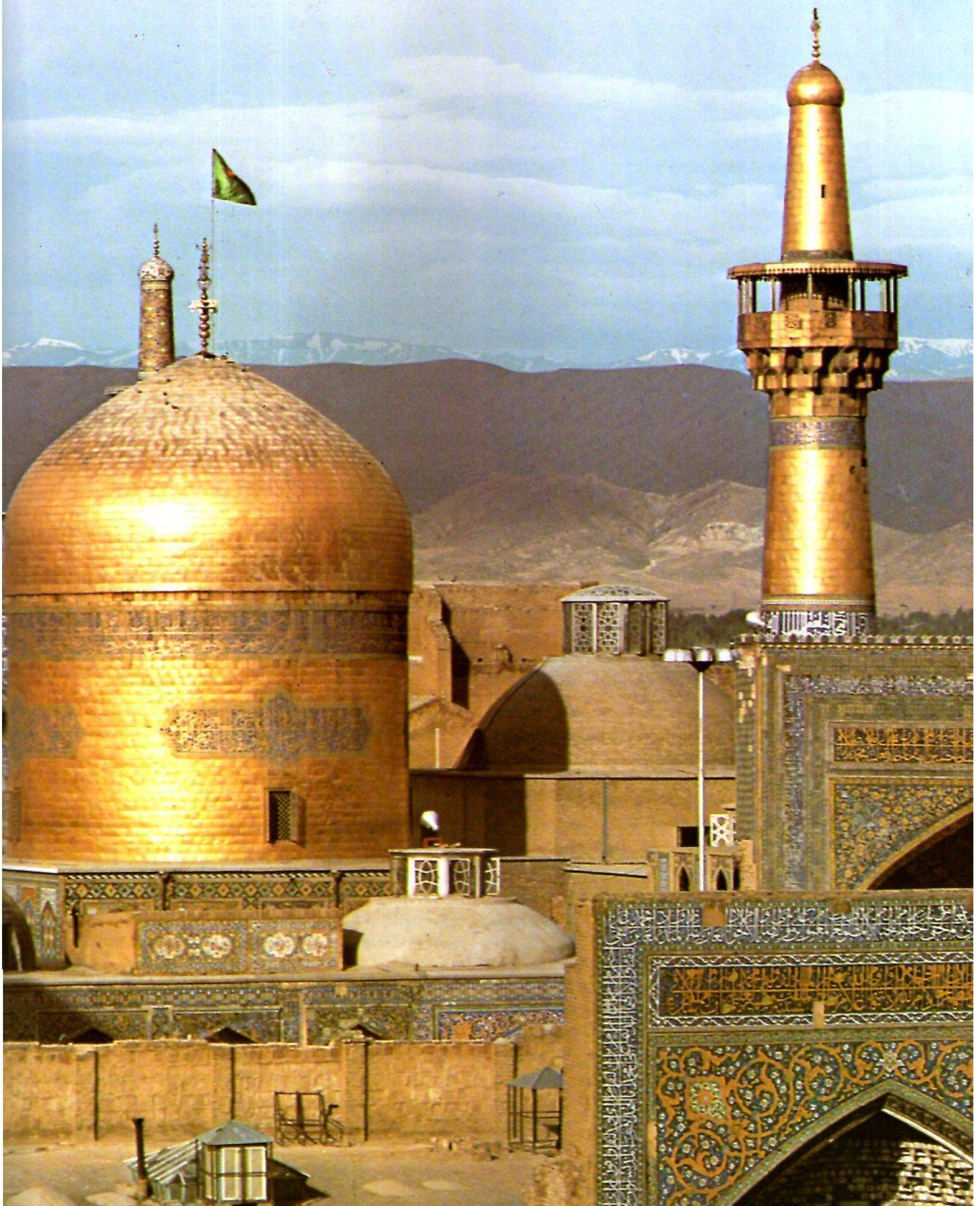
La sala de entrada está cubierta de pinturas, en su mayoría indescifrables, hasta que hace poco las restauraran artesanos españoles, pero entre las que había una de los «Seis Reyes», tal vez los enemigos a los que había de-

rrotado el islam. Pero las pinturas más sobresalientes están en el *tepidarium*, con sus notables bañistas; los cuadros son tan grandes que explican por qué algunos juristas musulmanes estrictos insisten en relegar la pintura a los baños; además, allí está el Zodiaco del *caldarium*. El Zodíaco helenístico puro, hecho en un estilo característico de la pintura de Palmira en los siglos II o III, era al parecer un rasgo de baños romanos o bizantinos, si tenemos en cuenta el muy citado pasaje de Juan de Gaza o las alusiones que hace Filóstrato en *Vida de Apolonio de Tiana*. Pero el Zodíaco de Qusayr Amra es excepcional en tres aspectos: se copió de un dibujo; el dibujo mostraba las constelaciones tal como aparecen en un globo, es decir, desde arriba y no desde abajo, o sea que está del revés; y, aunque la estrella polar del centro tendría que indicar el hemisferio norte, algunas constelaciones son del hemisferio sur, dispuestas en círculos concéntricos por debajo de aquella, en lugar de tal como aparecen en el cielo.

Del baño descubierto hace poco tiempo en Qasr al-Hayr este (probablemente del año 728 d. C.) aún habrá que esperar los detalles de la excavación, pero apenas podrá superar la suntuosidad del de Khirbat al-Mafjar, cuya sala de entrada constituye el rasgo primordial. Se trata de una basílica de unos 30 m², con 16 pilares que dividen sus alas; por el lado oeste, frente a la entrada monumental, tenía tres ábsides; la clave de bóveda del central era de piedras dispuestas en hiladas, con un gancho de piedra fuerte y una cadena en el vértice. En el ángulo suroeste había una entrada privada desde el palacio, y la mayor parte del lado sur estaba ocupada por un estanque elevado con tres ábsides: sería un *nymphaeum* (fuente dedicada a las ninfas) o una *natatio* (piscina), como en los baños imperiales romanos, el de Caracalla (212-216 d. C.), por ejemplo. El suelo está cubierto de paneles rectangulares de mosaico de mármol polícromo, que dan la impresión de varias alfombras separadas, pero con un mosaico continuo desde la entrada hasta el ábside que tiene el gancho y la cadena. El ángulo noroeste de esta sala se abre a una habitación pequeña, muy decorada, que se alza en una cúpula sobre pechinas iluminada por ocho ventanas con rejas de estuco y quizá una pequeña linterna en el vértice. Remata el cuarto en una plataforma elevada, metida dentro de un ábside semicircular, cuyo suelo está cubierto con mosaico de mármol de brillante poder evocador, que representa un árbol frondoso a cuyo pie hay animales que pastan o se atacan, rodeado por una greca de teselas. (En esa época no existían las alfombras, pero el diseño del árbol sugiere el tejido de una alfombra.) El uso que se daría a este gran salón ha suscitado muchas especulaciones de Ettinghausen, pero podría ser una simple restauración del palacio de baños, como la Villa de Júpiter (14-37 d. C.) de Tiberio: el lujo concuerda con un califa tan disoluto como Al-Walid II (743-744), pero no implica necesariamente un ceremonial musulmán elaborado. El agua llegaba a través de un acueducto, parte de cuya extensión discurría sobre puentes. Los servicios estaban separados y recuerdan a los romanos porque son amplios, abiertos y tienen asientos. Sin embargo, según nuestros conocimientos actuales, estos impresionantes baños omeyas, con sus salas de audiencia mucho más monumentales que los mismos baños, al parecer señalan la etapa final en la historia de la Antigüedad tardía, antes que una época de innovación en el islam.



Capítulo sexto: Santuarios y mausoleos



Santuarios

Muchas mezquitas se consideran hoy sagradas, en particular sus mihrabs o sus alquiblas, pero ese carácter sagrado no tiene una sanción legal. En cambio, los santuarios son excepcionales, porque se les reconoce su valor sagrado y sólo los fieles pueden entrar en ellos. Aunque los sunitas son, en general, más tolerantes que los chiítas, los principales santuarios sunitas de La Meca y Medina, como los imponentes de Persia e Irak, se conocen en Occidente sobre todo por descripciones de viajeros que entraron allí con algún disfraz o como conversos. No obstante, se puede obtener en las fuentes musulmanas un cuadro de gran interés, porque muchos de esos grandes santuarios –en La Meca, Medina, Qumm, Mashhad, Qadhimayn en las afueras de Bagdad, Najaf y Kerbela– son reconstrucciones de los siglos XVII-XIX y los cambios arquitectónicos modificaron el ritual, tal como ocurrió en La Meca y Jerusalén entre los años 700 y 1200.

La finalidad de los santuarios. No todos los santuarios son edificios: lo son también árboles aislados, fuentes, cimas de montañas e incluso uno de los pilares del puente de Çoban, que data del siglo XIV y se alza al este de Erzurum, lugares a los que acuden los fieles y donde depositan telas votivas, con la esperanza de que sean escuchadas sus plegarias. Pero los santuarios arquitectónicos, tal como aparecen listados, por ejemplo, en la guía de Al-Harawi (m. 1215), son de distinto tipo: 1) Tumbas o santuarios de profetas coránicos, en su mayoría de tradición bíblica –Noé, Josué, Lot, Abraham, Rubén y también el equivalente coránico de Cristo, Isá–, aunque se incluyen los Siete Durmientes (Ashab al-Khaf) y una figura doble, la de Khidr, o Jidr o Jadir, que se puede relacionar con Elías (Ilyas) y san Jorge. 2) Tumbas de Compañeros del Profeta, como la de Khalid ibn al-Walid, que está en Homs, Siria. 3) Santuarios asociados con la Chía: Afí, Fátima, Husein y sus descendientes, los imanes chiítas. 4) Santos, en especial los místicos musulmanes antiguos, y juristas como el imán Al-Shafii o Abú Hanifa, fundadores de dos de las escuelas principales del derecho islámico. 5) Héroes de las primeras guerras islámicas, como Sayyid Battal Ghazi, entre los que se incluyen Nur al-Din y Saladino, éste sin duda porque arrebató Jerusalén a los cruzados. 6) Lugares importantes en la vida de los profetas, por ejemplo las distintas etapas del peregrinaje a La Meca, que a veces cuentan con reliquias, las más corrientes de las cuales son cabezas o huellas de pies. 7) Sitios milagrosos, como el monte Judi en el extremo sureste de Turquía, cerca de Jazirat ibn Umar o Cizre, donde dice la tradición babilonio-musulmana que tocó tierra el Arca después del Diluvio. 8) Figuras famosas en la historia árabe, como Imrul-Qays, el poeta de la Jahiliyya, cuya tumba descubrió Al-Harawi en la anatolia Kayseri, localización poco verosímil.

La tradición bíblica y el culto de los Profetas se reconocieron desde el primer momento, aunque no se pensó que ni la primera ni los últimos fueran mediadores entre el hombre y Dios. Sin embargo, la idea de una comunión de los santos jamás se aceptó y tampoco el ideal de santidad como virtud ejemplar. De esto nace la diversidad de figuras que más tarde se veneraron en el islam: mártires de la fe; fundadores, reales o supuestos, de las órdenes sufíes o sus seguidores distinguidos; jeques venerados por su carisma y figuras semimágicas, de quienes se pensaba que producían lluvia, como en el caso del ocupante de la tumba judeo-musulmana de Daniel, en Susa o Shush, al sur de Persia, o de la Ciudadela de Konya, donde en la iglesia de San Anfiloquio –que se había convertido en mezquita en el siglo XVI–, se rendía culto propiciatorio a Platón o Eflatun, para que no permitiese, por descuido, que Konya fuese arrasada por una inundación. Además, aparte del *hajj*, no había una obligación general de hacer peregrinajes a las tumbas de los santos en el islam antiguo: la finalidad de las visitas era, por lo común, la obtención de un favor inmediato: hijos para los estériles o un marido para una hija soltera.

Quizá no resulte sorprendente que una misma persona reciba culto en distintos lugares. Massignon situó los santuarios de los Siete Durmientes en todo el mundo islámico, desde Turquestán hasta España. Existen santuarios de Josué o Yusha en Maarrat al-Numán al norte de Siria y en Bagdad, pero también en Kafr Harith, sobre el lago Galilea donde judíos y drusos afirman que está enterrado. Hay santuarios de Abraham en Urfa Harrán, en Alepo –ambos sobre la Ciudadela y en uno de los cementerios–, en La Meca y en Hebrón, donde su tumba se venera junto a las de Jacob, Sara y Lía. La cabeza de Husein, decapitado en Kerbela en 680, parece haber tenido innumerables lugares de descanso, antes de que se le construyera un santuario en Asqalan o Ashkelon en 1091, desde el que se lo llevó, por último, a El Cairo en 1154. En el caso de Abraham, estos diversos santuarios conmemoran distintos episodios de su biografía coránica. Sin embargo, es difícil explicar las dos cabezas de san Juan Bautista o Yahya ibn Zakariyya, una en la Gran Mezquita de Damasco y la otra, en la actualidad, en la Gran Mezquita de Alepo. Incluso algunas figuras menores reciben culto en distintos lugares: la tumba del místico Abd Alah Ansari, aún se visitaba en Alepo en el período mameluco, aunque su muerte se había producido en Herat en 1089 y su cuerpo estaba enterrado en Gazur Gah.

Página anterior: santuario de Mashhad. La cúpula dorada que cubre la tumba del imán Rida se añadió en el siglo XVIII.



Vista parcial del santuario de Abraham en Urfa (antigua Edessa); se dice que este santuario recordaba que el patriarca había sido arrojado a un horno ardiente. Se conservan pocos vestigios del siglo XII, pero en torno a un estanque rectangular lleno de carpas venerables, se alza un complejo de antiguos edificios otomanos, incluida la mezquita que aquí se ve.

De todo esto surgen dos conclusiones: primera, en la mayoría de los santuarios se reverenciaron personas y no reliquias; segunda, muchos santuarios pueden ser sitios de culto islámico asentados en lugares con una extensa tradición preislámica de santidad. Por ejemplo, al norte de la localidad libanesa de Trípoli hay un pequeño *khanqah* del jeque Al-Badawi, fundador de una orden sufí egipcia. Su fuente, poblada de carpas, atrae muchas visitas y, sin duda, fue motivo de veneración desde tiempos prehistóricos, como santuario de la diosa fenicia Atagatis. Pero también la visitan los cristianos del lugar, que la identifican con un santuario de san Antonio de Padua (*Padua* y *Badawi* son parecidos en la pronunciación local). Esto podría ser tan sólo un equívoco divertido, pero también sugiere una continuidad de culto.

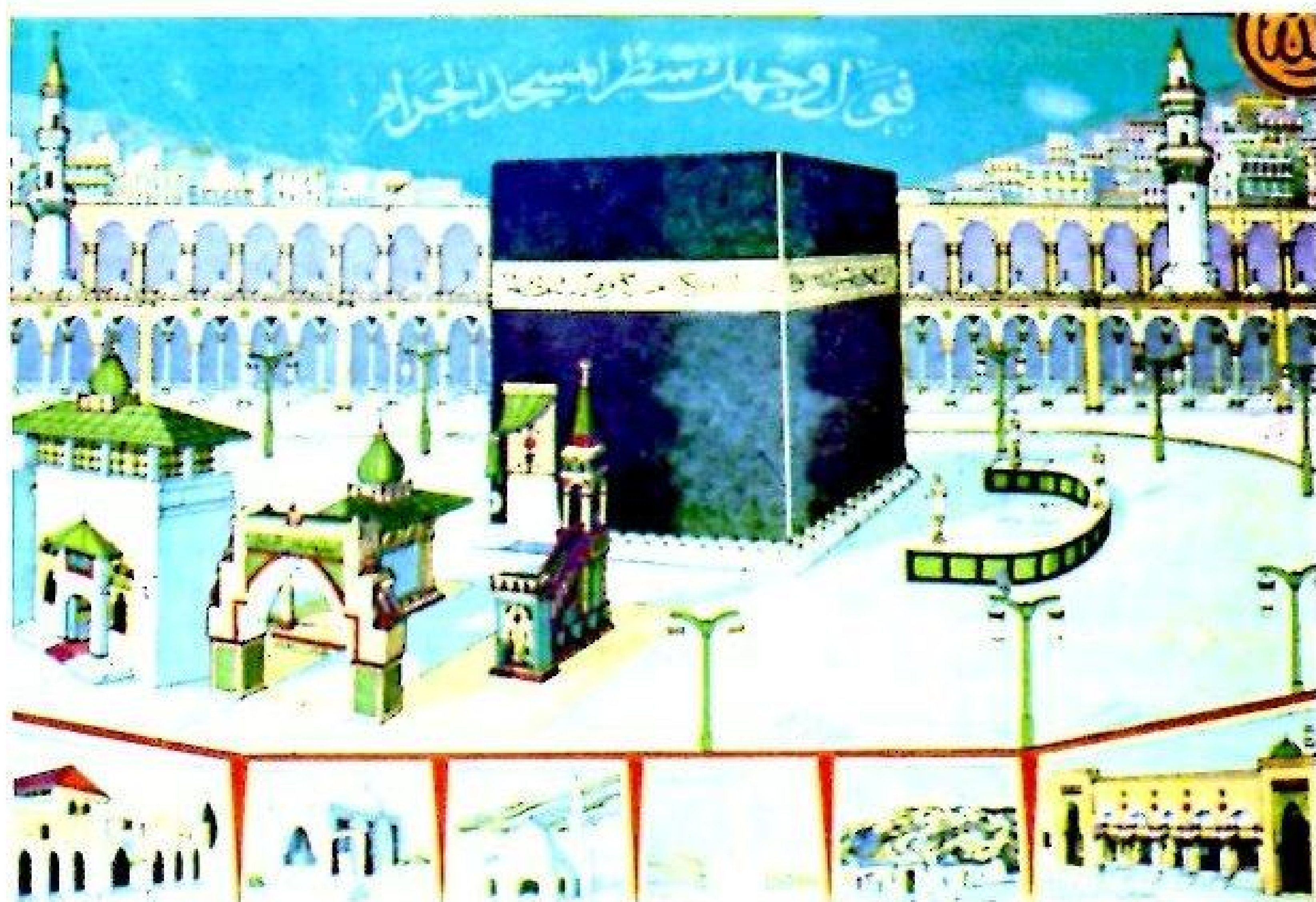
Sin embargo, no hay una regla de sucesión invariable, a pesar de las bellas mezquitas del siglo XII, curiosamente situadas en los recintos del Templo de Júpiter, en Baalbek, y en el de Bel, en Palmira, que se aprovecharon del espléndido entorno pagano. Los santuarios que menciona Al-Harawi a menudo no se pueden identificar hoy, aun cuando estén mencionados por autores más tardíos, y algunos han cambiado de nombre, para desconcierto general. De la tumba de Josué, sobre la carretera Nablus-Jerusalén, nos cuenta que se convirtió en la de Ezrah o Uzayr. La iglesia de Hagia Sofía guardaba innúmeras reliquias, incluida la tumba de san Juan Crisóstomo, en el momento de la conquista de Constantinopla (1453), pero después se perdió la noción de que había sido la mayor iglesia de la cristiandad. En cambio, sobrevivieron gran cantidad de cultos arbitrarios: las puertas, que se creían hechas con madera del Arca, inspiraron *fatihas* (versícu-

los de inicio del Corán) dedicados a Nuh o Noé; una fuente sagrada «con la tapa de la fuente de Samaria» curaba las palpitaciones; por otra parte, la Columna del Sudor, que siempre está cubierta por una capa de humedad y que los cristianos atribuyeron a san Gregorio, se adjudicó a Khidr, quien también ayudó al arquitecto de Justiniano a orientar el edificio correctamente y a reconstruir la cúpula, que se derrumbó el día en que nació Mahoma y que sólo se reconstruyó con arena de La Meca, agua de Zemzen y la saliva del propio Mahoma.

El *hajj* era un deber para todos los musulmanes adultos, sanos de cuerpo y alma y quien no cumpliera el peregrinaje durante su vida podía dejar un tercio de sus propiedades a una persona designada para ello, uno de sus herederos, que tendría que hacer la peregrinación en su lugar. Este *hajj* tenía que hacerse en la estación oportuna. Se podía visitar los Santos Lugares en cualquier momento, por supuesto, pero tales visitas contaban sólo como actos piadosos menores *(umra)*. A pesar de todo, las guerras y la distancia a menudo habrán imposibilitado el cumplimiento del requisito de la peregrinación, sobre todo en el caso de los soberanos, que no podían correr el riesgo de abandonar sus reinos. Hacia el siglo XII, la costumbre del peregrinaje por delegación se aceptaba y, como testimonio de que se había cumplido el precepto, se presentaban certificados de cuidada redacción, bella escritura y, a veces, hermosa ornamentación que reproducía los principales santuarios de La Meca y Medina.

Como la ciudades persas de Qumm o Mashhad, La Meca es un *haram* (santuario): sólo los que se hallan en un estado de pureza ritual pueden entrar en la zona de la Kaaba. La caza estaba prohibida allí y no se podía molestar a las bandadas de palomas azules que plagaban el patio. No se debía cortar ninguna planta del lugar ni matar a ningún animal de la zona, exceptuados ratones, serpientes, cuervos grises (todos de mal agüero), perros rabiosos, peces o insectos dañinos. Más importante aún era el hecho de que la Kaaba daba protección a los criminales (con excepción de los esclavos fugitivos) aunque, como las autoridades no estaban obligadas a alimentarlos, al cabo de un tiempo podían verse forzados a salir. Otro tanto sucedía con Mashhad, donde los criminales tenían un período de tres días de inmunidad, aunque se muriesen de hambre. Sin embargo, esa inmunidad no define al *haram*, porque se aplicaba en muy pocos casos. Las oficinas de telégrafo persa la brindaban y el caravasar al-Khan del camino Sinyar-Mosul, en el norte de Irak, tiene una entrada con relieves de un matador de dragones (Khidr o san Jorge) y una inscripción (mediados del siglo XIII), que garantiza posada para todos, viajeros o residentes, incluso para aquellos que huyan de la justicia: si esto se tomaba literalmente, este caravasar habrá tenido mala reputación.

Póster moderno que muestra la Kaaba, en La Meca, el principal santuario del islam y meta del Peregrinaje. Su tamaño está exagerado de acuerdo con su santidad para los musulmanes. *A la derecha* se ve una valla que sigue la línea de un recinto preislámico. *En el centro* están los edificios de la fuente de Zemzem y el *minbar* desde el que se pronuncia el sermón del viernes. *Debajo,* ilustraciones de los edificios de algunas de la estaciones del Peregrinaje.



La Kaaba. Para la Kaaba, personalmente recurro sobre todo a la descripción de Ibn Jubayr (1183), aunque él desaprobaba a los musulmanes del lugar y sus prácticas, porque después la transformaron hasta dejarla irreconocible. Por fuera, era rectangular y estaba sobre una plataforma elevada, cubierta con un velo de seda en el que se inscribían los nombres y títulos del califa abasida Al-Nasir (1180-1225). Este velo, el *kiswa*, se siguió mandando cada año, después de la caída del califato abasida de Bagdad (1258), a los sultanes mamelucos de Egipto, que consideraban esto como un privilegio digno de guardarse con celo. Por el lado oriental había una puerta revestida en plata, con marco dorado. El interior era irregular, porque el santuario contenía una piedra negra que, se creía, había sido la piedra angular del Templo de Abraham y tenía la huella del pie del patriarca.

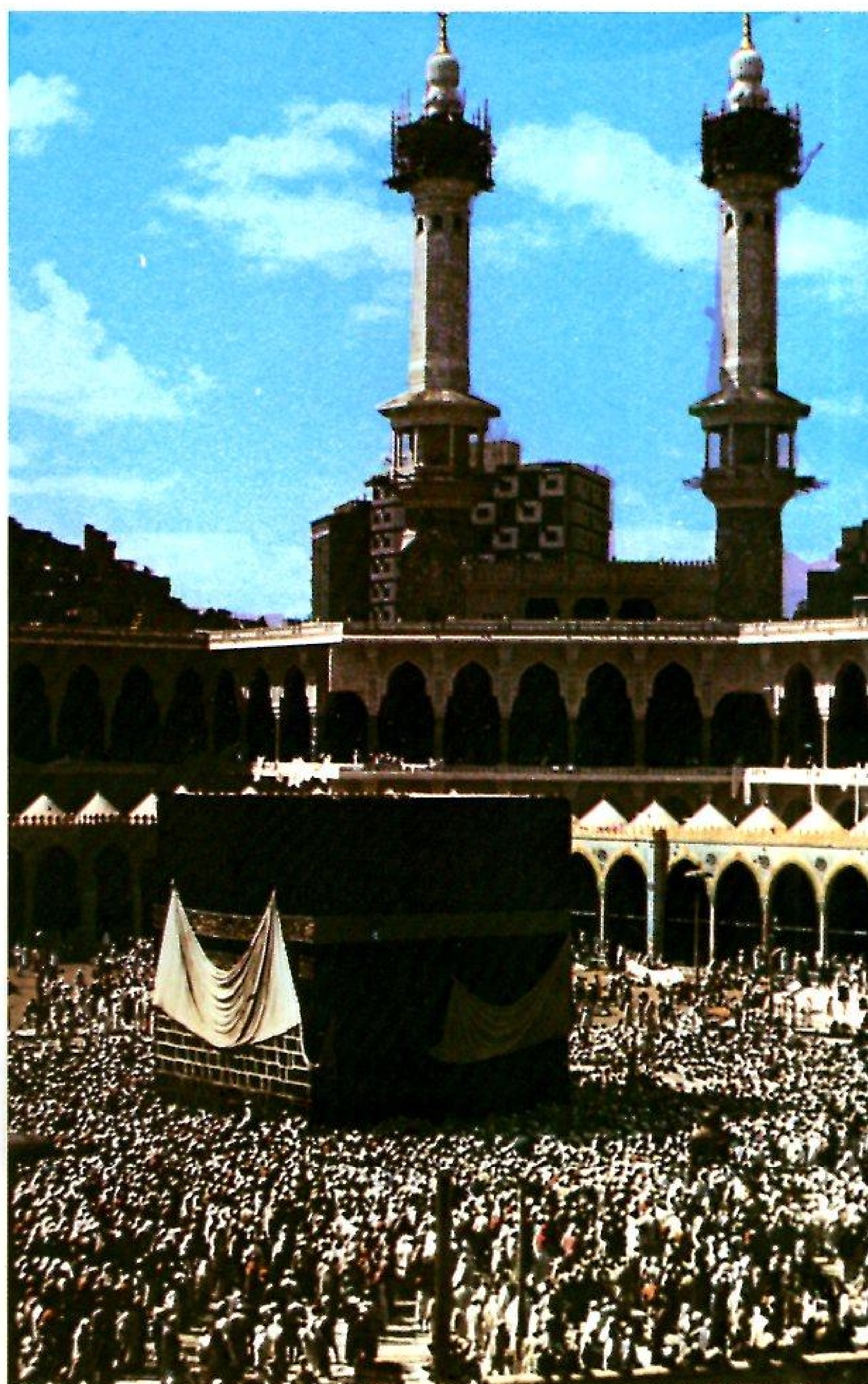
El techo de la Kaaba se apoyaba en tres columnas de teca; los suelos y los frisos estaban revestidos de paneles de mármol y la parte superior, que al parecer no tenía más decoración que un friso dorado, estaba cubierta con un velo verde. Había cuatro ventanas y un óculo en el techo, cerrados unas y otro con cristales iraquíes (de colores o pintados). En los tiempos de Ibn Jubayr, la Kaaba estaba abierta los lunes y los viernes y diariamente durante el mes de Rajab. Se entraba por una amplia escalera de madera montada sobre ruedas, pero el acceso estaba restringido a los jeques chaibíes, sus guardianes tradicionales, y a los privilegiados. Los califas abasidas tardíos, y tras ellos

los sultanes mamelucos poco después de su acceso al poder, establecieron la costumbre de enviar llaves de metal con decoraciones suntuosas para la puerta de la Kaaba. Es evidente que se trataba de una muestra de autoridad sobre los Lugares Santos y que correspondía a las joyas valiosas y otros presentes, hechos a la Kaaba por los antiguos califas (siglos IX-X), aunque la dotación de fundaciones benéficas suscitara la desaprobación de los ulemas. Sin duda era importante que los sostenedores de la ortodoxia sunita pusieran en claro su propia preeminencia, porque los propietarios tradicionales del santuario, los Sharifs de La Meca, se decían descendientes de Alí.

La Kaaba estaba rodeada por una amplia explanada procesional de granito, el ambulatorio. Detrás estaba el Hijr, los restos de un antiguo recinto restaurado, poco antes de la visita de Ibn Jubayr, por orden del califa Al-Nasir (1180). Era apenas algo más que un semicírculo cubierto con mosaicos y paneles rectangulares de mármol.

A pesar de que la Fuente de Zemzem tuvo gran importancia ritual en el *hajj* desde tiempos antiguos, este valor se estableció en un proceso lento. Se usaba su agua para las abluciones, para beber y para lavar la Kaaba tres veces al año, una ceremonia en la que era un privilegio participar. En tiempos de los abasidas se cubrió con una cúpula sostenida por columnas de teca, con un enrejado entre ellas, donde los fieles acudían para recoger agua de la fuente en sus cántaros. Ibn Jubayr habló de varias bóvedas: una, un pabellón sobre la propia fuente, con una cisterna circular desde la que el agua fluía hasta una pila rodeada de bancos de mármol, para que los fieles hicieran sus abluciones, y otra era Qubbat al-Sharab o Qubbat Abbas, donde el agua de Zemzem se ponía a refrescar en grandes vasijas de barro, cada noche, para dar de beber a los peregrinos. Esta segunda bóveda respondía, al parecer, a un antiguo ritual islámico en el que, después de la *tawwaf* (el rito de circunvalación), se servía una bebida hecha con uvas o dátiles regados con agua de Zemzem. Había, además, un tercer edificio abovedado, donde se guardaban ejemplares del Corán, candelabros y otros objetos donados a la Kaaba.

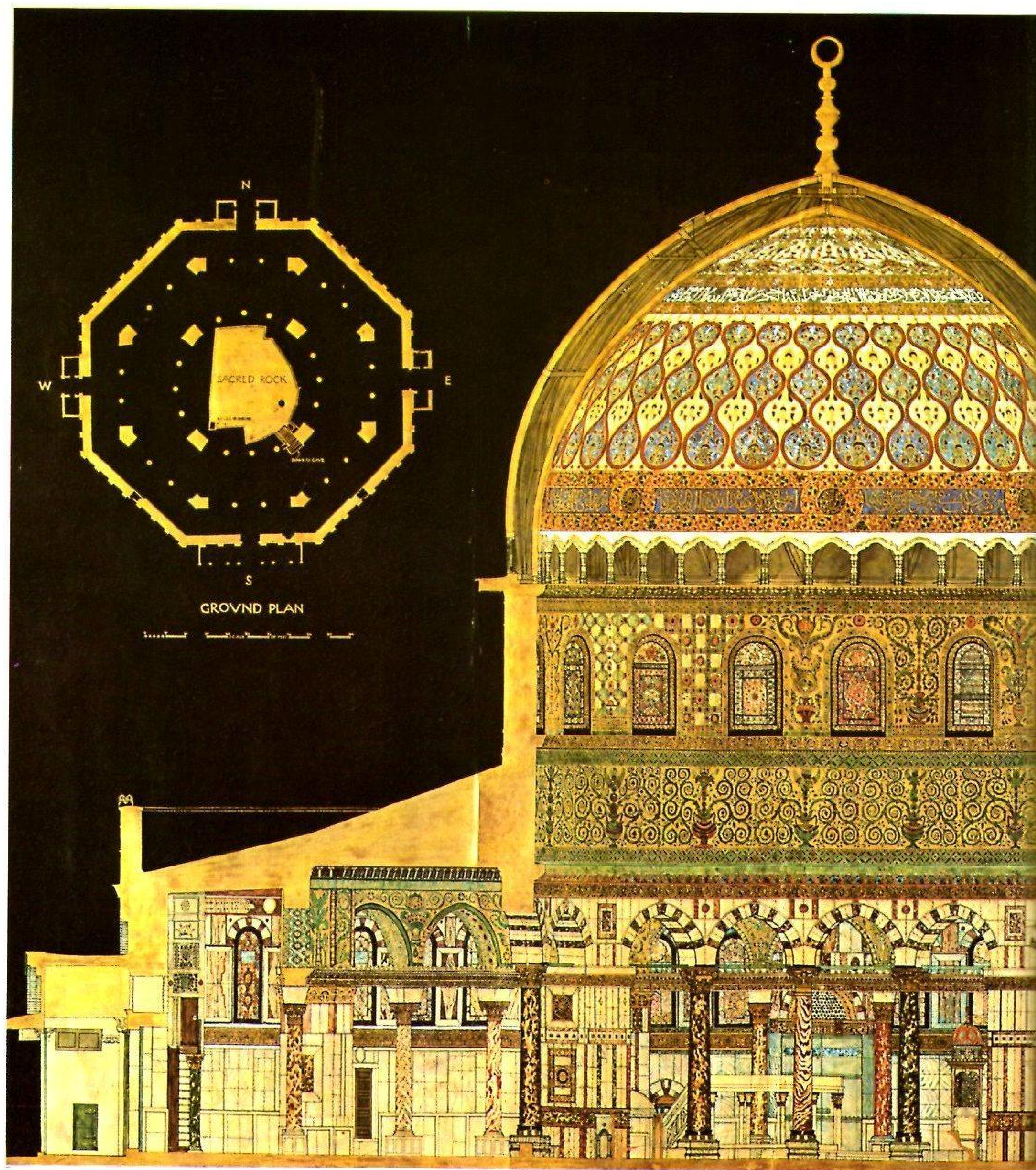
La oración del viernes se llevaba a cabo con grandes ceremonias. Se ponía junto a la Kaaba un minbar sobre ruedas y a continuación el predicador, vestido de negro, color tradicional de los abasidas, y precedido por dos portadores que llevaban estandartes negros, se ponía en marcha. Antes de subir a su asiento, el Muecín Principal le ceñía una espada y de inmediato hacía la llamada a la oración, primero desde el techo de la Fuente de Zemzem, que era plano y con una balaustrada de madera, y después desde los siete alminares del recinto. Durante la oración, los estandartes se fijaban a anillas del *minbar*. El imán principal conducía las plegarias ante el Maqam Ibrahim,



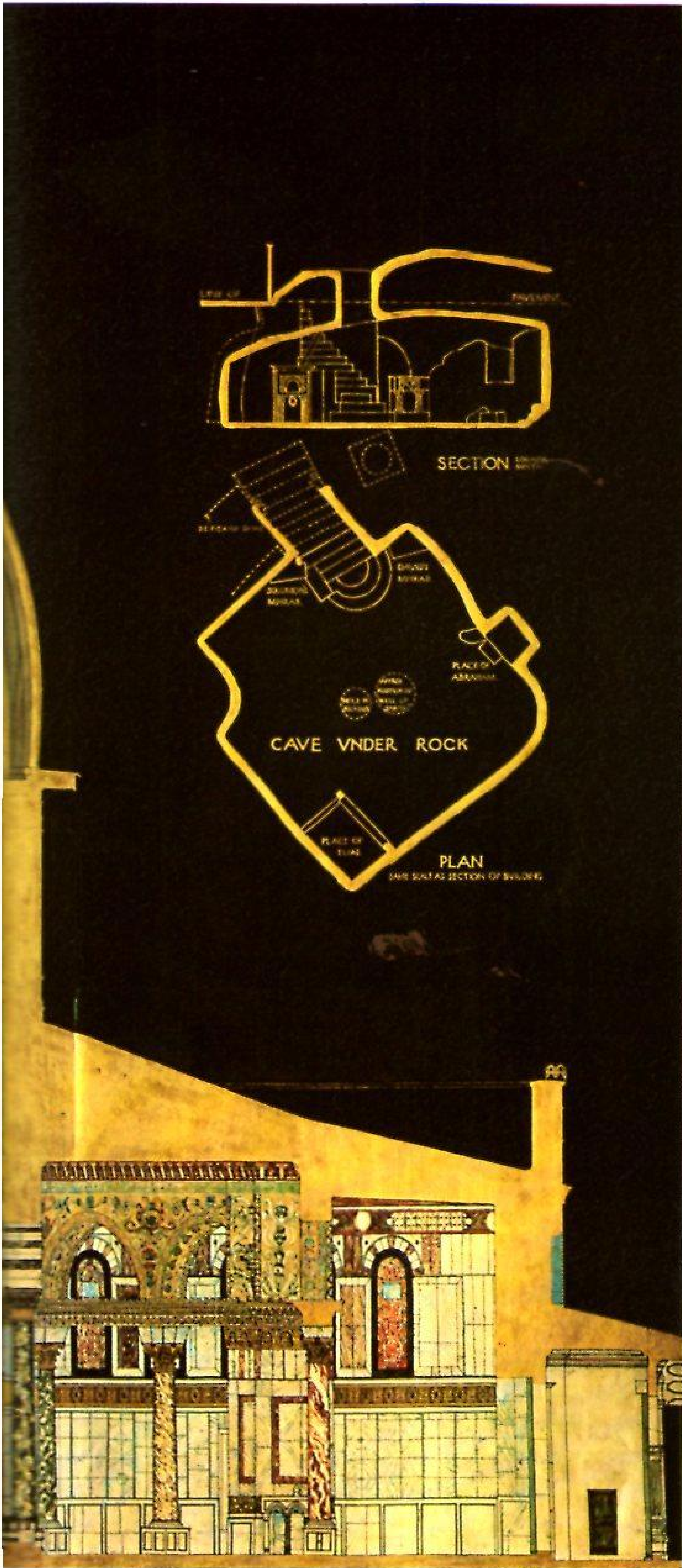
La Kaaba en la actualidad, muy distinta de lo que fuera su aspecto medieval.

pero como la Kaaba era el lugar hacia el que se volvían todos los musulmanes al rezar, no importaba hacia dónde dirigía la mirada la congregación. De hecho, cada una de las escuelas de derecho canónico tenía su propio imán con sus aposentos en el patio, a la vez que espacio para albergar a un *muballigh*, el cual repetía las plegarias con voz estentórea para los que estaban demasiado lejos y podían no oírlas.

El recinto más antiguo de la Kaaba quizá fue obra de Abd al-Malik (fines del siglo VII), con arcadas sostenidas por columnas de teca y capiteles dorados. Bajo el poder de los abasidas, esas columnas se reemplazaron por otras de mármol; en tiempos de Ibn Jubayr, el patio estaba



rodeado en todo su perímetro por arcadas de triple hilera de columnas, con un pilar octogonal de piedra por cada cuatro columnas. Las fachadas del patio, lógicamente, tenían una crestería de almenas escalonadas, que casi se tocaban con un friso de relieve en estuco que había abajo; el efecto tal vez fuera similar al del *sahn* de la mezquita cairota de Al-Azhar después de su restauración (1130-1147 d. C.). Ibn Jubayr contó 19 puertas que daban al



Cúpula de la Roca, en Jerusalén, erigida (691-692) sobre el monte del Templo, en una roca desde la que –se dijo más tarde– Mahoma había ascendido al cielo. La planta original se mantuvo sin cambios. Los paneles de mármol y los mosaicos de la cúpula superior son originales; pero la propia doble cúpula se restauró en 1022-1023. Las arcadas bicolores y la decoración interior de la bóveda son mamelucas, del siglo XIV; a mediados del XVI, el exterior de la cúpula se volvió a revestir por orden de Suleimán el Magnífico. De un dibujo de William Harvey (1909).

Haram y siete alminares; algunas de las primeras tenían inscripciones de fines del siglo VIII, aunque pudo tratarse de placas insertas en la obra posterior de mampostería. Su descripción de los siete alminares sugiere que tenían bases de piedra rectangulares con ángulos biselados, un cuerpo cilíndrico de ladrillo y un remate globular quizá sobre un pabellón de columnas con balcones y balaustradas de madera. El edificio, por supuesto, no era una mezquita, aun cuando Ibn Jubayr habla de varias actividades características de las mezquitas, como la lectura del Corán, las lecciones de los jeques, el comercio y multitudes de residentes, a menudo jeques ancianos que llegaban para terminar allí sus días.

Ibn Jubayr nos dejó otros interesantes relatos sobre las ceremonias que acompañaban las plegarias nocturnas en la Kaaba, durante los meses de peregrinaje, en las que se ven tanto las innovaciones nacidas de la piedad popular como una tradición compleja, preislámica e islámica.

La Cúpula de la Roca. Más o menos lo mismo se puede decir de Jerusalén, donde el Haram al-Sharif, que ya no está cerrado a los forasteros y no da asilo a los criminales, está cubierto de monumentos islámicos de diversos períodos, inspirados en la tradición judía y en la cristiana. El Haram, una amplia explanada con una terraza sobreelevada, es casi sin duda el lugar en que se alzó el Templo de Salomón, al menos el que Herodes el Grande reconstruyó en el año 20 a. C. y Tito destruyó en el 70 d. C., que quedó abandonado hasta la conquista árabe. El primer monumento islámico que se erigió allí fue la Cúpula de la Roca, por orden de Abd al-Malik (691-692 d. C.); la elección de ese sitio demostraba a los judíos que el islam reemplazaría, en adelante, al Templo; en el interior se encuentra la primera, y monumental, inscripción islámica que niega de modo explícito la Encarnación, como una forma de confirmar el triunfo del Islam sobre la Cristiandad.

En sus orígenes una doble cápsula de madera, la Cúpula está asentada sobre un tambor (o cuerpo) muy alto, de algo más de 20 m de diámetro, apoyado en cuatro pilares con cuatro columnas entre cada uno, para rodear una gran roca irregular que, en la tradición musulmana, lleva la huella del pie de Buraq, la cabalgadura semihumana en que Mahoma viajó de noche desde Medina hasta Jerusalén, camino durante el cual ascendió al Séptimo Cielo, según tradiciones posteriores. Entre el cilindro central y el exterior octogonal, hay un ambulatorio octogonal con un techo de pendiente suave. El exterior de pie-



Arriba: vista general de Jerusalén, desde el Monte de los Olivos; en el centro del Haram al-Sharif, la Cúpula de la Roca.

Página siguiente: Haram al-Sharif, Jerusalén. Qubbat al-Silsila, probablemente identificable con el Tesoro de Abd al-Malik (691-692), está a la derecha. El mihrab, destacado, quizá data del período 1261-1273.

dra con arcadas ciegas tiene cuatro entradas axiales, cada una con un techo plano y con aleros. Originalmente, estuvieron revestidas con paneles de fajas de mármol. El exterior del tambor se recubrió, por orden de Suleimán el Magnífico, con una inscripción monumental hecha con mosaicos de Iznik –hace poco objeto de una restauración brutal– pero que, a juzgar por el relato de Tschudi (1519), estuvo revestido antes con mosaicos de árboles, edificios y querubines. Las entradas tienen dinteles de madera y llevan un trabajo de taracea de placas de metal repujado, de cobre o bronce, probablemente doradas en un principio, pero las puertas ya se reemplazaron en tiempos de Muqaddasi, con otras de paneles de madera tallada, regalo del califa abasida Al-Muqtadir (908-932 d. C.).

Dentro, el ambulatorio octogonal tiene vigas de madera, también con taracea de metales repujados, en otros tiempos tal vez dorados, como los capiteles de las columnas. La cara interior del ambulatorio octogonal, la parte inferior de los arcos y los cuerpos de los pilares están cubiertos con brillantes mosaicos polícromos de madreperla, sobre fondo de oro, una labor exótica por su aspecto, pero procedente de la tradición siria preislámica. La riqueza y variedad de la decoración interior y exterior se debe en parte a una serie de restauraciones, pero en la época de su construcción, puede que no haya habido ningún monumento con una ornamentación más espectacular en toda Siria o Palestina.

Nasir-i Khursaw (1047) describe la Bab al-Silsila, por entonces el más importante de los pórticos del Haram, como una bóveda de cañón doble con puertas de taracea de bronce o cobre. El pórtico remataba en una cúpula y la parte exterior de los pasajes abovedados estaba revestida con mosaico, una obra sin duda debida al califa fatimita Al-Zahir, quien también reconstruyó la bóveda de la Cúpula de la Roca (1022-1023) y dejó sus inscripciones en las aristas de la bóveda. La terraza superior, a la que hoy se llega por ocho escaleras, se debe casi por entero a restauraciones fatimitas y ayyubidas, sobre todo posteriores a la reconquista de Saladino y a la reparación de las murallas (1191). Los pabellones abovedados incluyen el Qubbat Yusuf (1681), construido por un eunuco otomano que sin duda contaba con que Saladino –como el profeta bíblico-coránico– también se llamaba Yusuf, y el Qubbat Musa bajo la terraza (también en este caso un juego con nombre del fundador, ya que Moisés no tenía ninguna asociación conocida con el Haram), un cuadrado abovedado con un mihrab y un nicho en la fachada (1249-1250). Sin embargo, el más importante de estos pabellones abovedados es el Qubbat al-Silsila, que Van Berchem identificó con el Tesoro (Bayt al-Mal) de Abd al-Malik (691-692), sobre 12 columnas con un mihrab en voladizo. Esta adición quizá data del período 1261-1273, cuando Baybars mandó revestir la cúpula con mosaicos, reemplazados más tarde, por orden de Suleimán el Magnífico (1561-1562). Hacia el siglo XIII se creía que este

edificio era el tribunal de David o Salomón, donde colgaba una cadena para separar el Mal del Bien. La ocupación de los cruzados produjo pocos cambios y, después de la expulsión de los francos, a fines del siglo XIII, los mamelucos continuaron el culto.

En la época otomana, el Haram estaba lleno de mihrabs abiertos, arcadas y hospicios para peregrinos. Sin embargo, entre las instalaciones que sugieren una tradición preislámica, hay dos de importancia especial. La primera es un minbar al aire libre, «restaurado» por un cadí del siglo XIV (1325-1388), con una entrada, balaustradas y un pabellón de 12 columnas por encima, construido con elementos bizantinos o cruzados, y con una reminiscencia clara de los púlpitos italianos del siglo XII, aunque podría tratarse de una construcción mameluca. No obstante, tiene interés el hecho de que tal vez haya reemplazado a una estructura de madera sobre ruedas, desde la que se decían las oraciones de las festividades musulmanas o las plegarias para pedir lluvia. La segunda construcción es el Qubbat al-Miraj, restaurado o reconstruido en 1200-1201), una estructura octogonal, en su origen un dosel abovedado, al que la inscripción confunde con un Qubbat al-Nabi, del que tal vez era un reemplazo. Ambas conmemoran la ascensión de Mahoma, pero Van Berchem señala la similitud con la capilla medieval del Monte de los Olivos y sugiere una conexión entre ambas edificaciones. Como el Haram parece responder a una tradición predominante, debe tratarse de la ascensión de Mahoma, conmemorada en primer lugar en la Mezquita Aqsa y en la Cúpula de la Roca, pero también –según dice Van Berchem– virtualmente en todo el Haram. Por tanto, los monumentos individuales están destinados a un culto general, aunque parezcan conmemorar acontecimientos particulares en la vida del Profeta.



Kufa. Ibn Jubayr dice que, en 1184-1185, la Gran Mezquita de Kufa –cuya creación se atribuía a Nuh o Noé– estaba llena de reliquias de Alí, también tenía una fuente sagrada, un lugar de oración de Idris o Enoch, las moradas de la familia de Noé y el taller en que se construyó el Arca, además de la tumba de Alí en las cercanías de Nayaf que, infortunadamente, no tuvo tiempo de describir. Esta tumba y los santuarios de Husein y Abbas en Kerbela se conocen, sobre todo, gracias a la investigación de Nöldeke. Los *mashhads* de Alí y Abbas son muy similares, una cúpula central abierta a todos los lados, rodeada por un ambulatorio rectangular con una gran fachada de acceso y un alminar en el fondo. Los patios circundantes tienen arcadas de dos plantas con celdas detrás, la mayoría dedicadas al comercio, con iwanes de poca profundidad sobre los ejes de las cúpulas centrales. Ninguna está orientada con una alquibla. El *mashhad* de Alí fue restaurado bajo el poder de Ghazan (1304) y se amplió con una almadraza, un *khanqah* y un *dar al-siyada* (alojamiento para los deudos del Profeta) e Ibn Battuta describe los revestimientos de mosaicos de Kashan de la tumba, algunos de los cuales aún se conservan. Pero el único edificio adyacente que vio Nöldeke era una mezquita suní, contigua al santuario.

Mashhad. Como en tiempos de Clavijo, hoy es posible entrar en el Haram de Mashhad, pero la atmósfera de religiosidad concentrada que hay dentro de la tumba hace difícil una observación minuciosa. Se dice que es la tumba del octavo imán, Rida, envenenado al parecer en las cercanías de Tus en el año 817 y después enterrado en un mausoleo preparado por el califa abasida Harún al-Raschid. Se reconstruyó y volvió a amurallar a principios del siglo XI, por orden de Mahmud de Ghazna y lo restauró el selyuquí Sanjar en 1118 y, aunque más tarde saquearían Tus, los nómadas guz respetaron el santuario. Hubo otras restauraciones en 1215, cuando se instalaron en la cámara sepulcral tres mihrabs pintados al esmalte de Kashan, y una vez más durante el reinado de Oljeytu (1304-1316), que sin duda tuvieron por resultado la amplia bóveda que vio Ibn Battuta sobre la tumba. El cenotafio de madera estaba revestido de plata, y a él se llegaba a través de una entrada con umbral de plata, cubierta por velos de seda bordada, y ricas alfombras (quizá aún se tratara de *kilims*) cubrían el suelo. Sin embargo, la gloria mayor del santuario es una mezquita-almadraza construida en 1415-1418 por Gawhar Shad, la esposa del sha Rukh (gobernó entre 1406 y 1446), como parte de las restauraciones que se hicieron también en Dar al-Siyada y Dar al-Huffaz.

Hace poco tiempo, el edificio padeció una restauración inmisericorde ordenada por las autoridades del santuario,

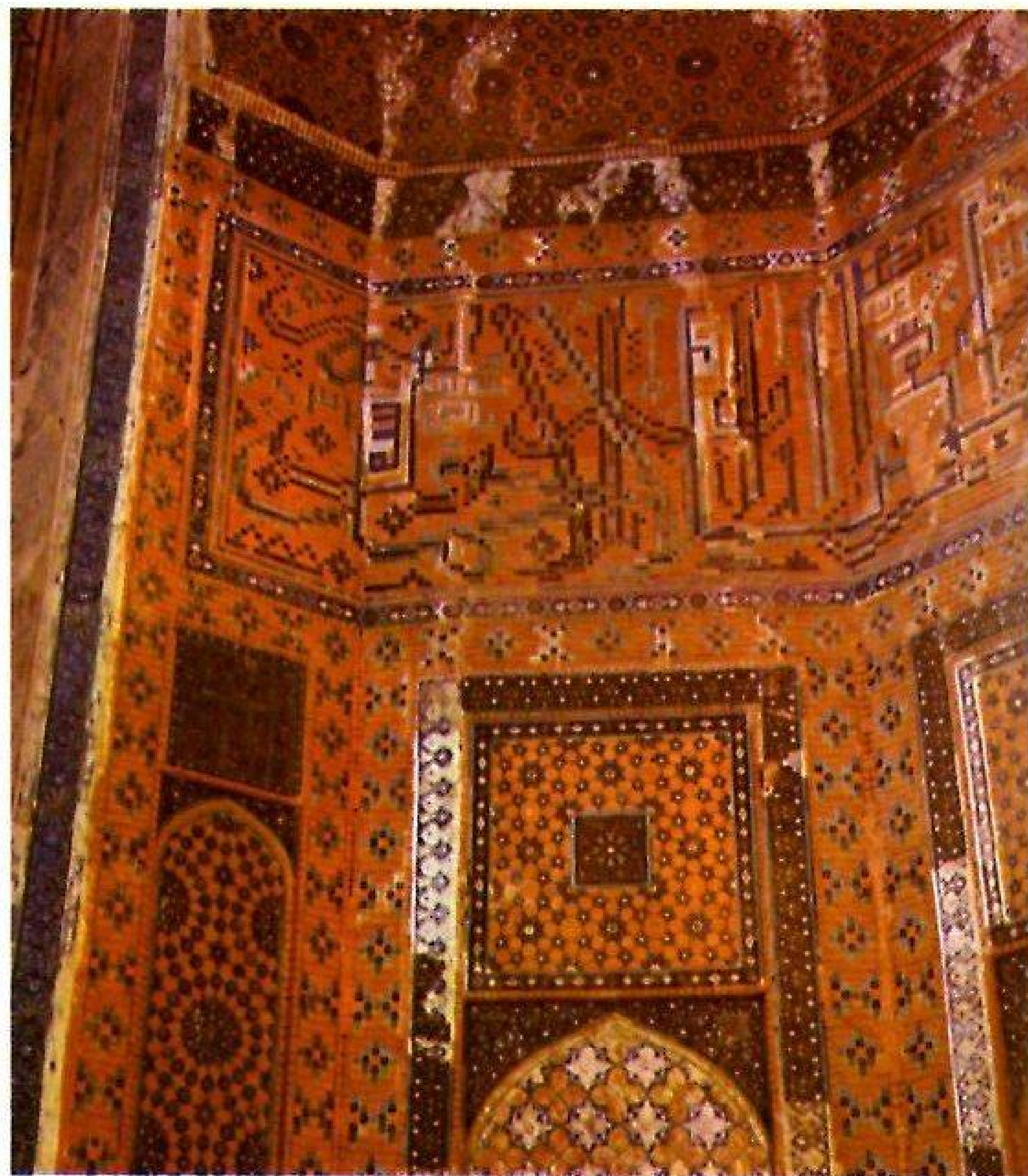
que se ha convertido en una colmena de bazares, tumbas, fuentes, patios pomposos, cocinas públicas y salas de reunión. Aún quedan edificios notables, como la Madrasa-yi Do Dar (1439), una construcción de cuatro iwanes con alguna de las últimas decoraciones de estuco persas y dos cúpulas, una a cada lado del iwán-alquibla, con bellas inscripciones por el exterior de los tambores de cada cúpula, sobre fondo azul cobalto. El santuario tiene una biblioteca magnífica, no sólo de Coranes iluminados que se remontan hasta el siglo X, sino también de manuscritos ilustrados, entre los que hay un ejemplar del siglo XIII de la *Pharmacopeia* de Dioscórides.

Ardebil, Balkh y Ashkelón. El santuario de la dinastía sefeví en Ardebil, cuyo centro es el mausoleo del jeque Safit, se construyó hacia 1350 e impresionaría hondamente a los viajeros europeos del siglo XVII. Su principal transformación no es anterior al sha Tahmasp (1524-1576), que unió la antigua mezquita del siglo XIV y los mausoleos en un único conjunto, agregando un patio delantero cubierto o antecámara y una fachada exterior. En tiempos de sus sucesores, se añadieron celdas y salas de reunión para los sufíes, junto a cocinas públicas para los visitantes; el sha Abbas I dedicó una colección de porcelana china (parte de ella anterior al período Ming), una vez acomodada en una sala especial, y una biblioteca importante, cuyos volúmenes se dispersaron por completo cuando los rusos ocuparon Ardebil en 1830.

Durante el reinado de Sanjar se descubrió una presunta tumba de Alí en las cercanías de Balj. Su nuevo descubrimiento, en 1481, provocó una epidemia de supuestos santuarios, en particular en la comarca de Herat, y los fraudes fueron tantos que se aplicaron castigos.

La cabeza de Husein, se decía, estaba depositada en un *mashhad* construido en Asqalan o Ashkelón en 1091, desde donde se llevó a El Cairo en 1154 y allí la vio Ibn Jubayr (1182-1183), en un santuario al que se llegaba atravesando una mezquita y tenía una cámara (¿abovedada?) semejante a cada lado. La cabeza estaba guardada en un cofre de plata, forrado con materiales preciosos y rodeado de candelabros de plata y oro que sostenían largas velas blancas, característicos de todo gran santuario, en un espacio iluminado por lámparas de oro y plata. Este santuario, ya reconstruido por entero y despojado de su esplendor medieval, aún recibe una veneración especial en El Cairo.

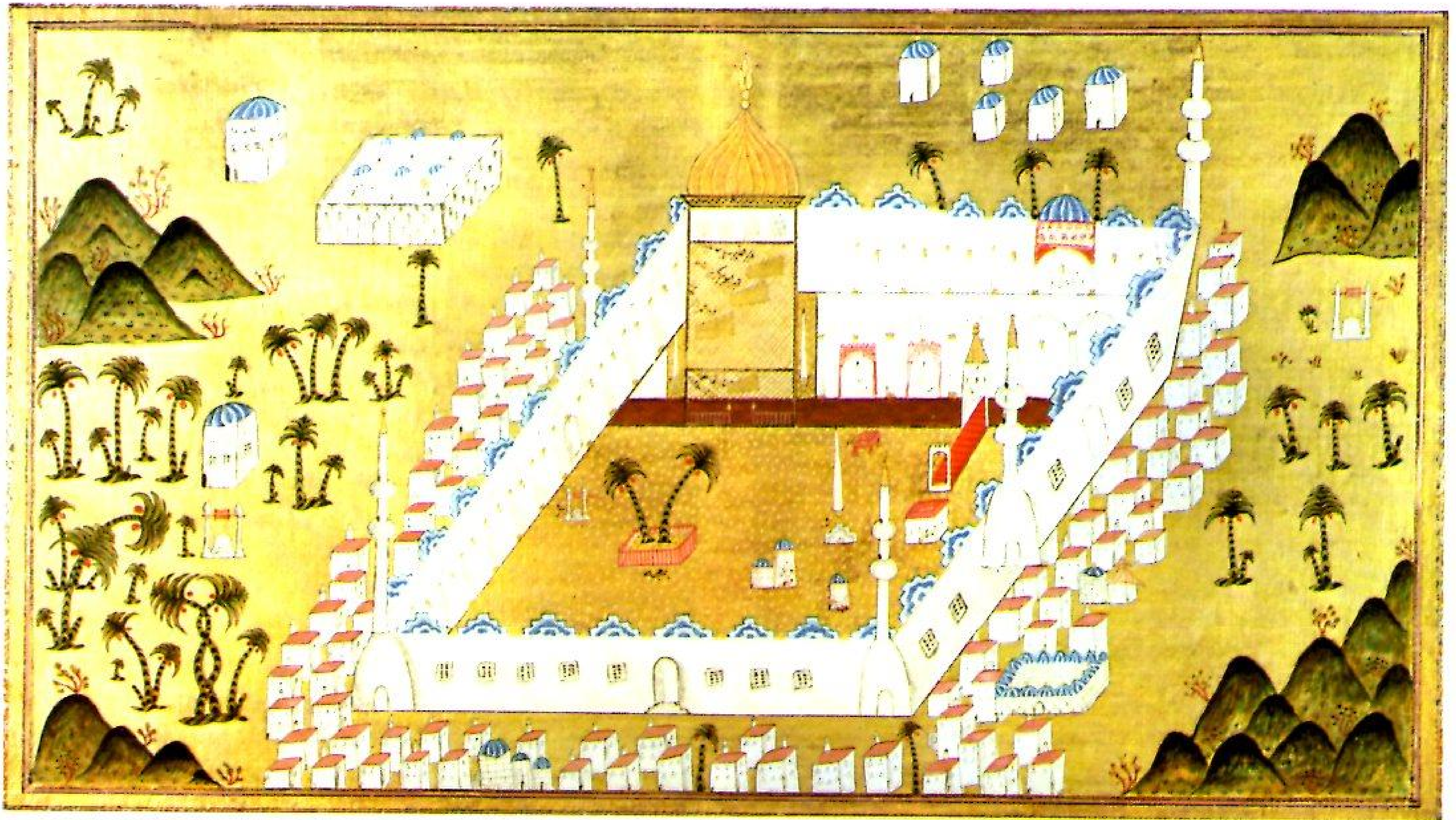
Samarcanda. Entre los grandes santuarios se cuenta el de Qutham ibn Abbas, sobre las colinas meridionales de Afrasiyab, en Samarcanda, con los mausoleos erigidos a su alrededor y conocidos como Shah-i Zinde. Este primo de Mahoma, según la tradición, llegó a Samarcanda en el año



Santuario de Abd Allah Ansari, en Gazur Gah, construido por el sha Rukh en 1425. La foto muestra un detalle del trabajo de mosaico en el iwán norte, detrás de la tumba del místico.

676 y murió allí. En tiempos de los abasidas, se veneraba su tumba y nació la leyenda de que no había muerto sino que había quedado milagrosamente sumergido en un peñasco, de donde proviene el nombre de Shah-i Zinde, el Rey Viviente. Hacia el siglo XII se construyó una almadraza en el santuario y, como lo demostraron algunas excavaciones recientes, se añadió un cementerio. Ibn Battuta dice que el santuario era tan famoso que los mongoles no se atrevieron a tocarlo; su descripción es importante porque data de antes de la restauración de 1334-1335. Sobre la tumba había una cúpula cubierta de plomo y sostenida en cuatro pilares, cada uno con dos columnas adosadas de mármol negro, verde, rojo o blanco. Las paredes eran de mármol polícromo dorado y la tumba estaba cubierta con un cenotafio de ébano, adornado de taraceas en oro y piedras preciosas y con fajas de plata en los ángulos. Los lunes y viernes lo visitaban tanto los habitantes de Samarcanda como los nómadas turcos, que llevaban presentes, dinero y ofrendas sacrificiales.

La tumba se componía de una sala para los peregrinos (*zirayetkhane*) con rejas, que daba a una bóveda o *qubba* donde estaba el gran cenotafio de cinco cuerpos escalonados, cuatro plataformas terminadas por un remate con frontón, cubierto de medallones dorados y de lapislázuli,



Gran Mezquita de Medina, en su origen construcción del califa omeya Al-Walid (709). En el extremo izquierdo está el santuario con las tumbas de Mahoma, Abu Bakr, Umar y Fátima, debajo. Biblioteca Chester Beatty, Dublín, MS. 447 (fines del siglo XVIII).

sobre placas de cerámica trabajadas con relieves, de color cobalto o turquesa. Las paredes de la tumba estaban decoradas con motivos que imitaban mosaicos dispuestos según el típico diseño islámico de estrellas; en 1934 se encontraron restos de medallones dorados en relieve, con diseños en rojo sobre fondo oliva; no había vestigios de mármol.

Santuarios menores. Aparte de los grandes complejos, que en su mayoría resultan de una suma de edificios a lo largo de cientos de años, hay algunos santuarios «sagrados» del siglo XIV en Persia y Asia central que merecen atención. De este tipo eran los edificios de la mezquita selyuquí contigua a la tumba de Bayazid Bistami (1299-1313) en Bastam y la de Ahmed Jami en Turbat-i Jam; la segunda consta de un gran patio delantero –en el que hay un cementerio y se encuentran restos de una mezquita aljama mongola–, de una cámara abovedada y ricamente pintada, de un *khanqah* y de distintos mausoleos profanos. Se puede comparar a ésta la «tumba de Najm al-Din Kubra» (1321-1333), de Urgench, que tiene un cenotafio de mosaicos vidriados, o el santuario de Ahmed Yassawi en Gorod Turquestán o Hadrat-i Turkistan, restaurado por Tamerlán en 1397.

En términos arquitectónicos, el más interesante de este grupo es Gazur Gah, en las afueras de Herat, la tumba del místico Abd Allah Ansari, que debió convertirse en el centro de un cementerio poco después de la muerte del santón, ocurrida en 1089. En el lugar existió una almadraza, que no se conserva, fundada por un visir gurida a fines del siglo XII, y el enterramiento de Mahmud (asesinado en 1212), último soberano gurida; aparte de estos edificios, no hubo señales de interés real hasta 1425, cuando el sha Rukh construyó un amplio recinto rectangular, con su iwán colosal, situado en el centro y pintado y revestido de mosaico, una cisterna a la que hoy se llama popularmente Zemzem, y un *khanqah,* por la parte exterior, que ha desaparecido. La piedra sepulcral de Abd Allah Ansari está rodeada por un bordillo de mármol y sombreada por un viejo alfóncigo. Frente a la tumba se alza una plataforma *(suffa)* fechada en 1477-1478, con seis cenotafios timuríes lisos y negros, cuatro de los cuales datan de 1445-1446 y de 1461-1462. Es evidente que las obras del sha Rukh lograron que sus sucesores de Herat usaran ese sitio como cementerio familiar.

Por cada gran santuario islámico, existen 300 santuarios locales, desde el recién descubierto de Siraf, cuyo culto aún no está establecido, hasta los presuntos santuarios de imanes de Mosul, el Imam Yahya (cenotafio datado en 1239-1240) y el Imam Awn al-Din (cenotafio fechado en 1248); ambos tienen inscripciones con el nombre del soberano Badr al-Din Lulu, pero ni los edi-



Khanqah de Qurqumaz, El Cairo (1506-1507). El mausoleo es el edificio de piedra de primer plano. Las cúpulas de piedra con exteriores muy ornamentados son una característica de los edificios funerarios cairotas de fines del siglo XIV y del XV.

ficios ni los cenotafios están orientados y en uno y otro los mihrabs, de dos bloques de alabastro, están en ángulo recto en el extremo sureste. Estos rasgos son muy significativos: como santuarios, señala Herzfeld acertadamente, no necesitaban mihrabs. Por tanto, deben haber sido santuarios cristianos tomados en el siglo XIII y adaptados a las necesidades musulmanas.

Sería fácil atribuir el aumento de los santuarios musulmanes a la contaminación con otras religiones o a la adaptación a cultos preislámicos pero, como hemos visto, esto no fue siempre así. Aun cuando las prácticas de muchos de los visitantes eran, en apariencia, tan poco ortodoxas que suscitaban la desaprobación de los juristas de los siglos XIII y XIV, en su mayoría no es posible fecharlas antes de las primeras centurias del islam. Con todo, lo más notable es que los soberanos sunitas se ocuparon de la restauración de los santuarios chiítas tanto como los mismos chiítas. Por supuesto que quizá se tratara de gestos públicos, hechos para pacificar a los súbditos chiíes, y no de un interés personal. Pero en tal actitud también se advierte la diferencia entre sunitas y chiítas y las personas a las que reverenciaron, complejas y elusivas, una diferencia quizá mayor que la que se advierte en la diversidad religiosa y en los cultos de la Europa medieval. No existe la división estricta que muchos occidentales han supuesto.

Mausoleos

Cualquier distinción entre mausoleos y santuarios (estos últimos en su mayor parte tienen un mausoleo como núcleo) o entre mausoleos y almadrazas o *khanqahs* funerarios es inevitablemente arbitraria. Pero los mausoleos son tan numerosos y la reprobación que despertaron en el islam está tan arraigada, que exigen un tratamiento separado. No está claro de dónde nace el rechazo tan violento de la *hadith* y de los juristas posteriores. En parte, tal vez fuera un miedo a la idolatría (aún en el siglo XIV, el famoso jurista Ibn Taymiyya condenaba a los mausoleos porque apartaban de Dios las mentes de los hombres), o en parte, la duda acerca de la pertinencia, o incluso la posibilidad, de las oraciones dedicadas a los difuntos. No se debían recitar plegarias ante las tumbas y, con frecuencia, se condenaba la práctica de visitar los cementerios en días festivos. Dentro de la ortodoxia, los funerales eran muy sencillos: se envolvía el cuerpo en una sencilla mortaja, se lo acomodaba sin ataúd en una bóveda o en una fosa, en un cementerio, lejos de zonas habitadas (en *Las mil y una noches*, por ejemplo, los cementerios son típicos lugares de mala reputación, frecuentados por ladrones o, peor todavía, por espíritus del mal). Las tumbas no debían señalarse y las de los antiguos califas se olvidaron muy poco después de abiertas. En todo el islam estas estrictas normas dejaron de obedecerse sin tardanza: en el Museo Islámico de El Cairo hay una piedra sepulcral fechada en 652; Monneret cita con ironía la *lápida* del místico egipcio Dhul-Nun al-Misri (m. 859), que presume de su rectitud al no permitir que se construya un mausoleo (abovedado) sobre su tumba. No obstante, los mausoleos por sí mismos nunca fueron edificaciones pías, en esto, al menos, los juristas se mantuvieron fuertes.

En Medina se reedificó como Gran Mezquita el lugar de enterramiento de Mahoma y sus esposas en tiempos del califa omeya Al-Walid (706-710); así se estableció un ejemplo que seguirían muchos soberanos de las dinastías islámicas antiguas. Al-Samhudi, historiador del siglo XV, declara que las tumbas de las esposas del Profeta, que estaban en recintos de troncos de palmera con una entrada cubierta por una cortina de lana de cabra, se demolieron cuando la mezquita estuvo construida. La propia tumba de Mahoma se rodeó con una pared irregular de mampostería, deliberadamente deforme por un lado para que los fieles no la confundieran con la rectangular Kaaba de La Meca y no se volvieran hacia ella durante la plegaria. La pared, que tenía una entrada cerrada con candado, no llegaba hasta el techo de la mezquita y se cubría con un toldo de tela encerada. Pero la abertura de la parte superior estaba disimulada con una fuente de ladrillo descubierta, de casi un metro y medio de altura. El sultán mameluco Baybars la hizo reemplazar con un enrejado de madera bajo (1269-1270) y Qalaun agregó una cúpula ligera, revestida con planchas de plomo (1279). En 1476-1477, Qayt Bayt construyó una bóveda de mampostería para cubrir la edificación de listones y revoque, aunque

tampoco así se llegó al techo de la mezquita, al parecer, y no habría una cúpula importante sobre la tumba hasta las restauraciones otomanas del siglo XVII. Sin embargo, a pesar de este curioso desarrollo gradual de la estructura de la tumba de Mahoma, el relato de Samhudi deja bien claro que ni siquiera en el período omeya hubo un intento de dar a la tumba mayor importancia que al exterior.

Esto no era excepcional: sin duda en el islam primitivo había una predilección marcada por los mausoleos. Los antiguos, como lo demostró Yusuf Raghib, estaban en santuarios: los de Daniel en la ciudad persa de Susa y los de Abraham, Sara, Lía y Jacob en la localidad palestina de Hebrón. Pero aparentemente hubo un monumento dedicado a Husein en Kerbela, Irak, descrito como una bóveda (*qubba*) o bien como un *saqifa* (cualquier construcción con techo, por ejemplo, un cobertizo) hacia 680 d. C., y un santuario de Alí en Najaf, «descubierto» por Harún al-Raschid (786-809), quien hizo construir una estructura de ladrillo horneado revocada, con dos entradas, cubierta por una cúpula de arcilla roja rematada con una vasija verde, que más tarde fue a dar al Tesoro abasida. Sin embargo, estos santuarios chiítas, que pudieron contar con el impulso de los abasidas para pacificar a los súbditos chiíes, no se erigieron en tumbas desconocidas; también es significativo que, con excepción del santuario del imán Rida (m. 818) que se alza en Tus (hoy Mashhad) en Persia oriental, donde al parecer Harún al-Raschid construyó su propio mausoleo, todas las estructuras funerarias antiguas registradas en las fuentes son de Siria o Mesopotamia, donde estaba muy implantada la tradición preislámica de los mausoleos con cúpula, lo que iba a determinar la estructura característica del mausoleo islámico.

El enterramiento en una casa seguía viéndose como un privilegio. Esto explica la existencia de mausoleos dinásticos dentro de los recintos palaciegos, en especial la Tumba al-Zafaran (la Tumba del Azafrán; el azafrán se usaba habitualmente para ungir los cenotafios y tumbas que se visitaban en los días festivos) en el Egipto fatimita (1170-1171). La dinastía buwayhida evidentemente tuvo un cementerio familiar en Najaf-Kufa, junto al santuario de Alí, en el que se enterraron Adud al-Dawla (946-983) y sus sucesores. Sin embargo, el ejemplo decisivo fue el de los califas abasidas, todos enterrados en un cementerio contiguo a su palacio de Rusafa, en la zona este de Bagdad. Por orden de Al-Mustansir (1226-1242) esos mausoleos se rodearon con fuertes muros de ladrillo y se adjudicaron fondos para mantenerlos en buenas condiciones; así fue como sobrevivieron más o menos íntegros hasta el siglo XIV, cuando Ibn Battuta los visitó. El cementerio real de la Alhambra, que tiene vestigios de tumbas con doseles, se destruyó a fin de hacer espacio para la capilla del palacio inacabado de Carlos V. El mejor conservado de los cementerios de este tipo es la *khalwa* (necrópolis) de los soberanos meriníes de Chella, en las afueras de Rabat, en Marruecos (fines del siglo XIII y XIV). La entrada da a un patio delantero que enfrenta un *masjid* cerrado, con una serie de tumbas de dosel y una *zawiya* rectangular de dos plantas.

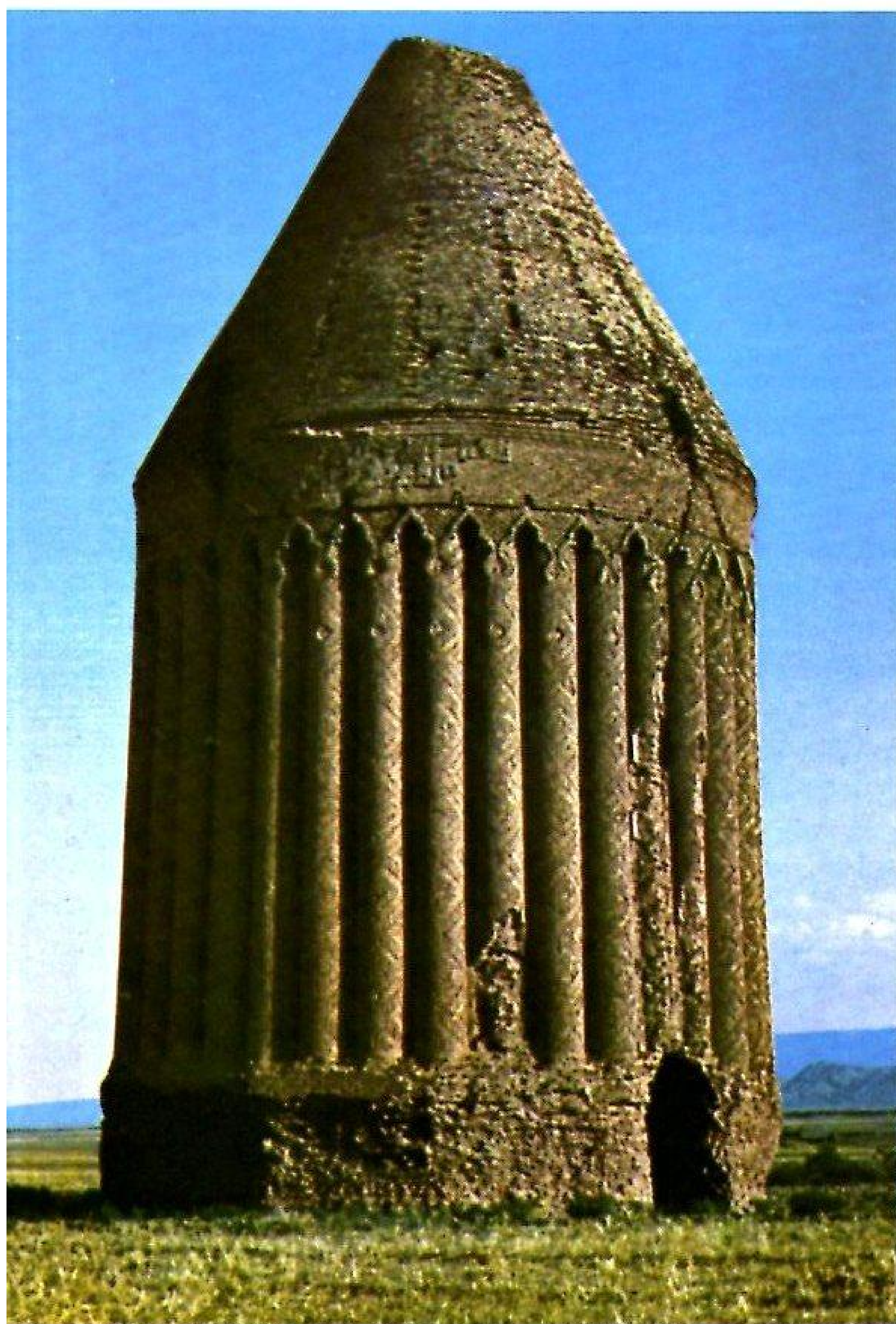


Mausoleo samánida de Bujara (anterior a 943). Está revestido con un trabajo de ladrillo visto y placas de terracota, pero no está orientado hacia La Meca.

Sobre todo en Egipto, las tumbas se colocaban en medio de pequeños patios *(hawshs)*, que hoy se extienden a lo largo de kilómetros en las afueras de El Cairo, formando verdaderas ciudades de bungalows de difuntos; esos *hawshs* están descritos también en Chiraz, antes del dominio mongol y, por ejemplo, en el cementerio que creció en torno a la tumba de Abd Allah Ansari (1006-1088), en Gazur Gah, en las afueras de la ciudad afgana de Herat. En el Alto Egipto algunas tumbas eran espacios ciegos apenas mayores que la fosa, pero las había mucho más elaboradas, con una bóveda de cañón sobre un rectángulo cerrado de paredes cubiertas de paneles, como la fachada de una casa; muchas de ellas tenían placas de mármol con la fecha, que se retiraron hace 50 años, tras una inundación, sin registrar el punto exacto de donde se habían quitado. Sin embargo, son todas de los siglos IX o X, aunque las tumbas existentes no pueden ser anteriores a los siglos XII-XIII.

En sus orígenes, esos *hawshs* sólo albergaron tumbas, pero pronto aparecieron los añadidos: habitaciones para la familia cuando acudía a visitar a sus difuntos, para el cuidador o para los lectores del Corán; cenotafios que a veces eran sólo túmulos con placas; mihrabs, entradas monumentales, tumbas de dosel sobre cenotafios de mármol con relieves o cámaras sepulcrales abovedadas y cerradas. Establecido por los mamelucos cuando los mongoles se apoderaron del califato de Bagdad (1258), el más elaborado de todos es el Hawsh cairota de los califas abasidas; cuenta con una entrada monumental y una alquibla con siete mihrabs, además de un mausoleo abovedado con un solo acceso (h. 1242-1243). Esto era excepcional. Las tumbas rodeadas por bordillos de mármol reaparecen en los siglos XIV y XV, en los santuarios de Bayazid en Bastam y de Ahjmad Jami en Turbat-i Jam o en Gazur Gah, cerca de Herat, donde todas están sombreadas por viejos alfóncigos, o en la de Babur (m. 1530), en Kabul, donde se plantó un jardín de plátanos y de ciclamores (hoy restaurado). En Persia, durante el siglo XV, como en la España islámica, el vocablo *rawda* (jardín) se usa con frecuencia para referirse a un tumba: sin embargo, los árboles de esas famosas tumbas, aunque tan viejos como el sepulcro mismo, no son bastantes para justificar la denominación de «jardín», de modo que se piensa que ha de ser un eufemismo, quizá para aludir a una tumba abierta al cielo.

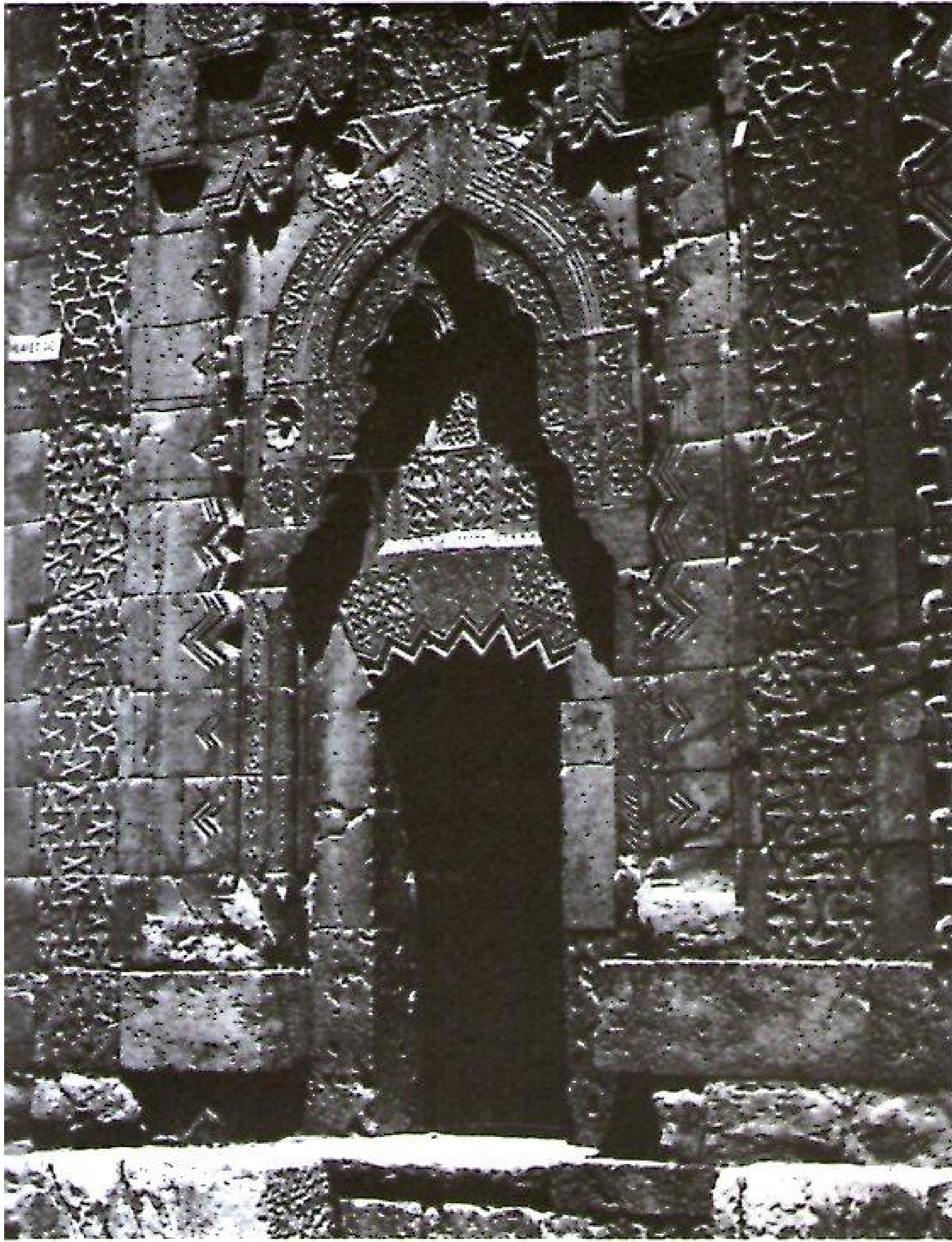
Torre sepulcral de Radkán oriental, Jurasán (1281). El enterramiento estaba en una cripta subterránea y en las paredes había escaleras ciegas. Las torres sepulcrales de este tipo están documentadas por primera vez en Persia a mediados del siglo XI.



Al más antiguo de los mausoleos islámicos que se conservan, el Qubbat al-Sulaybiyya, en Samarra, se le puede adjudicar una fecha tan tardía como la de 869, pero el firme testimonio literario de la existencia de una tradición de mausoleos abovedados, incluso en el islam de los omeyas, demuestra que no era una novedad. Sin embargo, es único por su material, el hormigón (a pesar de la tradición romana, desconocido en el islam), y por su planta. Era una cámara cuadrada, orientada hacia los cuatro puntos cardinales, con una cúpula apoyada sobre pechinas, inscrita en un octógono, abierto por cuatro lados y rodeado por un ambulatorio también octogonal, cubierto por una bóveda de cañón ampliada por arcadas transversales y abierto por todos sus lados; por tanto, el mausoleo habrá parecido una tumba de dosel elaborada, un tipo de mausoleo que es muy persistente en el islam, quizá para apaciguar a los más estrictos juristas islámicos.

Entre los sunitas es obligatorio poner el cadáver con el lado derecho hacia La Meca (la mayoría de los difuntos del islam chiíta yacen con los pies dirigidos a La Meca, se dice que para que miren hacia ella cuando se pongan de pie el día del Juicio Final). Esta práctica influyó, lógicamente, en la orientación de los mausoleos y en el cierre de un extremo del eje para situar en él un mihrab, aunque no se usara para las plegarias. Pero el desarrollo fue lento. Los mausoleos samánidas de Bujara (antes de 943) tienen cuatro entradas y ningún mihrab. Y el recién descubierto mausoleo árabe de Ata, en la localidad uzbekistana de Tim (977-978) presenta una única entrada con molduras decoradas y una inscripción fundacional; pero aunque el enterramiento es paralelo a la alquibla, no hay mihrab, un agregado que fuera de Egipto sólo empieza a aparecer en los mausoleos persas del siglo XI, por ejemplo en el Duvazdah Imam de Yazd (1037). Aun así, muchas tumbas egipcias y sirias del siglo XII todavía no cuentan con un mihrab.

En Persia o en Asia central, los mausoleos con cúpula del siglo XII muestran ornamentaciones profusas en terracota por fuera y en estuco por dentro, y la comparativamente modesta decoración de los monumentos antiguos cairotas y sirios, como es natural, hizo que los estudiosos



Mausoleo octogonal Halifet Gazi (h. 1200) en la localidad anatolia de Amasya. La entrada es un compendio de motivos ornamentales selyuquíes, apiñados en un espacio mínimo.

supusieran que la construcción de los mausoleos persas y asiáticos fue una contribución original a la arquitectura islámica, pero esto no puede ser así. El califato abasida de Bagdad tuvo la primacía tanto en gusto como en autoridad, o sea que es más probable que las tumbas egipcias y sirias se plieguen a la tradición de la metrópoli mucho más de cerca que las de la lejana Transoxania y el apartado Afganistán, sobrevivientes sólo porque quedaron muy lejos de la destrucción de las grandes invasiones. Es decir que el mausoleo cairota de los califas abasidas (h. 1242-1243) tiene una importancia crucial como muestra del gusto metropolitano, aunque los nuevos califas no se enterrarían allí hasta después de 1260-1261. Su decoración interior, con paneles de estuco en arcadas en cada pared, medallones en relieve y una bóveda de medallones de estuco con seis lóbulos y decoración fitomorfa que disminuye de tamaño hacia la cúspide, pintada de amarillo suave y rojo sobre fondo azul, ostenta una riqueza adecuada para las augustas marionetas que iban a enterrarse allí. El exterior, mucho menos aparatoso, más afín a la tradición cairota de decoración de fachadas, desarrollada entre los siglos XII y XIII, no debería tomarse como testimonio de la apariencia de los mausoleos califales de Bagdad; pero los interiores de excepcional suntuosidad no pueden haber sido una elección accidental.

Torres sepulcrales. En Palmira (siglos II y III) y en Jwarizm hay torres sepulcrales preislámicas y las de la segunda de esas ciudades tal vez fueran zoroastrianas. Pero la primera y más extraordinaria de las islámicas es Gunbad-i Qabus (1006-1007) y está cerca de Gurgan, en el noreste de Persia; tiene 61 m de altura, está coronada por un techo cónico y el reborde de la base y la marcada inclinación de sus paredes resalta la altura. La inscripción fundacional, por cierto, la describe como un *qasr* (del latín *castrum*, fuerte), pero en el sentido de edificio de enorme altura. Los ladrones de tumbas habrán destruido los restos del enterramiento (al parecer no había cripta), pero el pintoresco cuento de que Qabus fue enterrado en un ataúd de cristal colgado con cadenas de las vigas de la tumba es, obviamente, una leyenda.

Más cerca de la corriente principal del desarrollo están los mausoleos cuadrangulares o poligonales asentados sobre un plinto: el Gunbad-i Ali (1056) de Abarquh, con la primera cornisa que se conozca decorada con mocárabes y dos torres sepulcrales octogonales de ladrillo, recién descubiertas en Kharraqan, sobre el camino medieval de Qazwin a Hamadán, una comarca que los selyuquíes de fines del siglo XI usaron como zona de pastos de verano. Entre una y otra hay 29 m de distancia y están firmadas

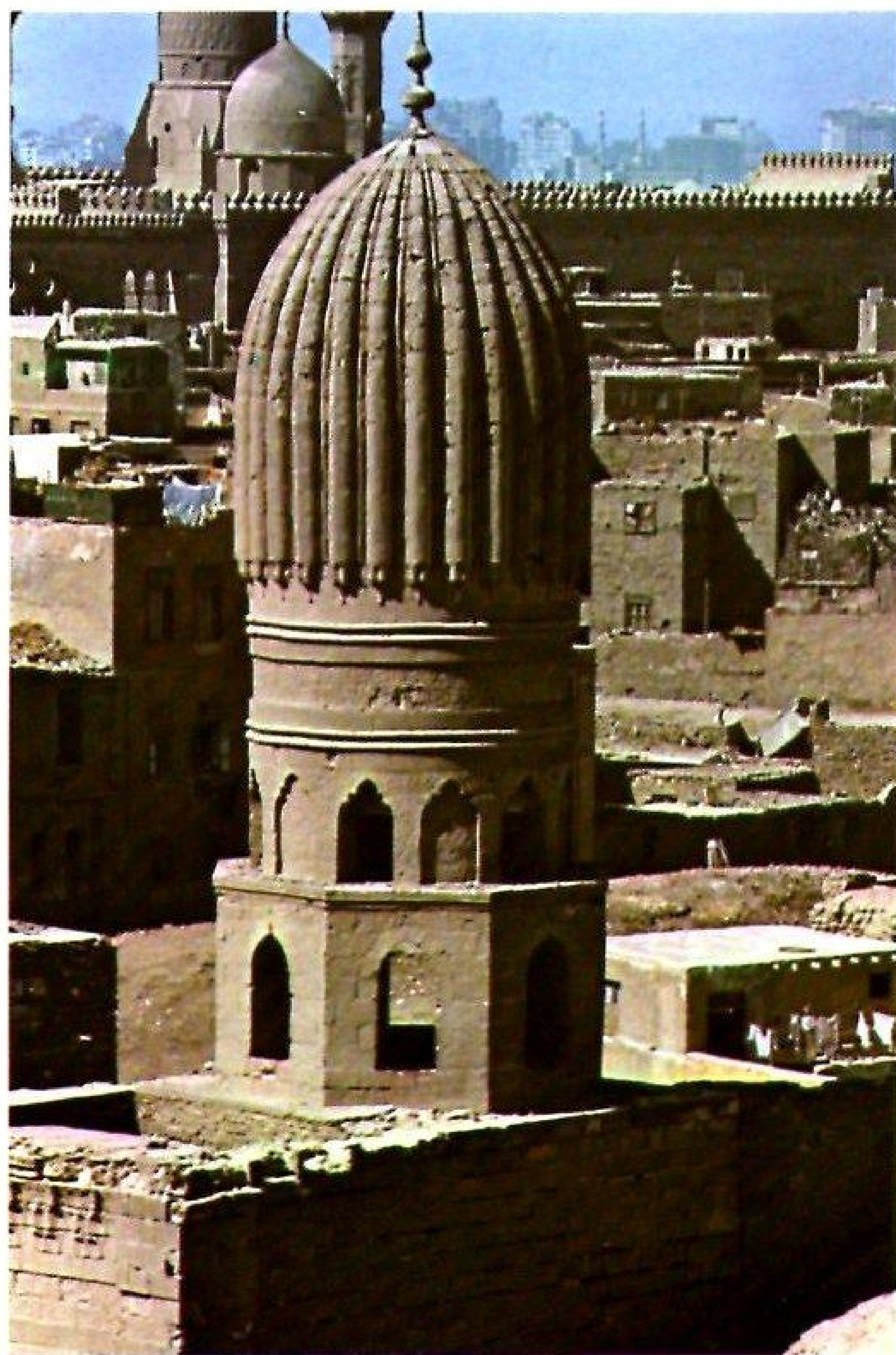
Entrada de Mama Hatun Kümbed (1200-1220), mausoleo anónimo que se alza en Tercan, Turquía oriental. Es una versión de la tumba sepulcral de ladrillo, con un muro de cubos de piedra pulida.



por el mismo artesano. La más antigua, fechada en 1067-1068, tiene un solo acceso, orientado sin precisión hacia La Meca aunque carece de mihrab; en dos de sus ocho contrafuertes exteriores hay escaleras. La segunda, que data de 1093, tiene un mihrab y sólo una escalera. Ambas son de doble bóveda, la exterior con un reborde, pero no es fácil reconstruir su apariencia, porque no se conserva la parte superior de los contrafuertes. En la tumba más antigua, los ocho nichos, que sustituyen al mihrab, están decorados con pinturas de mezquita y lámparas colgadas de cadenas con medallones de aves, en su mayoría pavos reales, solos o en parejas.

Es acertada la observación de que estas antiguas torres sepulcrales persas son muy evolucionadas. El tipo Gunbad-i Qabus persiste en Persia central hasta el siglo XIV; por ejemplo, en el mausoleo adosado a la Gran Mezquita de Bastam, con los rebordes menos pronunciados y la altura reducida. Históricamente, el mausoleo tardío más interesante de este tipo es el de Radkán oriental (1281), en la estepa que está al norte de Mashhad, donde el virrey mongol de los territorios occidentales Arghun Agha murió y fue enterrado en 1275. Puede que esto sea una coincidencia, pero también puede ser que fuera enterrado en esa torre sepulcral, si tenemos en cuenta lo que dice su biografía, escrita por Rashid al-Din.

Mausoleo de Yunus al-Dawadar (1382), El Cairo. La cúpula estriada, que se asienta en un tambor excesivamente estrecho, demuestra la tendencia cairota al aumento progresivo de la altura de los mausoleos.



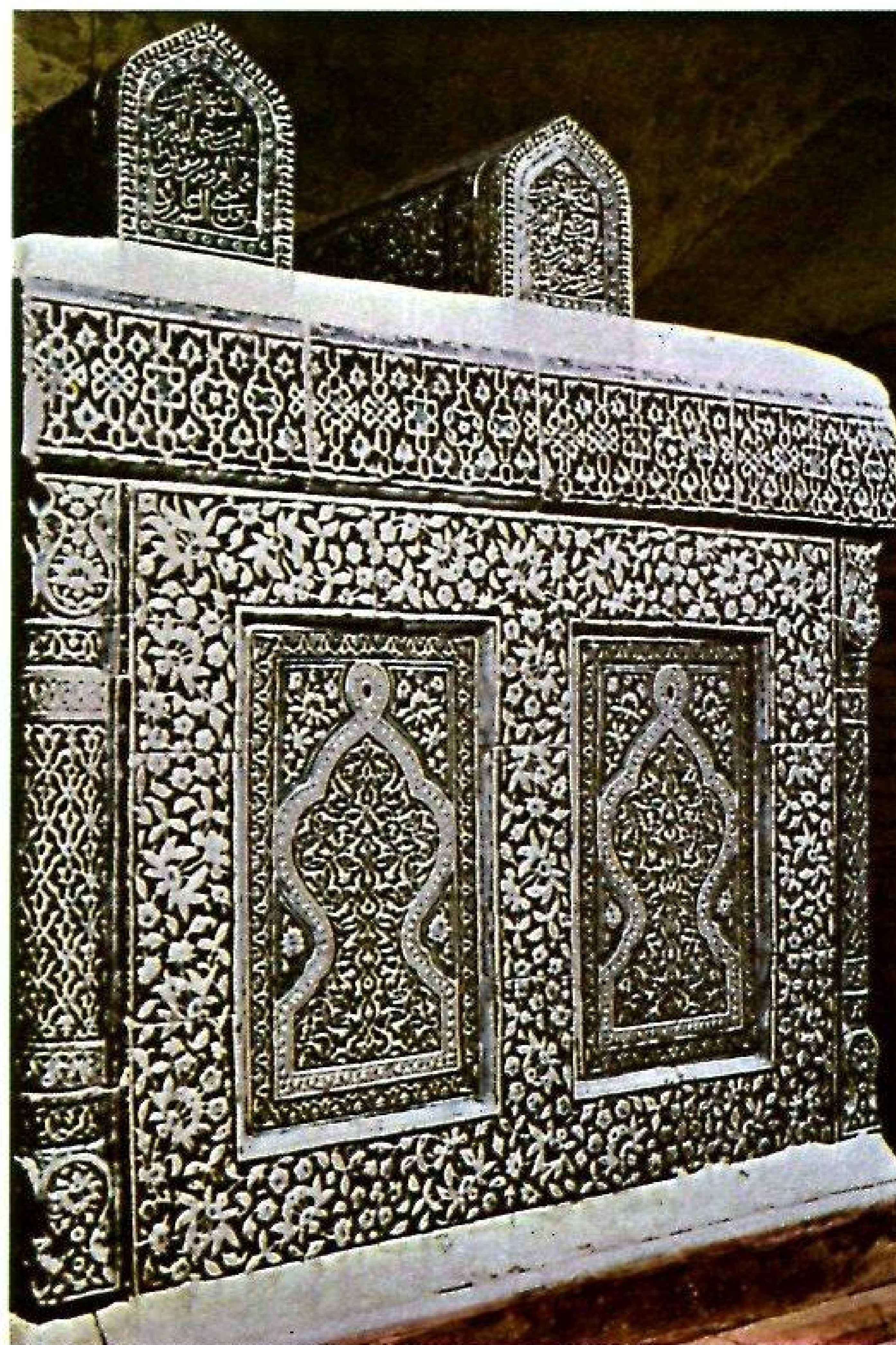
En un momento indeterminado, se empezó a incluir una cripta en las torres sepulcrales. La «Tumba de Tughril», que está en Rayy tiene el suelo cavado; gracias a una placa de hierro fundido que hoy se exhibe en el Museo de Arte de la Universidad de Michigan, se fecha en 1140. Pero en el caso de las tumbas de Maragha –Gunbad-i Surkh (1154) y Gunbad-i Kabud (1196)– y de Nakhichewan –las tumbas de Yusuf ibn Kuthayyir (1161) y Mumina Khatun (1186-1187)–, las entradas de las criptas están por encima del nivel del suelo en el plinto de piedra que sostiene la construcción de ladrillo. En estas tumbas se eliminaron las escalinatas, ya que no hay ángulos reforzados y sus cúpulas semiesféricas en general estaban cubiertas por sobretechos cónicos o piramidales. Los dibujos de los ladrillos, mucho más simples que los de los mausoleos de Kharraqan, se realzan con mesura mediante incrustaciones de cerámica color turquesa, sobre todo en las cornisas o sobre las entradas; en cambio, al menos en la tumba de Mumina Khatun, el interior tiene vestigios de un enlucido pintado.

Las tumbas sepulcrales de ladrillo, en su mayoría cilíndricas, se construyeron en Azerbaiján hasta ya entrado el siglo XIV; por su parte, los mausoleos, comúnmente de piedra, empezaron a surgir en el siglo XIII en tierras anatolias selyuquíes, donde son tantos que sólo podremos mencionar unos pocos. Uno de los más antiguos (se diría que del siglo XII) está en Erzurum; es un cilindro con cúpula, rodeado por un ambulatorio, con frontones en voladizo, cada uno provisto de una ventana inserta en un dosel, adornado con relieves de figuras de animales o humanas. Otro antiguo mausoleo de piedra (h. 1200) es el mausoleo octogonal Halifet Gazi de Amasya, con una cripta y una sala por encima desde la que, por una escalera, se llega a una entrada que es un compendio de motivos ornamentales selyuquíes, apiñados en un espacio mínimo. En Konya, dentro de la Mezquita Alaeddin (restaurada en 1120), sobre el palacio selyuquí en ruinas, hay una tumba decagonal, que contiene los cenotafios revestidos de mosaicos de varios enterramientos reales desde 1192 en adelante, y una tumba octogonal, al parecer sin terminar (aunque lleva una inscripción de 1219), que también se había diseñado para el cementerio real, ya que el único sultán selyuquí, Kaykaus I, está enterrado en Konya, en el mausoleo del hospital que él mismo hizo construir en Sivas (1217-1218). Al oeste de Erzurum, en Tercan, hay una tumba anónima de ocho lóbulos, Mama



Camino principal de Shah-i Zinde, necrópolis medieval de Samarcanda. *A la derecha,* la entrada del mausoleo de Shirin Bika Aqa (1385-1386) con las paredes de una tumba de dosel octogonal (hoy sin techo) a continuación. *A la izquierda* está la cúpula del mausoleo que lleva la firma de Ustadh Ali Nasafi (siglo XIV).





Arriba: cementerio mameluco del este, El Cairo. *A la derecha,* el mausoleo y *khanqah* de Al-Ashraf Barsbay (1432).

Derecha: cenotafio revestido de mosaicos, en el mausoleo de Sayyid Ala al-Din (1342), en Khiva. La decoración con motivos chinos muy elaborados es típica de los cenotafios de Asia central en este período.

Hatun Kümbed (1200-1220), dentro de un recinto circular, con una entrada de bella ornamentación, más apropiada para el trabajo de ladrillo que para la piedra, con 12 nichos dentro, algunos con enterramientos, y una escalinata que lleva a la terraza.

Pocos mausoleos selyuquíes anatolios están incorporados a las almadrazas o a otras fundaciones funerarias y la mayoría son construcciones aisladas en los cementerios o lejos de las ciudades. Sin embargo, también se hacían enterramientos en los iwanes, a menudo en una cripta subterránea; es de gran suntuosidad la tumba familiar contigua al *khanqah* de Sahib Ata o Fakhr al-Din Ali (decenio de 1280), en Konya, que es un iwán abovedado; sobre el lago Van, en Ahlat o Khilat, las dos formas se combinan a veces: la cripta es semiabierta y la altura de un iwán y la cámara funeraria superior se reducen al estrecho tambor que está debajo de la cúpula, por ejemplo en el sepulcro del «Emir Alí» (siglo XIV). Sin embargo, la mayoría de las tumbas de Ahlat siguen la tradición anatolia de una cripta y una cámara superior. Dos son de gran belleza: la Ulu Kümbed (1273), con arcadas suspendidas sobre el exterior, y el mausoleo de Erzen Khatun (1396-1397), con arcadas de arco quebrado y vestigios de enlucido dentro, pintado con motivos chinos de lotos. Esa moda decaía por entonces: la tumba de Bayindir (1481), en Ahlat, es un dosel con columnas sobre una cripta agregada. Los cementerios de Ahlat son particularmente ricos en mausoleos abovedados de distintos tipos, y también lo son en estelas de piedra, rectangulares y con hermosos relieves, que se fechan entre los siglos XIII y XIV. Pero la ciudad sufrió muchos seísmos y no menos de dos siglos de campañas bélicas (1300-1500), y no tenemos muchos elementos para saber a quiénes se destinaron los mausoleos ni para determinar con exactitud cómo se desarrollaron.

Las tumbas reales otomanas son una derivación muy simplificada de las tumbas sepulcrales anatolias: construcciones independientes, poligonales, a veces precedidas por un pórtico con bóvedas bajas, con aspecto de plato, cubiertas con un revestimiento exterior de plomo. Por fuera están casi siempre terminadas con paneles de mármol, pero su decoración interior fue suntuosa, como la de Tesil Türbe, parte de una amplia fundación de Çelebi Mehmet I (1413-1421), edificada en Bursa y, característicamente, en un cementerio privado. El exterior, en su origen estaba cubierto con mosaicos color turquesa. Dentro tenía grecas de mosaicos hexagonales color verde brillante con decoraciones doradas, además de un mihrab monumental de cerámica polícroma y el cenotafio de Mehmet I, hecho en cerámica de colores vivos. Todo esto se ejecutó unos pocos años después de 1419-1420, fecha de terminación del edificio.

El aspecto imponente de las torres sepulcrales persas y anatolias favoreció la idea de que son típicas de los pueblos *nómadas,* como los selyuquíes, que controlaron Persia y Asia central desde 1140. Pero las torres sepulcrales son ante todo persas y los monumentos de Siraf muestran que hubo una tradición de torres sepulcrales hacia los siglos IX o X. Además, nunca desplazaron los cubos abovedados de Asia central, Egipto o Siria, que siguieron en contacto estrecho con Bagdad, la capital abasida, y parecen ser obra de artesanos locales, desconocedores de las tendencias mesopotámicas.

Monumentos aislados. También existen mausoleos monumentales que se alzan apartados de los edificios funerarios. El más notable es el de Sanjar, último sultán de la dinastía de los Grandes Selyúcidas, en la antigua ciudadela de Merv, construido hacia 1152. Tiene una doble cúpula de unos 30 m de altura, sobre una base de 27 m^2, con muros de 6 m de espesor. La zona de transición está disimulada en el exterior por una galería con una rara decoración antigua de estuco, tomada casi por completo del repertorio samarrense del siglo IX. La bóveda semiesférica interior está ornamentada con diseños radiales de estrellas de ladrillo, pero los restos de una decoración pintada sugieren una restauración del siglo XIV o del XV. Una excavación soviética de 1937 demostró que el mausoleo estaba adosado a la Gran Mezquita selyuquí de Merv y daba a ella, a través de una reja, por el lado oeste, lo cual explica la ausencia de un mihrab en esta tumba que se hizo famosa en el islam.

También en El Cairo hay un mausoleo aislado monumental, aunque proveniente de otra tradición. Se trata de Qubbat al-Fadawiyya (1479-1481), que tuvo gran influencia en el diseño de las grandes bóvedas cairotas otomanas. Pero en Egipto la única cúpula comparable por su tamaño, la que está sobre la tumba del imán al-Shafii (1211), al parecer se erigió deliberadamente junto a la almadraza fundada allí por Saladino en 1178, fecha en que se hizo la restauración de la tumba del imán y se le aplicó un revestimiento espléndido de paneles de teca al cenotafio. Makrizi dice que la cúpula fue obra de Al-Malik al-Kamil, quien la destinaba a su madre, cuyo cenotafio fechado en 1211 aún está por estudiar; y allí está enterrado uno de sus hijos, así como el soberano ayyubida Al-Malik al-Aziz Uzman y su madre. Sin duda para responder a un estallido de críticas legales del ulema contra la construcción de mausoleos, Al-Malik al-Kamil decidió unir el mausoleo familiar a un edificio cuya fama era conocida de todos sus contemporáneos y estaba más allá de las críticas. Esto tendría implicaciones importantes para los grandes mausoleos abovedados de El Cairo de los mamelucos, todos con tumbas de cúpula lo bastante amplias como para albergar docenas de lectores del Corán, para no mencionar los grupos de sufíes, fuesen o no residentes en la fundación.

Además, en El Cairo, Layla Ali Ibrahim ha señalado que hubo intentos de dar fondos a mausoleos de importancia dinástica, quizá en un principio porque la sucesión de las dinastías mamelucas no era necesariamente hereditaria. Al-Salih Najm al-Din Ayyub, último soberano ayyubida de Egipto (muerto en la batalla de Mansura, 1249), compró como esclavos a mamelucos bahri, en su mayoría qipchaq, pecheneg o incluso rusos kievan, refugiados tras las invasiones mongolas en las estepas del sur de Rusia, desde el año 1227, se ganó la lealtad inquebrantable de esos hombres y los utilizó como fuerza de represión; la muerte de Al-Salih se mantuvo en secreto para evitar una guerra civil pero su viuda, Sharajat al-Durr, y el primer soberano mameluco le construyeron un mausoleo (unido como propiedad a la almadraza que él había fundado) en el que fue enterrado en 1250, tras una procesión funeraria en la que sus ropas y armas fueron depositadas con solemnidad allí. Desde entonces, relata Makrizi, se tomó juramento de fidelidad en este lugar, una vez oficializada la manumisión en la ciudadela, cuando los mamelucos terminaban su entrenamiento, «para que la Ley [la ley turca, no la *charia*] se respetara, como lo había sido en vida del sultán». Esta interesante práctica más tarde se transfirió a la tumba de Qalaun (1284-1285) por decisión de su hijo al-Ashraf Khalil, quien presentó sus respetos a la tumba desmontando ante ella al volver a El Cairo desde Siria; la relación que sobre el Gur-i Mir de Samarcanda hace Ibn Arasbshah alude a una práctica similar ante la tumba de Tamerlán.

Cementerios. Dos cementerios famosos, el Sha-i Zinde de Samarcanda y los cementerios mamelucos sur y este de El Cairo, también muestran una organización. Se sabe que el núcleo del Shah-i Zinde fue el santuario de Qutham Ibn Abbas, al que se le dio gran unidad con una entrada, que mandó construir Ulugh Beg en 1428. Los personajes enterrados allí en tiempos de Tamerlán son de orígenes bien diversos: primero, quizá, mujeres de la familia de Tamerlán, pero muy pronto sus emires y también eruditos distinguidos, como el astrónomo Qadi-Zade Rumi (muerto h. 1436). El más antiguo de esos mausoleos es, al parecer, el de Khwaja Ahmed (h. 1340-1360), obra del artesano Fakhr-i Alí; tiene una entrada revestida con mosaicos incisos de color turquesa, con unos pocos paneles de mosaicos con relieves, en turquesa, cobalto y blanco. Una segunda tumba (1361-1361) de una dama anónima, «cuya castidad conserve Dios», tiene un revestimiento similar y unos pocos fragmentos parecidos, incorporados al azar en otras tumbas, sugieren que puede haber habido otra igual.

Ese tipo de mosaicos se conoce fuera de Samarcanda sólo en el mausoleo de Buyan Quli Khan de Bujara (1358), pero los de terracota con relieves, hechos con una técnica semejante, se encuentran, dentro de esa zona, en una tumba del sur de Uzgend, con una fecha tan temprana como la de 1186. Más tarde este tipo de mosaico con relieves dio paso a los esmaltados con capas gruesas, formando franjas, de colores blanco, amarillo y rojizo sobre fondo cobalto; su última aparición se produjo en el mausoleo Amirzade (1386), donde los mosaicos con relieves se combinan con pechinas de mocárabes, magníficamente decoradas y doradas.

Hubo otro desarrollo más, el mosaico cerámico, aunque es la más rara de las técnicas usadas para decorar los propios monumentos de Tamerlán. El mausoleo de su hermana favorita Shirin Bika Aqa (1385-1386) tiene un atrio totalmente revestido con mosaicos en colores turquesa, blanco, marrón amarillento y verde, sobre fondo cobalto. El interior es muy interesante, con una greca muy alta de mosaicos verde oscuro con motivos chinos, en dorado, de aves fénix; en la parte superior de las paredes hay pinturas de ríos, árboles y urracas, el pájaro favorito de los pintores de la corte timurí y uno de los más comunes de las estepas de Asia central. De modo similar se decoró la mezquita y tumba (1405) de Tuman Aqa, una de las esposas favoritas de Tamerlán, que se construyó frente a la entrada de la mezquita del santuario de Qutham ibn Abbas.

En el cementerio sur de El Cairo, quizá los mausoleos más interesantes sean los de los adeptos a la Sultaniyya (probablemente siglo XIV), dos dobles cúpulas de piedra parecidas en su construcción a las del Gur-i Mir de Samarcanda o al Gawhar Shad de Herat. Los mausoleos más imponentes del cementerio este, dispuestos en una línea casi recta de norte a sur, datan del siglo XV y se edificaron en el desierto, apartados de El Cairo. Entre ellos se cuentan el *khanqah* funerario de Faraj ibn Barquq o el elegante complejo de Qayt Bay (1472-1474); la cúpula decorada con relieves del mausoleo se alza en el centro del conjunto: una almadraza, un *maktab-sabil,* varias salas de recepción o tumbas adyacentes, además de alojamientos, una pila y un *khanqah,* bastante separados, pero todos dentro de un muro con portadas monumentales. Quizá más interesantes sean las tumbas con cúpula, más tardías (siglos XV-XVI), sin ningún tipo de fundación anexa, que se apiñan en torno de los grandes complejos reales. Esto recuerda un fenómeno habitual en el islam: las grandes tumbas se identifican, en la mentalidad popular, con los grandes santos, de modo que aún el sepulcro del peor de los soberanos puede estar rodeado por fosas modestas de personas que esperan obtener la gracia acercándose a él en la muerte.

Mobiliario sepulcral. Otro tema que merece una mención es el del mobiliario y decoración de las tumbas. Aunque había una tendencia constante a hacer cada vez más altas las cúpulas sepulcrales, dentro de las tumbas, la ornamentación bajaba la altura de las bóvedas. Algunas tumbas tenían una decoración interior de pinturas o mosaicos, pero esto era poco corriente; con frecuencia el mihrab, tan sólo por serlo, se decoraba de tal modo que no se podían decir las plegarias desde él, como en el caso del mausoleo de Qalaun; pero es muy raro que haya mihrabs monumentales incluidos como parte del mobiliario. El más antiguo es quizá anatolio, data del siglo XIII y está en Arabsah Türbe, en una tumba anónima de Kharput, que contiene un elegante mihrab de mosaico negro y turquesa; pero el más suntuoso es el de Yesil Türbe, en Bursa. Por el contrario, las tumbas mamelucas egipcias y sirias son las que ostentan decoraciones más ricas: paneles de mármol, pinturas en las paredes, relieves en madera y estuco pintado y con trabajos de relieve.

La única pieza típica del mobiliario fúnebre es el cenotafio, una construcción en forma de caja, de madera, que a menudo tiene una inscripción muy decorada y en general puesta en el centro del mausoleo, sin tomar en cuenta el sitio en que esté depositado el cadáver. Los cenotafios más antiguos que se conservan son el del imán Al-Shafi, en El Cairo, construido por Saladino (1178), el de Saladino en su tumba de Damasco (1195), que sigue allí, aunque desplazado por una placa de mármol aportada por Guillermo II en 1898, y el cenotafio fatimita o ayyubida del santuario cairota de Sayyidna al-Husein, que hoy se exhibe en el Museo Islámico de la capital egipcia. En El Cairo de los mamelucos, los cenotafios de madera se reemplazaron con un estrado de mármol que parecía un trono, casi siempre con botones ornamentales en los ángulos. En Persia aún había algunos cenotafios de madera en el siglo XIV, aunque el último ejemplar mejor conservado data de 1326 y procede de Bujara, donde estuvo en la tumba de Sayf al-Din Bakharzi. Por esos tiempos, los cenotafios revestidos de mosaicos adquirieron popularidad, con un amplio espectro de modelos, algunos con un estrado como base y otros sin él. Del resto del mobiliario sepulcral, las alfombras, los suntuosos cortinajes, las lámparas esmaltadas y doradas de cristal, descrito por tantos viajeros de la Edad Media tardía, nada se conserva.

Glosario

Abasidas: Dinastía de califas que gobernaron en Bagdad entre los años 750 y 1258; se decían descendientes de Abbas, el tío del Profeta. Desde 1258 hasta 1517, se sucedieron en El Cairo los califas de una línea que provenía de un refugiado abasida, aunque bajo el estricto control de los sultanes mamelucos. El reinado de los abasidas en Bagdad, por su desarrollo de la administración, de la vida urbana y cortesana, del derecho, la literatura y las ciencias, se considera como el clásico de la historia del islam.

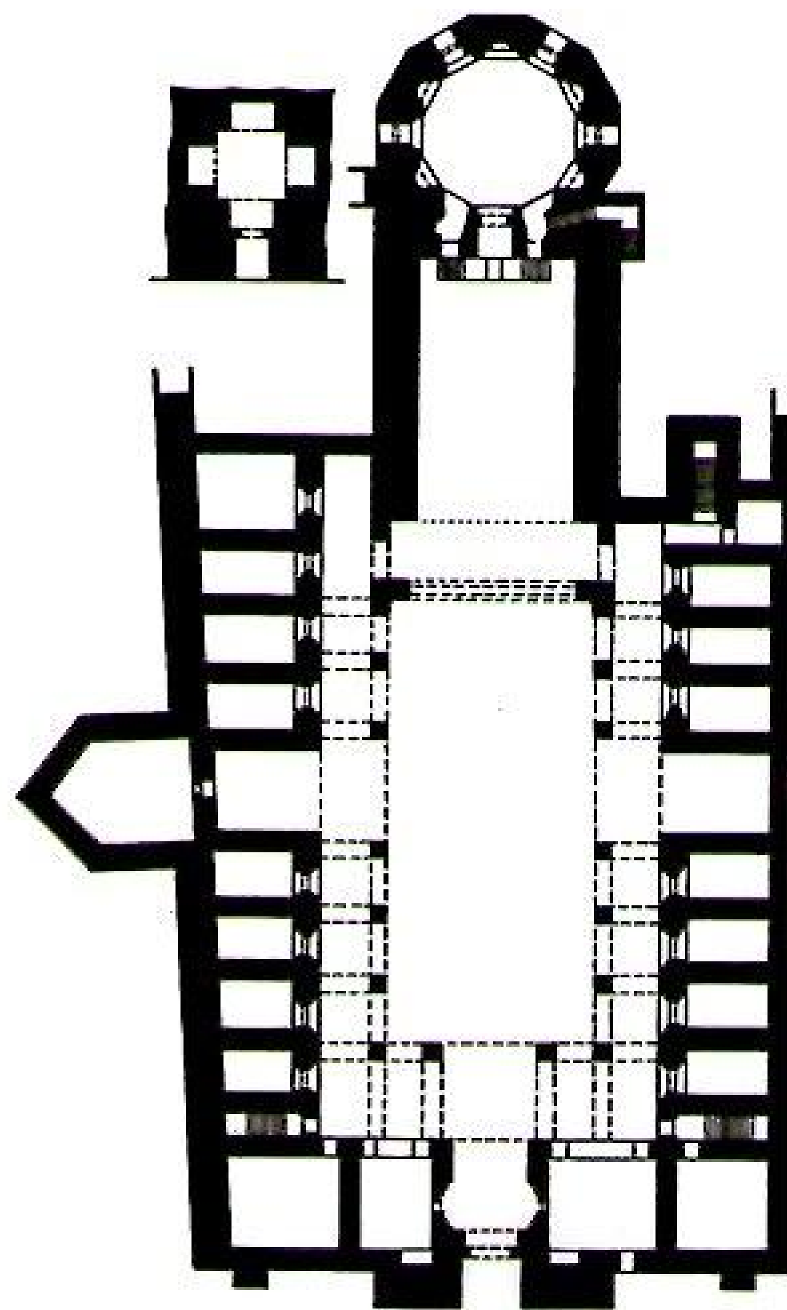
Acharí: Escuela teológica ortodoxa fundada por Abul-Hasán al-Ashari (873-874 a 935-936); suma la lectura literal del Corán, típica de los hanbalíes, con la argumentación racional (*kalam*), un enfoque desarrollado por teólogos posteriores. Su consecuencia política más importante fue la doctrina de que un musulmán sigue siendo un creyente aunque caiga en pecado grave, por lo que se debe obedecer hasta a un mal califa.

Al-Idrisi (1100?-1163): Autor de una importante obra geográfica titulada *Siete Climas* (1154), para Rogerio II de Sicilia. Contiene un mapa para cada clima (es decir, zona climática), los mapas de manuscritos posteriores sugieren que los del original estaban coloreados.

Al-Maqrizi, Makrizi o Makrisi (1364-1442): Distinguido erudito egipcio, funcionario público *(muhtasib)* y escritor. Muy importante como historiador de Egipto (desde los fatimitas hasta los mamelucos) y como topógrafo de El Cairo, a la que en el estado del que era testigo directo y reconstruye en su esplendor primigenio.

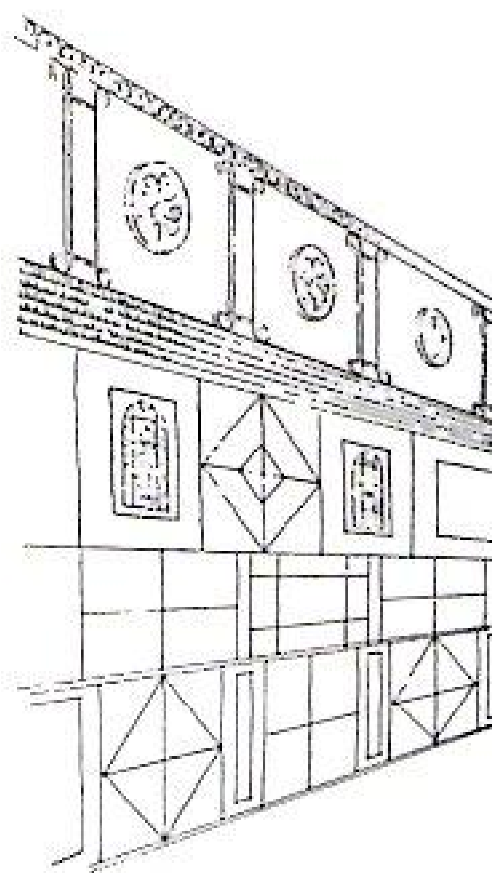
Almadraza, madraza, *madrasa*: Escuela en que se enseñaba teología (Corán, exégesis, tradición) y derecho canónico. Las antiguas, registradas en Jurasán en el siglo X, eran pequeñas, en general con un solo maestro y no diferían mucho de las *zawiyas* de las mezquitas. Bajo el poder de los selyuquíes en Irak y de los zengidas en Siria (fines del siglo XI y todo el XII), las almadrazas se convirtieron en instituciones oficiales con personal asalariado y estudiantes becados por la correspondiente fundación, pero la primacía de las mezquitas como institutos docentes nunca se perdió.

Alminar o minarete: En teoría, la torre desde la que se llama a la oración cinco veces al día y, por tanto, un elemento arquitectónico esencial de la mezquita. Con el tiempo, aunque nunca fueron construcciones independientes, se añadieron a muchos edificios privados, como almadrazas, *khanqahs* o mausoleos. Se originan en Siria, tal vez en las torres romanas de observación y el nombre proviene del árabe *nar*, «fuego», lo que sugiere una relación con las torres sirias e iraníes preislámicas desde las que se hacían señales con hogueras.



Planta del Çifte Minare Medrese de Erzurum, en Turquía oriental.

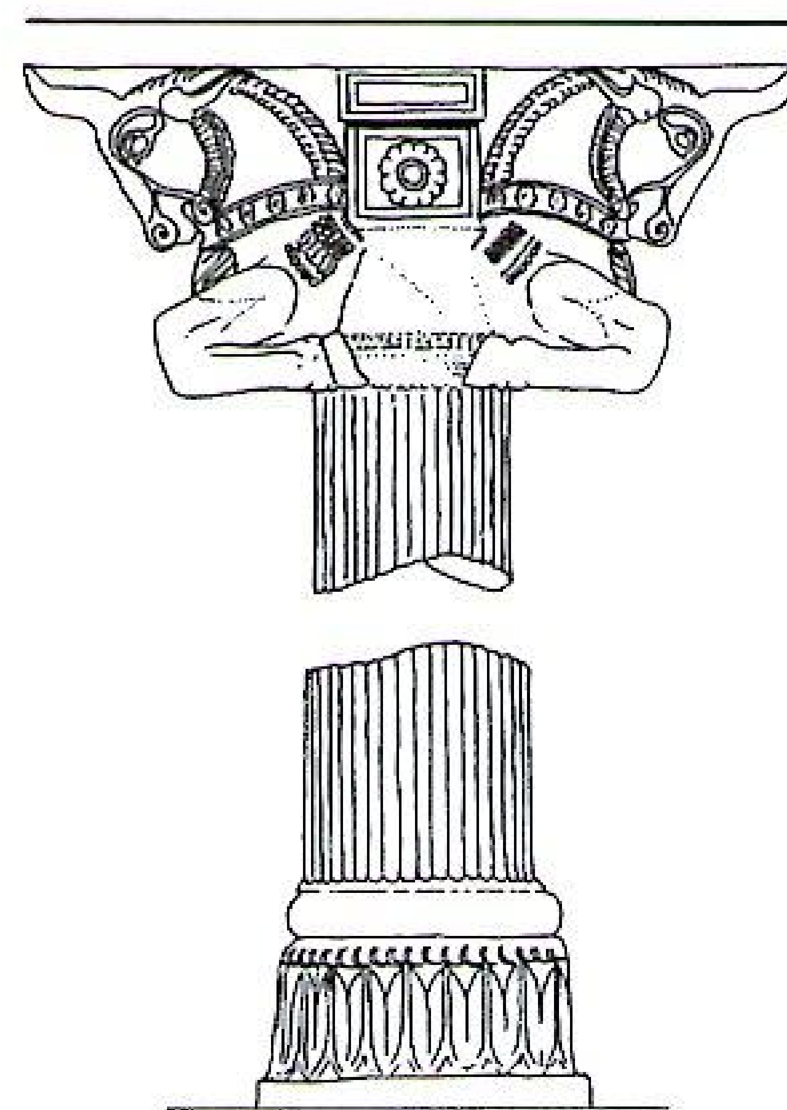
Alquibla *(qibla)***:** La dirección en que hay que decir las oraciones, o sea la de La Meca. Se aplica a las paredes de los edificios o a los mihrabs, aunque a veces la orientación de éstos puede ser errada.



Pared alquibla de Medina. Según Sauvaget.

***Amsar* (plural de *misr*):** Campamentos militares fundados para las fuerzas árabes en la primera conquista del islam. Aunque su fin era mantener a la tropa apartada de los pueblos conquistados, pronto se convirtieron en ciudades independientes con una población de clientes *(mawali)* y nativos no conversos, además de ser guarniciones del ejército árabe. Entre los más famosos están Fustat, en Egipto; Qayrawán, en Túnez; Basora y Kufa en Irak.

Apadana: Sala de audiencias de los reyes persas, basilical, hipóstila; la más famosa es la de Persépolis. Tras la conquista árabe, algunas se convirtieron en mezquitas, como la de Masjid al Tawr (la Mezquita del Toro, por sus capiteles aqueménidas en forma de toros arrodillados), en la ciudad de Qazwin, descrita por los geógrafos islámicos antiguos.



Capitel con toros de la apadana de Persépolis.

Apodyterium: Véase *hammam.*

Aqueménidas: Dinastía persa, 539-330 a. C. Sus soberanos más destacados fueron Ciro II (559-529 a. C.), Darío I (522-486 a. C.) y Jerjes I (485-465 a. C.), bajo cuyo mando el Imperio persa se extendió desde Libia hasta el mar de Aral. Su capital fue Persépolis, destruida por Alejandro Magno en 330 a. C., durante el reinado de Darío III, con quien desapareció la dinastía.

Artuquidas: Soberanos turcos de la comarca de Diyarbekir, en el sureste de Turquía, desde fines del siglo XI hasta principios del XV. Controlaban las principales minas de hierro y cobre y

se impusieron en el comercio entre Irak y el Cáucaso, apenas afectado por las cruzadas y las campañas contrarias de los musulmanes en los siglos XII y XIII. Sus monedas de cobre llevan retratos de distintos soberanos, signos del Zodíaco o planetas y animales heráldicos. Protegieron las artes y de su época es el famoso *Libro de los autómatas* de Al-Jazari, posiblemente una descripción de las máquinas que él mismo había inventado, escrito en 1205 para el soberano de Diyarbekir.

Asesinos: Secta ismailí fundada por Hasan-i Sabbah, que tomó la fortaleza de montaña de Alamut, cerca de Qazwin, en 1090 y después otros fuertes, a la vez que proclamaba una rebelión abierta y el asesinato para obtener la victoria. En 1094, se produjo una escisión importante en Egipto, bajo el poder de los fatimitas y Hasán b. Sabbah se autoproclamó jefe supremo de todos los ismailíes. En 1256, Hulegu capturó a Alamut y el imán ismailí fue asesinado. Los misioneros de Alamaut también tomaron castillos en el norte de Siria, entre ellos el de Masyaf, sobre el Orontes (1140-1141) y de esta rama siria de los Asesinos provienen las leyendas de los cruzados sobre hachís y ardides sobrehumanos. Hacia 1273 los mamelucos controlaron las fortalezas sirias de esta secta, pero la comunidad siguió existiendo y entre los que hoy llamamos, de un modo poco preciso, «alauíes» (Líbano y norte de Siria) quizá haya elementos ismailíes.

Astrolabio: Instrumento astronómico básico usado y desarrollado por los árabes para medir la altitud, determinar la hora del día y elaborar horóscopos. El cuerpo circular, inscrito en un anillo, compuesto de varios discos encajados, con un eje central sobre el que gira la aranea *(ankabut)*, representa la esfera celeste con las estrellas fijas que giran en torno a la tierra en situación de quietud; la alidada *(alidad)* gira sobre el disco y permite determinar senos, cosenos, tangentes y cotangentes. Los astrolabios valían para una única latitud hasta que Al-Zarqali o Azarquiel (1068-1091) fabricó uno de validez general.

Atabeg: Título que dieron los soberanos selyuquíes y mamelucos al emir nombrado mentor de un príncipe heredero. En el siglo XII algunos *atabegs* se aprovecharon de la debilidad de los Grandes Selyúcidas para independizarse, por ejemplo en Fars, Siria, y al norte de Irak, mientras que en el Egipto de los mamelucos, tras la muerte del sultán Al-Malik al-Nasir Muhammad (1341), se sucedieron varios reinados breves controlados por los sucesivos *atabegs*, en nombre de los hijos del difunto soberano, que no habían llegado a la mayoría de edad.

Ayyubidas: Dinastía de Salah al-Din b. Ayyub (Saladino), en el poder desde fines del siglo XII hasta mediados del XIII en Egipto, Siria musulmana, Palestina, la mayor parte de Mesopotamia y Yemen. Saladino, kurdo de origen, fue quizá el general de mayor talento que se enfrentara con los cruzados, a los que derrotó en Hattin (1187). A su muerte (1193), la dinastía se concentró en Egipto y Siria y Mesopotamia se fueron escindiendo en Estados menores que cayeron en manos de los selyuquíes anatolios y, más tarde, en las de los mamelucos y los mongoles. Pero en Hama se mantuvo un pequeño principado cuyo penúltimo soberano fue el conocido historiador Abul-Fida (1310-1331). Bajo su patronazgo se fundaron almadrazas y *khanqahs* en todo Egipto y Siria.

Bartold, V. V. (1869-1930): Probablemente el mayor orientalista ruso hasta la fecha. Fue arabista, experto en la civilización persa y en la turca; su obra primordial es histórica (*El Turquestán hasta la invasión mongola*, 1928; 1958; 1968), pero sus grandes conocimientos de epigrafía y su concepto de la importancia de la arqueología y de la geografía histórica en el estudio del islam han hecho que todas sus obras sean esenciales para quienes estudian Persia y Asia central.

Base de una letra: Trazo en la parte superior o inferior de una letra, como en las mayúsculas romanas; en árabe se usa sólo para *alifs* y *lams* (las *a* y las *l*).

Beduinos: Pastores nómadas organizados tribalmente, de origen árabe, hoy casi todos asentados en Arabia. La más famosa de sus tribus, de la que se dice que descendía Mahoma, era la de los quraichíes de La Meca, que a mediados del siglo VII se dedicaban sobre todo al comercio. Las proezas de los beduinos preislámicos, en su mayoría de religión animista, constituyeron el tema de muchas obras literarias de principios del islam.

Bektashi: Orden sufí turca, cuyo legendario patrono, Hajji Bektash, probablemente vivió en Anatolia hacia 1240, aunque la orden llegó a su forma definitiva bajo la dirección de Salim Sultan, a comienzos del siglo XVI. Sus aspectos heterodoxos –chiísmo con tendencias ismailíes, curiosos ritos que evocan la confesión y la eucaristía y la participación en ellos de mujeres sin velo– podrían ser añadidos tardíos. Algunas de las primeras *tekkes* de esta orden estaban en los Balcanes y su influencia en los jenízaros otomanos quizá se conecta con los orígenes balcánicos de esas tropas.

Baluchis o Beluchis: Nómadas iraníes organizados en tribus, hoy congregadas en Baluchistán (desde Persia, al este de Kirman hasta Sindi en Pakistán). Kirman cayó en poder de los árabes en 644, pero los baluchis no se sometieron hasta la llegada de los gaznevidas primero y de los Grandes Selyúcidas después, cuyo gobierno centralizado hizo que las incursiones de pillaje –hasta entonces su actividad principal– les resultara poco provechosa, lo que los indujo a emigrar hacia el este. Sin embargo, su historia anterior a 1500 es muy oscura.

Beréberes: Pueblos nativos de la costa africana septentrional desde el oasis egipcio de Siwa hasta el Atlántico; son hablantes de multitud de dialectos y en la actualidad están separados en distintas tribus. Se convirtieron al islam con rapidez, aunque no de modo permanente; mientras los abasidas los usaron como fuerzas represoras, las dinastías heterodoxas se basaron en la oposición de los beréberes a los árabes y ocuparon el norte de África, con excepción de los almorávides ortodoxos, durante los siglos XI-XIII.

Bida (innovación): Creencia o práctica por la que la Sunna no ofrece precedente, en general con la idea de que es arbitraria o está errada. Pero algunas innovaciones se aceptaron –por ejemplo, la codificación de la ley– de modo que, aun cuando son inaceptables, se consideran como un pensamiento equívoco, además de herético.

Buwayhidas: Dinastía chiíta de Daylam (norte de Persia) que ocupó la meseta iraní (Isfahán, Fars, Kirman y Azerbaiján) y más tarde Bagdad y el Irak de los abasidas, en los siglos X y XI. Afirmaron su dominio sobre los califas y sus visires y reforzaron al *iqta* como medio de pagar al ejército, pero su influencia mayor se produjo con la restauración de la cultura persa en el centro del islam ortodoxo.

Cadí: Juez musulmán, sobre todo en temas de derecho canónico. Era habitual que cada *madhhab* tuviera su propio cadí, ya que un juez debe concordar con las decisiones de su propia escuela legal. Los cadís, aunque eran notables importantes de cada ciudad, pocas veces recibieron salarios elevados, porque sus ingresos provenían de la administración de fundaciones, de desempeñarse como albaceas y de dar opiniones legales de modo privado.

Caldarium: Véase *hammam*.

Califa (árabe *khalifa*, vicario, sucesor): Jefe supremo de la comunidad musulmana. En tiempos de los omeyas, el califa era un soberano secular (porque a la muerte de Mahoma la Revelación había llegado a su fin), pero los abasidas subrayaron su majestad y superioridad espiritual, que sería lo que les iba a quedar tras la progresiva delegación de poderes a los visires y el control político de Bagdad primero a los buwayhidas y más tarde a los selyuquíes (si-

glos X y XI). Esta autoridad se debilitó más aún con la proclamación del califato omeya de España (928) y del fatimí del Magreb y de Egipto, hecha por Baybars (1261). Siempre se ha dejado a un lado todo esto, pero la influencia de esos hechos en el Estado mameluco no es desdeñable.

Cancillería (árabe *diwan al-insha*): Departamento de Estado que se ocupaba de formular los reales decretos, tanto en los asuntos internos como en los externos. Las cancillerías islámicas contaron con los escribas más eminentes y por la grandeza e importancia de su documentación tienen gran importancia en la evolución de los distintos tipos caligráficos.

Caravasar: Posada para viajeros, en general con intereses comerciales. Véase *Khan* caravasar.

Carisma: Traducción impropia del vocablo *baraka*, denota el poder espiritual ejercido por los jeques *(shaykhs)* aun después de la muerte. El islam rechaza la posibilidad de mediación entre Dio y el hombre y, por tanto, la noción de gracia. Con todo, es una creencia generalizada que el *baraka* de un jeque asegura que se escuche hasta la plegaria más insignificante, por ejemplo la de una mujer sin hijos.

Cartucho: Término tomado de la arqueología faraónica para describir los blasones reales de los sultanes mamelucos de Egipto y Siria en los siglos XIV y XV. Son circulares, se dividen horizontalmente en tres campos, con una inscripción del tipo «Gloria a su Majestad, Sultán...», en lugar de un escudo de armas. No sólo aparecen en edificios reales sino también en objetos especialmente encargados para ellos, como lámparas de mezquita, candelabros de bronce o puertas de madera.

Casa de postas: Parada, tal vez en apariencia no muy distinta de un caravasar, situada sobre los caminos principales, en las que podían descansar los mensajeros del gobierno y cambiar de caballos o entregar los mensajes a sus relevos. El correo *(barid)* fue importante desde el período abasida, pero sabemos muchas cosas sobre el tema por las fuentes mamelucas, donde se cuenta que también se usaron palomas mensajeras y que desde los tiempos de los mongoles, bajo el mando de Ghazan Kan (1296-1304) se estableció una cadena de casas de postas *(yams)* que unía Persia e Irak con Asia central y China.

Cenotafio (en griego, «tumba vacía»): Los musulmanes no se enterraban en sarcófagos ni en ataúdes, sino directamente en tierra o en bóvedas. Sin embargo, las tumbas se señalaban con un cenotafio en forma de sarcófago o de estrado *(sanduq, takht, tabut)* de madera o de piedra tallada. Esos cenotafios se encuentran tanto en mausoleos como en cementerios abiertos.

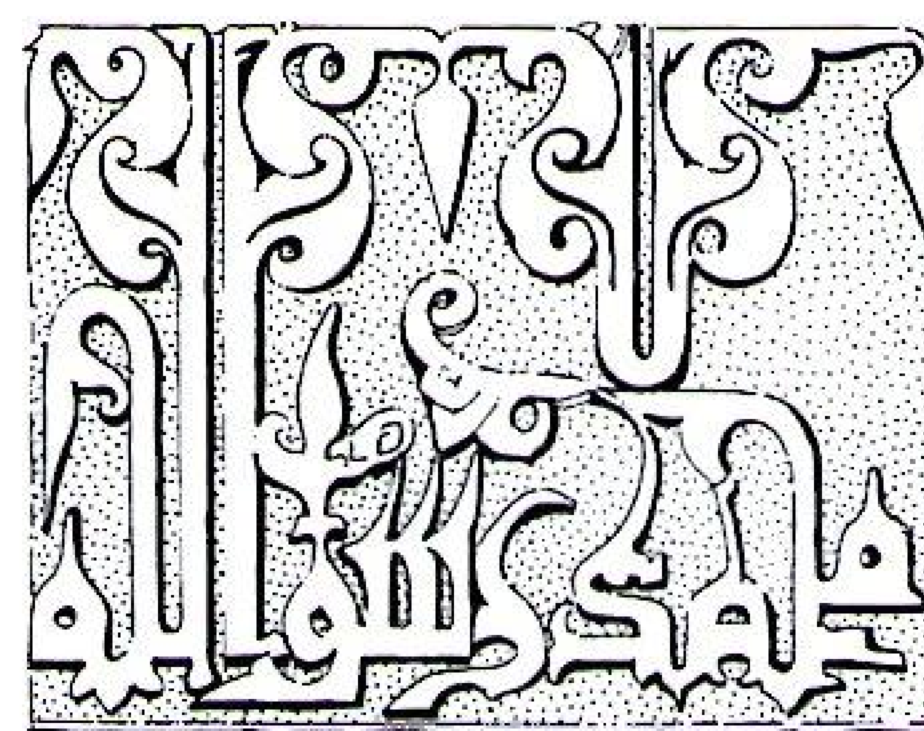
Circasiano: Grupo de pueblos del norte del Cáucaso, hablantes de diversas lenguas caucásicas, musulmanes sunitas de la escuela hanafí que se convirtieron gradualmente en los siglos XVI-XVIII. En Egipto, los circasianos fueron un elemento importante en el Estado mameluco desde el tiempo de Qalaun (1279-1290) y llegaron a controlarlo cuando los burjíes, dinastía mameluca circasiana, asumieron el poder (1382-1517). Se desconoce cuál era su raza y su lengua; de un modo confuso casi todos tienen nombres turcos qipchaq, de quienes se diferencian porque, inverosímilmente, se declaran de linaje árabe.

Cloisonné: Esmaltes policromados en que las piezas coloreadas se engastan en pequeños compartimientos *(cloisons)* de metal donde se funden con una base metálica durante el horneado. Es una técnica típica de los esmaltes bizantinos y caucásicos. Los únicos esmaltes islámicos conocidos, en particular el Plato de Innsbruck, son todos de este tipo.

Corán: Escrituras musulmanas, la palabra no creada de Dios, revelada progresivamente a Mahoma en La Meca y en Medina. A la muerte del Profeta hubo que editar las revelaciones y entre las versiones diversas prevaleció la de Uzmán. El libro está dividido en capítulos (*suras*, azoras) que no se ordenan cronológicamente, y en versículos *(ayas)*. El primer capítulo, *Fatiha*, se usa como plegaria de intercesión.

Creswell, sir K. A. C. (1879-1974): Viajero, arqueólogo e historiador de la arquitectura, fue uno de los fundadores de la arqueología islámica moderna. Recopiló un corpus de monumentos islámicos antiguos: *Early Muslim Architecture* (Arquitectura musulmana antigua), I-III, Oxford, 1932; 1940; Oxford 1970. En otros dos volúmenes reunió una relación de los monumentos egipcios fechados desde el siglo X hasta 1326: *The Muslim Architecture of Egypt* (La arquitectura musulmana de Egipto), Oxford, 1952, 1959. Su trabajo abarcó toda la arquitectura islámica medieval, desde España a India.

Cúfica: Grafía árabe cuadrada, a menudo con mucha ornamentación, cuyo origen se atribuye sin muchas pruebas al iraquí Kufa. Se usó mucho en los Coranes antiguos y para las inscripciones arquitectónicas de principios del siglo XII, pero coexistía con la escritura redonda incluso en tiempos de los omeyas y sobrevivió a la adopción general de la *thuluth* o *naskhi* para las monedas, los documentos de la Cancillería y las copias del Corán (desde fines del siglo XII).



Inscripción cúfica florida procedente de Ghazna.

Charia: La Ley que, a pesar del desarrollo del derecho administrativo *(qanum)* y de la aceptación del consuetudinario *(urf)*, siempre se vio como suprema. Aunque tiene una base religiosa –el Corán y la Tradición– la traducción «derecho canónico» es demasiado restrictiva, ya que la *charia* abarcaba todos los aspectos de la vida musulmana y era la vara con que se aplicaban el derecho administrativo y el consuetudinario.

Chiítas: Término general que se aplica a las sectas que, contra el punto de vista ortodoxo, insisten en el reconocimiento de Alí como sucesor legítimo (califa) de Mahoma. Exaltaban las cualidades morales y espirituales de sus imanes y rechazaron las reclamaciones de los omeyas que pretendían el poder. En un principio eran muy poderosos en Irak: su particular asociación con Persia sólo se selló con el triunfo de los sefevíes, a comienzos del siglo XVI.

Dar al-Harb: En teoría, todo territorio que esté fuera del Dar al Islam, la Tierra del Islam, aunque los Estados podían concluir treguas con los musulmanes a cambio del pago de tributos y sin que mediara la conversión. Los territorios que no reconocían al islam podían verse en una guerra santa *(jihad o yihad)*, como lo estuvieron zonas de Siria en los siglos X a XII, que pasaron a manos de no musulmanes, bizantinos o cruzados.

Dar al-Islam: Todo el territorio en que se imponía la ley islámica, se reconocía la comunidad de los fieles *(umma)* y la unidad de la ley *(charia)* y la condición de protegido del pueblo del Libro *(ahl al-kitab* y, por tanto, *dhimmi)*.

Derviche: Término que se aplica a los sufíes en general, pero en particular a los vagabundos o errantes (qalandariyya) que, al no pertenecer a ninguna orden establecida, recibían las acusaciones de vagancia, herejía o vicio.

Dhimmi: Minorías protegidas del islam, a las que se toleraba a cambio del pago de un tributo personal y otro de tierras. En un principio,

se trataba de judíos y cristianos cuyas escrituras compartían la Alianza de Abraham; después, por extensión, de zoroastrianos cuyos libros sagrados, *Zend Avesta*, probablemente se escribieron en el siglo IX; más tarde aún se incorporaron a esta categoría los sabeos, entre quienes estaban los adoradores de estrellas de Harran, cerca de Urfa, en el sureste de Turquía, los samaritanos y pueblos afines.

Dinar: Unidad de oro de la moneda islámica. El tipo omeya antiguo imitó el *solidus* de Heraclio, pero con una leyenda musulmana. La reforma de la moneda que hizo Abd al-Malik en el año 698-699 estableció un tipo de epigráfico de gran pureza (96-98 %) y un peso invariable que se mantuvo sin grandes cambios hasta el siglo XI, aunque los dinares de dinastías posteriores variaron levemente su aspecto.

Dirham: Unidad de plata de la moneda desde la aparición del islam. En un principio el dirham imitó las monedas de plata sasánidas, pero añadió una inscripción cúfica con el nombre del soberano y de la ceca. Después de algunas pruebas, Abd al-Malik (698-699) introdujo un tipo puramente epigráfico que se normalizaría. Desde el siglo XI en adelante, una documentada «hambre de plata» condujo a la acuñación de dirhams de baja ley y, cuando después de las invasiones mongolas, volvieron a acuñarse los de ley, se diferenciaron considerablemente por su diseño y peso del tipo común antiguo.



Dirham español del siglo VIII.

Diwan: Equivalente medieval de un ministro (un significado que se amplió más tarde), que entendía en materia de tributos, títulos de tierras, fundaciones de beneficencia y asuntos militares, además de los medios por los que se aplicaban las decisiones reales formuladas a través de la cancillería *(diwan al-insha)*. Cada uno tenía sus propios archivos, de los que poco se conserva, con excepción de los del Imperio otomano, guardados en el Topkapi Saray de Estambul, hoy el Basvekalet Arsivi.

Druso *(árabe duruz)*: Secta nacida de los ismailíes que vivían en Líbano, la comarca siria de Hauran y zonas de Palestina. Se originó durante el reinado del califa fatimí Al-Hakim (desaparecido en 1021), que se convirtió en mesías de los drusos, quienes aún lo esperan. Son hanafíes, aunque sus prácticas no son musulmanas, casi, y sus creencias identificables tienen un fuerte elemento gnóstico.

Emir *(árabe amir):* Título dado a los grandes comandantes militares (los *ahl al-sayf*, Hombres de la Espada), sobre todo bajo el mando de los selyuquíes, ayyubidas, mongoles y mamelucos. Con el desarrollo del sistema de *iqta*, se convirtieron en gobernadores militares de extensas provincias a la vez que tenían una elevada posición en la corte: Gran Chambelán, Custodio del guardarropa, Escanciador, etc. El gobierno estaba a cargo del visir y su equipo o del ulema, *ulama*, el *ahl al-qalam*, Hombre de la Pluma.

Fatiha: Capítulo inicial del Corán que, por ser el primero, suele estar espléndidamente iluminado. Suele recitarse como plegaria ocasional, sobre todo al pasar ante las tumbas de hombres sabios o piadosos, aunque la ortodoxia islámica rechaza la idea de dedicar oraciones a los muertos.

Fatimitas: Misioneros ismailíes contrarios al califato, asentados en el norte de África, Egipto y Siria (909-1170); se dicen descendientes de Alí y Fátima. Fundaron la mahdiyya en Túnez (920), El Cairo (969) y hacia 971 controlaban La Meca, Medina y la mayor parte de Palestina y Siria, comarcas que mantuvieron bajo su mando durante casi doscientos años. Saladino los expulsó de Egipto en 1171, lo que llevó al califato a su fin; pero Yemen y algunas regiones indias, evangelizadas en el siglo XI, se mantuvieron fieles a esa doctrina. En Egipto se mostraron magníficos patronos de las artes y la arquitectura.

Fatwa: Dictamen oficial que sobre un punto de una ley emite un muftí o un profesor de derecho en una almadraza.

Funduq (del griego bizantino *pandokheion*): Posada, aunque la planta de un *funduq* y la de un *khan* no siempre se diferencian con claridad. Los mercaderes extranjeros, sobre todo los venecianos, pisanos, genoveses, amalfitanos y florentinos, tuvieron su propio *funduq* (*fondaco* en italiano), una «factoría» o sucursal, para la colonia, sus archivos, una iglesia y los depósitos centrales de las mercancías en que se especializaban.

Garmsir (en persa, «tierras cálidas»): Se aplicaba a los asentamientos invernales de los trashumantes, que en tiempo caluroso abandonaban para ir a los pastos de verano (*sardsir*, «tierras frescas»). Este seminomadismo era semejante al de los trashumantes turcomanos o turcos (*qishlaq*, lugar de invierno; *yaylaq*, pastos de verano); pero *qishlaq* pasó a significar «cuarteles de invierno del ejército» y, por tanto, «barracas» en persa y en turco.

Gaznevidas: Poderosa dinastía turca suní, fundada por el gobernador samánida Sebüktegin (977-997), con capital en Ghazna; dominó en Persia oriental, el actual Afganistán y en parte del Punyab hasta 1187. Su soberano más famoso fue Mahmud I (998-1030), el protector de Firdusi o Ferdowsi, quien le dedicó su *Shahname*, y del historiador y científico Al-Biruni. Los restos arqueológicos más importantes están en Ghazna, Bust y Lashkari Bazar de Afganistán, casi todos datados en el tiempo de Masud III (1099-1115), pero todos los años se producen nuevos descubrimientos.

Ghasánidas: Importante tribu árabe que se estableció en Siria hacia 490 d. C., en la región oriental del Imperio bizantino, en calidad de reyes clientes de Bizancio. Allí se hicieron monofisitas, protegieron a la Iglesia siria, establecieron sus capitales –la mejor conservada es Sergiópolis o Rusafa, al noreste de Siria– y favorecieron a los grande poetas preislámicos de Arabia. Su poder fue aplastado por la invasión sasánida de 613-614 y por la conquista musulmana.

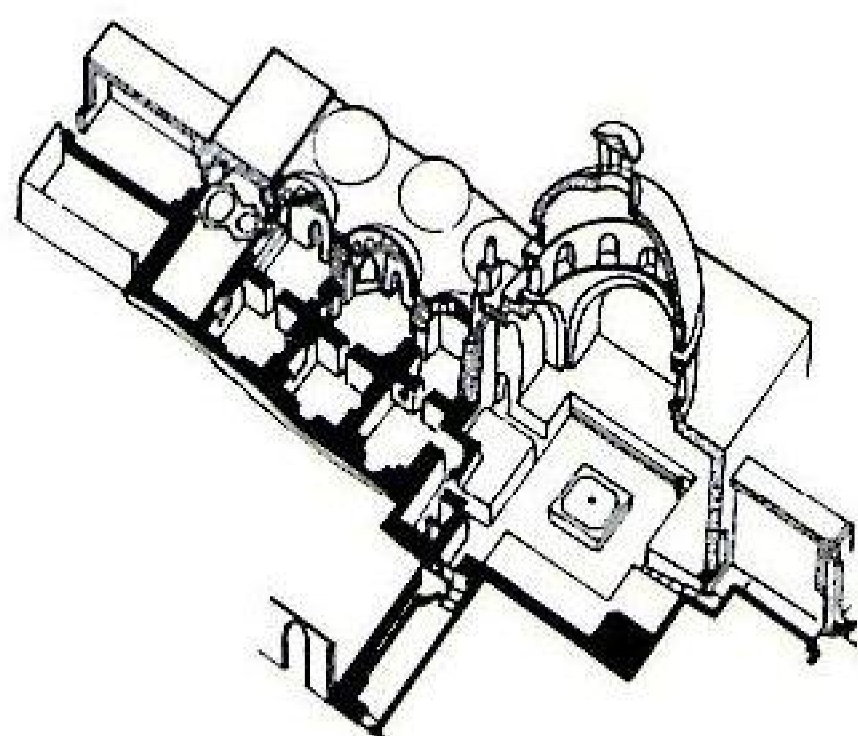
Ghuridas: Dinastía de turcos suníes, dominó en las montañas de Afganistán con su capital en Firuzkuh (quizá Jam) y después en India. Con la declinación de los gaznevidas y de los Grandes Selyúcidas, a mediados del siglo XII, se independizaron; la devastación que produjo el soberano Ala al-Din Husein (1149-1161) le valió el apodo de «Incendiario del Mundo». El impulsor más importante de la arquitectura fue Ghiyath al-Din Muhammad (1163-1203), cuyas obras de Herat, Jam, Shah-i Mashhad y Chisht (todas localidades de Afganistán) se han descubierto hace poco y son de ladrillo y de gran virtuosismo de ejecución. La dinastía cayó en 1215, poco antes de las invasiones mongolas.

Hadith: Tradición. Como fuente del derecho y del dogma en el islam, era la segunda autoridad después del Corán, pues recogía los propios comentarios de Mahoma al texto sacro, esenciales para comprenderlo con precisión. Tiempo después formaría el tema de estudios especiales en instituciones específicas *(dar al-hadith)*, para determinar su validez, en especial remontándola a autoridades respetables, con lo que buena parte se rechazó por falta de autenticidad.

Hajj: Peregrinaje a La Meca que debe cumplir todo musulmán adulto y sano de cuerpo y alma al menos una vez en su vida, durante el mes final del año musulmán, *Dhu'l-Hijja.* El rito principal es la circunvalación de la Kaaba *(tawwaf)* pero el Peregrinaje pasó a incluir la visita a muchos otros lugares de la ciudad y sus alrededores, asociados con Ismail y el Profeta. Culmina con la Fiesta de los sacrificios (*Id al-Adha*) el día 10 de *Dhu'l-Hijja,* en la que toda familia musulmana que pueda hacerlo sacrifica un cordero en recuerdo del Sacrificio de Abraham.

Hamdánidas o hamdanidas: Soberanos árabes chiítas de Mosul y Alepo en el siglo X. El más famoso: Sayf al-Dawla que controló Alepo desde 944 hasta 967; era un general brillante que supo explotar la fuerza de sus protegidos beduinos para luchar contra Bizancio; su corte atrajo a una gran cantidad de poetas y prosistas. La rama de Mosul de esta dinastía fue absorbida por los buwayhidas persas y a principios del siglo XI Alepo cayó bajo el poder de los fatimitas egipcios.

Hammam: Baño turco. Los primeros califas adoptaron los baños romano-bizantinos para cumplir los requisitos del ritual de purificación islámico. El cuarto frío *(frigidarium)* se suprimió y se amplió la sala para desvestirse *(apodyterium),* que daba a los servicios, una sala entibiada *(tepidarium)* y a otra más caldeada *(caldarium),* cuya calefacción pasaba por conductos especiales instalados en el suelo al estilo romano *(hypocaustus)* provenientes de una caldera que se alimentaba desde el exterior. Había una estricta separación de sexos y en *Las mil y una noches* se advierte cierta reprobación de los baños donde, se decía, moraban los malos espíritus. Sin embargo, fueron lugares de intercambio social y los baños omeyas de Qusayr Amra y de Khirbat al-Mafjar estaban adosados a espléndidas salas de audiencias.



Reconstrucción isométrica de un hammam *de Damasco (siglo XIV). Según Ecochard.*

Hanafíes: Escuela de derecho fundada por Abu Hanifa (m. 767), muy influyente en todos los soberanos del Mashriq (Grandes Selyúcidas, mamelucos, otomanos y quizá también selyuquíes anatolios). En general, se la considera como la más favorable al desarrollo económico del islam: las sociedades comerciales, las normas para las inversiones legales y la teoría de *waqf ahli,* una sociedad familiar que es también sociedad de beneficencia, son asuntos muy influidos por los hanafíes.

Hanbalíes: Escuela de teología y derecho fundada por Ahmad b. Hanbal (m. 855), hostil a la teología especulativa y al misticismo sufí, aunque muchos de sus seguidores se aplicaron a ambas prácticas. Fue muy importante en Bagdad (siglo XI), bajo el poder de los Grandes Selyúcidas y después en Siria (siglo XII). Más tarde declinó su fuerza, aunque la severidad del famoso Ibn Taymiyya (m. 1328) en el Egipto mameluco inspiraría el wahabismo, rito actual en Arabia Saudita. El hanbalismo se conoce sobre todo por su literalismo, la doctrina que sostiene que hay que creer y obedecer al pie de la letra las sentencias del Corán.

Haraka: Signos diacríticos (también llamado punteo) que se usan por encima y por debajo de la línea para indicar la cantidad vocálica (breve o larga) en árabe, persa y turco. Es de uso obligado en las copias del Corán. Se debe distinguir de la práctica llamada *tashkil,* por la que se añaden trazos o puntos para diferenciar las consonantes y los casos oblicuos en la declinación. Aunque se podrían considerar esenciales para la legibilidad, muchos buenos copistas los omitieron a menudo.

Haram: Santuario. Pocos monumentos musulmanes están considerados como santuarios, con excepción de La Meca, Medina, Jerusalén y, para los chiítas, las ciudades iraquíes y persas asociadas con Alí y sus descendientes. Todos esos lugares otorgan cierta protección, cosa que no hacen las mezquitas, que tampoco son lugares sagrados para los musulmanes ortodoxos.

Harén *(Harim):* Sector privado de la casa o del palacio, destinado a las mujeres de la familia, al que no tienen acceso los hombres adultos que son extraños.

Hawsh: En las prácticas funerarias musulmanas de Egipto, espacio cerrado sin techo, a veces con diversos agregados para los deudos de los difuntos, como salas de estar o cocinas; algunos eran lujosos, como los de los califas abasidas de El Cairo (1242 o más tarde), con siete mihrabs en su gran alquibla. En Egipto los recintos funerarios son vestigios de las prácticas ptolemaicas o incluso faraónicas. En la actualidad no se conservan más que allí, pero en el siglo X estaban extendidas a Chiraz, por ejemplo, una ciudad muy apartada de la influencia egipcia.

Hayr: Espacio de terreno amurallado en el que pastaban los animales salvajes (el *paradeisos* bizantino), una de las dependencias de los grandes palacios islámicos como Qasr al-Hayr al-Gharbi y Qasr al-Hayr al-Sharqi (Siria) o el Jawsaq al-Khaqani (Samarra) y el Palacio abasida (Bagdad, siglo X).

Hégira *(Hijra):* La emigración de Mahoma de La Meca a Medina en setiembre de 622. No obstante, la era de la hégira (indicada a veces AH) se cuenta desde el primer día del año lunar en que se produjo ese hecho, el 16 de julio de 622.

Herzfeld, E. (1879-1948): Distinguido orientalista alemán. Estudió arquitectura en Berlín y después historia, arqueología y lenguas orientales. Dirigió las excavaciones de Assur (con Andrae, 1903-1906) y las de Pasargadas y Persépolis (1905-1906). Entre 1907 y 1924, hizo viajes de campo por todo el Oriente, estudió las antigüedades indias, aqueménidas, sasánidas e islámicas. Sus contribuciones principales a la arqueología islámica fueron las excavaciones de Samarra (1911-1913), realizadas en compañía de Sarre, y las de Kuh-i Khwaja (un asentamiento básicamente parto) en Seistán (1929). Pero la epigrafía islámica le debe el volumen del *Corpus Inscriptionum Arabicarum* (Cuerpo de inscripciones árabes), dedicadas a Alepo (3 volúmenes, El Cairo, 1954-1955). Sus notas de campo y sus escritos no publicados se encuentran en la Galería Freer de Arte del Instituto Smithsoniano de Washington D. C.

Hijaz: Sector noroeste de la península arábiga, hasta la frontera jordana; en esta comarca están La Meca y Medina, ciudades santas y cuna del islam.

Ibn Battuta (1304-1368/9 o 1377): Famoso viajero magrebí, cuya obra *Viajes* se refiere a todas las tierras musulmanas y es una fuente primordial para la arqueología islámica. La cronología aproximada es: 1325, norte de África, Egipto y Siria; 1326, Hijaz, Irak, Tabriz, oeste de Persia y Bagdad; 1327-1330, Arabia, con tres peregrinajes; hacia 1332, el mar Rojo y el golfo Pérsico; hacia 1334, Constantinopla, las Tierras de la Horda de Oro, Tansoxania, Afganistán e India; después el Lejano Oriente, regreso a Magreb hacia 1349 y un viaje por el Sáhara hasta el centro del continente africano, de donde regresó en 1353.

Ibn Jubayr: Viajero andaluz (1145-1217) que, para expiar el pecado de haber bebido vino,

peregrinó a La Meca y escribió su obra *Viajes*, donde refiere datos gráficos y útiles sobre los santuarios medievales de La Meca y de Medina y los ritos que observó allí.

Ijtihad (árabe «reflexión»): Medios por los que los antiguos juristas llegaron a sus decisiones legales tomando como fuente el Corán, la Tradición o por deducciones. En un principio esas decisiones eran consistentes, pero se diversificaron con el tiempo en casos locales y la fundación de las escuelas de derecho *(madhhabs)* reemplazó el juicio individual con normas de aceptación general.

Iljanes: Título que tomaron los mongoles en Persia desde Hulegu (1256-1263) hasta Abu Said (1316-1336). Desde 1260 fueron acérrimos enemigos de la Horda de Oro y de sus aliados, los mamelucos de Siria y Egipto.

Imami: Escuela de derecho adoptada por los duodecimanos chiíes. Rechaza la *jihad*, que sólo el imán ausente podría declarar y no reconoce las sentencias legales de los califas omeyas, pero su actitud general, sin embargo, es cercana a la de los hanafíes sunitas.

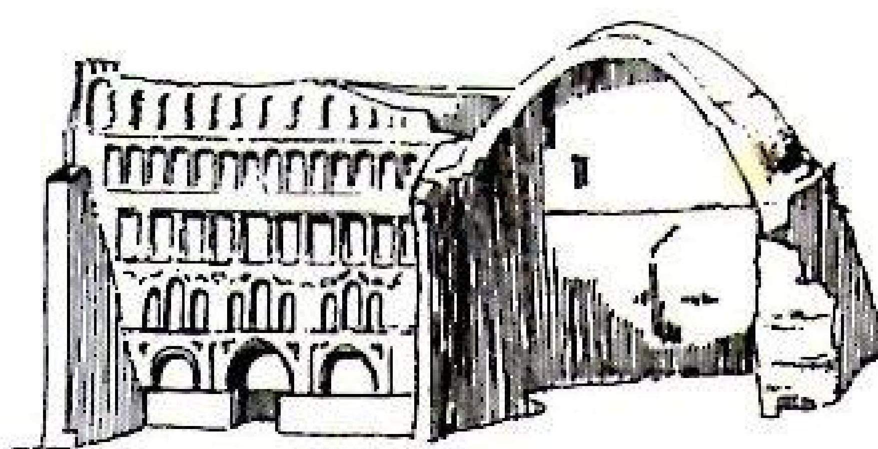
Imán: Jefe espiritual de la comunidad islámica y, por tanto, en el islam sunita, el califa. Entre los chiítas, el imán era más importante, porque debía ser un héroe o un virtuoso. En la terminología moderna, el imán es quien está elegido para conducir las plegarias en la mezquita.

Iqta: Adjudicación de tierras por merced del soberano, con carácter no hereditario, a un soldado o a un funcionario administrativo, en lugar de pago y condicionada a la prestación de servicios futuros. Los Grandes Selyúcidas abusaron del sistema, porque se consideraron, como los sasánidas, los únicos propietarios de las tierras; en Egipto, bajo el poder de los mamelucos, la mitad de la tierra se usó para la *iqta*. Se puede comparar con los feudos europeos medievales, pero sólo hasta cierto punto.

Ismailí: Grupo chiíta que reconoce a Ismail, hijo del sexto imán Yafar al-Sadiq (m. 765) como su Mesías. A fines del siglo IX organizaron un movimiento misionero que se irradió desde Irak hacia Jurasán, Transoxiana, Bahrein, Magreb, Yemen y Sind, aunque la aparición de los fatimitas ismailíes produjo disensiones internas, acentuadas por la actividad de extremistas como los Asesinos en Persia y Siria; varias comunidades empezaron a apartarse. Las comunidades ismailíes sobrevivieron a los mongoles, sobre en Transoxiana, pero el grupo hoy más importante es el de los seguidores del Agha Kan.

Istihsan* e *Istislah: Principios generales de equidad, usados por las escuelas musulmanas de derecho para complementar el razonamiento legal «por analogía», generalmente como una justificación de las revisiones de la práctica a la luz de cambios de las circunstancias. *Istihsan*, principio apoyado por los hanafíes, es una interpretación particular de la ley por el criterio propio de un juez. *Istislah*, más aplicado por los malikíes, justifica esas interpretaciones refiriéndolas al bien último de la sociedad (islámica).

Iwán: Soportal o porche, normalmente con una bóveda de cañón apuntada por fuera, que precede a una cámara también abovedada, la cual puede ser un salón del trono (véase el Jawsaq al-Khaqani de Samarra) o el mihrab de una gran mezquita (véase Isfahán antes de 1092). Los iwanes eran un importante elemento de la arquitectura del palacio sasánida (véase el gran iwán de Ctesifonte), pero sus orígenes parecen mesopotámicos, sobre todo del período Assur o Ashur.



Iwán de Ctesifonte, en Irak.

Jalairidas: Dinastía mongola que, con la desaparición de los iljaníes tras la muerte de Abú Said (1336), se estableció en Bagdad (h. 1340) y controló parte del oeste de Persia (Fars) y Tabriz. La aparición de los timuríes puso fin a las esperanzas de una dominación jalairí en Persia y también Bagdad cayó en poder de los Ovejas Negras en 1410.

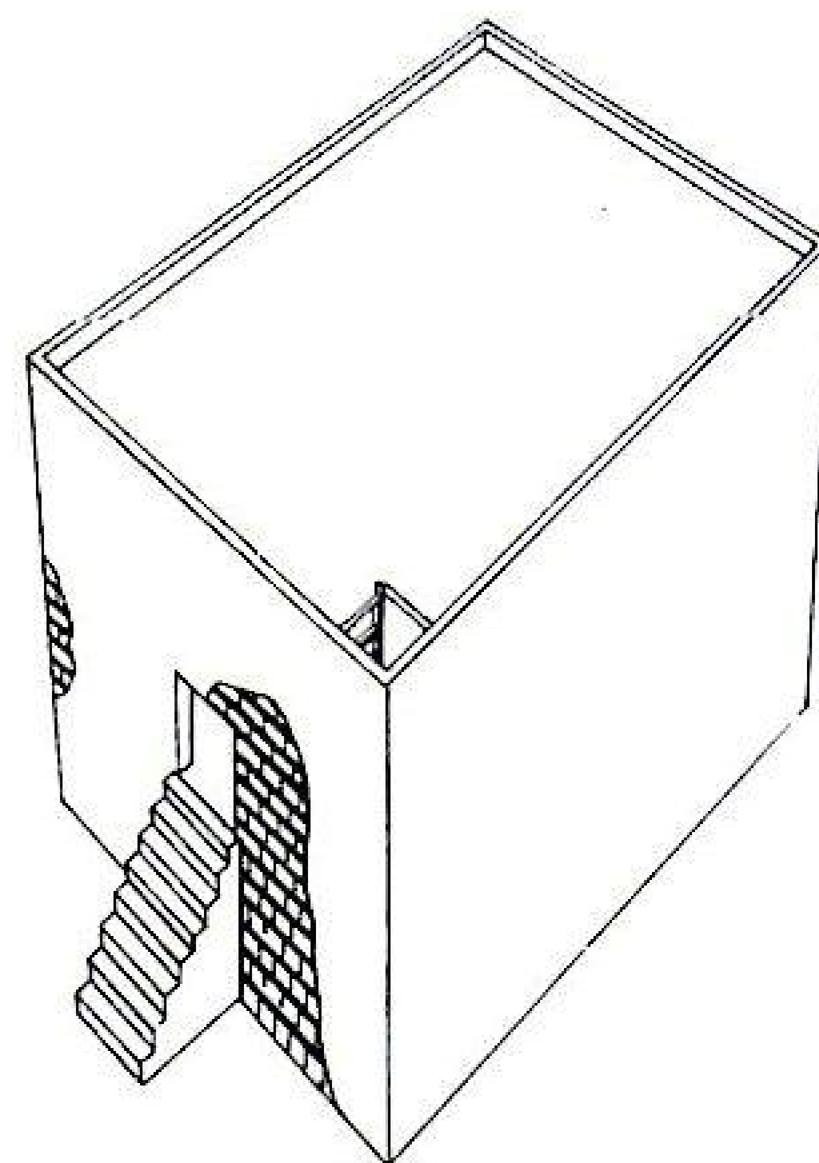
Jami **o aljama** (en persa, *masjid-i jumu*): La gran mezquita en que se podía decir el *khutba* los viernes. Las fuentes antiguas usan la palabra *minbar* e incluso las grandes mezquitas como la de Ibn Tulun en El Cairo (876-) se describen como *masjids*. El primer testimonio de una aljama en una inscripción (1032) se encuentra en el Egipto de la época fatimita. Desde entonces el vocablo tuvo una aceptación cada vez mayor.

Jariyíes: Secesionistas. Grupo que se negó a reconocer el tratado de Alí con sus adversarios después de su derrota de Siffin (657), con el resultado de que –según ellos– cualquier imán impío pierde su autoridad divina, se convierte en un infiel y puede ser destituido incluso por la fuerza. A pesar de este dogma inquietante que en ocasiones hizo que los ortodoxos les aplicaran la denominación oprobiosa de «herejes», los jariyíes –en particular su rama moderada, los *ibadis*– en espíritu estaban más cerca del sunismo ortodoxo y eran en su mayoría quietistas.

Jeque ***(shaykh):*** Título de respeto, casi siempre otorgado a un erudito distinguido *(alim)*. Jefe espiritual de una comunidad sufí. Por último, título acordado a distintos funcionarios gobernantes de Al-Azhar en El Cairo. Aunque muchos jeques eran ricos, su asociación con el «príncipe mercader» es moderna y la superioridad intelectual o espiritual no implicaba la posesión de riquezas materiales.

Jihad **(yihad):** El deber coránico de imponer un gobierno pacífico del islam, por tanto, guerra justa, pero en el sentido de un deber individual y colectivo a la vez. El conflicto armado con los musulmanes o las minorías protegidas (judíos, cristianos, etc.) está prohibido y era, esencialmente, un medio de convertir al islam a otros pueblos o de defender a los Estados musulmanes de algún ataque.

Kaaba: Originalmente, construcción cúbica cubierta con un velo negro *(kiswa)* en la que se guarda una Piedra Negra asociada en el islam con un santuario construido por Abraham en La Meca, aunque evidentemente se trataba del centro de un culto preislámico idolátrico de piedras. Casi desde un comienzo fue el foco del islam: no sólo como punto culminante del Peregrinaje cuando allí se cumplía el rito de circunvalación, sin también como punto hacia el que todos los musulmanes se volvían al orar.

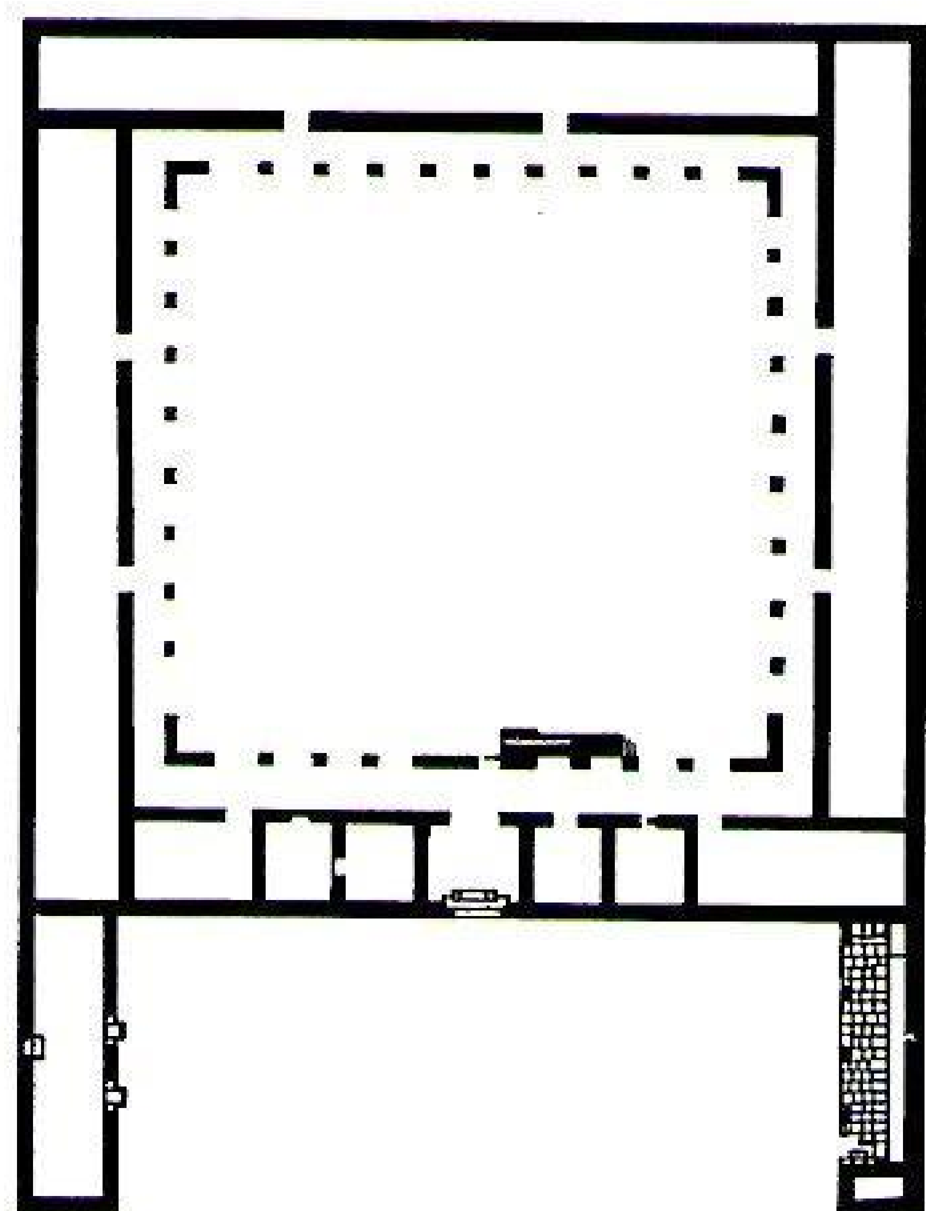


Reconstrucción de la Kaaba original.

Kakam: Teología escolástica musulmana, dedicada a resolver los problemas suscitados por

la interpretación coránica –la adscripción de predicados antropomórficos, el libre albedrío, la causalidad, etc.– mediante argumentos racionales y no a través de dogmas. Su propulsor más famoso fue al-Ghazzali de Tus (m. 1111).

Khan: Caravasar urbano o rural (en Persia se usa el términos *ribat* o *rubat*) que da albergue y cierta protección a los mercaderes, espacio para que se alojen los funcionarios del gobierno y lugar para el comercio. Algunos *khans* rurales se conocen como fundaciones de beneficencia; los de las ciudades no lo eran, por lo común, y en cambio los notables locales los usaban para ocultar sus ganancias en el comercio internacional.



Khan *de Qasr al-Hayr al Gharbi, en Siria.*

Khanqah: Fundación dirigida por un jeque y provista de fondos donados para el mantenimiento de grupos de sufíes. Los *khanqahs* eran muy corrientes como fundaciones funerarias en los siglos XII y XIII en Siria y en Egipto entre el XIII y el XV. En algunos aspectos se asemejan a los monasterios medievales europeos, con la diferencia de que no existe una regla que gobierne la orden. Sin embargo, a menudo sus fondos eran tan abundantes que los cofrades habrán encontrado muy difícil de practicar aun una pobreza espiritual.

Khila: «Túnica de honor» que los soberanos medievales entregaban a los emires y embajadores como una señal de favor. En el hombro mostraba la *tiraz*, inscripción tejida con el nombre del gobernante, lo que implicaba que quien la recibía era servidor de ese soberano. Por tanto, el presente de una *khila* se parecía a la entrega de un uniforme oficial.

Khutba: Sermón del viernes que pronunciaba en la gran mezquita de una ciudad el soberano o su representante local y al que todos los musulmanes adultos debían asistir. Aunque en la actualidad se trata de un discurso moral, en tiempos de los omeyas y de los primeros abasidas su contenido era sobre todo político y la ceremonia que lo acompañaba se había pensado para demostrar el prestigio del soberano dentro del Estado.

Lajmidas: Dinastía árabe de origen yemení; establecida en Irak hacia el siglo V, controló gran parte de Siria desde su capital, Hira, al sureste de la actual Najaf. Sus sultanes fueron cristianos nestorianos y en ellos se interesaron tanto Bizancio como los sasánidas; también fueron patronos de famosos poetas de la Península Arábiga. Aunque Hira y el castillo de Khawarnaq, a las afueras de esa ciudad, no sobrevivieron al crecimiento de Kufa en tiempos de los omeyas, esos edificios y la poesía que los lajmidas inspiraron se convirtieron para los poetas clásicos islámicos en un símbolo del pasado glorioso.

Madhhabs: Escuelas de derecho que aceptaban el predominio del Corán y de la Tradición pero cuya diferencia consistía en que, para llegar a un veredicto correcto en los casos individuales elegían como apoyo el juicio sensato *(ray)*, el consenso u opinión generalizada *(ijma)* o bien la analogía o deducción *(istihsan* o *istislah)*. En el islam suní hay cuatro escuelas principales (shafíes, hanafíes, malikíes y hanbalíes) y en chiísmo, dos (imaníes e ismailíes).

Magreb: Literalmente, «el Oeste»; territorios del islam, incluidos los de Túnez, Marruecos, Argelia y España, considerados por los autores clásicos como periféricos en el curso de la historia islámica, a pesar de su considerable contribución cultural.

Maktab (en El Cairo, *kuttab*): Escuela para la enseñanza del Corán. La educación básica quedaba en manos de los padres en el islam, de modo que las *maktabs* a menudo estaban destinadas a los huérfanos. Aun las *maktabs* imperiales, como las fundadas por los sultanes otomanos a fines del siglo XV, eran privadas, es decir, no había control de la enseñanza que impartían ni del plan de estudios. Arquitectónicamente, las *maktabs* a menudo se asocian con las *sabils*.

Maliquí: Escuela de derecho fundada por Malik b. Anas (m. en Medina 795-796), en la que el principio de compromiso fue en los orígenes de importancia extrema. Está extendida sobre todo en el Magreb y, virtualmente, en toda África islámica, incluida gran parte del Alto Egipto.

Mamelucos: Dos dinastías de esclavos liberados (*mameluk* en árabe significa «poseído») de Egipto y Siria, reinantes entre 1250 y 1382 (los bahris) y de 1382 a 1517 (los burjis o circasianos), de orígenes diversos aunque mayoritariamente turcos qipchaq. Su régimen era militar en esencia, pero en público al menos eran musulmanes devotos y su control de La Meca y de Medina fue tan religioso como político. Se podría decir que fueron los mayores constructores entre todas las dinastías islámicas.

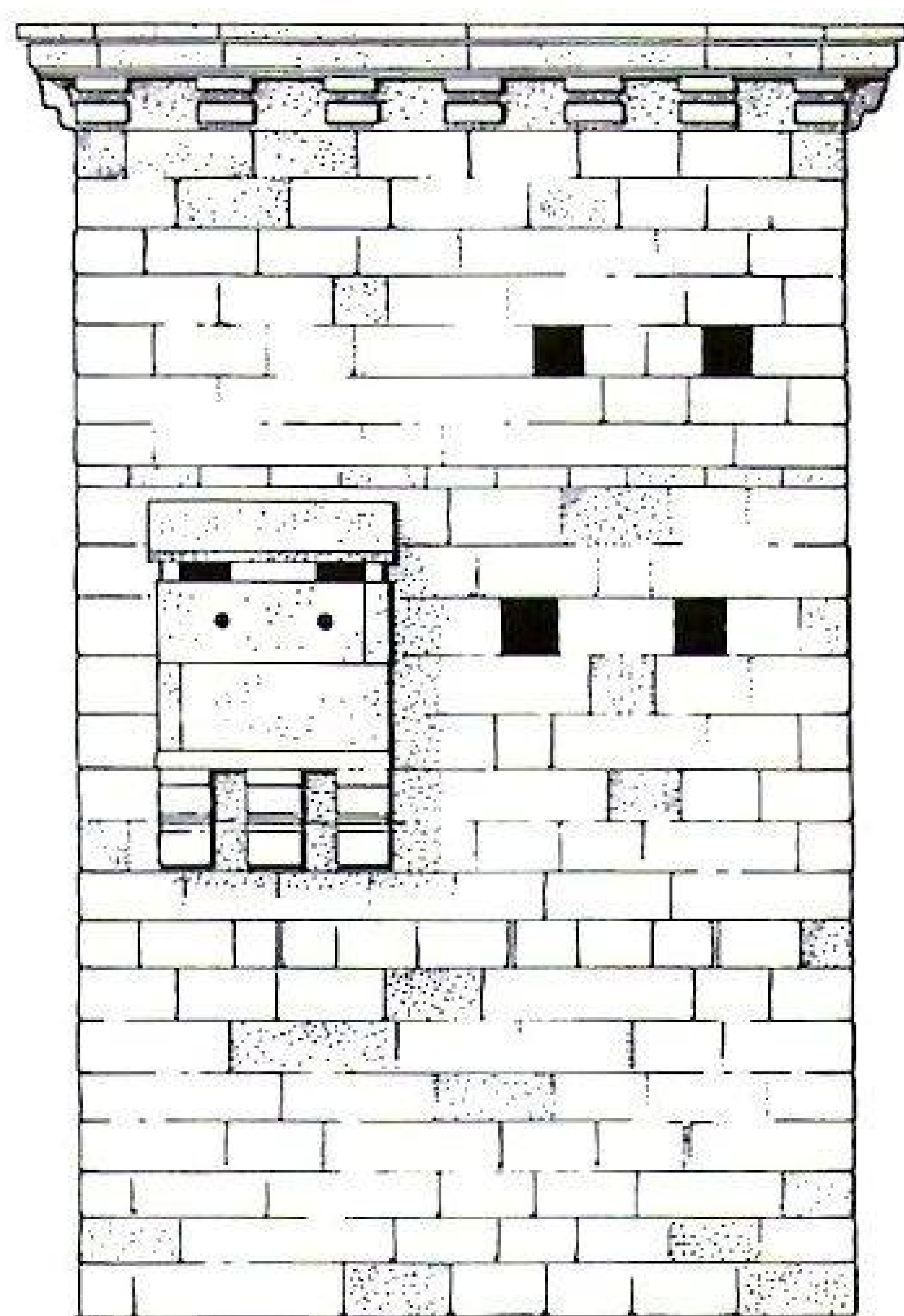
Maqsura: En principio, recinto interior de una mezquita destinado a proteger al soberano o al imán de cualquier ataque durante las oraciones. Los más antiguos (siglos VII al VIII) eran probablemente de listones y enlucido. Más tarde, como en Qayrawán, se erigieron enrejados de madera tallada e incluso –como en las grandes mezquitas de Córdoba y de Isfahán– cámaras abovedadas delante del mihrab. La arquitectura otomana recurrió al modelo de los palcos teatrales, con frecuencia.

Mashhad (en árabe, «lugar de testimonio»): Equivalente al vocablo griego *martyrion*, aplicado en particular a los santuarios chiítas, de cuyo real o supuesto ocupante se pensara que había muerto como mártir. El más famoso es Mashhad, la tumba-santuario del imán Ali Rida, al noreste de Persia.

Mashriq: Literalmente, «el Este»; territorios del califato oriental, en el que se incluían Siria y Egipto, por lo común, como clientes y (después de 1258) como protectores del califato abasida. Por convención se aceptaba que la frontera oriental era Transoxania (también llamada Farghana o Ma waral-Nahr), a pesar de la presencia de importantes comunidades musulmanas en Turquestán y China.

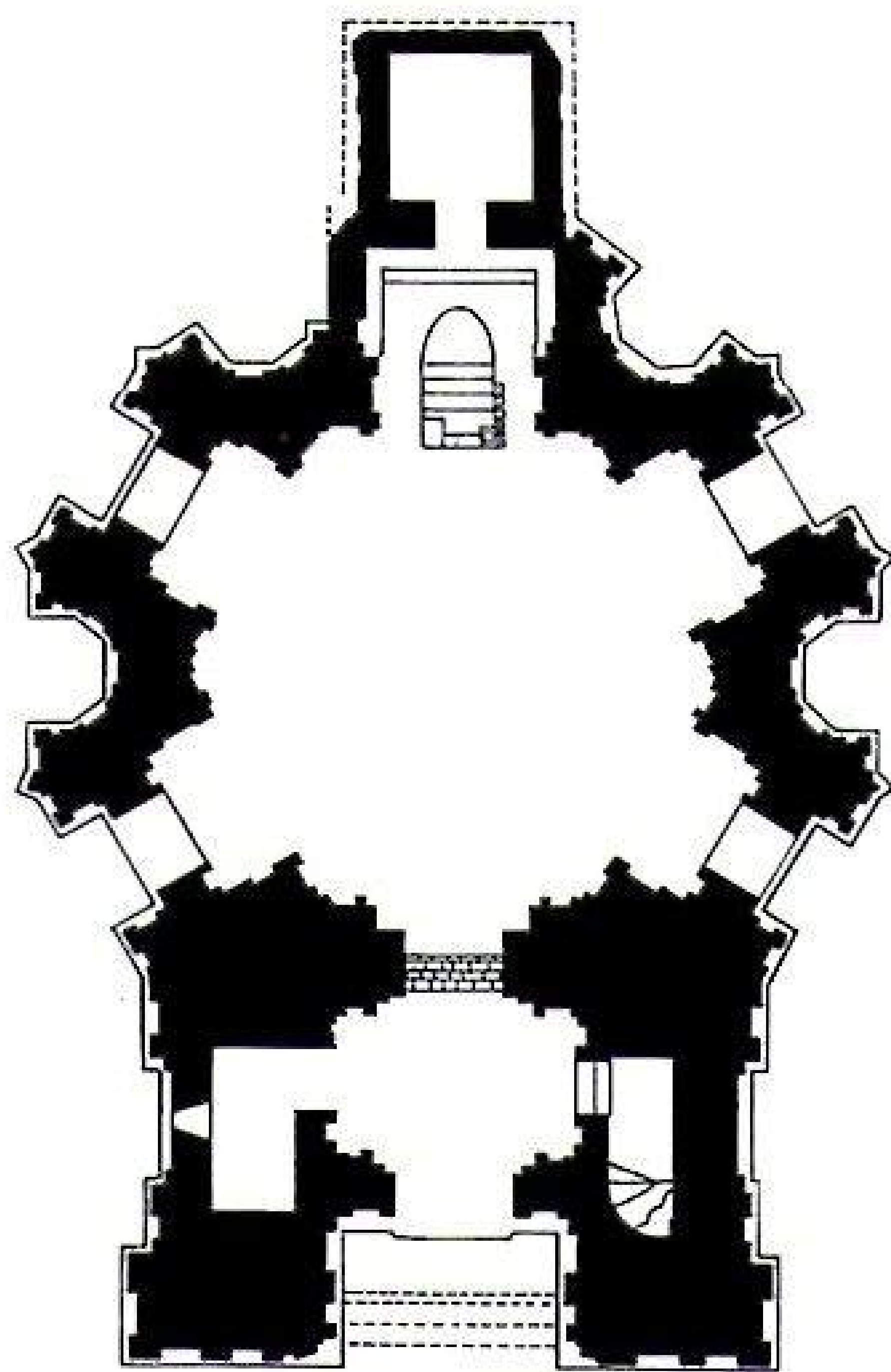
Masjid: Lugar de plegaria y prosternación, es decir, mezquita. En el islam antiguo no existía una palabra especial para las mezquitas de viernes (las fuentes las denominan *minbars* y el vocablo *jami* no aparece en las inscripciones hasta el siglo XI). Sin embargo, tiempo después la voz *masjid* se restringió a oratorios más pequeños en los que no se podía decir la plegaria del viernes. En la actual terminología, *masjid* y *musalla* (un lugar de plegaria informal) son sinónimos virtuales.

Matacán: Balcón en saledizo, casi siempre sobre una puerta, con agujeros por los que se podía arrojar aceite hirviendo, plomo fundido o proyectiles sobre las cabezas de los asaltantes. Los matacanes más antiguos que se conocen, romanos, se consideran una adaptación de las letrinas.



Torre con matacán.

Mausoleo (árabe *qubba, turba*; persa *gunbadh*): Tumba monumental; edificio para una tumba. Los mausoleos eran comunes en las tradiciones helenística, iraní y paleocristiana, lo que posiblemente explica el prejuicio inicial negativo de los musulmanes con respecto a esos monumentos. La Qubbat al-Sulaybiyya en Samarra (quizá decenio de 860) es probablemente el mausoleo musulmán más antiguo que se conserva, pero hay testimonios de que se toleró su construcción desde fines del período omeya (antes de 750).

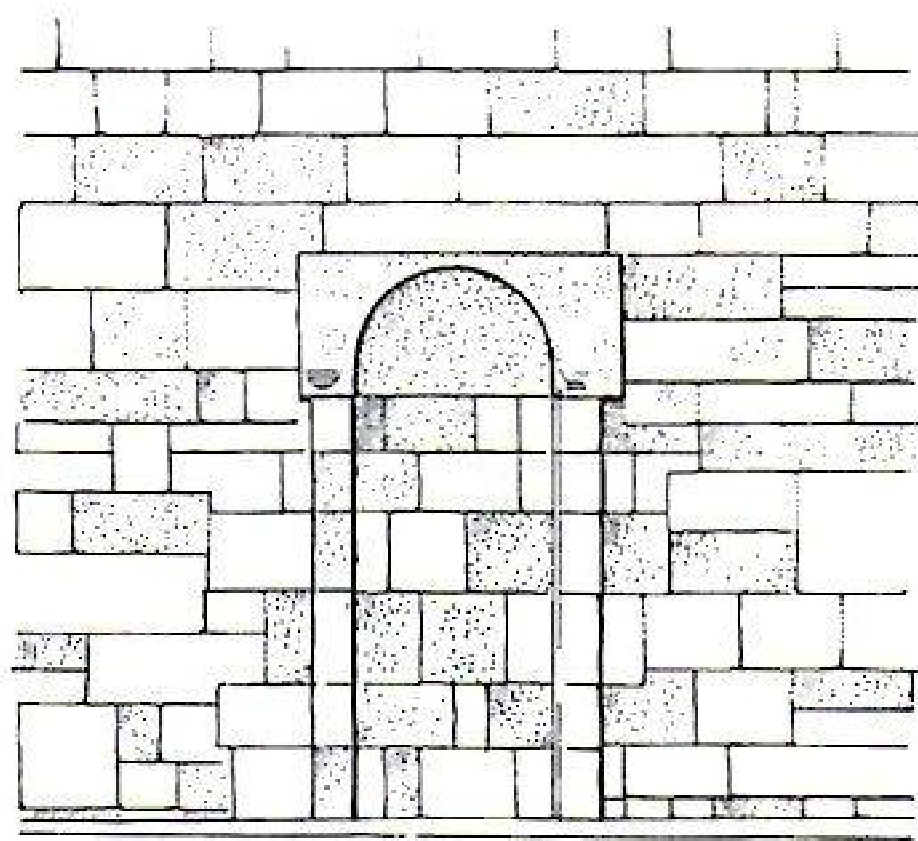


Plano del mausoleo de Tughrabek, en Urgench.

Maydan: Espacio abierto en una ciudad, de donde se deriva la actual aplicación de esta voz a las plazas. Pocas ciudades islámicas medievales tuvieron algo más que un pequeño ensanchamiento en las bocacalles, en los que a veces se instalaba un mercado. Pero a menudo, para llegar a los palacios de los sultanes había que atravesar una amplia explanada como, por ejemplo, la Qara-maydan (siglo IX), delante del palacio cairota de Ibn Tulun.

Mevleví: Orden de los derviches danzantes, seguidores de Jalal al-Din Rumi (1207-1273), que se expandió desde Konya a través de Anatolia y, después, a través del Imperio otomano. La orden tuvo tendencia panteísta, como lo simbolizó en sus danzas, en las que giran sobre el pie derecho como eje, al son de una música melancólica de flautas de madera/ Caramillos, violines y tambores o tamboriles.

Mihrab: Nicho o plataforma en un lugar de oración que indica la alquibla o dirección de La Meca. Sus orígenes están muy discutidos, pero hacia el reinado de Abd al-Malik (685-705) se instaló un mihrab bajo la Cúpula de la Roca y, a continuación, estos nichos se convirtieron en rasgos normales en todas las mezquitas, *masjids*, almadrazas e incluso tumbas. Por lo común tienen una decoración muy compleja.



Nicho de un mihrab de Bosra, hoy cegado.

Minbar: Púlpito desde el que se recitan las plegarias del viernes en una mezquita. Debe su desarrollo al ceremonial de los omeyas y de los primeros abasidas, pero puede que se derive de los tronos obispales, como el del monasterio de San Jeremías de Saqqara (hoy en el Museo Copto de El Cairo). Los *minbars* más antiguos que se conservan (siglo XI) son piezas huecas revestidas con paneles de madera. En El Cairo mameluco y en la Turquía otomana, también se usaban el mármol y la piedra y existe un *minbar* de mosaico cerámico en Kashan (siglo XV). Los *minbars* de las almadrazas no estaban destinados al khutba sin a los sermones *(waz).*

Mongoles: Tribus que habitaban la vasta meseta oriental del Asia central y hablaban una lengua altaica, cuyo alfabeto era un derivado remoto del siriaco. A principios del siglo XIII estas tribus se unieron temporalmente bajo el mando de Gengis Kan, pero después de su muerte (1227), sus hijos se dividieron el colosal imperio que él había logrado dominar. En este libro, tienen gran importancia los iljanes y la Horda de Oro, tanto unos como otro muy islamizados hacia el siglo XIV, y el *ulus* de Chagatay o Transoxania tienen un valor particular. Mongolia está dividida en la actualidad entre Mongolia exterior (República Popular de Mongolia) y China (la antigua Mongolia interior).

Muecín: Funcionario de una institución de beneficencia (mezquita, almadraza, *khanqah*) encargado de hacer la llamada a la oración cinco veces al día. La mayoría de las instituciones tenía dos, pero la mezquita-almadraza cairota del Sultán Hasán (1356-1362) tenía todo un coro de muecines.

Muhtasib: Funcionario judicial nombrado para controlar los mercados como inspector de pesas y medidas y de precios. También era censor de la moral pública y tenía competencias para ordenar la demolición de casas en ruinas, reparar o hacer limpiar las tuberías de abastecimiento de agua y mantener limpias las calles de los *souqs*.

Musalla: Lugar de oración abierto (Persia, siglos XIV y XV), con un mihrab monumental y un *minbar*, al que acudía habitualmente la población de una ciudad, más que a una mezquita de viernes, para decir las oraciones en las dos grandes fiestas musulmanas anuales. Sin embargo, muchos autores medievales aplican este término para nombrar cualquier lugar de oración.

Mutazilí: Teología natural, adoptada oficialmente por en Bagdad por los abasidas del siglo IX, pero proscrita en 847 d. C. Proponía la interpretación metafórica de los versículos coránicos referidos a Dios en términos humanos, porque Dios era el Creador trascendente incluso del Corán y había garantizado al hombre de libre albedrío total. El pecador, por otra parte, caía en una situación indefinida y ya no se le consideraba verdadero musulmán, lo que implicaba que todo califa debía ser perfecto, so pena de perder la obediencia de la comunidad. Esto hizo que los que se oponían a los mutazilíes los acusaran de chiísmo, ya que esta concepción se aproximaba a la creencia chiíta en la naturaleza sobrehumana de sus imanes.

Nasuh al-Salahi al-Matraqi: Jurista otomano, según el diccionario biográfico *Kashf al-Zu-*

nun, que murió en 1533. Acompañó a Suleimán el Magnífico en la campaña a Turquía oriental y Mesopotamia y su relato de esa operación, titulado *Beyan-i Menazil der sefer-i Iraqayn* y copiado hacia 1537, contiene las ilustraciones topográficas detalladas más antiguas que existen de muchas ciudades islámicas.

Nazaríes: Soberanos de Granada (1231-1492) que se mantuvieron en el poder sobre todo por las divisiones y luchas que había por entonces en Castilla. El mayor constructor de todos ellos fue, probablemente, Yusuf I (1333-1354), que construyó la almadraza de Granada en 1349 e hizo varias ampliaciones de la Alhambra.

Nilómetro: Foso graduado para medir la altura de la creciente del Nilo (antes de que la presa de Assuán la eliminara), con la que se regaba la tierra y se determinaba la cosecha y, por tanto, los tributos de la producción. Un plato bizantino repujado (siglo VI), de plata, que se exhibe en el Hermitage, representa obreros que terminan un paisaje de Nilómetro, pero la columna más antigua que se conserva es la que instaló al-Mutawakkil (861-862) en el extremo sur de la isla de Rawda (Roda) frente a El Cairo, en un pozo cilíndrico con túneles de toma de agua en tres niveles distintos.

Nizam al-Mulk (1018-1092): Gran visir de los sultanes selyuquíes Alp Asrlan y Malik-shah, autor de *Siyasetname* o *Libro de consejos para reyes*. Durante su administración se hicieron cambios considerables en la *iqta*, se mantuvo el orden y la paz en los dominios selyuquíes y se establecieron las almadrazas de la nizamiyya en todo el imperio selyuquí.

Omeyas: Dinastía califal que reinó desde el año 661 hasta el 750 y que, a pesar de su extraordinaria expansión, se centró sobre todo en Siria, Palestina y Egipto. Aunque sus sucesores, los abasidas, extendieron aún más la administración islámica, virtualmente todas sus reformas se presagiaban en el período de 690 a 730. En 750, tras su destrucción, un califato omeya refugiado se estableció en la ciudad española de Córdoba (756-1031).

Otomanos: Dinastía turca que se originó como un principado menor en Turquía occidental, a fines del siglo XIII. Su primer soberano histórico, Osmán o Uzmán, extendió sus dominios hasta Bursa (1326) que durante mucho tiempo siguió siendo su capital. Después, pasaría a Edirna o Adrianópolis en el siglo XV, pero en 1453 se había mudado a Constantinopla, caída en manos de Mehmet II.

Oveja blanca *(Aqqoyunlu):* Confederación de tribus turcomanas sunitas que apareció en la zona de Diyarbekir (sureste de Turquía) hacia 1350 y que durante 150 años tuvo importancia en Persia. El más famoso soberano de estas tribus fue Uzún Hasán (reinó en 1466-1478), quien estableció su capital en Tabriz, aunque restauró, entre otras, la Gran Mezquita de Isfahán. Los venecianos llegaron a reclamar su apoyo contra los otomanos pero sus sucesores, atrapados entre los otomanos y los sefevíes, perdieron paulatinamente sus territorios y sucumbieron poco después de 1500.

Oveja negra *(Qaraqoyunlu):* Dinastía turcomana que controló Mesopotamia y gran parte del occidente de Persia entre 1375 y 1468, con una rama secundaria en Bagdad durante el siglo XV. Su historia es una serie de batallas duras, avances y retiradas; casi los únicos monumentos de esta dinastía que se conservan son unas pocas tumbas y piedras funerarias, algunas con forma de oveja, en Ahlat o Khilat, sobre el lago Van, en Turquía oriental.

Partos: Pueblo del imperio asiático occidental (250 a. C.-226 d. C.) extendido desde Asia central (Merv o Nisa Antigua) hasta el Éufrates, en su última etapa con capitales en Ctesifonte, Palmira, Ashur y Persia occidental. El principal enemigo oriental de Roma hasta que los sasánidas absorbieron el imperio, en 226 d. C.

Patio de honor *(cour d'honneur):* Explanada, por lo común frente a la sala del trono de un palacio, destinado a las revistas militares y a la recepción de embajadores. En Samarra y Ukhaydir, tanto como en Versalles, su decoración arquitectónica tenía connotaciones de grandeza.

Pintura al esmalte: Usada en la decoración de la cerámica, pintura en la que se mezclan óxidos metálicos, sulfuros y ácidos que, horneada en un medio reductor, produce una pátina brillante cobriza, plateada o dorada. La técnica se usó originalmente sobre cristal (piezas de Fustat datadas en el 773 y el 779-780), pero se adaptó a la cerámica en Samarra y Bagdad hacia mediados del siglo IX y se desarrolló más aún entre los siglos X y XII en el Egipto fatimita, en Siria entre los siglos XII y XIII y desde fines del XII al XIV en Persia, con algunas restauraciones en épocas posteriores.

Qaa: Sala interior de recepción con uno, dos o cuatro iwanes en los palacios cairotas, cuyo espacio central normalmente estaba cubierto. Los topógrafos musulmanes usaron esta palabra para referirse al palacio entero, es decir, a la sala de recepción con su espacio para vivienda y sus dependencias.

Qalandariyya: Derviches errantes sin morada fija, que se afeitan de un modo peculiar y llevan anillas exóticas y cuyas ropas burdas y comportamiento nada convencional provocaron asombro entre los damascenos de 1213 y, después, desaprobación total. Practicaban la mortificación física pero eran poco rigurosos en la observancia de la norma religiosa, lo que les proporcionó fama de inmorales, tanto entre los ulemas ortodoxos como entre las otras órdenes sufíes.

Qanat: Sistema subterráneo de riego, por el que se llevaba el agua desde su fuente a veces a una distancia de hasta 80 km. El canal por lo común está a unos 6 m de profundidad y los cavadores de *qanats* podían cambiar la inclinación de modo que el agua superara obstáculos menores. Cada 18 o 20 m los cavadores deben salir a la superficie, de modo que desde el aire los sistema de *qanat* se reconocen con facilidad por las hileras de montículos.

Qanum: Derecho consuetudinario o administrativo en el islam, reconocido por real decreto. El crecimiento del *qanum* fue un desarrollo inevitable del comercio y de la industria y, además, de la conquista de países cuyas leyes ya estaban codificadas, como en el caso de las provincias bizantinas que se regían por el código de Justiniano.

Qaysariyya (probablemente de la palabra bizantina que designa el mercado imperial): Mercado cerrado para la venta y almacenamiento de mercancías valiosas –telas finas, joyas, especias, etc.– a menudo controlado por guardias nocturnos. En Turquía estos mercados se conocen como *bedestens*.

Qipchaq: Tribus turcas hoy extendidas desde el Dniéper hasta Siberia (sur de Rusia, Kazajstán, Uzbekistán, Kirguiztán), pero en los siglos XIII-XV concentradas sobre todo en las estepas del Volga y el Don. Hablaban un dialecto característico y en su mayoría eran paganas; se las llevó en masa a Egipto en la época mameluca y allí formaron un núcleo selecto.

Qubba (árabe «cúpula»): Se aplica a cualquier edificio amplio dotado de cúpula, por ejemplo, la Cúpula de la Roca de Jerusalén. A fines de la Edad Media se aplicó en particular a mausoleos (con cúpula) y, por tanto, es una de las palabras habituales para denominar una tumba. Compárense las voces persa *gunbadh* (por ejemplo, en Gunbadh-i Qabus, 1006) y turca *kümbet*.

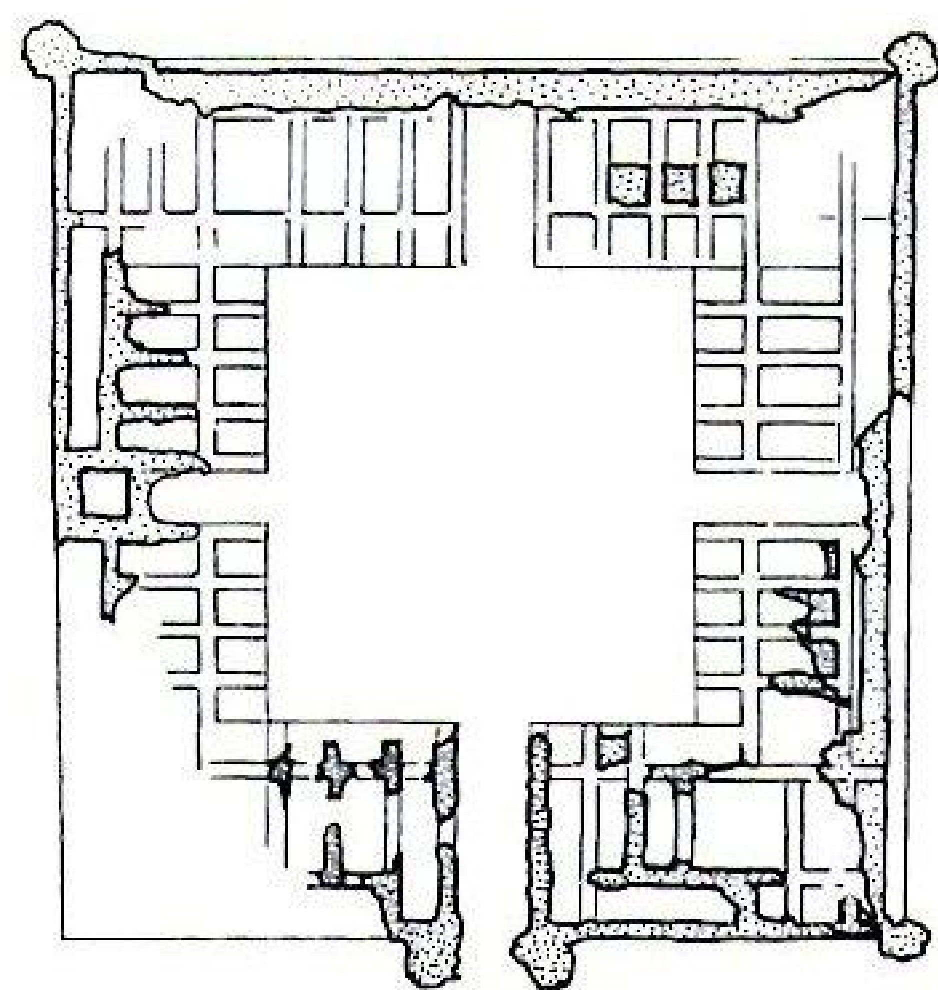
Ramadán: Noveno mes del año lunar musulmán, durante el cual no se puede tomar alimento sólido ni líquido desde la salida hasta la puesta del sol. El fin del Ramadán se celebra con la *Id al-Fitr*, «Ruptura del Ayuno», una de las dos grandes fiestas del año musulmán, cuyas plegarias no se pronuncian en las mezquitas sino en las *musallas*.

Rawda (en árabe, «jardín»): Se usó como eufemismo en España y en Asia central para significar «tumba», por ejemplo en el cementerio de la Alhambra. Roda o Rawda es una isla del Nilo, enfrentada a Fustat que hoy integra la moderna ciudad de El Cairo; fue la residencia favorita de los soberanos tuluníes, fatimíes y ayyubíes de Egipto. En su extremo sur se alza el nilómetro de Al-Mutawakkil.

Recinto: Reducto amurallado, ya fuera de una fortaleza o, en el islam, de una mezquita, en general de las que tenían un patio central. Algunas mezquitas antiguas –la de Mutawakkil en Samarra (847-), la de Ibn Tulun y la de al-Hakim en El Cairo (876 y 1012)– tienen vallas exteriores *(ziyadas)*, posiblemente derivadas del *témenos*, la barrera que protegía la santidad de muchos templos clásicos.

Repujado: Decoración en relieve que se hace golpeando una plancha de metal sobre un bloque de madera. En particular, se aplica a metales maleables, cobre y oro, de los que pocos objetos islámicos medievales se conservan. El oro era demasiado precioso y se fundía una y otra vez para acuñar moneda, el cobre no era lo bastante precioso y antes que aun arreglo, las piezas se destinaban a la fundición.

Ribat: Literalmente, un lugar en que se ata a los caballos. En un principio, las barracas en que se alojaban los que intervenían en la *jihad*, como el Ribat de Susa, en Túnez (siglo IX). Después, en Irán, un caravasar en el campo. Por último, en Egipto y Siria en tiempos de los mamelucos, asilo, por ejemplo el Ribat al-Mansuri que para peregrinos que se dirigían a Jerusalén construyó Qalaun (1281-1293); también se destinaba a viudas, huérfanos, etc.



Reconstrucción del Ribat Zafarani. Según Herzfeld.

Sabil: Fuente pública para el abastecimiento de agua fresca. Probablemente se adaptó la idea del *nympheum* de las ciudades helenísticas y romanas, pero su reconocimiento como institución de beneficencia en el islam y sus elaborados trabajos de plomería y decoración en los siglos XIII-XV están muy lejos de la apariencia del más antiguo *sabil* islámico conocido, el de Qasr al-Hayr al-Gharbi (707 d. C.). Véase la planta en la página 155.

Safáridas: Dinastía de Persia oriental fundada por el calderero Yaqub b. Layth, que controló todo Seistán hacia el 867, después se expandió a Kirmán y Jurasán. Los descendientes de su hermano se quedaron en Seistán hasta 1163, pero el comienzo de los safáridas es muy interesante, ya que fueron la primera dinastía persa islámica que basó su autoridad en su linaje persa.

Sahn: Patio nivelado, por lo común dentro de mezquitas islámicas, como la cairota de Ibn Tulun (876). Sin embargo, también se usó en el interior del *khanqah* de Sayf al-Din Bakharzi de Bujara, en su *waqfiyya* datada en 1326.

Saqiya: Noria horizontal, movida por un buey o un asno, uncidos a una o más norias, para elevar el agua lo bastante alto como para que se mantenga la presión. Tal vez fuera un invento egipcio y fue muy corriente en el país del Nilo, en tiempos del islam. El mismo principio se usó para mover las prensas de aceite y los molinos de cañas de azúcar.

Sardab (persa *sard ab*, «agua fría»): Gruta subterránea en casas o palacios del Oriente Próximo en la que se refugia la familia durante el verano. Todos los palacios de Samarra datados en el siglo IX tienen amplias piscinas centrales, pero hace poco se descubrió un *sardab* en Fustat, como los *sardabs* de Yazd, era simplemente un sótano, ventilado por una toma de aire.

Sarre, Friedrich (1865-1945): Fundador y primer director del departamento islámico de los Museos de Berlín (Museo de Arte Islámico y Museo Islámico). Pasó su juventud en trabajos de campo en Anatolia y en Persia, gracias a los cuales elaboró obras básicas, entre ellas *Denkmäler persischer Baukunst* (Berlín 1910). Después excavaría con Herzfeld en Samarra (*Die Keramik von Samarra*, Berlín, 1925), pero destacó sobre todo como director de museos y fue el fundador virtual de la historia del arte islámico en Alemania.

Sauvaget, Jean (1901-1950): Arabista francés, epigrafista y, sobre todo, arqueólogo islamista; la mayor parte de su obra se basa en Damasco y Alepo, pero desechó la idea de la historia islámica considerada aisladamente con respecto a las inscripciones y a los monumentos conservados (incluidos los de la antigüedad remota), el entorno geográfico o la organización social, en particular la compartimentación de los mercados islámicos, cuyos mapas supo realizar con maestría. Además, como en el caso de la Mezquita omeya de Medina (construida por Al-Walid en 709), de la que no hay restos, también supo usar con brillantez las fuentes históricas para reconstruir las formas originales del edificio. Véase el dibujo de la página 146.

Sefevíes: Descendientes del jeque Safi al-Din de Ardebil (1252-1334), fundador de la orden safawiyya de los derviches. En su origen, eran puritanos y sunitas, pero bajo el mando del jeque Junayd (asesinado en 1460), la orden asumió su carácter chiíta militante: Ismail I, quien se había adueñado del poder en Persia en 1502, proclamó el chiísmo como religión estatal. Las capitales sefevíes fueron: primero, Tabriz, Qazwin a continuación y más tarde Isfahán, pero el santuario se mantuvo en Ardebil.

Selyúcidas: Dinastía turca que controló la mayor parte de Asia central e Irak en los siglos XI-XIII. Los Grandes Selyúcidas (1038-1057), con capitales en Isfahán, Bagdad y Merv, se asociaron con el califato abasida de Irak y asumieron el título de sultanes. Los selyúcidas de Irak (1118-1194) fueron prácticamente marionetas en manos de sus *atabegs*. Entre las ramas menores, las más destacadas son las de los selyúcidas de Kirman (1041-1186), los de Siria (1078-1117) y los de Rum (1077-1302), que dejaron sus monumentos más notables en lo que hoy es Turquía.

Shafí: Escuela jurídica fundada por el imán al-Shafí que murió en Egipto en el año 820. Originalmente tuvieron mayor influencia en Bagdad y El Cairo y después se expandieron hasta La Meca y Medina (siglo X) y a gran parte de Persia y Asia central. Con el triunfo de Saladino en Egipto y Siria (1169), obtuvo el primer plano en los territorios islámicos, pero las conquistas otomanas favorecieron a la escuela hanafí, salvo en Egipto, Siria y el Hijaz.

Shahada: Declaración de fe musulmana básica. «No hay más Dios que Dios. Mahoma es su Profeta.» Los chiítas añadieron: «Alí es el amigo (*wali*) de Dios».

Shahname (El libro de los reyes): Colección de leyendas persas desde los tiempos de la creación del mundo, que refiere las hazañas de héroes como Rustam, una versión del romance de Alejandro y las proezas más o menos históricas de los reyes sasánidas. Fue escrito por varios autores, pero sobre todo por Firdusi (940-1021) cuya compilación se convirtió en la épica nacional persa.

Sharif (plural ashraf): Título acordado a los cabeza de familias prominentes a quienes se

confiaba la administración tribal o urbana. Al cabo de poco tiempo se restringió a los familiares de Mahoma y a sus descendientes (en persa es más corriente el término *sayyid*). Se les dispensaba un respeto especial y La Meca estuvo gobernada por *sharifs* alidas desde el siglo X hasta 1924.

Shuubiyya: Sentimiento nacional que distinguía entre raza y religión en el antiguo islam. Era más pronunciado en Persia donde, desde el siglo IX, el persa se convirtió en la lengua de la literatura y la cancillería, en tanto que el árabe quedaba restringida al Corán y a la teología.

Silsila: Cadena de tradición transmitida por los jeques a sus discípulos, incluidas las enseñanzas individuales de una orden particular de derviches.

Siyasa: Equivalente de la ley criminal, aplicada por los mamelucos en Egipto, por los otomanos y otras dinastías turcas. Aunque en principio aceptada como compatible con la *charia*, no se basaba en ésta y su ejercicio era prerrogativa del soberano y no del cuerpo de jueces musulmanes.

Souq (persa: *bazar;* turco: *çarsi*): Mercado o zoco, en el islam casi siempre dividido por géneros, con puestos abiertos provistos de *khans*, depósitos, baños y *masjids* independientes. Configuraba el centro de la ciudad islámica.

Stadtplan: Pintura convencional de una ciudad, sin una proyección estereométrica, de modo que la planta y el alzado se muestran a la vez. Se usó en los trabajos de ilustración topográfica europeos medievales y renacentistas y se mantuvo hasta fines del siglo XVII.

Sufíes (en árabe, «de lana», se aplica a la vida ascética simbolizada por una túnica de lana): Órdenes místicas o ascéticas del islam, unidas bajo la autoridad de un jeque que saca sus enseñanzas de una «cadena» *(silsila)* de sus predecesores. El sufismo se hizo visible en el mundo islámico prontamente (siglo VIII) pero, en contra de la suposición generalizada, no es necesariamente chiíta o heterodoxo. A menudo se llama «pobres» *(fuqara)* a los sufíes.

Suhrawardiyya: Una de las órdenes sufíes más vigorosas de la Edad Media musulmana y estrechamente conectada con la restauración del califato abasida en Bagdad a comienzos del siglo XIII. Su fundador fue Shihab al-Din Abu Hafs Umar al-Suhrawardi (1145-1234).

Sultán: Título político acordado, la primera vez, por los Grandes Selyúcidas por los califas abasidas en el siglo XI al gobernador independiente de ciertos territorios. En teoría se otorgaba a una persona determinada, pero hacia el siglo XIII, antes incluso del fin del califato de Bagdad (1258), muchas dinastías lo consideraron un derecho.

Sunita: Islam ortodoxo, que basa su enseñanza en el Corán y en su interpretación, *hadith*, tradiciones que se asocian con el propio Mahoma y la enseñanza de las cuatro escuelas jurídicas ortodoxas *(madhhabs).*

Tafsir: Exégesis del Corán basada en las tradiciones *(hadith)* adjudicadas sin duda a Mahoma. Era un elemento esencial de la educación en las almadrazas.

Tahiridas: Dinastía persa de corta vida, fundada por Tahir b. al-Husein (775-822), con capital en Nishapur. Fueron protectores de la cultura árabe aunque los safáridas (h. 873) los desplazaron poco a poco.

Tártaros: Originalmente, tribu mongola que se asentó sobre todo en las Tierras de la Horda de Oro después de la invasión de los mongoles, en las estepas que se extienden entre el Volga y el Dniéper, donde se convirtieron en los antepasados de los actuales tártaros. Si no antes, a mediados del siglo XIII hablaban turco. Sin embargo, su estrecha asociación con los mongoles se mantiene desde que los musulmanes y sus contemporáneos occidentales llamaron tártaros a los mongoles.

Tekke: *Khanqah* turco, asociado sobre todo con las órdenes bektashi y mevleví; consta de celdas individuales, cocinas, enfermerías con calefacción, salas de reunión para ritos colectivos y viviendas para los jeques. Estas instalaciones se adecuaban al duro clima anatolio, pero también respondían a necesidades rituales de las órdenes.

Tepidarium: Véase *hammam.*

Tersane: Voz del turco otomano que viene del italiano *darsena/arsenale*, derivado del árabe *dar al-sinaa* (taller, en especial instalaciones destinadas a la construcción y equipamiento de naves de guerra). Los arsenales militares como el de la ciudadela de Alepo en general se conocían como *zardkhanes* («lugares para la cota de malla»).

Timuríes: Dinastía fundada por Timur o Tamerlán (13336-1405), que gobernó en Samarcanda desde 1370. Después de su muerte, su hijo Shah Rukh gobernó en Herat hasta 1447, en tanto que su nieto Ulugh Beg gobernaría en Samarcanda hasta 1449. Desde esta fecha, las dos ramas se separaron y las dos fueron víctimas de los uzbecos (1500-1510). Babur, uno de los últimos timuríes de Samarcanda, fundó en India la dinastía de los Grandes Mongoles, que presumieron de ser descendientes de Tamerlán hasta el siglo XVIII.

Tiraz: Fábricas estatales de telas lujosas. Es muy probable que fuesen monopolios, porque tejían las telas que llevaban el nombre del soberano y que se usaban para las vestiduras de honor *(khilas)*, sobre todo ropas ceremoniales. Por extensión, el término se aplica a las bandas de inscripciones de las fachadas de muchos edificios mamelucos de El Cairo, Damasco, Alepo y Trípoli.

Trulli: Nombre local de las casas de Apulia con cúpulas cónicas del tipo «panal»; aparecen en distintos lugares, sin que exista una zona central o de transición. Su origen es prehistórico, por ejemplo, las nuragas de Cerdeña. En el mundo islámico las hay en Mesopotamia, en torno a Alepo sobre el Éufrates medio y en Harrán, cerca de Urfa, en el sureste de Turquía. Sin embargo, las posibilidades de esas cúpulas, muy apropiadas para zonas en que la madera escasea, no se explotaron en la arquitectura monumental islámica, al parecer.

Turcomano: En las fuentes medievales se aplica a las tribus turcas oghuz o guz, arrojadas hacia el oeste por los selyuquíes y después por la expansión de los mongoles. En el siglo XII formaron principados en Azerbaiján y Anatolia, pero los selyuquíes de Rum no los absorbieron por completo. Tras la desintegración del estado selyuquí (fines del siglo XIII), establecieron nuevos emiratos; el más famoso sería el de los otomanos, pero la mayoría de los turcomanos nunca se establecieron en un punto fijo y continuaron, hasta hoy, llevando una vida nómada.

Ulema (árabe, *alim;* plural, *ulama*): Erudito que dispensaba la educación tradicional en la almadraza: lectura del Corán y exégesis *(tafsir)*, tradición *(hadith)* y derecho canónico *(fiqh).* Estos expertos ocupaban puestos judiciales y otros en la administración y llegaron a formar una clase urbana de notables, los *ahl alqalam* («hombres de la pluma»).

Ulus: Reinos de los sucesores de Gengis Kan. El Gran Kan se estableció primero en Karakorum, en Mongolia, y más tarde, en tiempos de Kublai o Qubilay en Pekín o Khan Baligh. El *ulus* de Jöchi, las Tierras de la Horda de Oro, se extendían poco más o menos desde el Dniéper hasta el Oxus (hoy, Amu Darya) por Oriente; el de Chaghatay ocupó la Transoxania; Persia, Irak y el Cáucaso meridional se convertirían en el Iljanato (véase *Iljanes*).

Umma: Comunidad islámica, originalmente restringida a Mahoma y a sus seguidores me-

quíes o medinenses. Como comunidad, se la consideraba unida en sus criterios religiosos, legales y éticos, un principio que era tanto más importante a la vista de sus divisiones internas, la *Shia* y las *madhhabs* ortodoxas.

Umra: Peregrinaje a La Meca y a Medina, que se hace fuera de la época prescrita. Siempre fue una obra piadosa aunque insuficiente para que un adulto musulmán cumpliera con el peregrinaje obligatorio (*hajj*) que, si era humanamente posible, debía hacer al menos una vez en su vida.

Urf: Derecho consuetudinario, a menudo aceptado en las comarcas en que la *madhhab* en funciones no era la de los gobernados, como en Egipto bajo el poder mameluco, donde una aplicación directa de la *charia* habría llevado a conflictos de intereses. Se mantuvo siempre el principio de que *urf* y *charia* eran compatibles.

Visir *(árabe wazir):* Principal ministro de los califas abasidas; estaba a cargo de la cancillería y, más tarde, de otros puestos públicos administrativos. Aunque bajo el poder de los selyuquíes, los mongoles y los otomanos, a menudo los visires fueron los delegados de hecho del soberano, al principio aun los barmecidas de Bagdad (fines del siglo VIII, principios del IX) tuvieron muy poca independencia y se vieron sujetos a los caprichos del califa.

Waqf: Tierra o propiedad otorgada perpetuamente a una institución benéfica, cuyos ingresos gestionaba un administrador nombrado legalmente. El principio es básico en todas las fundaciones de beneficencia islámicas, aunque puede haberse derivado de las *piae causae* bizantinas que alimentaban a huérfanos, pobres, ancianos y enfermos y que, por tanto, tenían otorgados fondos perpetuos. Una de las formas autorizadas era la *waqf ahli*, o fundación familiar, en la que los excedentes de los ingresos se repartían entre los descendientes del fundador.

Waqfiyya: Documento de validez legal en el que se especifica la constitución de una entidad de beneficencia, sus límites físicos y la dotación de fondos detallada. Como las ganancias de una *waqf* estaban exentas de tributación, se establecieron oficinas públicas especiales en las que se archivaban todas las *waqfiyyas* y se registraban las propiedades y los ingresos. No se conserva casi ninguna pero los pocos testimonios existentes son invalorables para los detalles específicos de la topografía, la arquitectura y el funcionamiento de esas instituciones.

Wikala (en árabe, literalmente, «intendencia»): En la actualidad se usa en Egipto como sinónimo de *khan*, un edificio de mercado con el que comparte semejanzas superficiales. Sin embargo, en el período mameluco los *wikalas* eran edificios en los que, al parecer, se recogían los productos para aplicarles los tributos debidos y como tales habrán tenido su equivalente en todo el mundo islámico.

Zaidíes: Partidarios de la rebelión de Zayd ibn Alí (740), preparados para apoyar a cualquier descendiente de Alí y Fátima que se alzara como imán contra los gobernantes ilegítimos del islam sunita; los fallos morales invalidaban el imanato y un aspirante de mayor virtud tenía entonces derecho a esa dignidad. Los Estados zaidíes se establecieron en la comarca que está al sur del Caspio y en Yemen, en los siglos VIII y IX y persistieron hasta mucho después.

Zawiya (en árabe, «esquina, ángulo»): Término aplicado en las fuentes medievales para los *khanqas*, asilos u hospicios (véase *ribat*) o incluso almadrazas pequeñas. Sin embargo, todas estas variantes presuponen una vivienda para el jeque que reunía a su alrededor cierto número de discípulos (ya fueran estudiantes de una almadraza o sufíes). Las *zawiyas* a menudo tenían fondos adjudicados, pero no eran requisitos previos obligatorios ni la dotación económica ni la constitución legal.

Zengidas: Originalmente *atabegs* de los sultanes selyuquíes que se independizaron y se apoderaron del norte de Irak, Mesopotamia y gran parte de Siria a comienzos del siglo XII. Estaban entre las fuerzas musulmanas más eficaces de todas las que rechazaron a los cruzados y sentaron las bases para las victorias de Saladino –que él mismo era un cliente zengida– a fines del siglo XII.

Zindiq: Herejía. En su sentido especializado, se aplicó a las herejías maniqueas dualistas, prevalecientes en el islam oriental durante los siglos IX y X. Sin embargo, los soberanos que en sus inscripciones se autotitulan con prosopopeya como los extirpadores de la *zindiq* no son precisos y parece que consideraron herejía a toda oposición a ellos mismos.

Ziríes o ziridas: Dinastía beréber que gobernó el norte de África con una rama en España, que asentó su capital en Granada. Los primeros representantes gozaron del favor fatimí y sus capitales, Qayrawán y Sabra Mansuriyya, fueron prósperas. Pero su intento de rechazar el dominio fatimita les acarreó castigos salvajes (1052); el soberano zirí huyó a Mahdiyya, donde sus sucesores establecieron una poderosa base naval; el resto del reino se desintegró en principados títeres. El último zirí africano murió en 1167.